

CETAGANDA



Lois McMaster Bujold

Título original: Cetaganda
Traducción: Margara Auerbach
© 1996 by Lois McMaster Bujold
© 1996 Ediciones B.
Rocafort 104 - Barcelona
ISBN: 84-406-6715-9
Edición digital:
Revisión: Umbriel
R6 04/03

Presentación

Bueno, pues sí. Es un verdadero problema escribir la presentación del sexto libro que publicamos de la serie de aventuras de Miles Vorkosigan. Temo que casi todo haya quedado dicho en anteriores presentaciones y no quisiera repetirme. Bueno, no quisiera repetirme demasiado...

En cualquier caso, si por uno de esos azares de la vida ésta es la primera novela protagonizada por Miles Vorkosigan que cae en sus manos, déjeme advertirle: ¡cuidado! ¡Es un material peligroso, altamente adictivo! Piénselo dos veces antes de empezar. El que avisa no es traidor...

Porque lo sorprendente es que, tras haber literalmente devorado 9 (¡nueve!) libros de la serie protagonizada por Miles, me descubro impaciente esperando la llegada del que va a completar la decena. Si no me fallan los datos, se va a llamar MEMORY y va a aparecer en Estados Unidos en octubre de 1996. Y yo escribo este simulacro de presentación en el mes de Julio, tres o cuatro meses antes de poder satisfacer mi impaciencia... Y con todo un agosto por delante... ¡Qué dura es la vida...!

Bromas aparte, la verdad es que Lois McMaster Bujold todavía me sorprende. Intentaré explicar por qué:

Un lector de ciencia ficción tan encallecido como yo ha generado fácilmente una más que lógica prevención ante el enésimo libro de una serie (recuerden, por ejemplo, el cuarto de la serie de DUNE... No haré más comentarios).

Ante un nuevo libro protagonizado por Miles Vorkosigan pienso indefectiblemente: «Bueno, ya vale. Éste no será como los otros. Lois no puede ser siempre tan interesante o tan divertida.» Pero, hasta hoy, Lois lo ha conseguido siempre. Y me cuelgo una vez más de las páginas de la novela, hasta que se acerca esa página tan terrible que es la última del libro, ésa donde se anuncia que la diversión se ha terminado por esta vez y que he de esperar unos cuantos meses más hasta que aparezca un nuevo libro. Nuevo libro del que pienso indefectiblemente que no podrá ser tan bueno o tan divertido como el resto de la serie y, otra vez más, Lois consigue sorprenderme y logra que vuelva a colgarme de sus páginas.

CETAGANDA (1996) es el séptimo libro de Lois McMaster Bujold que aparece en nuestra colección. Con los tres anteriores, EL JUEGO DE LOS VOR, BARRAYAR y DANZA DE ESPEJOS, la autora obtuvo tres premios Hugo de novela. Es algo que sólo Heinlein ha superado en toda la historia de la ciencia ficción. Y Lois McMaster Bujold es Joven, tiene por delante muchos años de éxitos...

Pero CETAGANDA, por lo menos, no ha ganado un Hugo. Lo cual no deja de ser lógico cuando uno sabe que el libro se ha publicado en inglés en enero de 1996 y, por tanto, sólo puede entrar en liza en el Hugo de 1997 que se conocerá hacia septiembre de ese año. Y yo escribo esta presentación en Julio de 1996, muchos meses antes, cuando CETAGANDA no ha ganado un Hugo ni tan siquiera ha podido quedar finalista. Pero todo se andará...

O tal vez no, porque, de manera un tanto extraña, Bujold y su editorial han previsto sacar un nuevo libro de la serie de Miles Vorkosigan en octubre de 1996. Por eso, para el Hugo de 1997 Bujold podrá competir consigo misma, lo cual es algo, cuanto menos, original.

Ya en la presentación de EL APRENDIZ DE GUERRERO (1989, NOVA ciencia ficción número 33), una novela que me divirtió y sorprendió gratamente, expuse las razones que a mi juicio convierten la saga de Vorkosigan en un éxito seguro e inevitable: «Grandes dosis de inteligencia, mucha ironía y, sobre todo, una gran habilidad narrativa al servicio de un personaje llamado a convertirse en un clásico en la historia de la ciencia ficción.»

Al margen de las tramas que Bujold imagina y del dinamismo con que narra las

aventuras en que se ven involucrados sus protagonistas, hay algo especial en Miles Vorkosigan, algo que atrae inevitablemente. Tal vez sea esa presunta involuntariedad para meterse en todo tipo de líos, líos de los que su inteligencia (sin olvidar su paranoia, todo hay que decirlo) consigue sacarle con resultados siempre sorprendentes.

La ironía reside, ya de partida, en el hecho de que el protagonista de una saga de aventuras militares en la ciencia ficción sea un enano teratogénico, físicamente frágil y de extrema debilidad. Pero ¿quién dijo que un buen militar deba ser fuerte físicamente? A los lectores de ciencia ficción nos gusta pensar que lo que distingue al ser humano de los animales es, precisamente, esa capacidad de pensar que etiquetamos como inteligencia. Hablando de fuerza física todos sabemos que un caballo, por ejemplo, tiene más fuerza que nosotros. Nosotros tenemos la inteligencia y por eso son los caballos los que tiran de los carros que conducen los humanos, y no al revés.

Las narraciones de la mayor parte de esos libros de Lois McMaster Bujold están ambientadas en un mismo universo coherente, en el que se dan cita tanto los cuadrumanos de EN CAÍDA LIBRE (premiada con el Nebula en 1988 y finalista del Hugo de 1989), como los planetas y los sistemas estelares que presencian las aventuras de Miles Vorkosigan, su héroe más característico. En el APÉNDICE de este volumen se incluye un esquema argumental del conjunto de los libros de ciencia ficción de Bujold aparecidos hasta hoy, ordenados según la cronología interna de la serie. De hecho, el orden real de su publicación en inglés ha sido el siguiente:

Shards of Honor (junio de 1986)

The Warrior's Apprentice (agosto de 1986)

EL APRENDIZ DE GUERRERO, NOVA ciencia ficción número 33

Ethan of Athos (diciembre de 1986)

Falling Free (abril de 1988) - premio Nebula 1988.

EN CAÍDA LIBRE, NOVA ciencia ficción número 24

Brothers in Arms (enero de 1989)

Borders of Infinity (octubre de 1989) - premios Nebula 1989 y Hugo 1990 por «Las montañas de la aflicción» y premio Analog 1989 por «Laberinto», ambas novelas cortas incluidas en el libro.

FRONTERAS DEL INFINITO, NOVA ciencia ficción número 44

The Vor Game (septiembre de 1990) -premio Hugo 1991

EL JUEGO DE LOS VOR, NOVA ciencia ficción número 57; Barrayar (octubre de 1991) - premios Hugo y Locus 1992

BARRAYAR, NOVA ciencia ficción número 60; Mirror Dance (marzo de 1994) - premios Hugo y Locus 1995

DANZA DE ESPEJOS, NOVA ciencia ficción número 78; Cetaganda (enero de 1996)

CETAGANDA, NOVA ciencia ficción número 89

Como ya indicaba en otra de estas presentaciones, Lois McMaster Bujold con sus tres novelas de 1986, tanteó al principio diversos personajes posibles: los padres de Miles en SHARDS OF HONOR, el mismo Miles en EL APRENDIZ DE GUERRERO y la comandante Elli Quinn en ETHAN OF ATHOS. El impresionante éxito popular de EL APRENDIZ DE GUERRERO sumado al gran atractivo de un personaje como Miles Vorkosigan, han llevado a que sea éste quien se haya convertido en el protagonista central y en el personaje emblemático de una de las mejores y más amenas series de la moderna space opera, un subgénero esencial en la ciencia ficción. No obstante, Bujold ha continuado narrando, por ejemplo, las aventuras de los padres de Miles en BARRAYAR (1991), obteniendo de nuevo el reconocimiento y el favor del público lector.

Para algunos comentaristas, como Faren Miller de Locus, CETAGANDA es una obra menor dentro de la serie. Es un juicio posible si se compara esta novela con algunas de

las más recientes de la serie, por ejemplo BARRAYAR o DANZA DE ESPEJOS, y sobre todo si se mantiene un criterio de «trascendencia» que no comparto. Es cierto que CETAGANDA carece de la riqueza de un personaje como Mark, el clon de Miles y eje de DANZA DE ESPEJOS. Pero nadie puede negar que CETAGANDA mantiene la riqueza de una narración de aventuras y una trama casi policial ambientada en una sociedad extraña y un tanto incomprensible al igual que ocurría, por ejemplo, en BARRAYAR.

Déjenme reivindicar, de pasada, el aspecto lúdico de leer una buena novela policíaca con una ambientación social y tecnológica típica de la ciencia ficción. Porque eso es lo que se encuentra en CETAGANDA, a la que un editor más atrevido hubiera titulado, por ejemplo «Ocho sátrapas» recordando agresivamente a esos «Diez negritos» de Agatha Christie.

Gracias a la ingeniería genética, el imperio de Cetaganda está regido por dos clases hegemónicas: los imperiales haut y los militares ghem, que recuerdan en cierta forma a los samurais y shoguns del Japón clásico. Ése es el entorno social, extraño y poco conocido de los protagonistas, donde transcurre la acción. Una acción que tiene mucho de intriga policial y de novela de espías.

Miles y su primo Iván, como representantes diplomáticos del imperio de Barrayar, han de asistir al funeral de la recientemente fallecida emperatriz del imperio de Cetaganda. En un entorno social ajeno y extraño, Miles se involucra (digamos que involuntariamente...) en la política interna de Cetaganda. Deberá actuar con la inteligencia de un experto detective y con la paranoica habilidad de un consumado espía para resolver un misterioso asesinato y, en definitiva, anular un complot que amenaza la continuidad de todo el programa genético de Cetaganda y cuyas consecuencias también pueden perjudicar a Barrayar.

En realidad, cual nuevo Sherlock Holmes de la galaxia, Miles acaba asumiendo la misión (que nadie le ha encomendado, por cierto...) de desentrañar un enigma que pone en peligro a todo un imperio. Casi nada.

Si es la primera vez que se acercan a las aventuras de los Vorkosigan, les daré, para terminar, la más calurosa bienvenida al maravilloso mundo del «bajito» Miles. Si son ustedes lectores asiduos de la serie, reconocerán conmigo que Lois McMaster Bujold lo ha logrado otra vez. Pasen y diviértanse de nuevo.

MIQUEL BARCELÓ

A Jim y Toni

—¿Cómo era? ¿«La diplomacia es el arte de la guerra llevado a cabo por otros hombres» —preguntó Iván— o al revés? ¿«La guerra es la diplomacia...»?

—«Toda diplomacia es una continuación del arte de la guerra por otros medios» —recitó Miles—. Chou En Lai, siglo XX. Tierra.

—Ey, ¿qué eres? ¿Un diccionario de citas ambulante?

—Yo no, pero el comodoro Tung sí. Colecciona Dichos de Antiguos Sabios Chinos y me obliga a memorizarlos.

—Y el viejo Chou, ¿era diplomático... o soldado?

El teniente Miles Vorkosigan meditó la respuesta.

—Supongo que fue diplomático.

Los cinturones de seguridad de Miles lo sujetaron: se estaban encendiendo los cohetes. El vehivaina personal donde viajaban él e Iván, uno frente al otro en solitario esplendor, se inclinó hacia un costado. Los dos asientos ocupaban los lados del corto fuselaje. Miles estiró el cuello para echar un vistazo por encima de los hombros del piloto: quería ver el planeta que giraba más abajo.

Eta Ceta IV, corazón y mundo madre del floreciente imperio cetagandano. Miles estaba seguro de que ocho planetas desarrollados y el mismo número de dependencias aliadas y gobiernos títere podían ser definidos como un imperio extenso según los parámetros de cualquier observador. Claro que eso no significaba que los ghemlores cetagandanos no quisieran expandirse un poco más, a expensas de sus vecinos, a ser posible.

Pero a pesar de la gran extensión del país, las naves militares cetagandanas sólo podían pasar de una en una en los saltos de agujero de gusano. Como todo el mundo.

El problema era que algunos tenían naves *enormes*, mierda.

La irisada línea nocturna se deslizaba a lo largo del borde del planeta mientras el vehivaina personal seguía recorriendo las órbitas que lo llevaban de la nave correo imperial de Barrayar, que acababan de dejar, a la estación de transferencia cetagandana que los esperaba más abajo. La noche tenía un brillo impresionante. Los continentes estaban bañados con una lluvia de motas luminosas, como iluminados por las hadas. Miles tenía la impresión de que era posible leer bajo el brillo de aquella civilización, como bajo la luz de una luna llena. Barrayar, el planeta madre que compartía con Iván, se le antojaba de pronto como una vasta tela absolutamente negra, con sólo algunas chispas de ciudades aquí y allá. El bordado de alta tecnología de Eta Ceta era claramente... barroco. Sí, una esfera con demasiada ropa encima, como una mujer recargada de joyas. De mal gusto, pensó Miles, tratando de convencerse a sí mismo. *No soy un patán provinciano. No me dejaré impresionar. Soy lord Vorkosigan, noble y oficial.*

Claro que el teniente lord Iván Vorpatril también lo era, pero eso no llenaba de confianza a Miles. Miró a su primo, que también estiraba el cuello, los ojos ávidos, los labios entreabiertos, bebiendo la imagen de su destino, allá abajo. Por lo menos, Iván tenía el aspecto de un oficial diplomático: alto, de cabello negro, atildado, una sonrisa fácil siempre marcada en su atractivo rostro. El uniforme verde de fajina le sentaba de maravilla. La mente de Miles se deslizó, con la insidiosa facilidad de las malas costumbres, a una comparación llena de envidia.

Miles tenía que hacerse los uniformes a medida, y en lo posible trataba de disimular los graves defectos de nacimiento que tantos años de tratamientos médicos habían intentado corregir. En realidad, debería dar gracias de que los meds hubieran conseguido tanto con tan poco. Después de toda una vida de enfermerías, medía un metro cuarenta, era jorobado y de huesos frágiles, pero todo eso era mejor que tener que esperar a que otra persona lo arrastrara de un lado a otro sobre un carrito de cuatro ruedas. Claro, claro...

Sí, ahora podía estar de pie, caminar, correr si era necesario, con los hierros en las piernas y todo. Seguridad Imperial de Barrayar no le había contratado por su belleza,

gracias a Dios, sino por su inteligencia. Sin embargo, se le ocurrió la morbosa idea de que lo habían mandado a ese circo para que la imagen de Iván destacara en comparación con la suya. Seglmp no le había dado ninguna misión interesante en Cetaganda a menos que el cortante “¡y no te metas en líos!» de Illyan, jefe de Seguridad, pudiera considerarse un encargo secreto.

Por otra parte, tal vez habían mandado a Iván sólo como figurín, para que Miles pareciera en comparación más inteligente. Esta idea lo confortó.

Ahí estaba la estación de transferencia orbital, justo a tiempo. Ni siquiera el personal diplomático bajaba directamente a la atmósfera de Eta Ceta. Hubiera significado una trasgresión de la etiqueta, y seguramente merecería una advertencia administrada con fuego de plasma. Sí, Miles tenía que admitir que la mayoría de los mundos civilizados tenía reglas similares, aunque fuera sólo para impedir contaminaciones biológicas.

—Me pregunto si la muerte de la emperatriz viuda se debió a causas naturales... —dijo Miles, por decir algo. Después de todo, no podía esperar que Iván tuviera una respuesta para eso—. Fue tan repentina...

Iván se encogió de hombros.

—Era una generación mayor que el Gran Tío Piotr y eso que él era viejo de solemnidad. Me ponía muy nervioso cuando era chico. Lo que dices es una atractiva teoría paranoica, pero no lo creo.

—Lamento decir que Illyan está de acuerdo contigo, o no nos habría dejado venir a *nosotros*. Hubiera sido mucho menos aburrido si el muerto fuera el emperador, en lugar de una ancianita balbuceante.

—Pero entonces no estaríamos aquí —señaló Iván con una lógica aplastante—. Estaríamos de guardia en un puesto defensivo mientras las facciones de los candidatos discutían el problema de la sucesión en una gran pelea. Esto es mucho mejor. Viajes, vino, mujeres, canciones...

—Es *un funeral de estado*, Iván.

—La esperanza es lo último que se pierde, ¿no es cierto?

—De todos modos, se supone que debemos limitarnos a observar. Observar e informar. Qué y por qué, no lo sé. Illyan me lo dejó muy claro: espera informes por escrito.

Iván gruñó.

—Cómo pasé las vacaciones, por el pequeño Iván Vorpatril, veintidós años. Es como volver a la escuela.

Miles cumpliría veintidós años unos meses después que Iván. Si esa soporífera misión terminaba a tiempo, Miles volvería a casa para la fiesta. Sería un buen cambio. Una idea agradable. Le brillaron los ojos en la oscuridad.

—Pero podría ser divertido, adornar algunos hechos para Illyan. ¿Por qué redactan todos los informes oficiales en ese estilo seco y aburrido? —se quejó Miles.

—Porque los generan cerebros secos y aburridos. Mi primo, el escritor frustrado... No te dejes llevar por el entusiasmo. Illyan no tiene sentido del humor: eso lo descalificaría para el trabajo.

—No estoy tan seguro... —Miles miró adelante mientras el vehivaina seguía el vuelo que le habían asignado como una aguja que borda un dibujo. La estación de transferencia flotó a un costado, vasta como una montaña, compleja como un diagrama de circuitos—. Hubiera sido interesante conocer a la vieja cuando estaba viva. Esa mujer fue testigo de gran parte de la historia, un siglo y medio de historia. Aunque fuera desde el ángulo un poco extraño del serrallo de los hautlores.

—No habrían dejado que se le acercaran unos bárbaros de baja estofa como nosotros...

—Mmm. Supongo que no. —El vehivaina se detuvo un instante, y una enorme nave cetagandana marcada con la insignia de uno de los gobiernos de los planetas exteriores pasó por su lado como un fantasma y los adelantó mientras hacía maniobras con ese

cuerpo monstruoso que atracaría con un cuidado exquisito—. Se supone que todos los gobernadores de las satrapías de los hautlores (y sus comitivas, claro) se reunirán aquí para el sepelio. Apuesto a que Seguridad Imperial cetagandana se está divirtiendo mucho.

—Es que si viene un gobernador, supongo que el resto tiene que venir por narices. Para vigilarse mutuamente. —Iván enarcó las cejas—. Debe de ser todo un espectáculo. La ceremonia como expresión artística. Mierda, hasta sonarse la nariz es un arte para los cetagandanos. Seguramente lo hacen para poder burlarse de los demás cuando se equivocan. La superioridad elevada a la enésima potencia.

—Eso es lo único que me convence de que los hautlores todavía son humanos: a pesar las manipulaciones genéticas, quiero decir.

Iván hizo una mueca.

—Para mí, un mutante voluntarlo sigue siendo un mutante. —Desde su altura miró la silueta súbitamente tensa de su primo, carraspeó y trató de encontrar algo interesante que ver fuera de la nave.

—Eres tan diplomático, Iván... —dijo Miles a través de una sonrisa tensa—. Trata de no desatar una guerra con tu... boca, ¿eh? —*Una guerra Civil o de cualquier otro tipo.*

Iván se encogió de hombros para desembarazarse del mal momento. El piloto del vehivaina, un sargento tec de Barrayar enfundado en uniforme de fajina negro, deslizó su pequeña nave hacia el receptáculo de embarque con exactitud y facilidad. La imagen del exterior se redujo a una penumbra vacía. Parpadeos de luces de control que les dieron la bienvenida con alegría; servofrenos que chillaron cuando los portales de tubo flexible se pusieron paralelos a la nave y se conectaron. Miles soltó los cinturones de seguridad un segundo después que Iván: una forma de fingir indiferencia o *savoir faire* o algo. Ningún cetagandano iba a descubrirlo con la nariz apretada a la ventanilla como un perrito impaciente. Él era un Vorkosigan. Pero el corazón le latía desbocado.

El embajador barrayarés lo estaría esperando. Se llevaría a sus dos huéspedes de alto rango y les indicaría cómo seguir adelante. Por lo menos, eso era lo que Miles esperaba y repasó mentalmente los saludos militares y civiles adecuados y el mensaje de su padre, memorizado con tanto cuidado hacía unos días.

El cierre dio una vuelta y a la derecha del asiento de Iván se abrió la compuerta del costado del casco.

Un hombre se precipitó al interior, se detuvo bruscamente frente a la gran llave de la compuerta y los miró con los ojos muy abiertos, jadeando ansiosamente. Movía los labios pero Miles no estaba seguro de si lo que oía era una maldición, una plegaria o un intento de alguna otra cosa.

El hombre era viejo pero no frágil, de hombros anchos y por lo menos tan alto como Iván. Usaba lo que Miles clasificó provisionalmente como el uniforme de los empleados de la estación, gris metálico y malva. Un cabello fino y blanco le flotaba sobre la cabeza, pero el rostro estaba totalmente desprovisto de vello: no tenía barba, ni cejas, ni siquiera pestañas. De pronto, puso la mano en el bolsillo izquierdo, sobre el corazón.

—¡Arma! —gritó Miles para advertir a los demás. El piloto del vehivaina dio un salto, pero aún se estaba desabrochando los cinturones de seguridad. Miles no estaba físicamente equipado para atacar, pero los reflejos de Iván eran como una máquina bien engrasada gracias al entrenamiento y al combate real. Lord Vorpatril ya estaba en movimiento: rotaba sobre su propio punto de contacto con una mano sujeta a un asidero, para interceptar al intruso.

El combate cuerpo a cuerpo es siempre increíblemente incómodo y torpe en caída libre, en parte porque hay que aferrarse con fuerza al oponente. Los dos hombres terminaron en una lucha directa. El intruso no se aferraba al chaleco, sino al bolsillo derecho del pantalón de Iván, pero éste consiguió arrebatarse el brillante destructor nervioso de un solo golpe.

El destructor se alejó flotando hacia el otro lado de la cabina, convertido en amenaza

para todos los que se encontraban a bordo.

A Miles siempre lo habían aterrorizado los destructores nerviosos, pero nunca como proyectiles. Tuvo que dar dos saltos retorcidos para poder atraparlo en el aire sin que se disparara accidentalmente ni lastimara a Iván. El arma era pequeña, pero estaba cargada y era mortal.

Mientras tanto, Iván había pasado detrás del viejo y trataba de aferrarlo por los brazos. Miles aprovechó el momento para hacer un intento de apoderarse de la segunda arma. Abrió el chaleco malva y buscó el bulto dentro del bolsillo interno. Se le cerraron los dedos sobre un cilindro corto que identificó como una picana.

El hombre gritó y se sacudió violentamente. Muy asustado y no del todo seguro de lo que había hecho, Miles se alejó de la pareja de luchadores con un empujón y se escondió con prudencia detrás del piloto. El alarido mortal del hombre le hizo pensar que tal vez le había sacado al viejo la fuente de energía del corazón artificial o algo así, pero su enemigo seguía peleando, así que no podía ser tan fatal como parecía.

El intruso se zafó de la presa de Iván y retrocedió hacia la compuerta. De pronto, se produjo una de esas extrañas pausas que se dan a veces en combate cerrado y todos trataron de recuperar el aliento y controlar el flujo de adrenalina al riego sanguíneo. El viejo miró el puño de Miles, cerrado sobre el cilindro, y su expresión cambió de miedo a... ¿acaso esa mueca era un gesto de triunfo? Claro que no, imposible... ¿Inspiración y locura, entonces?

Solo contra muchos ahora que el piloto se había unido a la refriega, el intruso retrocedió, se tambaleó hacia el tubo flexible y se dejó caer en el compartimiento de embarque que había detrás. Miles corrió torpemente para seguir a Iván, que había empezado la persecución, y llegó justo a tiempo para ver cómo el intruso, de pie en el campo de gravedad artificial de la estación, levantaba la bota y golpeaba a su primo en el pecho. El joven retrocedió hacia el portal. Para cuando Miles e Iván lograron desengancharse uno de otro y el ladeo de Iván dejó de ser alarmante, el viejo ya había desaparecido. Los pasos se oían cada vez más lejanos en el compartimiento. ¿Qué salida había...? El piloto del vehivaina, después de asegurarse de que sus pasajeros estaban temporalmente a salvo, se apresuró a contestar la alarma de su comu.

Iván se levantó, se sacudió y miró a su alrededor. Miles lo imitó. Estaban en un compartimiento de carga, pequeño, sucio, mal iluminado.

—Si ése era el inspector de aduanas, estamos en un buen lío —dijo Iván.

—Me pareció que iba a dispararnos —dijo Miles.

—Pero gritaste antes de ver el arma.

—No fue por el arma. Fueron los ojos. Tenía la mirada de quien está a punto de hacer algo que lo asusta muchísimo. Y sí que sacó el arma.

—Después de que le saltamos encima, Miles. ¿Quién sabe lo que iba a hacer?

Miles giró sobre sus talones y examinó el entorno con más atención. No había ni un ser humano a la vista, ni un cetagandano, ni un barrayarés, absolutamente nadie.

—Algo anda muy mal aquí. Alguien está en el lugar equivocado, él o nosotros. Este compartimiento sucio no puede ser el puerto del vehivaina. Quiero decir, ¿dónde está el embajador de Barrayar? ¿Y la guardia de honor?

—¿Y la alfombra roja y las bailarinas? —suspiró Iván—. Pero si ese hombre hubiera querido asesinarte o secuestrar el vehivaina, debería haber entrado con el destructor nervioso en la mano.

—No era un inspector de aduanas. Mira los monitores —señaló Miles. Dos transmisores de vídeo, colocados estratégicamente en las paredes cercanas, colgaban del revés en el aire, arrancados de cuajo—. Los anuló antes de abordar. No entiendo. Los de Seguridad de la estación deberían haber caído como moscas... ¿Y si lo que andaban buscando era el vehículo, y no a nosotros? ¿Qué te parece?

—Te querían a ti, Miles. Nadie me perseguiría a mí...

—Ese hombre parecía más asustado que nosotros. —Miles reprimió un suspiro y deseó que el corazón le latiera un poco más lento.

—Habla por ti mismo —aclaró Iván—. A mí me asustó mucho, te lo aseguro.

—¿Estás bien? —preguntó Miles, un poco tarde—. Quiero decir, ¿tienes algún hueso roto o algo así?

—Estoy bien... ¿y tú?

—Yo estoy bien.

Iván echó una mirada a Miles, quien tenía el destructor nervioso en la mano derecha y el cilindro en la izquierda. Arrugó la nariz.

—¿Cómo has terminado con todas las armas en la mano?

—No... no sé... realmente... —Miles deslizó el pequeño destructor nervioso en el bolsillo del pantalón y sostuvo el cilindro misterioso bajo la luz—. Al principio creí que era una especie de picana, pero no. Es algo electrónico, pero no reconozco el diseño.

—Una granada —sugirió Iván—. Una bomba de tiempo. Pueden darle el aspecto que quieran, ya sabes...

—No lo creo.

—Señores. —El piloto del vehivaina sacó la cabeza a través de la compuerta—. El control de vuelo de la estación nos prohíbe que atraquemos aquí. Nos dicen que esperemos fuera. Quieren que salgamos inmediatamente.

—Ya sabía yo que no podía ser el lugar correcto —dijo Iván.

—Pero son las coordenadas que me dieron, señor —objetó el piloto, un poco molesto.

—No es culpa suya, sargento, estoy seguro —lo calmó Miles.

—Las órdenes de control de vuelo han sido tajantes. —La cara del sargento estaba tensa—. Por favor, señores...

Obedientes, Miles e Iván subieron otra vez al vehivaina. Miles volvió a ajustarse los cinturones con un gesto automático mientras en su cabeza se desataba un torbellino de suposiciones, tratando de encontrar una explicación para esa extraña bienvenida en Cetaganda.

—Creo que deliberadamente desalojaron esta sección de la estación —decidió en voz alta—. Te apuesto dólares betaneses a que la Seguridad cetagandana está haciendo una búsqueda cuidadosa de ese sujeto. Un fugitivo, por el amor de Dios. —¿Ladrón, asesino, espía? Las posibilidades eran tentadoras.

—De todos modos, estaba disfrazado —dijo Iván.

—¿Cómo lo sabes?

Iván se sacudió unos pelos finos y blancos de la manga.

—Esto no es pelo de verdad.

—¿En serio? —Miles estaba encantado. Examinó el mechón que le tendía Iván desde el otro lado del pasillo. Un lado estaba pegoteado de adhesivo—. Ajá...

El piloto recibió las nuevas coordenadas; el vehivaina flotaba ahora en el espacio a unos cien metros de la fila de compartimentos de embarque. No había otros vehivainas visibles.

—¿Informo de este incidente a las autoridades, señores? —El sargento estiró la mano hacia los controles del comu.

—Espere —dijo Miles.

—¿Señor? —El piloto lo miró por encima del hombro con expresión dubitativa—. Creo que deberíamos...

—Espere a que nos pregunten. Después de todo, no es cosa nuestra cubrir los errores de la Seguridad cetagandana, ¿no le parece? Que se preocupen ellos. El asunto no nos concierne.

El piloto esbozó una breve mueca y la suprimió enseguida, pero había sido suficiente: Miles supo que lo había convencido.

—Sí, señor —dijo el hombre, tomándolo como una orden y por lo tanto, como

responsabilidad de lord Miles. No tenía nada que decir, él no era más que un simple sargento tec—. Lo que usted diga, señor.

—Miles —musitó Iván—, ¿qué estás haciendo, Dios mío?

—Observando—dijo Miles, severo—. Quiero ver la eficacia de Seguridad de esta estación cetagandana. Creo que Illyan querría que hiciéramos eso, ¿no te parece? Ah, no te preocupes... ya verás cómo vienen a interrogarnos y a llevarse todo esto, pero así al menos conseguiré algo de información. Tranquilo, Iván.

Iván se acomodó en el asiento, y su aire de preocupación se fue disipando a medida que transcurrían los minutos sin otra interrupción que el aburrimiento del viaje en el pequeño vehivaina. Miles examinó sus tesoros. El destructor nervioso era civil, cetagandano, de gran calidad. El hecho de que no fuera militar era raro: los cetagandanos no alentaban la posesión de armas personales letales entre la población civil. Pero ese aparato no tenía insignias especiales que lo identificaran como el juguete de algún ghemlord. Era simple y funcional, con el tamaño perfecto para llevarlo escondido.

El cilindro corto era todavía más raro. Incrustado en su carcasa transparente había una pieza brillante para parecía simplemente decorativa; Miles estaba seguro de que un examen microscópico le revelaría una gran densidad de circuitos. Uno de los extremos del aparato era simple, el otro estaba cubierto con un sello.

—Seguro que esto sirve para insertarlo en alguna parte —le dijo a Iván, dando vueltas el cilindro a la luz.

—Tal vez es un consolador —se burló Iván.

Miles soltó un resoplido.

—Con los ghemlores..., ¿quién puede estar seguro? Pero no, no lo creo.

El sello de la tapa tenía la forma de un pájaro con garras, de aspecto peligroso. En el centro de la figura brillaban líneas metálicas, conexiones de circuitos. En algún lugar, alguien tenía la pareja, una forma de ave con el pico abierto en un grito, un esquema lleno de códigos que liberaría la tapa para descubrir.. ¿qué? ¿Otro esquema de códigos? Una llave para una llave... Era algo extraordinariamente elegante. Miles sonrió, fascinado.

Iván lo observó, inquieto.

—Vas a devolverlo, ¿verdad?

—Claro que sí, si me lo piden.

—¿Y si no te lo piden?

—Si no me lo piden, pienso quedármelo como recuerdo. Es demasiado bonito para tirarlo. Tal vez me lo lleve a casa, se lo regale a Illyan para que sus enanos de laboratorio de decodificación jueguen con él como ejercicio. Un jueguecito que les llevará un año por lo menos. No es cosa de aficionados, hasta yo me doy cuenta.

Antes de que Iván pudiera poner en palabras sus objeciones, Miles se abrió la guerrera y deslizó el aparato dentro del bolsillo que tenía junto al pecho. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Pero... ¿te gustaría quedarte con éste? —preguntó y entregó a Iván el destructor nervioso.

Iván quería quedárselo, eso era evidente. Aplacado por la división del botín, cómplice del crimen ahora, Iván hizo desaparecer el arma en su guerrera. Esa presencia secreta y siniestra junto a su pecho, calculaba Miles, serviría para mantener a su primo amable y preocupado en el siguiente encuentro con las autoridades.

Por fin, control de tránsito de la estación los envió hacia otro muelle. Atracaron en un compartimiento para vehivainas situado a dos puestos del que les habían asignado antes. Esta vez, la puerta se abrió sin incidentes. Iván dudó un instante y salió por el tubo flexible. Miles lo siguió.

Seis hombres los esperaban en una cámara gris casi idéntica a la primera, aunque más limpia y mejor iluminada. Miles reconoció inmediatamente al embajador barrayarés. Lord Vorob'yev era un hombre sólido, macizo, de unos sesenta años estándar, ojos atentos,

sonriente y contenido. Usaba un uniforme de la Casa Vorob'yev, color burdeos con galones negros, bastante formal para la ocasión, en opinión de Miles. Estaba flanqueado por cuatro guardias en uniforme de fajina verde de Barrayar. Dos oficiales de la estación cetagandana, en uniformes malva y gris de estilo similar pero más complejo que el del intruso, esperaban de pie un poco apartados de los barrayareses.

¿Sólo dos hombres de la estación? ¿Dónde estaba la policía civil, los de inteligencia militar cetagandana o por lo menos agentes secretos de alguna de las facciones ghem? ¿Dónde estaban las preguntas que Miles había previsto y los encargados de hacerlas?

De pronto, se descubrió saludando al embajador Vorob'yev como si nada hubiera pasado, tal como había ensayado en un principio. Vorob'yev pertenecía a la generación del padre de Miles y en realidad había sido su emisario cuando el conde Vorkosigan todavía era Regente. Hacía ya seis años que Vorob'yev tenía ese conflictivo puesto, desde el momento en que había abandonado la carrera militar para dedicarse al servicio Imperial como civil. Miles resistió un deseo de saludarlo militarmente. Transformó ese deseo en una grave inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, lord Vorob'yev. Mi padre le manda sus saludos personales y estos mensajes.

Entregó el disco diplomático sellado, acto que uno de los oficiales cetagandanos anotó en su informe.

—¿Seis bultos en el equipaje? —inquirió el cetagandano con un gesto de cabeza.

El piloto del vehivaina terminó de apilarlos sobre la plataforma flotante, hizo la venia a Miles y volvió a su nave.

—Sí, eso es todo —dijo Iván. Iván parecía nervioso y alerta, intensamente consciente del objeto que llevaba en el bolsillo, pero al parecer el oficial cetagandano no sabía interpretar la expresión de su primo tan bien como Miles.

El cetagandano hizo un gesto, el embajador miró a los guardias y asintió. Dos de ellos se separaron del resto para acompañar al equipaje en su viaje a través de la inspección de la estación. El cetagandano volvió a sellar el puerto y se llevó la plataforma flotante.

Iván la miró ir con ansiedad.

—¿Nos lo devolverán todo?

—Tardarán un tiempo. Siempre se producen algunos retrasos, aunque las cosas vayan según las reglas —dijo Vorob'yev con tranquilidad—. ¿Han tenido buen viaje, caballeros?

—Totalmente normal —dijo Miles antes de que Iván pudiera abrir la boca—. Hasta que llegamos aquí. ¿Es normal que los visitantes de Barrayar entren por este puerto de embarque, o nos asignaron a este lugar por alguna otra razón? —Mientras hablaba, no perdía de vista al otro oficial cetagandano para ver cómo reaccionaba.

Vorob'yev sonrió con amargura.

—Hacernos entrar por la puerta de servicio es una forma de jugar con nosotros, de reafirmar el estatus de Cetaganda. Tiene usted razón, es un insulto premeditado para distraernos. Yo dejé de distraerme hace años y le recomiendo que usted haga lo mismo.

El cetagandano no reaccionó. Vorob'yev lo trataba con menos respeto que a un mueble, consideración que el cetagandano retribuía actuando como un mueble. Parecía un ritual.

—Gracias, señor. Acepto su consejo. Ah... ¿usted también se retrasó? Nosotros sí. Nos dieron permiso para atracar una vez y después nos hicieron repetir la maniobra.

—La circulación está particularmente conflictiva en el día de hoy. Considérense afortunados, señores. Por aquí, por favor.

Iván miró a Miles con desesperación mientras Vorob'yev se daba la vuelta y Miles meneó la cabeza, un gesto breve. *Espera...*

Guiados por el oficial de la estación cetagandana, que avanzaba al frente con rostro inexpresivo, y flanqueados por los guardias de la embajada, los dos jóvenes acompañaron a Vorob'yev hacia arriba. Cruzaron varios niveles. El transbordador

planetario de la embajada de Barrayar estaba esperándolos en un verdadero compartimiento de embarque de pasajeros. Tenía una sala de espera VIP como Dios manda con sistema de gravedad en el tubo flexible para que nadie tuviera que flotar durante el embarque. La escolta cetagandana se quedó allí. Una vez a bordo, el embajador pareció un poco más relajado. Acompañó a Miles e Iván hasta unos asientos lujosamente tapizados alrededor de una mesa de comuconsola. Hizo un gesto con la cabeza y un guardia les ofreció bebidas mientras esperaban el permiso de salida y el equipaje. Siguiendo los consejos de Vorob'yev aceptaron un vino barrayarés de una cosecha particularmente suave. Miles apenas si tomó un sorbo —quería tener la cabeza despejada—; Iván y el embajador hablaron sobre el viaje y sobre amistades comunes. Al parecer, Vorob'yev conocía personalmente a la madre de Iván. Miles ignoró la silenciosa invitación de Iván a sumarse a la charla y tal vez contarle a lord Vorob'yev la aventurita con el intruso... ¿eh?

¿Por qué no estaban con ellos las autoridades cetagandanas? ¿Por qué no los interrogaban? Miles repasaba explicaciones y argumentos con la mente aturdida.

Fue una trampa y yo acabo de morder el anzuelo, y están dejando que el guión siga adelante. Considerando lo que sabía de los cetagandanos, Miles ponía esa posibilidad como primera de la lista.

O tal vez es cuestión de tiempo y van a llegar en cualquier momento... O más adelante. Primero tendrían que capturar al fugitivo y hacer que soltara su versión del encuentro. Eso podía requerir tiempo, sobre todo si el hombre... bueno... estaba inconsciente por el arresto o estaba bajo los efectos de una picana. Si es que era un fugitivo... Si es que las autoridades de la estación lo estaban buscando en la zona de embarque... Si... Miles estudió la copa de cristal que tenía entre las manos, sorbió un poco del líquido rubí y sonrió a Iván con amabilidad.

El equipaje y los guardias llegaron justo cuando terminaban las copas: Vorob'yev sabía calcular el tiempo, pensó Miles. Cuando el embajador se levantó para supervisar la carga del equipaje y la partida, Iván se inclinó sobre la mesa para susurrarle a Miles con urgencia:

—¿No piensas decírselo?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—¿Tanta prisa tienes por deshacerte de ese destructor nervioso? La embajada te lo quitaría inmediatamente, igual que los cetagandanos, supongo.

—A la mierda con eso. ¿Qué estás planeando?

—No... no estoy seguro. Todavía. —Las cosas no se desarrollaban como él había esperado. Había esperado intercambios irritados con varias autoridades cetagandanas. Había esperado que las autoridades lo obligaran a devolver sus tesoros y poder cambiarlos por información, revelada consciente o inconscientemente. No era culpa suya que los cetagandanos no estuvieran haciendo bien el trabajo.

—Por lo menos tenemos que informar de esto al asesor militar de la embajada.

—Informar, sí. Pero no al asesor. Illyan me dijo que si teníamos problemas, quiero decir el tipo de problemas de *nuestro* departamento, tenía que dirigirme a lord Vorreedi. Tiene el puesto de oficial de protocolo, pero es un coronel Seglmp y jefe de Seglmp en Cetaganda.

—¿Y los cetagandanos no se dan cuenta?

—Claro que sí. Como nosotros sabemos quién es quién en la embajada de Cetaganda en Vorbarr Sultana. Es una ficción legal, parte de un juego de cortesía... No te preocupes, yo me encargo de todo. —Miles suspiró para sí. Suponía que lo primero que haría el coronel sería sacarlo del flujo de información. Y no se atrevía a explicarse la razón por la que sentía que eso no estaría bien.

Iván se sentó otra vez, provisionalmente en silencio. Sólo provisionalmente. Miles

estaba seguro de eso.

Vorob'yev también se acomodó en el asiento y ajustó el cinturón de seguridad.

—Eso es todo, señores. Nadie ha tocado sus posesiones y nadie ha añadido nada. Bienvenidos a Eta Ceta IV. No hay ceremonias oficiales que requieran su presencia hoy, pero si no están demasiado cansados esta noche la embajada marilacana ofrece una recepción informal para la comunidad extranjera y sus augustos visitantes. Les recomiendo que asistan.

—¿Nos lo recomienda? —dijo Miles. Cuando una persona con una carrera tan larga y distinguida como la de Vorob'yev hacía una recomendación, había que tomarla en cuenta.

—En las próximas semanas, tratarán con muchas de estas personas —dijo Vorob'yev—. La reunión puede ofrecerles una buena orientación.

—¿Y qué nos ponemos? —preguntó Iván. Cuatro de las seis maletas que venían de la aduana eran suyas.

—Uniforme de fajina verde, por favor —dijo Vorob'yev—. La ropa es un lenguaje cultural en todas partes, eso es cierto, pero que aquí constituye prácticamente un código secreto. Resulta bastante difícil moverse entre los ghemlores sin cometer un error. Entre los hautlores, es casi imposible no equivocarse. Los uniformes siempre son correctos, o por lo menos no definen a quien los lleva, ya que no implican un acto de elección. Ya le pedí a mi oficial de protocolo que les hiciera una lista de los uniformes que deben usar en cada acto.

Miles suspiró aliviado; Iván parecía levemente desilusionado.

Con los siseos y ruidos metálicos de siempre, los tubos flexibles se replegaron y el transbordador se separó de la estación. Ninguna autoridad furiosa subió por la compuerta en plan de arresto, ninguna comunicación urgente detuvo al embajador ni lo sacó corriendo por el tubo. Miles consideró una tercera explicación.

Nuestro intruso desapareció, lo consiguió. Las autoridades de la estación no saben nada. Nadie lo sabe.

Excepto, por supuesto, el intruso. Miles mantuvo la mano quieta y no tocó el bulto que llevaba escondido en la guerrera. No sabía qué era ese artefacto, pero fuera lo que fuese, el individuo sabía que Miles lo tenía. Sin duda podía averiguar quién era Miles. *Tengo un hilo que conduce hasta ti ahora. Si dejas que las cosas sigan adelante, algo tiene que volver por ese hilo hasta mi mano, ¿no es cierto?* El asunto podía transformarse en un bonito ejercicio de inteligencia/contrainteligencia, mejor que las maniobras porque era real. No había un censor acechando con una lista de respuestas correctas, grabando los errores para analizarlos más tarde en interminables sesiones. Una buena práctica.

En algún momento de su carrera militar, el oficial tenía que dejar de obedecer las órdenes y empezar a generarlas. Miles quería el ascenso a capitán de SegImp, ah, sí... lo quería.

¿Podría convencer a Vorreedi de que lo dejara jugar con el rompecabezas, a pesar de las obligaciones diplomáticas del coronel?

Miles entornó los ojos en un gesto de anticipación mientras la nave descendía hacia la nebulosa atmósfera de Eta Ceta.

2

Miles caminaba a medio vestir por el gran salón de recepción que le había asignado la embajada de Barrayar con el cilindro brillante entre las manos.

—Bueno, ellos quieren que yo tenga esto... pero ¿se supone que debo guardarlo aquí, o debo llevarlo siempre encima?

Iván puso los ojos en blanco. Se había vestido cuidadosamente con la guerrera de cuello alto, los pantalones ajustados y las botas de media caña de otro uniforme verde

informal.

—¿Dejarás ya de manosear esa cosa y te vestirás de una vez? Llegaremos tarde. Tal vez es una pesa de cortina, una pesa muy rebuscada, y lo que quieren es que te vuelvas loco tratando de encontrar un significado. Cualquier significado, siempre que sea profundo y siniestro, claro. O quieren que yo me vuelva loco escuchándote. Una bromita pesada de algún ghemlord.

—Yo diría que es una bromita pesada particularmente sutil.

—Lo cual no significa que ésa no sea la explicación correcta. —Iván se encogió de hombros.

—No. —Miles frunció el ceño y cojeó hasta la comuconsola. Abrió el cajón superior y buscó una estilo y un taco de hojas de plástico con el sello real. Arrancó una hoja y la apretó contra la figura del cabezal del cilindro, luego pasó la estilo sobre el dibujo, un esquema rápido, exacto y a escala. Tras un momento de duda, dejó el cilindro en el cajón con el taco y cerró el cajón de nuevo.

—No me parece un buen escondite —comentó Iván—. Si es una bomba, tal vez deberías colgarlo de la ventana. No por ti... por los demás.

—No es una bomba, mierda. Y ya he pensado en cientos de escondites pero no se me ocurre ninguno a prueba de rastreadores, así que no tiene sentido. Debería estar en una caja negra forrada de plomo, pero da la casualidad que no me he traído ninguna.

—Te apuesto lo que quieras a que los de la embajada tienen una abajo —dijo Iván—. ¿No ibas a confesar?

—Sí, pero desgraciadamente lord Vorreedi no está en la ciudad. No me mires así, no he tenido nada que ver con eso. Vorob'yev me dijo que el hautlord a cargo de una de las estaciones de salto de Eta Ceta embargó una nave mercante registrada en Barrayar y a su capitán por infracciones a las normas de importación.

—¿Contrabando? —dijo Iván, interesado.

—No, alguna enrevesada regla típicamente cetagandana. Con impuestos y pagos obligatorios. Y multas. Y un nivel de causticidad que ya se está volviendo asintótico. Una de las metas de nuestro gobierno es normalizar las relaciones comerciales y aparentemente Vorreedi sabe cómo tratar y diferenciar a ghemlores y hautlores, así que Vorob'yev le pidió que se ocupara del asunto mientras él está clavado aquí con los deberes ceremoniales. Volverá mañana. O pasado mañana. Mientras tanto, no creo que haga ningún mal en ver hasta dónde puedo llegar solo. Si no aparece nada interesante, le paso el asunto a Seglmp apenas llegue Vorreedi...

Iván entornó los ojos y procesó la información.

—¿Ah, sí? ¿Y si aparece algo interesante?

—Bueno, claro, en ese caso también...

—¿Ya se lo contacte a Vorob'yev?

—No exactamente. No. Mira, Illyan dijo que se lo contara a Vorreedi, así que no confiaré en nadie más. Yo me ocupo de eso apenas vuelva.

—Ya te dije que se está haciendo tarde, Miles —insistió Iván.

—Sí, sí... —Miles se tendió en la cama, luego se sentó y frunció el ceño mirando los aparatos ortopédicos, que lo esperaban—. Necesito tiempo para reemplazar los huesos de mis piernas. Me he cansado de lo orgánico, ya es hora de pasar al plástico. Tal vez los convenza de que me agreguen unos centímetros ya que están en eso. Si hubiera sabido que tendría todo este tiempo libre, habría organizado la cirugía y ahora estaría recuperándome en lugar de venir aquí a ser un adorno.

—Qué desconsideración por parte de la emperatriz. Tendría que haberte mandado una nota y advertirte que se iba a caer muerta en cualquier momento —se burló Iván—. Será mejor que te pongas todo eso. Si te tropiezas con el gato de la embajada y te rompes las piernas, tía Cordelia me echará las culpas. Otra vez.

Miles gruñó pero no demasiado fuerte. Iván también interpretaba sus reacciones

perfectamente. Se cerró la protección alrededor de las piernas cubiertas de moretones, pálidas, tantas veces aplastadas. Por lo menos los pantalones del uniforme disimulaban esa debilidad. Se puso la guerrera, selló las botas cortas bien lustradas, repasó el peinado en el espejo y siguió al impaciente Iván, que ya esperaba en la puerta. Al pasar, deslizó la hoja con el dibujo dentro del bolsillo del pantalón y se detuvo en el corredor para volver a cerrar la puerta con la palma de la mano. Un gesto algo fútil: como agente entrenado de Seglmp, el teniente Vorkosigan sabía que las llaves de palma son poco fiables.

A pesar de la impaciencia de Iván, o tal vez gracias a ella, llegaron al vestíbulo casi al mismo tiempo que el embajador Vorob'yev, que se había puesto otra vez el uniforme granate y negro de la Casa. Miles tenía la sensación de que el embajador no se preocupaba demasiado por la ropa. Vorob'yev condujo a los dos jóvenes hacia el auto de superficie de la embajada, que los estaba esperando. Los tres se hundieron en la suavidad del tapizado. Vorob'yev tuvo la deferencia de sentarse en el asiento que miraba hacia atrás. Quedó ubicado frente a sus huéspedes oficiales. El conductor y un guardia ocupaban el compartimiento anterior. El auto funcionaba bajo el control del ordenador de la red urbana pero el conductor estaba siempre alerta en el control manual para resolver cualquier emergencia. La cubierta del auto se cerró y se deslizaron hacia la calle.

—Esta noche pueden considerar la embajada marilacana como territorio neutral, caballeros —les aconsejó Vorob'yev—. Disfrútenlo, pero no *demasiado*.

—¿Habrá muchos cetagandanos —preguntó Miles— o es una fiesta para extranjeros?

—Ningún hautlord, por supuesto —dijo Vorob'yev—. Están todos en una de las ceremonias privadas por la muerte de la emperatriz, junto con algunos de los líderes más encumbrados de los clanes ghem. Los ghemoles de rango más bajo no tienen obligaciones y seguramente asistirán a la fiesta porque el mes de duelo ha reducido sus oportunidades de vida social. Los marilacanos han aceptado mucha «ayuda» cetagandana en los últimos años, un acuerdo del que en mi opinión acabarán arrepintiéndose. Suponen que Cetaganda no será capaz de atacar a un aliado.

El auto de superficie subió por una rampa, dobló una esquina y les ofreció una breve imagen de un valle brillante lleno de edificios altos, unidos por tubos y caminos transparentes que brillaban bajo el crepúsculo. La ciudad parecía infinita y ni siquiera estaban en el centro.

—Los marilacanos están prestando poca atención a sus propios mapas de nexos de agujeros de gusano —siguió diciendo Vorob'yev—. Creen que ocupan una frontera natural. Pero si Marilac estuviera directamente bajo el dominio de Cetaganda, el siguiente salto los llevaría a Amanecer Zoave, todas sus rutas quedarían cruzadas y por lo tanto podrían acceder a una región nueva para la expansión. La situación de Marilac con respecto a Amanecer Zoave es la misma que tenía Vervain con respecto al Centro Hegen, y todos sabemos lo que pasó ahí. —Vorob'yev esbozó una mueca de ironía—. Y encima, Marilac no cuenta con ningún vecino interesado capaz de organizar un rescate como el que encabezó su padre en Vervain, lord Vorkosigan. Es tan fácil organizar provocaciones e incidentes...

El respingo de alerta que recorrió el pecho de Miles se desvaneció muy pronto. No había ningún significado secreto o personal en los comentarios de Vorob'yev. Todo el mundo conocía el papel político-militar del almirante conde Aral Vorkosigan en la creación de la rápida alianza y el fulminante contraataque que habían terminado con la invasión cetagandana de los saltos de agujero de gusano dominados por Vervain en el camino hacia el Centro Hegen.

Lo que nadie sabía era el papel que había tenido el agente de Seglmp Miles Vorkosigan en la oportuna llegada del almirante al Centro Hegen. Y como nadie lo sabía, nadie le daba crédito. *Ey, hola, soy un héroe pero no puedo decir por qué. Es un secreto de Estado.*

Para Vorob'yev y casi para todo el mundo, el teniente Miles Vorkosigan era un oficial

más de Seglmp, con un padre de tendencias nepotistas que lo escondía del mundo enviándolo lejos a cumplir misiones de rutina. *Un mutante*.

—Yo pensé que el golpe de la Alianza Hegen había sido lo bastante radical y sangriento como para que los ghemlores se quedaran tranquilos por un tiempo —dijo Miles—. Con todo el partido expansionista de los ghemoficiales en retirada y el ghemgeneral Estanis muerto por propia mano... fue por propia mano, ¿verdad?

—Un suicidio involuntario... sí —dijo Vorob'yev—. Estos suicidios políticos cetagandanos pueden resultar muy confusos cuando el actor principal no quiere cooperar.

—Treinta y dos heridas en la espalda... el peor caso de suicidio de la historia —murmuró Iván, claramente fascinado por los rumores que corrían al respecto.

—Exactamente, milord. —Vorob'yev entornó los ojos en un gesto seco y divertido—. Pero debido a las inseguras y cambiantes relaciones entre los ghemcomandantes y las distintas facciones secretas de hautlores, esas operaciones se desmienten con una frecuencia sorprendente. En este momento, la versión oficial para la invasión a Vervain es que se trató de una desgraciada aventura sin autorización. Los oficiales que cometieron el error ya han recibido su castigo, muchas gracias.

—¿Y cómo describen la invasión cetagandana de Barrayar en tiempos de mi abuelo? —preguntó Miles—. ¿Reconocimiento? ¿Prueba de fuerza?

—Cuando la mencionan, sí.

—¿Una prueba de fuerza de *veinte* años? —preguntó Iván, sonriendo.

—No suelen entrar en detalles conflictivos.

—¿Expuso usted a Illyan su punto de vista sobre las ambiciones cetagandanas en cuanto a Marilac? —preguntó Miles.

—Sí, tenemos a su jefe perfectamente informado. Pero en la actualidad no se produce ningún movimiento, nada que apoye mi teoría... Por ahora, me limito a razonar. Seglmp vigila los indicadores principales y nos mantiene al corriente.

—No estoy.. en eso —dijo Miles—. A pesar de que necesitaría saberlo y todo eso...

—Pero supongo que entiende el panorama estratégico de la cuestión.

—Ah, sí, eso sí.

—Y.. los rumores de las clases altas no siempre están tan guardados como debieran. Ustedes dos tal vez oigan algo interesante en la fiesta de hoy. Informen al jefe de protocolo, el coronel Vorreedí. Él también les proporcionará información en cuanto vuelva. Que él decida después qué es importante y qué no. —*Control*. Miles hizo un gesto a Iván, quien se encogió de hombros como si reconociera la verdad de lo que había dicho su primo—. Ah, y traten de no soltar más información de la que reciban, ¿eh?

—Bueno, yo estoy tranquilo —dijo Iván—. No sé nada. —Sonrió con alegría. Miles trató de no hacer una mueca de vergüenza o mascullar algo como *Eso ya lo sabemos, Iván*.

Todas las delegaciones de los planetas exteriores se alojaban en la misma sección de la capital, así que el viaje fue corto. El auto de superficie descendió a nivel de la calle y redujo la velocidad. Entró en el garaje del edificio de la embajada marilacana y se detuvo frente a una entrada profusamente iluminada, un escenario que parecía menos subterráneo de lo que era gracias a las superficies de mármol y las plantas decorativas que colgaban en tubos o macetas. El auto se abrió. Los guardias de la embajada de Marilac se inclinaron frente al grupo barrayarés, que se dirigió hacia los tubos elevadores. Además de hacer reverencias, habían examinado a los invitados discretamente con los rastreadores, de eso no cabía duda alguna. Era evidente que Iván había tenido el acierto de dejar el destructor nervioso en el cajón de su escritorio.

Salieron del tubo elevador a un vestíbulo ancho que daba a varios niveles de áreas públicas conectadas, ya ocupadas por los invitados. El volumen de las conversaciones era alto e invitador. En el centro de la habitación destacaba una gran escultura multimedia, una escultura real, no una proyección. Una cascada de agua brillante caía por una fuente que parecía una montaña pequeña surcada de senderos por los que se podía

transitar. Unos copos irisados se arremolinaban en el aire sobre aquel laberinto en miniatura formando túneles delicados. Por el color verde, Miles supuso que representaban las hojas de los árboles de la Tierra incluso antes de acercarse lo suficiente como para distinguir los detalles realistas. En ese momento, los colores empezaron a cambiar, y pasaron de veinte verdes diferentes a amarillos, dorados, rojos y cobrizos brillantes. A medida que giraban parecían formar esquemas fugaces, caras y cuerpos humanos, sobre un fondo de sonidos vibrantes como el de los carillones de viento. ¿Pretendían que hubiera caras y música, o era sólo un truco para que el cerebro del espectador proyectara imágenes coherentes sobre el azar absoluto? Esa incertidumbre sutil atrajo a Miles.

—Eso es nuevo —comentó Vorob'yev, atraído también—. Muy bonito... Eh, buenas noches, embajador Bernaux.

—Buenas noches, lord Vorob'yev. —El anfitrión de cabello plateado intercambió una cordial inclinación de cabeza con su colega de Barrayar—. Sí, nos gustó bastante. Es un regalo de un ghemlord local. Todo un honor. Se llama «Hojas de otoño». Mi personal de códigos estuvo tratando de descifrar el nombre durante medio día y finalmente decidieron que significaba «Hojas de otoño».

Los dos hombres rieron. Iván sonrió sin entusiasmo: no entendía del todo el chiste local. Vorob'yev los presentó formalmente al embajador Bernaux, que se atuvo a los rangos y a las edades con elaborada cortesía. Les ofreció una explicación sobre los sitios donde se comía y se excusó. Era el efecto «Iván», decidió Miles con rabia. Subieron las escaleras hacia una de las mesas, y los embajadores, ahora que ellos estaban lejos, empezaron a intercambiar comentarios privados y complejos. Probablemente era sólo amabilidad y contactos sociales, pero...

Miles e Iván probaron los entrantes, refinados pero abundantes y fueron a buscar una bebida. Iván eligió un prestigioso vino marilacano; Miles, consciente de la hoja labrada que llevaba en el bolsillo, prefirió café solo. Se separaron con un gesto leve y circularon por la fiesta cada uno a su aire. Miles se reclinó sobre la barandilla que daba sobre el vestíbulo de los tubos elevadores. Tomó traguitos cortos de la taza frágil que tenía entre las manos y se preguntó dónde estaría oculto el circuito que mantenía la temperatura del líquido —ah, ahí, en el fondo, entretejido en el brillo metálico del sello de la embajada marilacana—. «Hojas de otoño» se estaba helando hacia el final de su ciclo. El agua de las fuentes se congelaba, o parecía que se congelaba, convertida en hielo negro y silencioso. Los colores aéreos se desvanecieron hasta convertirse en amarillo sepia y gris plateado, colores de un atardecer invernal, y las figuras que formaban, si es que eran figuras, sugerían desesperación y muerte. La música de campanillas se desvaneció hasta convertirse en susurros discordantes, quebrados. No era un invierno de nieve y celebración. Era el invierno de la muerte. Miles se estremeció. *Mierda, qué efectivo.*

Así que... ¿cómo empezar a hacer preguntas sin revelar nada a cambio? Se imaginó acorralando a un ghemlord. *Diga, ¿alguno de sus ministros perdió una llave en código con un sello como éste?* No, no. Lo mejor era que sus... adversarios lo abordaran a él, pero se estaban tomando demasiado tiempo y ya empezaba a aburrirse. Paseó la mirada sobre la multitud buscando hombres sin pestañas... y no los encontró.

Iván ya había encontrado a una mujer hermosa. Miles parpadeó al advertir su extremada belleza. Era alta y delgada, la piel de las manos y la cara tan suave y delicada como la porcelana. Unas bandas enojadas le sujetaban el cabello rubio, casi blanco, a la altura del cuello y luego más abajo, en la cintura. La sedosa y brillante melena le llegaba casi a las rodillas. El vestido escondía más de lo que mostraba, con capas y más capas de tela, mangas abiertas y chalecos que le llegaban a los tobillos. Los tonos oscuros de la ropa de las capas superiores acentuaban la palidez de la piel, y un brillo de seda cerúlea repetía el azul de sus ojos. Era una ghemlady de Cetaganda, de eso no cabía la menor duda: tenía ese aire de gnomo que sugería la existencia de genes hautlord en el árbol genealógico. También cabía en lo posible que ella hubiera imitado ese aire mediante

cirugía y otras terapias, pero el arrogante arco de las cejas tenía que ser auténtico.

Miles olió las feromonas del perfume de la mujer a más de tres metros de distancia. El perfume le pareció innecesario. Iván ya estaba lanzado. Con un brillo de codicia en sus ojos oscuros, decantaba alguna historia en la que había tenido un papel heroico o al menos protagonista. Algo sobre ejercicios y entrenamiento, ah, claro, para enfatizar el estilo marcial barrayarés. Venus y Marte, por supuesto. Pero ella estaba sonriendo, sí, sonriendo con las palabras de su primo.

No era que Miles, por envidia, quisiera negarle a Iván su suerte con las mujeres. Simplemente le hubiera parecido bien que de vez en cuando, le correspondiera parte de las piezas sobrantes de la cacería. Aunque, según Iván, cada uno tenía que labrarse su propia suerte. El adaptable ego de Iván podía absorber una docena de rechazos esa noche con la esperanza de recibir el premio de una sonrisa al cabo de largo tiempo. Miles pensaba que él se habría muerto de mortificación en el Intento Número Tres. Tal vez la razón de esa sensibilidad era su naturaleza monógama.

Pero mierda, antes de pasar a mayores ambiciones, había que adquirir la monogamia y por ahora no había logrado unir ni una sola mujer a su maltrecha persona. Claro que sus tres años de operaciones secretas y todo el período confinado en el ambiente masculino de la academia militar habían limitado sus oportunidades.

Bonita teoría. ¿Y por qué las mismas condiciones no habían detenido a Iván?

Elena... ¿En el fondo seguía deseando lo imposible? Miles juraba que no era tan exigente como Iván —no podía permitirselo—, pero incluso a esa hermosa ghem rubia le faltaba... ¿qué? La inteligencia, el control, el alma de peregrina... Elena había elegido a otro, y probablemente había hecho bien. Ya era hora de seguir adelante y labrarse su propia suerte. Sin embargo, hubiera deseado que la idea no le pareciera tan difícil.

Al cabo de un instante se acercó un ghemlord desde el otro extremo de la habitación, deteniéndose aquí y allí. Iba vestido de oscuro y con ropas muy amplias. Era joven, más o menos de su misma edad, calculó Miles. Tenía la cabeza cuadrada, con pómulos redondos y prominentes. Uno de ellos estaba maquillado con un adorno circular, una calcomanía, notó Miles, un remolino estilizado de color que identificaba el clan y el rango. Era una versión reducida de la pintura que usaban algunos de los cetagandanos en la cara, una moda pasajera que los mayores no veían con buenos ojos. ¿Había venido a rescatar a su dama de las atenciones de Iván?

—Lady Gelle —dijo y se inclinó levemente.

—Lord Yenaro —contestó ella con una inclinación de cabeza exactamente calculada, de lo cual Miles dedujo que: 1) ella tenía un estatus superior al del hombre en la ghemcomunidad y que 2) él no era el marido ni el hermano... Probablemente Iván estaba a salvo.

—Veo que ya descubrió usted a los exóticos galácticos que estaba buscando —dijo lord Yenaro.

Ella le sonrió. El efecto fue deslumbrante y Miles descubrió que, a pesar de que nunca lo conseguiría, estaba deseando que ella le sonriera. Lord Yenaro, sin duda inmunizado por una vida de exposición a las ghemladies, parecía indiferente.

—Lord Yenaro, le presento al teniente lord Iván Vorpatril de Barrayar y.. y... —La muchacha parpadeó como para indicar a Iván que debía presentar a Miles, un gesto tan preciso e imperativo como si hubiera palmeado a Iván con un abanico.

—Mi primo, el teniente lord Miles Vorkosigan. —Iván suministró la información con suavidad, en el momento justo.

—Alí... ¡los enviados de Barrayar! —Lord Yenaro se inclinó más profundamente—. Es un placer.

Miles e Iván le devolvieron inclinaciones de cabeza no demasiado exageradas pero correctas. Miles se aseguró de que la suya fuera algo menos marcada que la de su primo, un detalle que probablemente no sería muy evidente desde donde se encontraba Yenaro.

—Tenemos una relación histórica, usted y yo, lord Vorkosigan —dijo Yenaro—. Antepasados famosos. —El nivel de adrenalina de la sangre de Miles se disparó hacia el infinito. *Ah, mierda, es pariente del ghemgeneral Estanis y piensa hacerle algo al hijo de Aral Vorkosigan*—. Usted es el nieto del general Conde Piotr Vorkosigan, ¿verdad?

Ah. Historia, sí, pero *antigua...*, no reciente. Miles se relajó.

—Cierto, cierto.

—Yo soy, en cierto modo, su oponente. Mi abuelo fue el ghemgeneral Yenaro.

—Ah, ¿el malogrado comandante de la...? ¿Cómo la llaman ustedes? ¿La... Expedición a Barrayar? ¿El Reconocimiento?

—El ghemgeneral que perdió la Guerra de Barrayar —dijo Yenaro con toda claridad.

—Pero Yenaro, ¿le parece necesario abordar este tema? —dijo lady Gelle.

Entonces, ¿esa mujer quería oír el final de la historia de Iván? ¿En serio? Miles habría podido contarle una mucho más graciosa, ambientada en la época de maniobras de entrenamiento, cuando Iván había guiado a sus hombres directo hacia una zona de barro pegajoso. Se hundieron hasta la cintura y después hubo que sacarlos a todos con una grúa—flotante...

—No estoy a favor de la teoría heroica del desastre —dijo Miles diplomáticamente—. El general Yenaro tuvo la desgracia de ser el último de cinco ghemgenerales que perdieron la Guerra de Barrayar y, por lo tanto, heredó todas las culpas.

—Ah, muy bien expresado —murmuró Iván.

Yenaro también sonrió.

—Si no entendí mal, esa cosa en el vestíbulo es suya, ¿verdad, Yenaro? —preguntó la chica, en un claro intento de cambiar de tema—. Un poco banal para su gente, ¿no? A mi madre le gustó.

—Es sólo una pieza práctica. —Una inclinación irónica de cabeza para esa crítica velada—. A los marilacanos les encantó. La verdadera cortesía considera los gustos del receptor. Tiene algunos niveles de sutileza que sólo se aprecian cuando se camina por dentro.

—Creía que estaba especializado en concursos de perfumes.

—Estoy ampliando mis intereses. Aunque sigo pensando que el olfato es un sentido más sutil que la vista. Cuando quiera, le prepararé una mezcla de perfumes, milady. Ese civeto—jasmín que lleva hoy no combina bien con el estilo formal de los tres niveles de su vestido. Bueno, no debería decirlo, supongo que usted ya lo sabe...

La sonrisa de ella se desvaneció.

—¿Usted cree?

La imaginación de Miles suministró la música de fondo, un quejido de espadas que se cruzan y un *¡Toma eso, bribón!* Miles suprimió una sonrisa.

—Hermoso vestido —Intervino Iván con rapidez—. Huele usted muy bien.

—mm, sí, y hablando de su deseo de lo exótico —dijo lord Yenaro a lady Gelle—, ¿sabía que el nacimiento de lord Vorpatril fue biológico?

Las suaves cejas de la chica se encontraron en el centro de su frente. En aquel rostro perfecto apareció una levísima arruga.

—Todos los nacimientos son biológicos, Yenaro.

—Ah, no es eso. Me refiero al tipo original de biología. Del cuerpo de su madre...

—Eeeuuuu. —Lady Gelle frunció la nariz, horrorizada—. *Vamos*, Yenaro, no sea desagradable... Mamá tiene razón, un día de éstos usted y su grupito *avant-garde* irán demasiado lejos. Corre usted el peligro de convertirse en una persona poco recomendable... Eso cambiaría mucho su fama. —El disgusto iba directamente contra Yenaro, pero Miles advirtió que se alejaba un poco de Iván.

—Cuando la fama nos evita, hay que conformarse con llamar la atención —dijo Yenaro, encogiéndose de hombros.

Yo nací en un replicador. Miles pensó en decirlo con alegría, pero se contuvo. Lo *cual*

demuestra que nunca se sabe. Si dejamos de lado el daño cerebral, Iván tuvo más suerte que yo...

—Buenas *noches*, lord Yenaro. —Ella sacudió la cabeza y se fue con el aire de quien se despide para siempre.

Iván parecía destrozado.

—Muy bonita, lástima que no haya educado su mente... —murmuró Yenaro, como para acotar que el grupo estaba mejor sin esa compañía femenina. No obstante, parecía incómodo.

—Así que... eligió usted la carrera artística y no la militar, ¿eh, lord Yenaro? —Miles trató de romper el silencio.

—¿Carrera? —Lord Yenaro esbozó una mueca—. No, sólo soy un aficionado, por supuesto. Las consideraciones comerciales son la muerte del buen gusto. Pero espero convertirme en un artista de talla... a mi manera.

Miles esperaba que eso no tuviera doble sentido. Siguió la mirada de lord Yenaro que se elevaba por encima de la baranda hacia el vestíbulo hacia la fuente que brillaba más abajo.

—Tiene que venir a verla por dentro. La vista es completamente distinta.

Lord Yenaro era un hombre torpe, decidió Miles. Ese exterior agrio y agresivo sólo ocultaba el ego tembloroso y vulnerable de un *artista*.

—Claro —dijo. Yenaro no necesitaba más. Sonrió, ansioso, y los condujo hacia las escaleras, explicándoles alguna teoría temática que demostraba la escultura. Justo en ese momento, Miles vio al embajador Vorob'yev que lo llamaba desde el otro lado del gran balcón.

—Discúlpeme usted, lord Yenaro. Iván, sigue tú. Enseguida me reúno con vosotros.

—Ah... —Yenaro pareció momentáneamente decepcionado.

Iván miró escapar a su primo con un brillo airado en la mirada que prometía una posterior venganza.

Vorob'yev estaba de pie con una mujer, quien apoyaba la mano con familiaridad sobre el brazo del embajador. Tendría unos cuarenta y tantos, calculó Miles, de rasgos naturalmente atractivos y libres de cualquier retoque relacionado con la escultura artificial de rostros. Su vestido largo y las capas externas que lo adornaban eran una copia de la moda cetagandana, pero con detalles mucho más simples que los de la ropa de lady Gelle. No era cetagandana, pero los colores crema y rojo intenso y los tonos verdes de las capas de tela armonizaban con la misma gracia con su piel olivácea y sus rizos oscuros.

—Por fin le encuentro, lord Vorkosigan —dijo Vorob'yev—. Prometí presentarlo. Ella es Mia Maz, y trabaja para nuestros amigos de la embajada de Vervain. De vez en cuando colabora con nosotros. Se la recomiendo.

Miles se puso firme ante la frase clave, sonrió y se inclinó ante la mujer vervani.

—Encantado de conocerla. ¿Y qué hace usted en la embajada de Vervain, señora?

—Soy jefa de asistentes de protocolo. Me especializo en etiqueta femenina.

—¿Es una especialidad separada?

—Aquí lo es... o debería serlo. Desde hace años vengo diciéndole al embajador Vorob'yev que debería contratar a una mujer para que se encargara de este tema.

—Pero no hay ninguna con experiencia suficiente —suspiró Vorob'yev—, y tú no aceptas el puesto... Aunque te lo he ofrecido muchas veces.

—Bueno, contrate a una sin experiencia y páguele para que la vaya adquiriendo —sugirió Miles—. ¿Milady aceptaría la idea de tomar una alumna?

—Me parece muy buena idea... —Vorob'yev parecía impresionado. Maz alzó las cejas en un gesto de aprobación—. Deberíamos discutirlo, Maz, pero tengo que hablar con Wilstar. Por ahí aparece: va directo a la comida. Con un poco de suerte, tal vez consiga atraparlo con la boca llena. Disculpen... —Ahora que ya los había presentado, Vorob'yev desapareció... diplomáticamente (como siempre).

Maz puso toda su atención en Miles.

—Aunque no *accepte ese puesto*, lord Vorkosigan, quería decirle que si hay algo que podamos hacer por usted en la embajada de Vervain... cualquier cosa por el hijo y el sobrino del almirante Aral Vorkosigan en su visita a Eta Ceta... Todos nuestros recursos están a su disposición.

Miles sonrió.

—No se lo diga a Iván: tal vez quiera que se lo ofrezca personalmente.

La mujer siguió la mirada de Miles por encima de la baranda, hacia donde Iván, alto como siempre, seguía a lord Yenaro a través de la escultura. Sonrió con picardía y se le formó un gracioso hoyuelo en la mejilla.

—No hay problema —dijo.

—Así que... una ghemlady es tan distinta de un ghemlord como para merecer un estudio aparte... un estudio de tiempo completo, quiero decir... Admito que la mayoría de las imágenes que tenemos de los ghemlores en Barrayar se obtuvieron por una mira telemétrica.

—Hace dos años, me habría burlado de esta visión militarista, pero desde el intento de invasión cetagandana he empezado a apreciarla. En realidad, los ghemlores son tan parecidos a los Vor, que a mi entender usted los comprenderá mucho mejor que nosotros en Vervain. Los hautlores son... otra cosa. Y las hautladies son aún más distintas. Apenas empiezo a comprenderlo.

—Las mujeres de los hautlores viven tan... recluidas... ¿hacen algo concreto? Quiero decir, nadie las ve jamás, ¿verdad? No tienen poder.

—Tienen su propio tipo de poder. Sus áreas de control. Paralelas. No compiten con los hombres. Tiene sentido, pero no se molestan en explicárselo a los extranjeros.

—Es decir, a seres inferiores...

—Eso también. —Otra vez apareció el hoyuelo.

—Así que... ¿es usted una autoridad en sellos, símbolos, marcas de los ghem y hautlores...? Yo reconozco unas cincuenta clanmarcas a primera vista, todas las insignias militares y los penachos de los cuerpos de lucha, pero sé que con eso no tengo ni para empezar.

—Estoy bien informada. La estructura se organiza en varias capas y niveles. No puedo decir que los conozca todos, claro...

Miles frunció el ceño, pensativo, después decidió aprovechar la ocasión. Esa noche no estaba pasando nada. Sacó la hoja del bolsillo y la alisó apretándola contra la barandilla.

—¿Conoce este símbolo? Lo vi en un... lugar poco habitual. Pero me sonó a ghem, o a haut... no sé si me entiende.

Ella miró con interés el pájaro con el pico abierto.

—A primera vista, no lo reconozco. Pero tiene razón, no cabe duda de que es de estilo cetagandano. Y antiguo... desde luego.

¿Cómo lo sabe?

—Bueno, aunque es un sello personal y no una clanmarca, no está enmarcado. Durante las últimas tres generaciones, todo el mundo hace sus marcas personales en cartuchos, con marcos cada vez más elaborados. Se puede determinar la década por el diseño del marco... o casi.

—Ajá.

—Si quiere, puedo tratar de identificarlo en mi material de consulta...

—¿De verdad? Se lo agradecería mucho. —Miles plegó otra vez el papel y se lo entregó—. Ah... Y también le agradecería que no se lo mostrara a nadie...

—¿Ah? —Ella dejó que la pregunta colgara en el aire... ¿Ah?

—Discúlpeme. Paranoia profesional. Yo... eh... —Se estaba metiendo en aguas peligrosas—. Es una costumbre.

Por suerte, el regreso de Iván lo sacó del atolladero. La mirada práctica de su primo

había examinado los atributos de la mujer vervani y ahora sonreía con atención... tan feliz como con la última muchacha y la siguiente. Y la otra. El ghemlord artista seguía pegado a su hombro y Miles tuvo que presentarlos a los dos. Maz no conocía a lord Yenaro.

Frente al cetagandano, no repitió el mensaje de gratitud vervani para con el clan Vorkosigan, pero se mostró decididamente amistosa.

—Deberías ir con lord Yenaro a ver esa escultura —dijo Iván con rabia. Merece la pena, es una oportunidad única...

Yo la vi primero, carajo.

—Sí, es muy bonita.

—¿Estaría usted interesado, lord Vorkosigan? —Yenaro parecía ansioso y esperanzado.

Iván se inclinó y susurró al oído de Miles:

—Fue un regalo de lord Yenaro a la embajada marilacana. No seas despectivo, Miles, ya sabes lo suspicaces que son estos cetagandanos con sus... obritas de arte...

Miles suspiró y consiguió esbozar una sonrisa interesada.

—Claro, claro. ¿Ahora?

Se disculpó con Maz, la vervani. Realmente lo lamentaba. El ghemlord lo llevó por las escaleras hacia el vestíbulo y lo hizo detenerse a la entrada de la escultura para esperar que el ciclo empezara de nuevo.

—Mi escasa preparación estética no me permite emitir un juicio —comentó Miles de pasada, con la esperanza de que eso desviara la conversación hacia otros temas.

—Hay tan poca gente preparada para eso... —sonrió Yenaro—, pero claro, eso no les impide criticar...

—De todas formas, me parece un logro tecnológico considerable. ¿Provoca el movimiento con antigrav?

—No. Los generadores serían demasiado voluminosos y se desperdiciaría energía. La misma fuerza desarrolla el movimiento de las hojas y el cambio de color... o por lo menos eso me explicaron los técnicos.

—¿Técnicos? Yo suponía que usted había hecho todo esto con sus propias manos.

Yenaro abrió las manos (pálidas, delgadas, de dedos largos) y las miró como si se sorprendiera de encontrarlas al final de los brazos.

—Claro que no. Las manos se alquilan, se pagan. El diseño es una obra del intelecto.

—No estoy de acuerdo. Lo siento. Según mi experiencia, las manos forman parte del cerebro, casi como si fueran otro lóbulo cerebral. No es posible captar las cosas que no se conocen con las manos.

—Veo que es usted una persona de conversación amena, lord Vorkosigan. Si su agenda se lo permite, me gustaría presentarle a mis amigos. Celebramos una recepción en casa dentro de dos noches... ¿Cree usted que...?

—Mmm, tal vez... —Dos noches después no había ninguna ceremonia fúnebre... Sería bastante interesante, una oportunidad para observar a los jovencitos de la casta de los ghemlores en su ambiente sin las inhibiciones que causaba en esa generación la presencia de los mayores. Una mirada al futuro de Cetaganda—. Sí, ¿por qué no?

—Le mandaré una invitación y las indicaciones para llegar. Ah. —Yenaro miró la fuente, que de nuevo empezaba a mostrar la paleta de verdes veraniegos—. Ahora ya podemos entrar.

A Miles el interior de la fuente no le pareció muy distinto del exterior. En realidad, parecía *menos* interesante porque de cerca se perdía la ilusión de que las hojas formaban imágenes. La música se oía con más claridad, eso sí. Cuando los colores empezaron a cambiar, el volumen aumentó bruscamente en un crescendo.

—No se pierda esto, vale la pena —dijo Yenaro, con evidente satisfacción.

La escultura era interesante, lo bastante para que Miles tardara un momento en darse cuenta de que estaba *sintiendo* algo: picazón y calor en los hierros que le cubrían las

piernas, apoyados contra la piel. Intentó conservar la calma, pero el calor seguía aumentando.

Yenaro parloteaba con entusiasmo artístico mientras señalaba los diferentes efectos. Ahora, *mire esto...* Un remolino de colores brillantes frente a los ojos de Miles. Una sensación evidente: un ardor insoportable en la piel de las piernas.

Ahogó un grito y lo convirtió en un gemido agudo. Logró dominarse para no correr hacia el agua, pues sabía que podía electrocutarse... En los pocos segundos que le llevó salir del laberinto, el acero que le rodeaba las piernas alcanzó la temperatura de ebullición del agua. Miles olvidó la dignidad, se tiró al suelo y trató de arrancarse los hierros de las piernas. Cuando tocó el metal, se quemó las manos. Se sacó las botas de un tirón, soltó los hierros y los lanzó a un lado. Se retorció en posición fetal, aullando de dolor. Los hierros le habían dejado en las rodillas y tobillos unas marcas blancas y punzantes, con el borde en carne viva.

Yenaro corría de un lado a otro, desesperado, pidiendo ayuda a pleno pulmón. Miles levantó la vista y descubrió que era el centro de atención de unas cincuenta personas sorprendidas e impresionadas, que miraban con horror sus frenéticos movimientos. Dejó de retorcerse y de maldecir y se quedó sentado, jadeando; el aire producía un siseo profundo al salir por entre los dientes apretados.

Iván y Vorob'yev se abrían paso a codazos desde distintos lugares del salón.

—¡Lord Vorkosigan! ¿Qué pasa? —preguntó Vorob'yev con urgencia.

—Estoy bien —dijo Miles. No era cierto, pero ése no era ni el lugar ni el momento de entrar en detalles. Se volvió a poner los pantalones, para esconder las heridas.

Yenaro tartamudeaba, desesperado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué... qué ha pasado? No tenía ni idea... ¿Está usted bien, lord Vorkosigan? Ay, Dios... Dios...

Iván se agachó y tocó uno de los hierros, aún caliente.

—Sí... ¿qué diablos...?

Miles pensó en la secuencia de sensaciones y en sus posibles causas. No se trataba de antigrav, nada importante para una persona que no padeciera sus problemas óseos, un truco que había pasado inadvertido ante las narices de Seguridad de la embajada marilacana. Habían logrado esconderlo manteniéndolo a la vista de todos.

—Un efecto de histéresis. Los cambios de color de la escultura obedecen a un campo magnético en reversión... un campo de nivel bajo. Para la mayoría de la gente no constituye ningún problema. Para mí, bueno, no fue tan horrendo como poner los brazos en un horno microondas pero... ya me entienden...

Se puso en pie con una sonrisa. Iván, que parecía muy preocupado, ya había recogido las botas y los hierros. Miles lo dejó con ellos en las manos. No quería ni tocarlos. Se acercó a Iván tropezando con gesto de ciego y susurró en el oído de su primo:

—Sácame de aquí. —Estaba temblando.

Iván sintió el estremecimiento en la mano que tenía apoyada sobre el hombro de su primo. Lo miró, hizo un gesto con la cabeza y avanzó rápidamente entre la multitud de hombres y mujeres muy bien vestidos, algunos de los cuales ya se estaban retirando.

El embajador Bernaux apareció inmediatamente después y agregó sus contritas disculpas a las de Yenaro.

—¿Quiere usted pasar por la enfermería de la embajada, lord Vorkosigan? —le ofreció.

—No. Gracias. Prefiero ir a casa. —*Pronto, por favor.*

Bernaux se mordió el labio y miró a lord Yenaro, que seguía disculpándose.

—Lord Yenaro. Lamento decirle que...

—Sí, sí, apáguela enseguida, *enseguida* —dijo Yenaro—. Ordenaré a mis sirvientes que vengán a buscarla inmediatamente. No tenía ni idea... le gustaba tanto a todo el mundo... tengo que volver a diseñarla. O destruirla, sí, la destruiré enseguida. Lo siento muchísimo... Dios, qué vergüenza.

¿Sí, vergonzoso?, pensó Miles. Un despliegue de sus debilidades físicas frente a un nutrido público, justo cuando acababa de poner un pie en el planeta...

—No, no, no la destruya —dijo el embajador Bernaux, horrorizado—. La haremos revisar por un ingeniero de seguridad y la modificaremos, o tal vez pondremos un cartel de advertencia...

Iván reapareció junto a la multitud que se dispersaba y levantó el pulgar frente a Miles. Después de unos minutos terriblemente dolorosos de sutilezas sociales, Vorob'yev e Iván se las arreglaron para escoltarlo hacia el tubo elevador y luego hacia el auto de superficie de la embajada de Barrayar. Miles se arrojó en el asiento y se quedó ahí, con la cara retorcida de dolor, jadeando. Iván vio que temblaba, se sacó la guerrera y se la echó sobre los hombros. Miles no protestó.

—De acuerdo, veamos los daños —exigió Iván. Apoyó una de las pantorrillas de Miles sobre su rodilla y enrolló la pernera del pantalón—. Jo, esto tiene que ser muy doloroso.

—Bastante —aceptó Miles.

—No puede haber sido un intento de asesinato, eso no —dijo Vorob'yev, con los labios apretados, la mente febril, buscando respuestas.

—No —confirmó Miles.

—Según Bernaux, su gente examinó la escultura antes de instalarla. La registraron pero, claro, andaban buscando bombas y micrófonos.

—Seguro que la examinaron. Esa cosa no puede hacer daño a nadie... excepto a mí...

Vorob'yev seguía el razonamiento sin dificultades.

—¿Una trampa?

—Demasiado elaborada, me parece —hizo notar Iván.

—No estoy seguro —dijo Miles. *Se supone que no debo estar seguro. Ésa es la gracia del asunto*—. Tiene que haberles llevado días, tal vez semanas, prepararlo todo. Ni siquiera nosotros sabíamos que íbamos a venir hasta hace dos semanas. ¿Cuándo llegó ese trasto a la embajada marilacana?

—Según Bernaux, anoche —dijo Vorob'yev.

—Antes de que llegáramos nosotros. —*Antes del pequeño encuentro con el hombre sin cejas. No pueden estar relacionados... ¿o sí?*—. ¿Desde cuándo saben que asistiríamos a esta fiesta?

—Las embajadas prepararon las invitaciones hace unos tres días —dijo Vorob'yev.

—Muy poco tiempo para tratarse de una conspiración —observó Iván.

Vorob'yev lo pensó un poco.

—Creo que tengo que aceptar su punto de vista, lord Vorpatril. ¿Lo consideramos un desgraciado accidente entonces?

—Por ahora —dijo Miles. *No fue un accidente. Me tendieron una trampa. A mí, personalmente. Cuando llega la primera salva, hay que darse cuenta de que ha estallado la guerra.*

Excepto que, generalmente, uno conocía las razones por las que se había declarado la guerra. La idea de jurar que no volverían a atraparlo con la venda sobre los ojos era excelente, pero ¿quién era el enemigo? ¿Quién lo había atrapado esa primera vez?

Apuesto a que sus fiestas son excelentes, lord Yenaro. No me perdería la próxima por nada del mundo.

3

—El nombre correcto de la residencia imperial cetagandana es jardín Celestial —dijo Vorob'yev—, pero en toda la galaxia lo conocen como Xanadú. Enseguida verán por qué. Duvi, por favor, por la entrada panorámica.

—Sí, milord —dijo el joven sargento que conducía. Alteró el programa de control. El

auto de la embajada barrayaresa se elevó en el aire y se lanzó hacia un brillante conjunto de torres.

—Despacio, por favor, Duvi. A estas horas de la mañana mi estómago...

—Sí, milord. —El piloto hizo una mueca de decepción y puso el vehículo a una velocidad más sensata. Se elevaron, rodearon un edificio que, según calculaba Miles, debía de tener más de mil metros de altura y se elevaron de nuevo. El horizonte desapareció.

—Uauuu —dejó escapar Iván—. Es la mayor cúpula de fuerza que he visto en toda mi vida. No sabía que se podían expandir hasta este tamaño.

—Consume la energía de toda una planta generadora —dijo Vorob'yev—. Toda la planta dedicada a la cúpula. Y otra planta para el interior.

Una burbuja aplastada y opalescente de seis kilómetros de ancho reflejaba el sol vespertino de Eta Ceta. Se alzaba en el centro de la ciudad como un enorme huevo en un bol, una perla de valor incalculable. Estaba rodeada por un parque de un kilómetro de ancho lleno de árboles y luego por una calle plateada, seguida de otro parque y una calle normal muy transitada. Desde ahí, se abrían ocho anchas avenidas dispuestas como los radios de una rueda. La cúpula quedaba en el centro de la ciudad. En el centro del universo, fue la impresión de Miles. Una impresión intencional, buscada.

—El acto de hoy es una especie de ensayo general para la ceremonia que se desarrollará dentro de una semana y media —siguió diciendo Vorob'yev—. Asistirá todo el mundo: ghemlores, hautlores, visitantes de la galaxia y demás. Seguramente se producirán retrasos de organización. Eso no tiene importancia... siempre que no sean por culpa nuestra. Me pasé más de una semana negociando para conseguirles un rango oficial y un lugar.

—¿Y consiguió...? —preguntó Miles.

—Ustedes dos estarán entre los ghemlores de segundo orden. — Vorob'yev se encogió de hombros—. Más, imposible.

Entre la multitud pero bien situados. El mejor lugar para observar los acontecimientos sin llamar la atención, consideró Miles. Parecía una buena idea. Los tres, Vorob'yev, Iván y él se habían puesto los uniformes funerarios de las Casas correspondientes, con galones y condecoraciones en seda negra sobre tela negra. El máximo de formalidad, porque estarían frente a la presencia imperial. A Miles le gustaba el uniforme de la Casa Vorkosigan, todos, el original marrón y plata o la versión que usaba en este momento, severa y elegante. Le gustaba porque las botas altas no sólo le permitían dejar los hierros sino que se lo exigían. Pero esa mañana ponerse las botas sobre las quemaduras había sido... doloroso. A pesar de que había tomado calmantes, seguramente iba a cojear más que de costumbre. No me *olvido*, *Yenaro*.

Descendieron en espiral hasta una pista de aterrizaje junto a la entrada sur de la cúpula, frente a un estacionamiento lleno de vehículos. Vorob'yev hizo un gesto para que se retirara el auto de superficie.

—¿No tenemos escolta, milord? —dijo Miles, con dudas, mirando cómo se iba la gente de la embajada mientras cambiaba de una mano a otra la larga caja de madera de abeto pulida.

Vorob'yev meneó la cabeza.

—De seguridad, no. Sólo el emperador cetagandano puede urdir un asesinato dentro del Jardín Celestial y si él quisiera eliminarle, lord Vorkosigan, ni un regimiento de guardaespaldas lograría sacarlo de ahí con vida.

Unos hombres altos de la Guardia Imperial Cetagandana, enfundados en uniforme formal, los llevaron hacia la puerta cerrada de la cúpula y los desviaron hacia una serie de plataformas flotantes dispuestas como autos abiertos, con asientos de seda blanca, el color del duelo imperial en Cetaganda. Cada uno de los grupos de las embajadas se ubicó en uno de los vehículos junto a sirvientes de la más alta jerarquía, vestidos de blanco y

gris. Aunque, a pesar de su aspecto, tal vez no eran sirvientes. Las plataformas, programadas automáticamente para seguir una ruta predeterminada, arrancaron a paso tranquilo a unos diez centímetros del suelo, sobre senderos pavimentados de jade blanco que se bifurcaban en un jardín vasto poblado de arbustos de distintas especies. Aquí y allá, Miles vislumbraba los techos de los pabellones esparcidos por el parque, asomando por detrás de los árboles, como espiándolos. Todos los edificios eran bajos y privados, excepto algunas torres muy elaboradas que surgían en el centro del círculo mágico, a casi tres kilómetros de distancia. Aunque en el exterior el sol de la primavera de Eta Ceta brillaba con fuerza, el clima dentro de la cúpula estaba programado para simular una humedad gris, nubosa, apropiada para el luto, un cielo que prometía lluvia y que sin duda se negaría a cumplir su promesa.

Finalmente flotaron hacia un extenso pabellón al oeste de las torres centrales, donde otro sirviente se inclinó cuando bajaron de la plataforma y los condujo hacia el interior, junto con otra docena de delegaciones. Miles miró a su alrededor, tratando de identificarlas.

Los marilacanos, sí, ahí estaba la cabeza plateada de Bernaux, alguna gente vestida de verde que tal vez procedía de Jackson, una delegación de Aslund, que incluía al jefe de Estado —hasta tenían dos guardias, aunque desarmados los embajadores betaneses ataviados con casacas de brocado púrpura sobre negro y sarong del mismo color, todos presentes en honor de una mujer muerta que nunca los habría recibido cara a cara cuando estaba con vida. Surrealista era una palabra suave en estas circunstancias. Miles sentía que había cruzado la frontera hacia el País de las Maravillas y que cuando emergiera, apenas unas horas más tarde, habrían pasado cien años en el exterior. La galaxia entera tuvo que detenerse en el umbral para dejar pasar a la escolta del gobernador hautlord de una satrapía. Miles reconoció la pintura formal que le cubría la cara, anaranjada, verde, con líneas blancas.

La decoración interior era de una sobriedad sorprendente —de buen gusto, supuso Miles— y se basaba en motivos orgánicos: arreglos de flores frescas y plantas y pequeñas fuentes, como para llevar el jardín al interior. Los salones estaban silenciosos, sin ecos, y sin embargo la voz se difundía fácilmente: el lugar tenía una acústica extraordinaria. Circularon más sirvientes del palacio ofreciendo comida y bebida.

Un par de esferas color perla pasaron lentamente por el otro extremo del salón y Miles parpadeó mirando a las hautladies por primera vez. Mirándolas... o algo parecido.

Cuando no estaban en sus habitaciones privadas, las hautmujeres se escondían detrás de escudos de fuerza personales, que en general utilizaban la energía de sillas-flotantes, según le habían dicho. Los escudos cambiaban de color según el humor o el capricho de sus dueñas, pero en ese día todos estarían teñidos de blanco. La hautlady disfrutaba de una excelente visión pero nadie veía lo que había tras el escudo. Nadie podía tocarlas ni penetrar la barrera con bloqueadores, plasma, fuego de destructor nervioso, armas de proyectiles o explosiones menores. Desde luego, la pantalla también impedía disparar hacia el exterior, pero al parecer este detalle no preocupaba a las hautladies. El escudo podía cortarse en dos con una lanza de implosión gravitatoria, suponía Miles, pero las armas de implosión, siempre voluminosas debido a los equipos de energía, que pesaban varios cientos de kilos, eran estrictamente de campo, nunca de mano.

Dentro de las burbujas, las hautmujeres podían estar vestidas de cualquier forma. ¿Hacían trampa alguna vez? ¿Se ponían cualquier pingajo y zapatillas cómodas aunque la ocasión fuera muy formal? ¿Iban desnudas a las fiestas del Jardín? ¿Quién podía decirlo?

Se acercó un hombre alto, mayor, con el traje blanco que se reservaba a los haut y ghemlores. Tenía los rasgos austeros, la piel casi transparente, con arrugas muy finas. Tenía que ser el equivalente cetagandano de un mayordomo imperial, aunque con un título mucho más rimbombante: después de recoger las credenciales de manos de

Vorob'yev, les dio instrucciones exactas sobre el lugar y los tiempos de procesión. La actitud del hombre revelaba sus prejuicios: por ejemplo, la seguridad de que si repetía las instrucciones en tono firme y las exponía con tranquilidad y sencillez, habría alguna posibilidad de que la ceremonia no quedara interrumpida por faltas o errores graves debidos a la extrema torpeza de los bárbaros extranjeros.

El hombre miró la caja pulida con la nariz aguileña.

—¿Este es su regalo, lord Vorkosigan?

Miles consiguió destrabar la caja y abrirla sin que se le cayera. En el interior, en un nido de terciopelo negro, había una antigua espada niquelada.

—El emperador Gregor Vorbarra ha elegido este regalo de su colección privada para honrar a su emperatriz. Es la espada que llevó su antepasado Dorca Vorbarra el justo en la Primera Guerra Cetagandana. —Una de las muchas espadas de Dorca Vorbarra... pero no hacía falta entrar en detalles—. Un artefacto histórico de valor incalculable e irremplazable. Aquí está la documentación que acredita sus orígenes e historia.

—Ah. —Las cejas blancas y pobladas del mayordomo se alzaron en un gesto inconsciente. Tomó el paquete, sellado con la marca personal de Gregor, con mucho más respeto—. Por favor, exprese el agradecimiento de mi amo imperial al suyo. —Les dirigió una leve inclinación y se retiró.

—¡Bueno, bueno! Eso sí que funcionó —dijo Vorob'yev con satisfacción.

—Más vale que funcione, diablos —gruñó Miles—. Estos cetagandanos me rompen el corazón. —Le entregó la caja a Iván para que la llevara un rato.

Aparentemente, seguía sin pasar nada... retrasos en la organización, supuso Miles. Se alejó de Iván y Vorob'yev en busca de un trago caliente. Estaba a punto de coger algo que emitía vapor y que, según esperaba, no produciría efectos demasiado sedantes. Justo cuando extendía la mano hacia una bandeja que, pasaba, una voz tranquila entonó junto a él:

—¿Lord Vorkosigan?

Miles se volvió y casi dejó escapar un suspiro. Un... una... mujer... no, un hombre... de baja estatura y rasgos andróginos y ancianos. Estaba de pie a su lado, ataviado con la ropa gris y blanca del personal de servicio de Xanadú. Tenía la cabeza calva como un huevo y era completamente lampiño. Ni siquiera tenía cejas.

—¿Sí... señor... señora?

—Ba —dijo aquella persona, en el tono de quien corrige con amabilidad el error de un ignorante—. Una dama desea hablar con usted. ¿Me acompañaría, por favor?

—Ah... claro, claro.

Su guía empezó a caminar sin hacer ruido y él siguió sus pasos, alerta. ¿Una dama? Con suerte, sería Mia Maz de la delegación vervani, que seguramente estaba en medio de esa multitud de mil personas. Miles sentía que estaba desarrollando algunas preguntas urgentes para Mía. *¿Sin cejas? Yo esperaba un contacto, sí, pero... ¿en este lugar?*

Salieron del vestíbulo. Cuando perdió de vista a Vorob'yev e Iván, Miles se puso aún más nervioso. Siguió a su guía, que se deslizó por una serie de corredores y atravesó un jardín lleno de musgo y pequeñas flores cubiertas de rocío. Los ruidos del vestíbulo de recepción llegaban todavía hasta ellos en el aire húmedo. Entraron en un pequeño edificio, abierto hacia el jardín a los dos lados, con un suelo de madera negra que hacía sonar las botas de Miles con el ritmo irregular que correspondía a su cojera. En un rincón oscuro del pabellón flotaba una esfera color perla del tamaño de una persona, quieta, unos pocos centímetros por encima del suelo encerado que reflejaba el halo invertido de la luz interior del aparato.

—Déjanos solos —dijo una voz desde el interior de la esfera y Miles vio que su guía se inclinaba y se retiraba con los ojos bajos. La transmisión de la voz a través de la pantalla de fuerza le daba un timbre plano, monótono.

El silencio se prolongó. Tal vez la mujer de la burbuja nunca había visto a nadie tan

imperfecto físicamente hablando. Miles se inclinó y esperó, tratando de parecer tranquilo y cómodo, en lugar de impresionado y sacudido por una curiosidad impresionante.

—Bueno, lord Vorkosigan —dijo la voz otra vez—. Aquí estoy.

—S... sí, cierto —dudó Miles—. ¿Y quién es usted, milady, aparte de una hermosísima pompa de jabón?

Hubo una pausa más larga.

—Soy la haut Rian Degtiar. Sirvo a la Señora Celestial y soy Doncella del Criadero Estrella.

Otro rimbombante hautítulo que no daba muchas pistas sobre las funciones de quien lo llevaba. Miles era capaz de nombrar a cada uno de los ghemlores. del generalato de Cetaganda, a todos los gobernadores de satrapías y sus ghemoficiales, pero ese hautítulo era nuevo para él. Lo que sí conocía era el nombre de la Señora Celestial, una manera cortés de llamar a la emperatriz muerta haut Lisbet Degtiar...

—¿Es usted pariente de la fallecida emperatriz viuda, milady?

—Soy su constelación genómica, sí. Nos separan tres generaciones. La he servido la mitad de mi vida.

Una dama de compañía, sí. De la corte de la vieja emperatriz, la corte personal, el más cerrado de los mundos interiores. Un rango muy alto. Probablemente también era muy anciana.

—Alí... ¿no estará usted emparentada con un ghemlord llamado Yenaro, por casualidad?

—¿Quién? —Incluso a través de la pantalla de fuerza, la voz transmitía una ignorancia y una sorpresa completas.

—No tiene importancia. Es obvio que no tiene importancia. —Las piernas de Miles empezaban a latirle intensamente. Cuando tuviera que sacarse las botas sería más difícil que cuando se las había puesto. No pude evitar mirar a su... criada, la dama que la sirve. ¿Hay mucha gente sin pelo por aquí?

—No es una mujer. Es ba.

—¿Ba?

—Los neutrales, los altos sirvientes del emperador. En la época de su Padre Celestial, estaba de moda que fuesen sin vello... así.

Ah. Ingeniería genética: criados sin sexo. Había oído rumores sobre ellos: paradójicamente, eran rumores sobre historias sexuales más relacionadas con las esperanzas y fantasías del narrador que con una realidad probable. Pero se suponía que eran una raza totalmente fiel al lord que los había creado. Creado... literalmente.

—Entonces, todos los ba carecen de pelo, pero no todas las personas lampiñas son ba. ¿Es así?

—Sí... —Más silencio—. ¿Por qué ha venido al jardín Celestial, lord Vorkosigan?

La ceja de Miles se torció un poco.

—Para representar el honor de Barrayar en este cir... ehmmm... acto solemne y para traer un regalo de despedida a la fallecida emperatriz. Soy un enviado. Vengo por orden del emperador Gregor Vorbarra, a quien sirvo. A mi manera... insignificante, claro.

Otra pausa. Larga.

—Usted se burla de mí en mi desgracia.

—¿Qué?

—¿Qué quiere usted, lord Vorkosigan?

—¿Cómo dice? Usted me ha mandado llamar, milady, ¿no le parece que la pregunta no viene al caso? —Miles se frotó el cuello, y lo intentó de nuevo—. ¿Puedo ayudarla de alguna forma...? ¿Es eso lo que usted quiere oír?

—¿Ayudarme? ¿Usted?

A Miles le ofendió el tono sorprendido, casi indignado.

—¡Sí, yo, yo! No soy tan... —*incompetente como parezco*—. En mi planeta soy famoso

por haber conseguido alguna que otra cosita... Pero si usted no me da alguna pista del tema en cuestión, no puedo hacer nada. Puedo intentar ayudarle, pero no si no entiendo... ¿Comprende? —Ahora se había confundido todo—. Mire, ¿por qué no empezamos de nuevo esta conversación? —Se inclinó hasta el suelo—. Buenos días, soy lord Miles Vorkosigan de Barrayar. ¿En qué puedo ayudarle, milady?

—¡Ladrón!

Por fin se hacía la luz.

—Ah... Ah, no. Me llamo Vorkosigan y le aseguro que no soy ningún ladrón, señora. Más bien puede considerarme receptor de propiedad robada y por lo tanto, en todo caso, un perista... —aceptó en tono juicioso.

Más silencio sorprendido. Tal vez ella no conocía la jerga criminal. Miles siguió hablando con algo parecido a la desesperación:

—Por casualidad ha perdido usted un objeto? ¿En forma de cilindro? ¿Un aparato electrónico con la imagen de un ave en la tapa?

—¡Usted lo tiene! —La voz de ella era un quejido de desesperación.

—Bueno, no lo he traído conmigo, claro.

La voz bajó hasta hacerse gutural, desesperada.

—Todavía lo tiene. Tiene que devolvérmelo.

—Será un placer, si me demuestra que es suyo. No puedo afirmar que sea mío, porque sería mentir —agregó enseguida.

—¿Y usted me lo devolvería... a cambio de nada?

—Por el honor de mi nombre y.. yo soy de SegImp. Sería capaz de casi cualquier cosa a cambio de información. Si usted satisface mi curiosidad, podemos hacer un trato.

La voz de ella le llegó en un susurro incrédulo, lleno de terror.

—¿Quiere usted decir que no... no sabe lo que es?

El silencio se extendió durante tanto tiempo que él tuvo miedo de que la vieja dama se hubiera desmayado ahí dentro. La música de la procesión llegó hasta los dos desde el gran pabellón.

—Ay, mi... ah... Está empezando ese maldito desfile y se supone que debo estar presente... Milady, ¿cómo me pongo en contacto con usted?

—No puede hacer eso. —La voz de ella le llegó ahogada, sin aliento—. Yo también tengo que irme. Enviaré a alguien a buscarlo. —La burbuja blanca se elevó y empezó a alejarse, flotando.

—¿Dónde? ¿Cuándo...? —La música les llegaba cada vez más fuerte.

—¡No diga nada de todo esto!

Miles consiguió hacer una reverencia rápida a lo que tal vez era la espalda de la dama que se alejaba por el jardín y empezó a cojear lo más rápido que pudo. Tuvo la horrible sensación de que todo el mundo se enteraría de que llegaba tarde.

Cuando consiguió llegar a la recepción por senderos zigzagueantes, la escena se desarrollaba tan mal como había imaginado. Una hilera de personas avanzaba hacia la entrada principal y los edificios en torre. Vorob'yev, en el lugar que correspondía a la delegación de Barrayar, arrastraba los pies, creando una grieta evidente en la fila y mirando a su alrededor con apremio. Apenas vio a Miles movió los labios sin pronunciar las palabras: *¡Date prisa, diablos!* Miles cojeó con más rapidez y le pareció que todos los ojos de la habitación se posaban sobre él.

Ivan, con una expresión indignada, le entregó la caja en cuanto lo vio en el lugar correspondiente.

—¿Dónde diablos has estado todo este tiempo? ¿En el baño? Te busqué ahí...

—Shhh... Luego te lo cuento. Tuve la cita más extra...

Miles luchó con la pesada caja de madera y la colocó en la posición correcta para la ceremonia de presentación de regalos. Avanzó a través de un patio con losas de jade y finalmente alcanzó a la delegación que tenían por delante justo cuando llegaban a la

puerta de uno de los edificios con torres altas. Todos entraron en una rotonda llena de ecos. Miles vio algunas burbujas blancas más adelante, en la procesión, pero no podía saber si alguna de ellas era su anciana hautlady. La coreografía del evento exigía que todos avanzaran en un círculo lento alrededor del féretro, se arrodillaran y dejaran sus regalos formando una espiral en orden de edad/estatus/poder; después, tenían que salir por las puertas opuestas hacia el Pabellón del Norte (para los hautlores y los ghemlores) o el Pabellón del Este (para los embajadores de la galaxia) donde se serviría un almuerzo fúnebre.

De pronto, la procesión se detuvo y empezó a amontonarse en el umbral de arcos anchos. Desde la rotonda, adelante, en lugar de música tranquila y pasos callados empezó a surgir un rumor de conversaciones. Las voces se elevaron en sorpresa aguda, luego otras voces emitieron órdenes tajantes.

—¿Qué pasa? —se preguntó Iván, estirando el cuello—. ¿Se ha desmayado alguien o qué?

Como Miles no alcanzaba a ver por encima de los hombros del hombre que tenía adelante, no podía contestar a esa pregunta. Con una sacudida, la fila empezó a caminar de nuevo y llegó a la rotonda, pero luego se desvió hacia una puerta. Un ghemcomandante estaba de pie en la intersección, dirigiendo el tránsito con instrucciones en voz baja, instrucciones que repetía una y otra vez:

—Por favor, conserven sus regalos y sigan hacia el camino exterior y el Pabellón del Este; por favor, conserven sus presentes y sigan directamente hacia el Pabellón del Este; volveremos a empezar enseguida; por favor...

En el centro de la rotonda, por encima de las cabezas de la multitud, estaba el gran catafalco de la emperatriz viuda. Los ojos de los extranjeros no tenían derecho a mirarla ni siquiera muerta. Su féretro estaba rodeado por una burbuja de campo de fuerza translúcida; lo único que se veía era una vaga silueta femenina, como a través de una gasa: un fantasma intangible, dormido, envuelto en blanco. Había un grupo de ghemguardias de distinto rango de pie en una línea que iba desde la pared al catafalco. Daba la impresión de que estaban ocultando algo a la multitud que pasaba.

Miles no podía permitirlo. *Después de todo, no me pueden asesinar aquí delante de todos, ¿verdad?* Arrojó la caja a Ivan y se agachó bajo el codo del ghemoficial que trataba de orientarlos hacia la puerta de la izquierda. Con una sonrisa de compromiso, las manos abiertas y levantadas, se deslizó entre dos de los guardias, que claramente no esperaban un movimiento tan irrespetuoso y trasgresor.

Al otro lado del féretro, en el lugar reservado para el primer regalo del hautlord de estatus más elevado, había un cadáver. Tenía una herida en el cuello. Una gran cantidad de sangre roja y líquida formaba círculos y lagunas sobre el suelo brillante de malaquita verde, humedeciendo el uniforme gris y blanco de criado de palacio. La mano derecha de... del ser aferraba con firmeza un cuchillo enjoyado y afilado. Y sí, era un ser distinto, neutro, ni femenino ni masculino, a pesar de su forma de hombre anciano pero no frágil... A pesar de que ahora no tenía pelo, Miles reconoció al intruso del vehivaina. Le pareció que el corazón se le detenía en el pecho.

Alguien acaba de subir las apuestas en este jueguito.

El ghemoficial de mayor rango de la habitación estaba girando a su alrededor. A pesar de que el maquillaje facial convertía la expresión de ese hombre en una máscara, tenía la sonrisa dura, la mirada de quien se ve obligado a mostrarse amable con una persona a quien preferiría aporrear contra el suelo.

—Lord Vorkosigan, ¿podría usted volver a su puesto, por favor?

—Sí, claro, claro... ¿Quién era ese pobre tipo?

El ghemcomandante lo azuzó hacia la fila de delegados con movimientos de cabeza —no era tonto y, por supuesto, no lo tocó— y Miles se dejó guiar en la dirección correcta. Agradecido, airado y ruborizado, el hombre estaba tan confundido que le contestó sin

darse cuenta:

—Es Ba Lura, del más alto rango de servidores de la Señora Celestial. La sirvió durante más de sesenta años... Por lo visto quiso seguirla y servirla también en la muerte. Un gesto desmesurado, falto de tacto... hacerlo *aquí*... —El ghemcomandante llevó a Miles cerca de la línea de delegados, detenida otra vez, como para que el largo brazo de Ivan lo alcanzara y lo empujara hacia la línea y la puerta con un puño firme en la mitad de la espalda.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —siseó con la cabeza inclinada hacia Miles, desde atrás.

¿Y dónde estaba usted cuando ocurrió el asesinato, lord Vorkosigan? Excepto que no parecía un asesinato, realmente parecía un suicidio. Un suicidio algo tosco. Y cometido hacía menos de treinta minutos. Calculó que se había producido mientras él hablaba con la misteriosa burbuja blanca, que tal vez era haut Rian Degtiar, o tal vez no. ¿Cómo podía saberlo desde fuera? El corredor parecía dar vueltas ante sus ojos, pero Miles supuso que eran sólo imaginaciones suyas.

—No debería usted haberse salido de la fila, milord —lo reprendió Vorob'yev con severidad—. Ah... ¿ha descubierto algo?

Miles empezó a sonreírse, pero se contuvo.

—Uno de los sirvientes de la fallecida emperatriz viuda, un ba, se acaba de degollar a los pies del féretro. No sé si entre los cetagandanos son habituales este tipo de sacrificios humanos. No me refiero a nada oficial, por supuesto...

Los labios de Vorob'yev se curvaron en un silbido silencioso, luego esbozó una sonrisa instantánea que desapareció enseguida.

—Qué *embarazoso* para ellos... —ronroneó—. Van a tener que esforzarse bastante para salvar *esta* ceremonia del desastre. Interesante...

Sí. Y si esa criatura era tan fiel, ¿por qué decidió hacer algo tan embarazoso para sus amos? Sin duda sabía que iba a ser todo un problema... ¿Venganza póstuma? Sin duda es la manera más segura de vengarse en el caso de los cetagandanos... eso tengo que admitirlo.

Para cuando finalizó la interminable caminata alrededor de las torres centrales hasta el Pabellón del Este, las piernas de Miles lo estaban matando. En un vestíbulo enorme, los cientos de delegados de la galaxia se acomodaron ante varias mesas, guiados por un ejército de servidores, que se movía un poquito más rápido de lo que hubiera exigido la dignidad más correcta. Como algunos de los presentes funerarios que traían los otros delegados eran todavía más grandes que la caja de madera de alerce de Barrayar, el proceso de sentarse se prolongó y fue mucho más incómodo y difícil que lo esperado. Hubo mucha gente que se puso de pie de nuevo para volver a acomodarse, lo cual evidentemente desesperaba a los servidores. En algún lugar de las entrañas más profundas del edificio, Miles se imaginó a un escuadrón de cocineros sudorosos de Cetaganda con la boca llena de insultos coloridos y obscenos en su propio idioma.

Miles vio a la delegación vervani bastante más lejos, en otra mesa. Aprovechó la confusión para alejarse de la silla asignada, dar vuelta alrededor de varias mesas y tratar de hablar con Mia Maz.

Se puso de pie a su lado y sonrió, nervioso:

—Buenas tardes, milady Maz. Tengo que hablar...

—¡Lord Vorkosigan! Traté de ponerme en contacto con usted... —Reducieron al mínimo los saludos.

—Usted primero. —Se acercó para oírla mejor.

—Traté de llamarlo a la embajada, pero usted ya había salido. ¿Qué diablos pasó en esa rotonda? ¿Lo sabe usted? Que los cetagandanos alteren una ceremonia de esta magnitud en plena... Inaudito.

—No tuvieron más remedio. Bueno, supongo que podían haber ignorado el cadáver y

seguir dando vueltas alrededor del muerto. Personalmente, opino que hubiera sido mucho más impresionante, pero evidentemente decidieron limpiar primero. —Miles repitió lo que ya empezaba a calificar como «versión oficial» del suicidio de Ba Lura. Todos los que alcanzaban a oír sus palabras prestaban la máxima atención. Y bueno, los rumores se difundirían muy pronto, no dependía de él detenerlos después de todo—. ¿Tuvo usted éxito en la búsqueda que le encargué anoche? —siguió diciendo Miles—. Yo... no creo que éste sea el lugar, ni el momento para discutirlo, pero...

—Sí. Y sí —dijo Maz.

Ni siquiera en una transmisión de holovideo en un canal de este planeta, pensó Miles. Aunque juren que es un canal seguro.

—¿Podría usted venir a la embajada de Barrayar? A tomar... un té, o algo... Cuando terminemos aquí.

—Creo que eso sería muy apropiado —asintió Maz. Le dirigió una intensa mirada llena de curiosidad.

—Necesito que me dé clases de etiqueta —agregó Miles, pensando en los vecinos curiosos.

Los ojos de Maz brillaron con algo que tal vez era un gesto de diversión contenida.

—Eso me han dicho, milord —murmuró.

—¿Quién...? —Se ahogó él sin terminar la pregunta. *Vorob'yev, me temo*—. Adiós —terminó diciendo para no meter la pata, palmeó la mesa con alegría y retrocedió de vuelta a su lugar.

Vorob'yev observó cómo se sentaba con una peligrosa mirada que sugería la intención de apretarle las clavijas a su joven e inquieto enviado, pero no hizo ningún comentario en voz alta.

Para cuando los invitados lograron deglutir unos veinte platos de pequeñas delicias, que compensaban en número lo que les faltaba en cantidad, los cetagandanos se habían reorganizado. Por lo visto el mayordomo de los hautlores era uno de esos comandantes cuya eficiencia aumenta cuando están en retirada, porque consiguió que todo el mundo marchara en perfecto orden de importancia aunque la fila avanzaba en dirección contraria a la original. Uno tenía la sensación de que el mayordomo también acabaría suicidándose —en el lugar correcto y con la ceremonia correspondiente, por supuesto, no con la irresponsabilidad que había demostrado Ba Lura.

Miles colocó la caja de madera de alerce sobre el suelo de malaquita en la segunda vuelta de la creciente espiral de regalos, a un metro de distancia de donde Ba Lura había entregado su vida en un arroyo de sangre. El suelo pulido, perfecto, sin una marca, ni siquiera mostraba restos de humedad. ¿Habrían tenido tiempo de hacer un rastreo forense los de Seguridad cetagandana antes de limpiar? ¿O más bien alguien había llevado a cabo una rápida destrucción de pruebas más sutiles? *Mierda, ojalá me encargara del caso.*

Al otro lado del Pabellón del Este esperaban las plataformas flotantes blancas que llevarían a los emisarios a las puertas del Jardín Celestial. La ceremonia no había sufrido ni una hora de retraso, pero el sentido del tiempo de Miles se había alterado desde que sintió que Xanadú era el País de las Maravillas. Le parecía que dentro de la cúpula habían pasado más de cien años, aunque en el mundo exterior sólo hubiera transcurrido una mañana de primavera. Hizo una mueca de dolor cuando la luz brillante de la tarde lo deslumbró. El conductor sargento de Vorob'yev condujo el vehículo de superficie de la embajada hasta el punto de encuentro. Miles se dejó caer en el asiento, agradecido.

Creo que cuando volvamos a casa, tendré que cortar esta mierda de botas para sacármelas.

—Tira —dijo Miles y apretó los dientes.

Ivan tomó la bota por el talón y la caña, apoyó la rodilla contra el costado de la cama de Miles y dio un tirón dubitativo.

—¡Auuu!

Ivan se detuvo.

—¿Te duele?

—Sí, vamos, vamos, sigue, mierda.

Ivan miró el departamento personal de Miles.

—Tal vez deberías ir otra vez a la enfermería de la embajada.

—Después. No quiero que ese matasanos haga una disección de mis botas. Tira.

Ivan reanudó sus esfuerzos y finalmente la bota cedió. La estudió un segundo entre las manos y sonrió lentamente.

—Sabes que no vas a poder sacarte la otra sin mi ayuda... —observó.

—¿Y qué?

—Quiero algo a cambio.

—¿Qué andas tramando?

—Como te conozco bien, supuse que te divertirías tanto como Vorob'yev con la idea de que hubiera un cadáver de más en la cámara del funeral, pero cuando volviste ponías una cara como si hubieras visto el fantasma de tu abuelo.

—Ba Lura se cortó el cuello. Era un asco.

—Vamos, Miles, has visto cadáveres en peor estado.

Ah, sí. Miles miró la bota que seguía en su puesto, sintió latir la pierna en el interior y se imaginó cojeando por el corredor de la embajada en busca de un criado. No. Suspiró.

—En peor estado sí, pero no creo que haya visto uno más raro. A ti te habría pasado lo mismo. A Ba Lura lo conocimos ayer, tú y yo. Te enfrentaste a él en el vehivaina.

Ivan echó un vistazo al cajón de la comuconsola, escondite del cilindro misterioso, y dejó escapar una maldición.

—Bueno, eso aclara las cosas. Tenemos que informar de todo a Vorob'yev.

—Si es que era ese ba —se apresuró a decir Miles—. Por lo que sé, los cetagandanos clonan a sus sirvientes y el que vimos ayer podría ser su gemelo a algo así.

Ivan dudó.

—¿Tú crees?

—No lo sé, pero se me ocurre dónde averiguarlo. Déjame hacer una cosa más antes de pasar la bandera, ¿eh? Le pedí a Mia Maz, la vervani, que viniera a verme. Si esperas un poco... te dejo quedarte en la reunión.

Ivan consideró el soborno.

—¡Bota! —exigió Miles mientras su primo seguía pensando.

Con la mente en otra cosa, Ivan le ayudó a sacársela.

—De acuerdo —accedió por fin—, pero después de hablar con ella, informaremos a Seglmp.

—Ivan yo soy Seglmp —ladró Miles—. Tres años de entrenamiento y experiencia de campo, ¿recuerdas? Hazme el favor de considerar la posibilidad de que tal vez, sólo tal vez, sepa lo que estoy haciendo... —*Ojalá lo supiera, mierda.* La intuición no era sino el procesamiento inconsciente de pistas subliminales, estaba bastante seguro de eso, pero lo *siento en los huesos* era una defensa pública bastante débil para sus actos. ¿Cómo se *puede saber algo antes de saberlo?*—. Dame una oportunidad.

Ivan se fue a sus habitaciones a cambiarse de ropa sin hacerle promesas. Libre de las botas, Miles se tambaleó hasta el baño. Quería tomar más calmantes y sacarse el uniforme de gala. Se puso el de fajina, el negro, mucho más cómodo. A juzgar por la lista de protocolo de la embajada, sólo podría llevar ropa de fajina en sus habitaciones privadas.

Ivan volvió demasiado pronto, elegante en uniforme de fajina verde pero antes de que pudiera seguir haciendo preguntas imposibles de contestar o exigiendo justificaciones inexistentes, sonó la llamada de la comuconsola. Era el personal de vestíbulo de la embajada.

—Mia Maz ha venido a verle, lord Vorkosigan —informó un hombre—. Dice que tiene una cita.

—De acuerdo. Ah... ¿podría usted acompañarla hasta aquí arriba, por favor? —Sus habitaciones privadas, ¿estarían monitoreadas por Seguridad? Mejor sería no preguntarlo, porque eso llamaría la atención de todo el mundo. Pero no, no había monitoreo. Si SegImp hubiera estado espiando, Miles habría tenido que someterse a incómodos interrogatorios, directamente o a través de Vorob'yev. Le estaban extendiendo la cortesía de la privacidad en su espacio personal, por lo menos de momento... aunque probablemente no en su comuconsola. Todos los foros públicos del edificio estaban sometidos a controles, de eso no había duda.

Un hombre de personal dejó a Maz en la puerta de Miles. Él e Ivan se apresuraron a sentarse cómodamente. Ella también había pasado por sus habitaciones para cambiarse y ahora llevaba un traje de salto bastante ceñido y un chaleco largo hasta las rodillas como ropa de calle. A pesar de sus cuarenta y tantos, Maz tenía muy buen tipo. Miles se libró del hombre mandándolo a buscar el té y, cuando Ivan se lo pidió, un poco de vino.

Después, se acomodó al otro lado del sillón y sonrió a la mujer de Vervain. Ivan se vio forzado a buscar una silla.

—Milady Maz, gracias por venir.

—Llámeme Maz, por favor —sonrió ella—. Nosotros no usamos esas formalidades. Lamento decir que nos cuesta mucho tomarlas en serio.

—Entonces, seguramente tendrá mucha práctica en disimular la risa... No veo otra forma de funcionar aquí.

El hoyuelo le hizo un guiño.

—Tengo práctica, sí, milord.

Ah, sí, Vervain era una de las «democracias», como las llamaban; no tan locamente igualitaria como la de los betaneses, pero con un rasgo cultural que iba definitivamente en esa dirección.

—Mi madre hubiera estado de acuerdo con usted —aceptó Miles—. Ella no habría visto ninguna diferencia intrínseca entre los dos cadáveres de la rotonda. Excepto por la forma en que llegaron hasta ahí, claro. Supongo que ese suicidio fue algo inesperado, raro, ¿verdad?

—Sin precedentes —dijo Maz—, y si usted conociera a los cetagandanos, sabría que no se puede encontrar un término más fuerte.

—Así que los sirvientes cetagandanos no siempre acompañan a sus dueños en la muerte.

—Supongo que Ba Lura tenía una extraña intimidad con la emperatriz... Hacía mucho que la servía —dijo la mujer vervani—, desde antes de que nosotros nacióéramos.

—Ivan se preguntaba si los hautlores hacían clones y los usaban en el servicio.

Ivan echó una mirada indignada a Miles por ponerlo en el centro de atención, pero no protestó en voz alta.

—Los ghemlores lo hacen a veces —explicó Maz—, pero no los hautlores, y desde luego es impensable que la Casa Imperial lo hiciera. Los haut consideran que cada servidor es una obra de arte, tanto como todos los demás objetos con que se rodean. En el Jardín Celestial todo tiene que ser único, si es posible fabricado a mano, y perfecto. Eso también se aplica a los seres orgánicos. La producción en masa es para las masas, al menos eso es lo que ellos piensan. No estoy segura de si es una virtud o un vicio... me refiero al estilo haut de hacer las cosas, pero en un mundo inundado de realidades virtuales y duplicaciones infinitas, incluso resulta extrañamente refrescante. El único

problema es el esnobismo...

—Hablando de arte —Intervino Miles—, me comentó usted que había tenido suerte en la identificación del icono...

—Sí. —La mirada de ella se elevó y se fijó en la cara de Miles—. ¿Dónde dijo usted que lo había visto, lord Vorkosigan?

—No se lo dije.

—Ahhh. —Ella esbozó una leve sonrisa pero aparentemente decidió no seguir presionando sobre ese punto—. Es el sello del Criadero Estrella. No es habitual que un extranjero se cruce con algo así todos los días. En realidad, no es habitual que un extranjero se cruce con algo así... en toda su vida. Es muy, muy privado.

Contrólate.

—¿Y hautesco?

—Extremadamente hautesco.

—Y... perdón, ¿qué es el Criadero Estrella?

—¿No lo sabe usted? —Maz parecía un poco sorprendida—. Bueno, supongo que ustedes se pasan todo el tiempo estudiando asuntos *militares* cetagandanos...

—La mayor parte del tiempo, sí —suspiró Ivan.

—El Criadero Estrella es el nombre privado del banco genético de la raza haut.

—Ah, eso... Supongo que sabía algo al respecto... ¿Qué? ¿Tienen copias de reserva de sí mismos...? —preguntó Miles.

—El Criadero Estrella es mucho más que eso. Entre los haut, no hay contacto directo para unir el espermatozoide y el óvulo y depositar el embrión resultante en un replicador uterino, como hace la gente normal. Cada cruce genético se negocia como contrato entre los jefes de dos líneas genéticas, que los cetagandanos llaman constelaciones. Supongo que ustedes, en Barrayar, los llamarían clanes. Ese contrato debe contar con la aprobación del emperador o más bien de una mujer de alto rango de la familia del emperador, y se marca con el sello del Criadero Estrella. Desde hace cincuenta años, desde que empezó el régimen actual, esa mujer de alto rango fue haut Lisbet Degtiar, la madre del emperador. No es sólo una formalidad. Cualquier alteración genética, y los haut hacen muchas, tiene que haber sido examinada y aprobada por el comité de genetistas de la emperatriz antes de entrar en el genoma haut. Usted me preguntó si las mujeres haut tienen poder. La emperatriz viuda impartía la aprobación final y tenía derecho a veto sobre todos los nacimientos haut.

—¿Y el emperador? ¿Puede cambiar estas decisiones?

Maz apretó los labios.

—No lo sé, en realidad. Los haut se muestran muy reservados en todo lo concerniente a este asunto. Si se producen luchas de poder, las habladurías no atraviesan las puertas del jardín Celestial. Lo que sí sé es que nunca me ha llegado el rumor de un conflicto como el que usted imagina.

—Y... ¿quién se encarga ahora de este proceso? ¿Quién hereda el sello?

—¡Ah! La pregunta del millón. —Maz iba entusiasmándose con el tema—. Nadie lo sabe, O, por lo menos, el emperador no ha hecho el anuncio. El sello debe tenerlo la madre del emperador si está viva, O la madre del heredero si muere la viuda. Pero el emperador cetagandano no ha seleccionado un heredero todavía. El sello del Criadero Estrella y todo el resto de los objetos de rango de la emperatriz se entregará a la nueva mujer en el último rito de los funerales, así que el emperador tiene por lo menos diez días más para decidirse. Supongo que esa decisión es foco de gran atención en estos días entre las hautmujeres. No se pueden aprobar contratos nuevos hasta que se complete la transferencia.

Miles, intrigado, pensó un poco en lo que oía.

—El emperador tiene tres hijos, ¿verdad? Así que la mujer elegida será una de las tres madres.

—No necesariamente —dijo Maz—. El cargo podría recaer en una tía imperial, una mujer de la familia de su madre, al menos provisionalmente.

Unos suaves golpecitos en la puerta de Miles anunciaron la llegada del té. La cocina de la embajada de Barrayar había enviado una bandeja totalmente redundante con tres platos de bombones. Alguien había estado haciendo los deberes porque Maz murmuró:

—Aahhh, mis favoritos... —Una mano femenina se lanzó a la pesca de chocolates, a pesar del almuerzo imperial que acababan de tomar. El mayordomo de la embajada sirvió el té, abrió el vino y se alejó tan discretamente como había entrado.

Ivan tomó un trago de su vaso de cristal y preguntó, intrigado:

—¿Se casan los hautlores, entonces? Esos contratos genéticos equivalen al matrimonio, ¿no es cierto?

—Bueno... no exactamente. —Maz se tragó el tercer bombón y jugueteó con el té—. Existen varios tipos de contratos. El más simple establece el uso del genoma de una persona una sola vez. Se crea un solo hijo, que es... el término no es del todo correcto pero equivaldría a *propiedad*... queda registrado en la constelación del padre y crece en el criadero de esa constelación. No sé si me explico... estas decisiones no las toman los protagonistas... en realidad, puede pasar que la madre y el padre ni siquiera lleguen a conocerse. Esos contratos se deciden en el nivel más alto de la constelación y las decisiones están en manos de los líderes más viejos y presumiblemente más sabios. Se pretende capturar una línea genética favorable o sentar las bases de un cruce deseable en la generación siguiente.

—En el otro extremo hay contratos que significan un monopolio vitalicio, o todavía más largo en el caso de cruces imperiales. Cuando se elige a una hautmujer para que sea la madre de un heredero potencial, el contrato es absolutamente exclusivo: tiene que ser alguien que no haya aceptado ningún contrato y que nunca vuelva a negociar con su genoma, a menos que el emperador decida tener más de un hijo con ella. Esas mujeres viven en el jardín Celestial, en un pabellón separado, durante el resto de sus días.

Miles hizo una mueca.

—¿Es una recompensa o un castigo?..

—Es el puesto de poder más importante que pueda alcanzar una hautmujer es una oportunidad para convertirse ella también en emperatriz, si su hijo —y casi siempre es un único hijo— resulta elegido para suceder a su padre. Aunque termine siendo la madre de uno de los perdedores, un candidato a príncipe o gobernador de satrapía no está nada mal. Un líder de constelación, jefe de clan en terminología de Barrayar, nunca será emperador o padre de un emperador, y el brillo que puedan tener sus hijos carece de importancia. Pero a través de sus hijas, tiene la oportunidad de ser el abuelo de un emperador. Por lo tanto, como puede imaginarse, las ventajas se acumulan en la constelación de la emperatriz. Los Degtiar no eran particularmente importantes hasta hace cincuenta años.

—Así que el emperador tiene hijos. —Miles trataba de asimilar toda aquella información—. Pero todos los demás necesitan hijas. Y sólo una o dos veces cada siglo, cuando sube al poder un nuevo emperador, se puede ganar en el juego.

—Correcto.

—Y... ¿dónde queda el sexo en todo esto? —preguntó Ivan, con voz quejosa.

—No hay sexo —dijo Maz.

—¡No hay sexo!

Maz se rió de la expresión horrorizada de lord Vorpatril.

—Bueno, los haut mantienen relaciones sexuales, pero es un juego puramente social. Tienen amistades sexuales de larga duración que casi podrían calificarse de matrimonios. Estaba a punto de decir que no hay nada formal, pero claro, la etiqueta de esas asociaciones es increíblemente compleja... Supongo que la palabra que estoy buscando es *legalizadas*, más que formales, porque los rituales son intensos. Y raros, realmente

raros a veces, por lo poco que alcanzo a entender. Afortunadamente, los haut son tan racistas que casi nunca salen de su propio genoma, así que no es nada probable que los extranjeros tengan que enfrentarse con esos peligros personalmente.

—Ah —dijo Ivan. Parecía un poquito desilusionado—. Pero... si los haut no contraen matrimonio, establecen sus propias casas y manejan sus asuntos desde las casas mismas, ¿cuándo salen?

—Nunca.

—¡Au! ¿Eso quiere decir que viven con... bueno, con sus madres toda la vida?

—Bueno, con sus madres, no. Con sus abuelos o bisabuelos. Pero los jóvenes, y cualquiera menor de cincuenta se considera joven, viven como pensionistas de las constelaciones. Me pregunto si ésa es la razón por la que tantos haut de más edad se recluyen. Viven lejos de todos porque finalmente *pueden* hacerlo.

—Pero... ¿y todos esos ghemgenerales y ghemlores famosos y de renombre que consiguieron esposas haut?

Maz se encogió de hombros.

—No todas pueden aspirar a ser madres imperiales, ¿no les parece? En realidad, me gustaría señalarle ese aspecto, lord Vorkosigan. ¿Nunca se ha preguntado cómo es posible que los haut controlen a los ghem, que son tan buenos militares? Sobre todo, si tenemos en cuenta que los haut no tienen ni entrenamiento ni experiencia en ese campo.

—Ah, sí. Hace dos años que espero que esa loca aristocracia cetagandana de dos niveles desaparezca en medio de una lucha intestina. ¿Cómo es posible que un grupo de literatos como esos hautlores tengan poder sobre ghemejércitos enteros?

Maz sonrió.

—Los ghemlores cetagandanos lo explicarían como la fidelidad debida a una cultura y civilización superiores. El hecho es que se apropian genéticamente de cualquiera que sea lo bastante competente y poderoso como para constituir una amenaza. No hay mayor recompensa en el sistema cetagandano que la asignación de una esposa haut, y las asignaciones las decide el Emperador. Ésa es la principal preocupación de los ghemlores. Es el último golpe social y político.

—¿Está usted sugiriendo que los haut controlan a los ghem a través de esas esposas? —dijo Miles—. Quiero decir, estoy seguro de que las hautmujeres son hermosas y todo eso, pero los ghemgenerales son unos hijos de puta tan duros, tan difíciles... no me puedo imaginar a nadie en la cumbre en el Imperio de Cetaganda que sea tan susceptible.

—Si yo supiera cuál es el truco de las hautmujeres. —suspiró Maz— lo embotellaría y lo vendería muy caro. No, mejor todavía, creo que me lo quedaría para mí sola. Pero por lo visto, hace cientos de años que funciona bien. Por supuesto que no es el *único* método de control imperial. Pero sin duda es el menos evidente. Para mí eso es significativo. Los haut son sutiles, eso por encima de cualquier otra cosa.

—¿Y la hautnovia llega al matrimonio con... digamos... una dote? —preguntó Miles.

Maz sonrió de nuevo y cogió otro bombón.

—Es un punto importante, lord Vorkosigan. No. No hay dote.

—Yo suponía que mantener a una esposa haut en el nivel de vida al cual están acostumbradas podía ser bastante caro.

—Muy caro.

—Entonces... si el Emperador deseara deprimir a un súbdito excesivamente importante, ¿podría entregarle unas cuantas esposas haut y dejarlo en bancarrota?

—No... no creo que se trate de nada tan evidente. Pero es algo parecido, sí. Es usted muy perspicaz, milord.

—Pero ¿qué le pasa a la hautlady a la que entregan así, como si se tratara de una medalla de buena conducta? —preguntó Ivan—. ¿Qué siente? Quiero decir... si la mayor ambición de una hautlady es transformarse en monopolio imperial, eso de ir a parar a manos de un ghemplord tiene que ser el extremo opuesto. Que la arrojen para siempre

fuera del hautgenoma... Los descendientes nunca vuelven a casarse entre los haut, ¿verdad?

—No —confirmó Maz—. Creo que la psicología de todo el proceso es bastante peculiar. En primer lugar, la hautnovia tiene más rango que cualquier otra esposa del ghemlord, y sus hijos son los herederos. Es automático. Eso puede desatar algunas tensiones interesantes en casa del ghemlord, sobre todo si el nuevo casamiento, como suele suceder, se da en la mitad de la vida, cuando las otras asociaciones maritales del lord ya están bien establecidas y son antiguas.

—Seguramente que caiga una de estas hautmujeres sobre la cabeza de su marido es la pesadilla de cualquier ghemlady —musitó Ivan—. ¿Nunca se niegan? ¿No obligan a los maridos a rechazar el honor?

—Por lo visto no es un honor que se pueda rechazar.

—Mmmm. —Miles arrancó con dificultad su imaginación de la fascinación de esos detalles sociales y procuró centrarse en su mayor preocupación—. El sello del Criadero Estrella... ¿No tendrá usted un dibujo?

—He traído unos vídeos, milord —dijo Maz—. Con su permiso, los podemos pasar en su comuconsola.

Aahh. Cómo me gustan las mujeres competentes. ¿No tiene usted una hermana menor, milady Maz?

—Sí, por favor —dijo Miles.

Todos se amontonaron detrás del escritorio de la comuconsola y Maz empezó con su pequeña conferencia ilustrada sobre la cúpula de los haut y una media docena de sellos imperiales de varios tipos.

—Aquí está, milord: el sello del Criadero Estrella.

Era un bloque cúbico, de unos quince centímetros de lado y con el pájaro de trazos rojos sobre la parte superior. El terror que había sentido Miles desde que Maz le comunicara que existía el sello, el terror de que tal vez él e Ivan hubieran robado accidentalmente una pieza de los objetos imperiales, se desvaneció como por ensalmo. El cilindro era un objeto imperial, sin duda, y tendrían que devolverlo —anónimamente, de ser posible—, pero por lo menos no era...

Maz llamó a la siguiente unidad de datos.

—Y este objeto es la Gran Llave del Criadero Estrella, que se entrega junto con el sello —siguió diciendo.

Ivan se atragantó con el vino. Miles, súbitamente marcado, se reclinó contra el escritorio y miró la imagen del cilindro con una sonrisa fija. El original estaba unos pocos centímetros más abajo, en el cajón.

—Y... ah, ¿qué es la Gran Llave del Criadero Estrella, mila... Maz? —consiguió murmurar—. ¿Para qué sirve?

—No estoy muy segura. En algún momento, en el pasado, tuvo que ver con la recuperación de datos en los bancos genéticos de los haut, según creo, pero en la actualidad tal vez sólo se trate de un objeto ceremonial. Tiene unos doscientos años por lo menos... Tiene que ser obsoleto.

Esperemos. Gracias a Dios no lo había abandonado por ahí. Todavía.

—Ya veo.

—*Miles...* —musitó Ivan.

—Más tarde —siseó Miles entre dientes—. Entiendo tu preocupación.

Ivan musitó una obscenidad por encima de la cabeza de Maz.

Miles se inclinó contra el escritorio de la comuconsola y movió los labios en una mueca realista.

—¿Algo anda mal, milord? —Maz levantó la vista, preocupada.

—Lo lamento, las piernas me molestan un poco. Probablemente tenga que consultar con el médico de la embajada...

—¿Preferiría usted seguir con esto más tarde? —preguntó Maz instantáneamente.

—Bueno... a decir verdad, creo que ya he recibido todas las lecciones de etiqueta que puedo asimilar en una sola tarde.

—Ah... pero hay mucho, muchísimo más. —Sin embargo, Miles debía de estar realmente pálido porque ella se levantó y dijo—: Demasiado para una sola clase, sí, por supuesto. ¿Le molestan mucho sus heridas? No creí que fueran tan graves.

Miles se encogió de hombros, como avergonzado. Tras la despedida de rigor y la promesa de volver a ver a su tutora vervani muy pronto, Ivan se hizo cargo de los deberes de anfitrión y escoltó a Maz a la planta baja.

Volvió inmediatamente, selló la puerta detrás de él y se lanzó sobre Miles.

—¿Tienes alguna idea del lío en que nos hemos metido? exclamó.

Miles estaba sentado frente a la comuconsola, releendo la descripción oficial —totalmente inexacta, por cierto— de la Gran Llave, mientras la imagen del objeto flotaba como un conjuro frente a su nariz por encima de la placa de vídeo.

—Sí. También sé que vamos a salir bien parados. ¿Tú lo sabes?

Eso hizo que Ivan se detuviera.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Si me lo dejaras a mí, creo que podría devolver esa cosa a su verdadero dueño sin que el asunto trascendiese.

—Por lo que dijo Maz, el verdadero dueño es el emperador de Cetaganda.

—Bueno, en realidad, sí. Debería decir, devolvérsela a su verdadera guardiana. Que, si leo bien las señales, está tan desesperada por haberla perdido como nosotros por haberla encontrado. Si puedo devolvérsela sin armar jaleo, no creo que vaya por ahí diciendo a todo el mundo que la perdió. Aunque... me pregunto *cómo fue* que la perdió. —Algo no encajaba, y estaba ahí, justo por debajo de su percepción consciente.

—¡Nosotros atacamos a un servidor imperial! ¡Así la perdió!

—Sí, pero ¿qué estaba haciendo Ba Lura con ese objeto en la estación orbital de transferencia? ¿Por qué había manipulado los monitores de Seguridad del compartimiento de embarque?

—Lura se estaba llevando la Gran Llave a alguna parte. Por lo que sé, tal vez la llevaba a la Gran Cerradura. —Ivan caminaba alrededor de la comuconsola como un león enjaulado—. Así que el pobre hombre se corta la garganta a la mañana siguiente porque perdió este objeto, que estaba a su cuidado, y todo por culpa nuestra... Mierda, Miles. Me siento como si hubiéramos matado a ese vicio chiflado. No nos hizo ningún daño, sólo se equivocó de lugar y tuvo la mala suerte de asustarnos.

—¿Es eso lo que pasó? —murmuró Miles—. ¿En serio? — ¿Es *ésta la razón por la que estoy tan desesperado? ¿Es ésta la razón por la que quiero que la historia tenga otro sentido, cualquier sentido menos éste?* A la idea de Ivan no le faltaba lógica. El viejo ba, encargado y responsable de transportar el precioso objeto, pierde la Gran Llave a manos de unos bárbaros extranjeros, confiesa su desgracia a su señora y se mata para expiar sus culpas. Listo. De pronto, Miles tenía náuseas—. Pero... si la llave era tan importante... ¿por qué no estaba rodeado de un escuadrón de ghemguardias imperiales?

—¡Dios, Miles! ¡Ojalá hubiera habido guardias!

Un golpe firme en la puerta. Miles apagó rápidamente la comuconsola y abrió la cerradura.

—Adelante.

El embajador Vorob'yev entró en la habitación y le dirigió una inclinación de cabeza más o menos cordial. Llevaba un montón de papeles perfumados, de colores delicados.

—Hola, milores. ¿Le ha resultado útil su clase con Maz, lord Vorkosigan?

—Sí, señor —dijo Miles.

—Me alegro. Lo suponía. Esa mujer es muy competente. —Vorob'yev levantó los papeles—. Mientras ustedes estaban con ella, llegó esta invitación para los dos, de lord

Yenaro. Junto con varias sinceras disculpas por el incidente de anoche. Seguridad de la embajada abrió, rastreó y analizó químicamente la escultura. Informaron que los ésteres eran inocuos. —Con ese pronunciamiento sobre Seguridad, le entregó los papeles a Miles—. Ustedes deciden si quieren aceptar. Si considera que el infortunado efecto colateral del campo de fuerza de la escultura fue un accidente, lord Vorkosigan, tal vez convendría que asistiera a la fiesta. Completaría la disculpa y todo quedaría reparado.

—Ah, claro que iremos... —La disculpa y la invitación estaban escritas a mano en el mejor estilo cetagandano—. Pero voy a mantener los ojos bien abiertos. Ah... ¿no volvía hoy el coronel Vorreedi?

Vorob'yev hizo una mueca.

—Le han surgido unos aburridos problemas. Pero en vista del extraño incidente en la embajada marilacana, ya lo he dispuesto todo para que lo sustituyan mañana mismo. ¿Desea usted un guardaespaldas? No abiertamente, claro, eso sería otro insulto...

—Mmmm... Tenemos un conductor, ¿no es cierto? Que sea un hombre entrenado, y quiero comunicación con él. Comus. Y que no se aleje mucho, por si acaso.

—Muy bien, lord Vorkosigan. Ahora mismo lo dispongo. —Vorob'yev asintió—. Y... en cuanto al incidente de la rotonda...

A Miles le latía el corazón.

—¿Sí?

—Por favor, no vuelva a separarse del grupo.

—¿Recibió usted una queja? — ¿Y de quién?

—Uno aprende a interpretar ciertas miradas heridas. Los cetagandanos considerarían poco correcto protestar... pero si los incidentes desagradables se acumulan..., no creo que les parezca tan poco correcto tomarse algún tipo de venganza indirecta y extraña. Ustedes dos se irán dentro de diez días, pero yo tengo que seguir aquí mucho tiempo. Por favor, no me hagan el trabajo más difícil de lo que ya es...

—Entendido, señor —dijo Miles con voz alegre.

Ivan parecía hondamente preocupado: ¿no pensaría confesárselo todo a Vorob'yev? Todavía no, porque el embajador salió sin que Ivan se arrojara a sus pies.

—Por poco no es suficiente para un guardaespaldas —señaló apenas la puerta se selló otra vez.

—Ah, entonces estás empezando a ver las cosas a mi manera, ¿no? Pero si vamos a casa de Yenaro, no puedo evitar el riesgo. Tengo que comer, beber y respirar... todas rutas de ataque que un guardia armado no tiene muchos medios de controlar. De todos modos, mi mayor defensa es que sería un terrible insulto para el emperador cetagandano si alguien de una delegación extranjera quedara realmente lastimado en las ceremonias del funeral de su augusta madre. Yo predigo que, si es que ocurre algún otro incidente, será igualmente sutil y no fatal. —*E igualmente enfurecedor, claro está.*

—¿Ah, sí? ¿Cuándo ya hay una baja definitiva? —Ivan se quedó callado por un tiempo—. ¿Crees que... todos estos incidentes están relacionados? —Hizo un gesto con la cabeza hacia los papeles perfumados que Miles sostenía en la mano y el cajón del escritorio de la comuconsola—. Admito que no sé de qué modo podrían relacionarse.

—¿Te parece que se puede tratar de simples coincidencias?

—Mmmm... —Ivan frunció el ceño mientras reflexionaba la respuesta—. Y dime —dijo, señalando otra vez el escritorio y el cajón—: ¿Cómo piensas sacarte de encima el aparatito de la emperatriz?

Miles torció la boca en una sonrisa al reparar en la diplomática construcción que Ivan había utilizado para la frase.

—No te lo puedo decir por el momento. —*Sobre todo, porque no lo sé. No todavía.* Pero la haut Rian Degtiar tenía que estar pensándolo en ese mismo momento. Miles toqueteó, distraído, el ojo de Horus plateado, insignia de SegImp, prendido al cuello negro de su uniforme—. La reputación de una dama está en juego.

Los ojos de Ivan adquirieron una expresión burlona por la forma en que Miles había aludido a las relaciones personales de su primo.

—A la mierda con eso. ¿*En serio* estás haciendo algo secreto para Simón Illyan?

—Si fuera así, no podría decírtelo, ¿no te parece?

—No tengo la menor idea. Mierda. —Ivan lo miró, frustrado, durante otro momento y luego se encogió de hombros—. De todos modos, es tu funeral, no el mío...

5

—Pare ahí —dijo miles al conductor del auto de superficie. El vehículo giró con suavidad hacia el costado de la calle y se apoyó en el pavimento con un silbido de los ventiladores. Miles espió el aspecto de la burguesa mansión de lord Yenaro en el crepúsculo creciente y comparó mentalmente la realidad de lo que veía con el mapa que había estudiado en la embajada de Barrayar.

Las vallas que rodeaban la propiedad, las paredes curvadas del jardín, que escondían el paisaje, eran visuales y simbólicas, no efectivas. Ese lugar estaba diseñado como una fortaleza de privilegio. A través de los árboles, se veían brillar algunos sectores de la casa pero el foco de las luces parecía estar dentro y no en el exterior.

—¿Control de comus, milores? —pidió el conductor. Miles e Ivan sacaron los aparatos del bolsillo y repasaron los códigos—. Muy bien, milores.

—¿Qué apoyo tenemos? —preguntó Miles.

—Tengo tres unidades dentro del área de llamada.

—Espero que haya un tecnomed incluido.

—En el vueloliviano. Con equipo completo. Puedo ponerlo dentro del patio de lord Yenaro en cuarenta y cinco segundos.

—Me parece suficiente, no espero un ataque frontal. Pero no me sorprendería que sufriéramos otro pequeño incidente... de la clase que fuera. Creo que vamos a ir caminando. Quiero formarme una idea general del lugar.

—Sí, milord. —El conductor abrió el auto. Miles e Ivan lo dejaron solo en su puesto.

—¿A esto le llaman pobreza entre las clases altas? —preguntó Ivan, mirando a su alrededor mientras caminaban a través de portones abiertos, sin guardias, y subían por el caminito hacia la casa de Yenaro.

Ah, sí. Tal vez el estilo era diferente, pero el olor a decadencia aristocrática es universal e inconfundible. Había pequeñas señales de descuido en todas partes: puertas sin arreglar, paredes algo desconchadas, plantas sin podar, tres cuartas partes de la mansión a oscuras con todas las aberturas clausuradas.

—Vorob'yev pidió un control especial de Yenaro a la oficina de SegImp —dijo Miles—. Su abuelo, el ghemgeneral derrotado, le dejó la casa, pero no los medios para mantenerla: dilapidó todo el capital de la familia en su vejez extensa y seguramente amargada. Yenaro es el único dueño desde hace cuatro años. Siempre anda con un grupito pseudoartístico de ghemlores jóvenes sin empleo fijo. Hasta ahí, todo concuerda con lo que nos dijo él mismo. Pero esa cosa del vestíbulo de la embajada marilacana es la primera escultura que se le conoce. Curiosamente avanzada para un primer intento, ¿no te parece?

—Si estás tan convencido de que fue una trampa, ¿por qué metes la mano para que te pillen de nuevo?

—El que no arriesga no gana, Ivan.

—¿Y qué esperas ganar?

—La verdad. Algo de belleza. ¿Quién sabe? Seguridad de la embajada también está investigando a los obreros que la instalaron. Espero que la investigación nos revele algo.

Por lo menos podía usar la maquinaria de SegImp para resolver esos problemas

laterales. Miles tenía una enorme curiosidad con respecto al cilindro que llevaba escondido en el bolsillo interno de la túnica. Había tenido la Gran Llave encima todo el día, durante una visita guiada a la ciudad y un interminable espectáculo de bailarines clásicos cetagandanos. Eso último era un decreto imperial, un espectáculo especial para los enviados galácticos al funeral. Pero hasta el momento, la haut Rian Degtiar no había hecho ningún movimiento para ver a Miles. Si no sabía nada de su hautlady hasta el día siguiente... En cierto aspecto, Miles lamentaba muchísimo no haber confiado en los subordinados locales de SegImp desde el primer día. Pero claro, si lo hubiera hecho, ya le hubiesen quitado de encima el problemita: las decisiones habrían pasado a niveles más altos y él ya no habría podido controlarlas. *El hielo es muy delgado. En este momento, no quiero que haya nadie más pesado que yo en el río.*

Un sirviente les recibió en la puerta de la mansión cuando se acercaron y los escoltó a un vestíbulo suavemente iluminado donde les esperaba su anfitrión. Yenaro iba vestido de negro y la ropa era parecida a la que había utilizado en la recepción de la embajada marilacana. Ivan estaba correcto en su uniforme de fajina verde. Miles había elegido el más formal uniforme negro. No estaba seguro de cómo interpretaría Yenaro el mensaje: como un honor, como un recordatorio —*Soy el enviado oficial* o como una advertencia —*No te metas conmigo otra vez*—. Pero estaba casi seguro de que Yenaro no lo pasaría por alto.

Yenaro echó una mirada a las botas negras de Miles.

—¿Están mejor sus piernas, lord Vorkosigan? —preguntó, con ansiedad.

—Mucho mejor, gracias. —Miles sonrió, nervioso—. No hay duda de que voy a sobrevivir.

—Me alegro tanto... —El alto ghemlord los llevó por un pasillo con bifurcaciones y luego abajo, por una escalera, hasta una habitación semicircular que rodeaba una especie de península de hierba, como si la casa estuviera sufriendo una invasión botánica. La habitación estaba amueblada en un estilo un poco extraño y ecléctico, aparentemente objetos de Yenaro que no respondían a ningún plan previo. El efecto era agradable: la habitación de un solterón cómodo y tranquilo. La iluminación también era suave y eso disimulaba un poco el desorden y el descuido. Había un grupo de ghemlores y ghemladies que bebían y charlaban. Los hombres eran más numerosos que las mujeres; dos de ellos tenían la cara completamente maquillada, la mayoría llevaba la marca de las generaciones jóvenes en las mejillas y unas pocas almas radicales se mostraban con la cara completamente descubierta, excepto por unos toques de maquillaje. Yenaro presentó a los exóticos de Barrayar. Miles no había oído nombrar a ninguno de los ghem, no había estudiado a ninguno en casa, aunque uno de los jóvenes decía que un tío abuelo suyo formaba parte de los cuarteles generales de Cetaganda.

Una barrita de incienso se quemaba sobre un cilindro junto a las puertas del jardín y uno de los ghemhuéspedes se detuvo para inhalar de cerca.

—Muy bueno, Yenaro —le dijo a su anfitrión—. ¿Lo mezclaste tú mismo?

—Sí, gracias —dijo Yenaro.

—¿Más perfumes? —preguntó Ivan.

—Perfumes y algo más. Esa mezcla también contiene un relajante suave que me pareció adecuado para la ocasión. ¿Quiere usted probarlo, lord Vorkosigan?

Miles sonrió, nuevamente nervioso. ¿Hasta dónde llegaba la experiencia de ese hombre en química orgánica? Miles recordó que la raíz de la palabra intoxicación era tóxico.

—No lo creo. Pero me encantaría ver su laboratorio.

—¿En serio? Pues vamos. La mayoría de mis amigos no muestra el menor interés en la parte técnica del asunto, sólo les importan los resultados.

Muy cerca, una joven ghem escuchaba la conversación. Se acercó y tocó a Yenaro en el hombro con un dedo largo cuya uña brillaba cubierta de esmalte refulgente.

—Sí, querido Yenni, resultados. Me hiciste una promesa, ¿te acuerdas? —No era la ghemujer más hermosa que Miles hubiera visto, pero era bastante atractiva con sus capas de ropa verde jade en movimiento, el pálido cabello espeso peinado hacia atrás bajándole hasta los hombros en una cascada salpicada de rosado.

—Yo siempre cumplo mis promesas —dijo lord Yenaro—. ¿Le gustaría acompañarnos arriba, lord Vorkosigan?

—Sin duda.

—Yo me quedo. Me gustaría hacer nuevas amistades —dijo Ivan. Se inclinó para despedirse del grupo. Las dos mujeres más altas e impresionantes del grupo, una rubia de piernas largas y una pelirroja realmente increíble, estaban de pie juntas al otro de la habitación. Ivan consiguió estudiarlas a las dos en una sola mirada y ambas sonrieron en un gesto de invitación. Miles envió una corta plegaria al dios que cuida a los tontos, los amantes y los locos, y se volvió para seguir a Yenaro y a la mujer.

El laboratorio de química orgánica de Yenaro estaba en otro edificio; las luces se encendieron cuando el grupo se acercó por el parque. A Miles le pareció una instalación bastante respetable, una larga habitación doble en el segundo piso. Era evidente que parte del dinero que no se destinaba a reparaciones terminaba invertido allí. Miles caminó junto a los bancos, mirando los analizadores de moléculas y los ordenadores mientras Yenaro revisaba un grupo de botellitas buscando el perfume de la mujer. La materia prima estaba organizada con corrección y armonía en grupos químicos cuidadosos, que revelaban una comprensión profunda y un amor al detalle por parte de su dueño.

—¿Quién le ayuda aquí? —preguntó Miles.

—Nadie —dijo Yenaro—. No soporto que nadie toque todo esto. Me desordenan las cosas y yo uso el orden como inspiración para mis mezclas. No todo es ciencia, ¿comprende?

Cierto, cierto. Con algunas preguntas cuidadosas, Miles consiguió información sobre el método de Yenaro para fabricar el perfume para la mujer. Ella escuchó durante un rato y luego se apartó y se puso a oler algunas botellas experimentales hasta que Yenaro las rescató con una sonrisa algo ofendida. La experiencia de Yenaro en química no era la de un profesor, pero sí la de un profesional hecho y derecho: cualquier compañía de cosmética le habría ofrecido un empleo en el laboratorio de investigación y desarrollo. Eso lleva a una conclusión... y luego a otra... ¿Cómo se relacionaba el laboratorio con el hombre que había dicho «Las manos se alquilan, se pagan»?

Había relación, decidió Miles con disimulada satisfacción. Yenaro era sin duda un artista, pero un artista de la perfumería, de los ésteres. No un escultor. Alguien le había proporcionado la experiencia técnica necesaria para la fuente. ¿Acaso también la información técnica sobre las debilidades físicas de Miles? Llamémoslo... lord X. Primer Hecho sobre lord X: tenía acceso a los informes más detallados de Seguridad cetagandana sobre los barayareses de importancia militar o política... y sobre sus hijos. Segundo Hecho: tenía una mente sutil. Tercer Hecho:... no, no había un tercer hecho. Al menos no todavía.

Volvieron a la fiesta y descubrieron a Ivan sentado en un sillón entre las dos mujeres, charlando con ellas... por lo menos, ellas se estaban riendo mucho. Igualaban a lady Gelle en belleza: la rubia podía haber sido su hermana. La pelirroja era todavía más impresionante, con una cascada de bucles ambarinos que le caía hasta los hombros, una nariz perfecta, labios que llamaban a... Miles cortó el pensamiento de raíz. Ninguna ghemlady lo invitaría a hundirse en sus sueños femeninos... no a él.

Yenaro se ausentó un momento para supervisar a su sirviente —al parecer, sólo tenía uno— y apresurar la llegada de la comida y la bebida. Volvió con una jarra pequeña y transparente, llena de un líquido color rubí pálido.

—Lord Vorpatril —le dijo a Ivan—, me pareció que le gustaban nuestras bebidas. Pruebe ésta, por favor.

A Miles le empezó a latir el corazón con fuerza. Tal vez Yenaro no fuese un escultor asesino, pero como envenenador habría sido perfecto. Yenaro sirvió tres tacitas de líquido sobre una bandeja laqueada y extendió la bandeja a Ivan.

—Gracias. —Ivan seleccionó una al azar.

—Ah, cerveza zlati —murmuró uno de los ghemlores jóvenes.

Yenaro le pasó la bandeja y tomó la taza que quedaba. Ivan bebió un sorbo y levantó las cejas, sorprendido, con un gesto de aprobación. Miles vigiló con cuidado a Yenaro para ver si él también tomaba. Yenaro bebió. La mente de Miles repasó cinco métodos diferentes para presentar bebidas mortales con esa maniobra y asegurarse de que la víctima recibe la que le está destinada, incluyendo el truco por el cual el anfitrión ingiere el antídoto primero. Pero si se iba a poner tan paranoico, no tendría que haber aceptado la invitación... ¿Pero por qué no había tomado ni comido nada hasta el momento? ¿Y *qué piensas hacer, sentarte a ver si Ivan se cae primero y después probarlo tú?*

Esta vez, Yenaro no se dedicó a contar la repulsiva historia del nacimiento de Ivan a las dos mujeres que lo rodeaban como paréntesis. Mierda. Tal vez era cierto que lo de la escultura había sido un accidente y el hombre realmente estaba arrepentido y trataba de compensar —en lo que pudiera a los barrayareses. De todos modos, Miles se levantó y avanzó en círculo, tratando de mirar de más cerca la copa de Ivan.

Ivan estaba en el proceso del clásico *Lo único que hago es apoyar el brazo en la parte de atrás del sillón* para examinar a la pelirroja a la derecha y comprobar si ella se retiraba o lo invitaba a seguir adelante con el contacto físico. Levantó la cabeza y rechazó a su primo con una sonrisa agresiva.

—Ve y disfruta, Miles —murmuró—. Relájate un poco. Deja de espíarme por encima del hombro.

Miles esbozó una mueca de desdén, parecida a la que había recibido, y se alejó de nuevo. Alguna gente no quiere que la salven. Punto. Decidió entablar conversación con algunos de los amigos de Yenaro, los hombres, muchos de los cuales estaban reunidos en el otro extremo de la habitación.

No fue difícil hacerlos hablar de sí mismos. Era el único tema de conversación. Cuarenta minutos de esfuerzo y coraje dedicados al arte de la conversación convencieron a Miles de que la mayoría de los amigos de Yenaro tenía el cerebro de un mosquito. La única especialidad que reinaba en el ambiente era hacer comentarios burlones sobre otros compatriotas, que tampoco hacían nada en la vida: la ropa, los amoríos varios y los líos, los deportes —siempre eran espectadores, nunca participantes, excepto en el apartado de apuestas— y varios sueños comerciales, sentimentales, y las distintas ofertas eróticas. La huida permanente de la realidad parecía ocupar gran parte de los días y la atención de los ghemlores jóvenes. Ni uno solo de ellos ofreció una palabra de interés militar o político. Mierda, *hasta Ivan* tenía más materia gris en el cerebro.

En realidad, todo le resultaba un poco deprimente. Los amigos de Yenaro eran hombres excluidos, desechos desechados. Ni uno solo mostraba interés por alguna carrera o servicio: no los tenían. Ni siquiera las artes suscitaban su entusiasmo. Todos esos jóvenes eran consumidores de sueños fantásticos, no productores. Y en realidad, era una suerte que no tuvieran intereses políticos: parecían ese tipo de persona que empieza una revolución pero no puede terminarla porque su incompetencia traiciona su idealismo. Miles había visto jóvenes similares entre los Vor, terceros o cuartos hijos que no habían emprendido una carrera militar y que vivían de sus familias. Sin embargo, hasta ellos podían esperar algún cambio en su estatus cuando alcanzaran la madurez. Dado el promedio de vida de los ghem, casi todos ellos deberían esperar al menos ochenta o noventa años para ascender en la escala social. Desde luego, no eran estúpidos —la genética no lo hubiera permitido— pero habían reducido sus campos de interés a un horizonte artificial. Debajo de la atmósfera de sofisticación inquieta, esas vidas estaban paralizadas, detenidas en un punto. Miles se estremeció.

Decidió intentarlo con las mujeres, si es que Ivan le había dejado alguna. Se disculpó —voy a buscar una copa, perdonen— pero podría haberse ido sin decir palabra porque nadie parecía interesado en el huésped más raro e insignificante de lord Yenaro. Miles se acercó a un gran cuenco del que todos estaban bebiendo y se llevó la taza a los labios, pero no tragó. Levantó la vista y se vio frente a una mujer un poco mayor que las otras. Había llegado tarde a la fiesta con un par de amigos y se había mantenido siempre apartada de la reunión. Le sonrió.

Miles devolvió la sonrisa y se deslizó alrededor de la mesa mientras trataba de pensar en una frase correcta para empezar una conversación. No le hizo falta, porque ella tomó la iniciativa.

—Lord Vorkosigan. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo por el jardín?

—Sí... claro. ¿Le parece que el jardín es interesante? — *¿En la oscuridad?*

—Creo que a usted le interesará, sí.

La sonrisa desapareció cuando la mujer dio la espalda a la habitación, y dio paso a una expresión firme y amarga de determinación. Miles tocó el comu que llevaba en el bolsillo del pantalón y siguió el rastro perfumado de la dama. Apenas dejaron atrás las puertas de vidrio y estuvieron entre los arbusto descuidados, ella apuró el paso. No abrió la boca. Miles cojeó tras ella. Le sorprendió que llegaran a un portón pintado de rojo brillante y cuadrado, donde les esperaba una persona: una forma leve, andrógina, con una bata oscura y capucha para proteger la cabeza calva del rocío nocturno.

—Ya tiene su guía para el resto del camino —dijo la mujer.

—¿El resto del camino adónde?

—Un corto paseo —explicó la figura encapuchada con voz de soprano.

—De acuerdo. —Miles levantó una mano pidiendo una pausa y sacó el comu del bolsillo. Habló directamente al micrófono—: Base. Salgo de la casa de Yenaro por un momento. Rastréeme, por favor, pero no me interrumpa a menos que yo lo llame.

La voz del conductor sonaba dubitativa:

—Sí, milord... ¿Adónde va usted?

—Voy a... voy a pasear con una dama. Deséeme suerte.

—Ah... —El tono del conductor se transformó en el de una persona divertida y sonriente—. Buena suerte, milord.

—Gracias. —Miles cerró el canal—. De acuerdo. Vamos.

La mujer se sentó en un banco medio vencido y se abrigó con la ropa. Tenía el aire de quien se prepara para una larga espera. Miles siguió a su guía ba por el portón, pasó otra residencia, cruzó una ruta y entró en una quebrada baja y arbolada. Su guía sacó una mano para impedir tropezones. Si seguían así, las brillantes botas de Miles iban a quedar bastante mal paradas. Subieron por la quebrada hacia la parte trasera de otra mansión en condiciones todavía más ruinosas que la de Yenaro.

Un bulto entre los árboles: la casa, aparentemente desierta. Pero doblaron a la derecha sobre un camino invadido por la vegetación. La figura encapuchada se detuvo a separar ramas mojadas frente a la cara de Miles y luego volvieron al arroyo. Emergieron en un claro amplio donde se alzaba un pabellón de madera, un lugar para comer al aire libre, sin duda. Había un pequeño lago ahogado por las plantas acuáticas, que superaban en mucho a unos pocos lotos. Cruzaron el agua sobre un puente, que crujió de tal modo que Miles se alegró momentáneamente de no ser más corpulento. Un brillo tenue, familiar, perlado emanaba de las aberturas del pabellón, cubiertas por la vegetación. Miles tocó la Gran Llave escondida en la túnica para buscar seguridad. *Bueno. Aquí viene.*

Miles pasó junto a las ramas que apartaba su guía ba y obedeció un gesto indicativo, entró y lo dejó atrás, de guardia. Con cautela, Miles avanzó un paso hacia el interior del edificio, pequeño, redondeado.

La haut Rian Degtiar o una copia muy fiel de ella estaba sentada, O de pie, o algo, a unos pocos centímetros del suelo, como siempre, en una esfera pálida y translúcida.

Parecía ocupar una silla—flotante. La luz era más leve, apenas un brillo furtivo. *Espera. Deja que ella dé el primer paso.* El momento se prolongó. Miles empezó a temer que la conversación terminara siendo tan inconexa y absurda como la última, pero justo en ese momento ella habló con la misma voz sin aliento, distorsionada por la transmisión.

—Lord Vorkosigan. Esta entrevista, que usted me solicitó, es para ver cómo podemos arreglar que usted me devuelva mi...

—La Gran Llave —la interrumpió Miles.

—¿Ya ha averiguado lo que es?

—He estado haciendo investigaciones desde nuestra primera charla.

Ella gimió.

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Dinero? No tengo. ¿Secretos militares? No conozco ninguno.

—No se ponga coqueta conmigo y no tenga miedo, milady. Le pido muy poco. —Miles se abrió la túnica y sacó la Gran Llave.

—Ahí... ¡la tiene aquí, aquí mismo! ¡Démela! —La perla dio un salto hacia delante.

Miles retrocedió.

—No tan rápido. La he tenido estos días, no le he hecho ningún daño y se la pienso devolver. Pero siento que merezco algo a cambio. Solamente quiero saber cómo me la entregaron, si fue un error y por qué.

—¡No es asunto suyo, barrayarés!

—Tal vez no. Pero mi instinto me dice que esto es una trampa, contra mí o contra Barrayar a través de mi persona, y como oficial de Seglmp de Barrayar lo considero asunto mío. Muy mío, se lo aseguro. Estoy dispuesto a decirle a usted lo que vi y oí al respecto, todo, pero usted debe devolverme el favor. Para empezar, quiero saber qué hacía Ba Lura con uno de los objetos más importantes de la emperatriz en una estación espacial.

Ella bajó la voz y habló con tono confuso y duro.

—Estaba robando. Ahora devuélvame la Gran Llave.

—Una llave. Una llave no tiene valor sin una cerradura. Supongo que es una bonita antigüedad, pero si Ba Lura estaba planeando un cómodo retiro con fondos privados, seguramente hubiese encontrado objetos mucho más valiosos en el jardín Celestial. Cosas más valiosas, cuya sustracción puede pasar desapercibida durante mucho más tiempo. ¿Ba Lura pensaba hacerle chantaje? ¿Por eso lo asesinó? —Una acusación totalmente absurda: la hautlady y Miles eran coartada una del otro, pero él sentía curiosidad. Quería ver cómo reaccionaba.

La respuesta fue instantánea.

—¡Vil barr...! Yo no llevé a Lura a su muerte. ¡Si hay alguien responsable, ése es usted!

Dios, espero que no.

—Tal vez tenga usted razón... y en ese caso, tengo que saberlo, señora... Usted sabe que no hay nadie de Seguridad cetagandana en kilómetros a la redonda en este momento, o usted les ordenaría que me arrebataran ese objeto y arrojaran mi cadáver al callejón más cercano. ¿Por qué no hay nadie de Seguridad? ¿Por qué robó la Gran Llave su ba? ¿Por simple placer? ¿Colecciona objetos imperiales o algo así?

—¡Me da asco!

—¿Entonces a quién quería vendérselo?

—¡Vender! ¡Eso no!

—¡Ja! ¡Entonces usted sabe a quién se la llevaba!

—No exactamente... —Ella dudó—. Algunos secretos no me pertenecen y no estoy en libertad de entregarlos... Pertenecen a la Señora Celestial.

—A quien usted sirve.

—Sí.

—Incluso después de la muerte.

—Sí. —Había una nota de orgullo en su voz.
—Y a quien Ba Lura engañó... Incluso en la muerte.
—¡No! Engañar no... Tuvimos un desacuerdo.
—¿Un desacuerdo honesto?
—Sí.
—¿Entre un ladrón y una asesina?

—¡No!

Claro que no, pero la acusación había levantando su coraza. Descubrió cierto sentimiento de culpa, ahí. Sí, *hábleme de culpa, milady*.

—Mire, se lo pondré más fácil: empezaré yo. Ivan y yo estábamos llegando a Eta Ceta. Veníamos desde la nave correo de Barrayar en un vehivaina personal. Nos metieron en un compartimiento de embarque, un compartimiento de carga. Ba Lura, vestido con el uniforme de la estación, con una peluca mal puesta, subió al vehivaina en cuanto se abrió el portal y metió la mano para buscar lo que me pareció un arma. Lo atacamos y le arrebatamos un destructor nervioso. Y esto. —Miles levantó la Gran Llave—. Se nos escapó y yo me guardé esto en el bolsillo hasta que averiguáramos algo más. Cuando volví a ver a Ba Lura estaba muerto en un charco de su propia sangre en el suelo de la rotonda funeraria. A decir verdad, me puse muy nervioso. Ahora le toca a usted, señora. Dice que Ba Lura le robó la llave. ¿Cuándo se dio cuenta?

—La eché de menos... ese mismo día.

—¿Y cuánto tiempo calcula que transcurrió desde que él se la apropió? ¿Cuándo la había visto por última vez?

—No la usamos todos los días debido al período de luto por la Señora Celestial. La vi cuando ordené los objetos reales... dos días antes...

—Así que podría haberla sustraído tres días antes de que usted lo notara. ¿Cuándo desapareció Ba Lura?

—No... no estoy segura. Lo vi la noche anterior.

—Eso reduce las posibilidades. Así que el único momento en que Ba Lura pudo haberse apropiado de la llave fue la noche anterior. ¿Los servidores ba pasan libremente por las puertas del jardín Celestial?

—Por supuesto. Nosotras no hacemos nada en el exterior. Eso es cosa de los ba.

—Y Ba Lura volvió... ¿cuándo?

—La noche de su llegada, lord Vorkosigan. Pero no quiso verme. Dijo que se encontraba mal. Pude haber ordenado que viniera pero... no quise hacer algo tan indigno.

Entonces sí estaban juntos en esto...

—Fui a ver a Ba Lura por la mañana. Entonces, me lo contó todo. Lura quería llevarle la Llave a... alguien y entró en el compartimiento equivocado.

—¿Entonces *alguien* tenía que suministrarle un vehivaina? ¿Alguien lo esperaba en una nave en órbita?

—¡Yo no he dicho nada de eso!

Sigue así, presiona un poco. Está funcionando. Pero se sentía un poco culpable por esa forma de asediar a la vieja dama, aunque fuera para ayudarle... presumiblemente para ayudarle. No *la dejes escapar*.

—¿Así que Ba Lura se introdujo en nuestro vehivaina y.. cómo sigue la historia? ¡Dígame!

—Unos soldados barrayareses atacaron a Ba Lura y le robaron la Gran Llave.

—¿Cuántos soldados?

—Seis.

Los ojos de Miles se abrieron un poco más en un gesto de alegría.

—¿Y después?

—Ba Lura rogó por su vida y por su honor, pero ellos se rieron, lo rechazaron y se alejaron.

Mentiras, por fin mentiras. Sin embargo... Ba Lura era humano. Cualquiera que mete la pata de esa forma reinventa la historia para parecer menos culpable.

—Y según él, ¿qué le dijimos?

La voz de ella estallaba de furia.

—Dijo que insultaron a la Señora Celestial.

—¿Y luego?

—Ba Lura volvió a casa sumido en la vergüenza.

—Y entonces, ¿por qué no llamó a Seguridad cetagandana para recuperar inmediatamente la Gran Llave por todos los medios?

Se produjo un largo silencio. Después ella dijo:

—Ba Lura no podía hacerlo. Pero se confesó conmigo. Y yo acudí a usted... Me humillé frente a usted... Y le pedí que me devolviera el objeto del que soy responsable... y con él, mi honor.

—¿Por qué no confesó Ba Lura la noche anterior?

—¡No lo sé!

—Y mientras usted se enfrentaba a la tarea de recuperación, Ba Lura se corta el cuello...

—Por dolor, por vergüenza —murmuró ella.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no esperó a ver si usted lograba que yo le entregara la Llave? ¿Por qué no se cortó el cuello en privado, en sus habitaciones? ¿Por qué mostrar su vergüenza frente a toda la comunidad galáctica? ¿No le parece un poco raro? ¿Se suponía que Ba Lura debía asistir a la ceremonia de entrega de presentes?

—Sí.

—¿Y usted también?

—Sí...

—¿Y usted creyó la historia de Ba Lura?

—¡Por supuesto!

—Señora, me parece que anda usted muy perdida. Déjeme decirle lo que pasó en el vehivaina tal como yo lo vi. No había seis solados; sólo éramos tres: yo, mi primo y el piloto del vehivaina. No se produjo conversación alguna, no hubo ruegos ni súplicas, y mucho menos insultos contra la Señora Celestial. Ba Lura gritó y salió corriendo. Ni siquiera opuso resistencia. En realidad, apenas se enfrentó a nosotros. No hizo casi nada. Piénselo. Estaba luchando por la recuperación de un objeto de suma importancia, y esa recuperación era tan esencial que cuando fracasó, decidió cortarse el cuello delante de todo el mundo. ¿No le parece raro? Nos dejó ahí, rascándonos la cabeza con aquella maldita cosa entre las manos, preguntándonos «¿qué diablos está pasando?». Es evidente que alguien está mintiendo. Yo sé quien es.

—Deme la Gran Llave —dijo ella—. No le pertenece.

—Mire, yo creo que me tendieron una trampa. Alguien que aparentemente quiere arrastrar a Barrayar a un... desacuerdo interno cetagandano. ¿Por qué? ¿Para qué me están tendiendo esta trampa?

Tal vez el silencio de ella indicaba que esas eran las primeras palabras que penetraban su pánico en dos días. O tal vez no. En cualquier caso, se limitó a repetir en un susurro:

—¡No le pertenece!

Miles suspiró.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, milady, y me alegro de devolvérsela. Pero en vista de la situación, me gustaría testificar, bajo pentarrápida si es necesario, a *quién* hago entrega de la Gran Llave. Dentro de esa burbuja podría esconderse cualquiera. Mi tía Alys, por ejemplo. Pienso devolvérsela, pero cara a cara... —Extendió la mano con la palma abierta y la llave sobre la palma, invitante...

—¿Ese es el último precio?

—Sí. No pido más.

Era un triunfo insignificante. Iba a ver a una hautmujer. Ivan no había visto ninguna. Sin duda la vieja sentiría vergüenza de mostrarse así frente a ojos extranjeros, pero mierda, considerando lo que Miles había sufrido, aquella mujer le debía algo. Y sus argumentos sobre la necesidad de identificar a la persona a quien entregaba la Gran Llave eran totalmente ciertos. La haut Rian Degtiar Dama de Compañía del Criadero Estrella, no era la única que estaba involucrada.

—De acuerdo —susurró ella. La burbuja blanca se desvaneció hasta hacerse transparente y finalmente desapareció.

—Ah —dijo Miles, con un hilo de voz.

Ella estaba sentada en una silla flotante, envuelta de pies a cabeza en tenues telas, muchas capas de tela, todas blancas y brillantes, una docena de texturas que caían unas sobre otras.

El cabello era de color ébano refulgente, una larga melena con mechones que le cubrían los hombros y le pasaban sobre las piernas y se arremolinaban a sus pies. Cuando se pusiera de pie, el cabello la seguiría por el suelo como un velo infinito. Sus ojos enormes eran de un azul gélido de tal pureza ártica, que a su lado los ojos de lady Gelle parecían charcos de barro. La piel... Miles sintió que en toda su vida nunca había visto piel, sólo bolsas remendadas en las que la gente se enfundaba para no perder fluidos vitales. Esa perfecta superficie marfileña... ah, deseaba tocarla con tal intensidad que incluso le dolían las manos. Tocarla sólo una vez y después morir. Los labios de Rian Degtiar eran tibios, como rosas en las que latiera la sangre...

¿Qué edad tenía? ¿Veinte años? ¿Cuarenta? Era una hautmujer, ¿quién podía decirlo? ¿A quién le importaba? Los hombres de la vieja religión habían adorado iconos mucho menos gloriosos, de plata y oro labrados con un burdo cincel. Miles estaba de rodillas y no recordaba cómo ni cuándo se había dejado caer al suelo de ese modo.

Ahora sabía por qué lo llamaban «caer». Sí, enamorarse. Era el mismo vértigo lleno de náuseas de la caída libre, la misma emoción inabarcable, la misma seguridad enfermiza de que sufriría un tremendo golpe contra una realidad que se cernía hacia él a toda velocidad. Se inclinó hacia delante y dejó la Gran Llave frente a esos pies perfectos en sus sandalias blancas. Luego retrocedió y esperó.

SOY un juguete de la Fortuna.

6

Ella se inclinó y alargó la grácil mano para recuperar el solemne objeto. Dejó la Gran Llave sobre la falda y sacó un collar largo por debajo de las capas de vestidos blancos. La cadena tenía un anillo decorado con el dibujo de un ave con el pico abierto; las líneas de oro de los contactos electrónicos brillaban como filigrana sobre esa superficie lisa. Ella insertó el anillo en el sello sobre el cilindro. No pasó nada.

Algo le silbó en la respiración. Miró a Miles con furia.

—¿Qué ha hecho?

—Milady... yo... no....nada. ¡Le doy mi palabra de Vorkosigan! Ni siquiera se me cayó. ¿Qué... qué se supone que debe pasar?

—Tendría que abrirse.

—M... m... —Miles se hubiera puesto a sudar de desesperación, pero hacía demasiado frío. El perfume que emanaba de aquella mujer y la armonía de su voz sin filtro electrónico casi lo marcaban—. Si le pasa algo, sólo hay tres posibilidades. Alguien lo rompió... ¡pero no fui yo, lo juro! — ¿Era ése el secreto de la extraña intrusión de Ba Lura? ¿Se le había roto y había estado buscando un chivo expiatorio a quien echarle la culpa...?—. O alguien lo ha reprogramado, O, lo cual es menos probable, han hecho algún tipo de cambio. Un duplicado... O... o...

La hautmujer abrió desmesuradamente los ojos y pareció a punto de decir algo.

¿A usted no le parece tan poco probable? —adivinó Miles—. Seguramente sería lo más difícil de hacer pero... ahora se me está ocurriendo que tal vez quien lo hiciera no consideró la posibilidad de que yo se lo entregara a usted. Si es falso, tal vez alguien suponía que estaría camino a Barrayar en una valija diplomática. O... algo así... No, eso no tiene sentido pero...

Ella estaba sentada, inmóvil, la cara tensa de pánico, las manos tensas alrededor del cilindro.

—Milady, hábleme. Si es una reproducción, obviamente es muy fiel. Usted podrá entregarla en la ceremonia. Y si no funciona, ¿qué más da? ¿Quién va a controlar el funcionamiento electrónico de un aparatito obsoleto?

—La Gran Llave no es obsoleto. La usamos todos los días.

—Es algo así como un enlace de datos, ¿no? Usted tiene una ventana de tiempo... Nueve días. Si cree que el objeto ha sufrido algún daño o que alguien la ha modificado, bórrala y reprograméla con los archivos de resguardo. Si es un duplicado falso que no funciona, tal vez tenga tiempo de hacer un duplicado verdadero y reprogramarlo... —*Pero por favor, no se quede ahí sentada con esa mirada de horror en los ojos*—. ¡Hábleme!

—Tengo que hacer lo que hizo Ba Lura —susurró ella—. Ba Lura tenía razón. Éste es el final de todo...

—No, ¿por qué? ¿Por qué? Es una cosa, una cosa, nada más. ¿A quién le importa? A mí no.

Ella levantó el cilindro y por primera vez fijó su gélida mirada en Miles. La expresión de sus ojos hizo que él deseara meterse en las sombras como una cucaracha, que quisiera esconder su fealdad meramente humana en un rincón, pero se puso firme y aguantó la vergüenza.

—No hay archivos de seguridad —dijo ella—. Es la única llave.

Miles sintió que se desmayaba y, esta vez, no era sólo por el perfume.

—¿Que no tienen copia de seguridad? —se ahogó—. ¿Están totalmente locos?

—Es una cuestión de... control.

—¿Para qué sirve este maldito objeto?

Ella dudó, luego dijo:

—Es la llave—dato del banco genético de los haut. Las muestras congeladas de genes se guardan desordenadas, por seguridad. Sin la llave, nadie sabe dónde está cada muestra del banco. Para recrear los archivos, alguien tendría que examinar físicamente las muestras una por una y volver a clasificarlas. Hay cientos de miles de muestras... una por cada haut de la historia. Se necesitaría todo un ejército de genetistas y una generación de tiempo para recrear la Gran Llave.

—Entonces, esto es una debacle, ¿eh? —dijo él con voz tranquila, parpadeando. Apretó los dientes—. Ahora sé que es una trampa. —Se puso de pie con dificultad y levantó la cabeza como si desafiara el ataque de esa belleza increíble—. Señora, ¿qué diablos está pasando aquí? Se lo voy a preguntar una vez más, muy en serio. ¿Qué estaba haciendo Ba Lura con la Gran Llave en una estación espacial, en nombre de los noventa infiernos verdes de Dios?

—Ningún extranjero...

—¡Alguien quiere que sea asunto mío! ¿No lo comprende? Alguien me metió de cabeza en esto... No creo que pudiera escaparme aunque quisiera. Y creo... creo que usted necesita un aliado. Ha tardado un día y medio en preparar esta reunión. Le quedan nueve días más. No tiene *tiempo* de hacerlo sola. Necesita... un hombre de seguridad, un hombre entrenado. Y por alguna extraña razón, se diría que usted no quiere recurrir a los de su propio bando...

Ella se balanceó adelante y atrás en un gesto de horror, de miseria, acompañado por un roce de ropa en movimiento.

—Si no me considera merecedor de conocer sus secretos —siguió diciendo Miles con tono salvaje—, entonces dígame cómo podría empeorar las cosas...

Los ojos azules lo revisaron, buscando algo que él no entendió. Mientras tanto, él pensaba que si aquella mujer le hubiera pedido que se abriera las venas por ella, allí mismo, él habría dicho: *¿De qué ancho quiere la herida?*

—Mi Señora Celestial lo deseaba —empezó a decir Rian Degtiar, con miedo, y se detuvo.

Miles se aferró al poco autocontrol que le quedaba. Todo lo que ella había dejado escapar hasta el momento era fácilmente deducible, o conocido. Ahora estaba llegando al corazón del asunto y lo sabía. Era evidente por la forma en que dudaba.

—Milady —Miles eligió las palabras con mucho cuidado—. Si Ba Lura no se suicidó, eso fue un asesinato. No me cabe la menor duda. —Y *los dos tenemos buenas razones para preferir la segunda opción*—. Ba Lura fue su servidor, su colega... su... ¿me atrevo a adivinar?, su amigo. Yo vi, su cadáver en la rotonda. Una persona muy peligrosa y muy precavida dispuso toda aquella horrible escena. Había... mucha maldad y mucha burla en todo eso...

¿Era dolor lo que se veía en esos ojos fríos? Qué difícil era definirlo...

—Yo tengo razones muy antiguas y muy personales para negarme a que me conviertan en blanco involuntario de las burlas. No sé si me entiende...

—Tal vez... —asintió ella.

Sí. Mire usted más adentro, bajo la superficie. Véame a mi, no a este cuerpo que parece un chiste...

—Y soy la única persona de Eta Ceta que no lo hizo. Eso usted lo sabe. Es la única certeza que tenemos, por ahora. Yo reclamo el *derecho* a saber quién nos está haciendo esto. Y la única forma de descubrirlo es saber exactamente *por qué* lo están haciendo.

Ella seguía inmóvil, en absoluto silencio.

—Ya sé lo suficiente como para destruirla, milady —agregó Miles, ansioso—. ¡Cuénteme algo que me ayude a salvarla!

La perfecta barbilla de la hautlady se alzó en un gesto de absoluta determinación. Cuando lo bendijo con toda su atención, era una atención devastadora y terrible.

—Fue un desacuerdo que se prolongó durante mucho tiempo. —A él le costaba escucharla, mantener la cabeza clara, concentrarse en las palabras y no sólo en la melodía hechicera de su voz—. Entre la Señora Celestial y el Emperador. Mi Señora pensaba que el banco genético estaba demasiado centralizado. Pensaba que debíamos dispersar copias por simple cuestión de seguridad. Mi Señor, en cambio, era partidario de mantenerlo todo bajo su protección personal... por una cuestión de seguridad. Los dos querían lo mejor para los haut... cada uno a su manera.

—Ya veo —murmuró Miles, alentándola con toda la delicadeza de que era capaz—. Todos son buenos en esta historia, ¿no es cierto?

—El Emperador le prohibió que llevara a cabo el plan. Pero a medida que la señora envejecía... empezó a sentir que su lealtad hacia los haut valía más que su lealtad hacia su hijo. Hace veinte años, empezó a hacer copias... en secreto.

—Un proyecto ingente... —observó Miles.

—Ingente y lento... Pero lo llevó a cabo.

—¿Cuántas copias?

—Ocho. Una para cada una de las satrapías planetarias.

—¿Copias exactas?

—Sí. Estoy segura. Soy supervisora de genética de la Señora Celestial desde hace cinco años.

—Ah... entonces, usted es algo así como una científica. Comprende lo que es el... cuidado extremo. Y la honestidad escrupulosa...

—¿De qué otro modo puedo servir a mi señora? —Ella se encogió de hombros.

Pero salta a la vista que no sabe usted nada de las argucias de un plan secreto... Mmm.

—Si hay ocho copias exactas, tiene que haber ocho Grandes Llaves, exactas, ¿verdad?

—No. Todavía no. Mi señora quería dejar la duplicación de la Llave para último momento. Una cuestión de...

—Una cuestión de control, ¿no? —terminó Miles—. No sé por qué ya imaginaba su respuesta...

Un leve brillo de resentimiento pasó por los ojos azules y Miles se mordió la lengua. Todo aquello no era motivo de broma para la haut Rian Degtiar.

—La Señora Celestial sabía que su hora estaba llegando, Nos nombró a mí y a Ba Lura ejecutores de su voluntad. Teníamos que entregar las copias del banco genético a los ocho gobernadores de las satrapías en el momento del funeral, cuando todos acudieran a la capital. Pero... murió antes de lo esperado, cuando todavía no había hecho arreglos para la duplicación de la Gran Llave. En este punto se planteaba un problema considerable de habilidad técnica y de codificación. En el momento de la creación original de la Llave, se usaron todos los recursos del imperio. Ba Lura y yo teníamos las instrucciones de la Emperatriz en cuanto a los bancos pero ni una palabra sobre cómo se duplicaría y enviaría la Llave; no sabíamos si ella quería que se hiciera. Ba Lura y yo no estábamos seguros.

—Ah —dijo Miles, en voz muy leve. No se atrevió a ofrecer ningún comentario. Tenía miedo de interrumpir el flujo de información que por fin se había liberado. Permaneció pendiente de las palabras de ella, conteniendo la respiración.

—Ba Lura pensaba que... si llevábamos la Gran Llave a uno de los gobernadores de satrapías, él podría usar sus propios recursos para duplicarla. A mí me parecía una idea muy peligrosa. Porque el gobernador podía sentir la tentación de quedarse con la Llave.

—Alí... discúlpeme. A ver si lo entiendo. Sé que usted considera que el banco genético es una cuestión absolutamente privada, pero ¿cuáles serían los efectos *políticos* de establecer nuevos centros de reproducción haut en cada una de las ocho satrapías planetarias de Cetaganda?

—La Señora Celestial pensaba que el imperio había dejado de expandirse desde el momento de la derrota de la expedición contra Barrayar. Que nos habíamos estancado, y que, como estábamos estáticos, también nos poníamos cada vez más nerviosos. Pensaba que si el imperio generaba un proceso de mitosis, como una célula, los haut empezaban a crecer de nuevo y recibirían nueva energía. Si se copiaba y reproducía el banco genético, habría ocho nuevos centros de autoridad para la expansión.

—¿Ocho nuevas capitales potenciales del imperio? —susurró Miles.

—Sí, supongo...

Ocho nuevos centros... La guerra civil era sólo una de las posibilidades. Ocho nuevos imperios cetagandanos, y cada uno de ellos en expansión como un coral que creciera a expensas de sus vecinos... Una pesadilla de proporciones cósmicas.

—Ahora ya entiendo por qué el emperador no estaba tan entusiasmado con el sólido razonamiento biológico de su madre —dijo Miles con cuidado—. Los dos tenían parte de razón, ¿no le parece?

—Yo sirvo a la Señora Celestial y al genoma haut —dijo la haut Rian Degtiar llanamente—. Los ajustes políticos de corto plazo no son asunto mío.

—Y toda esta manipulación... barajar los genes... ¿Tal vez el Emperador de Cetaganda lo consideraría un acto de traición de su parte?

—No veo cómo —dijo la haut Rian Degtiar—. Era mi deber obedecer a la Señora Celestial.

—Ah...

—Pero sí puede decirse que los ocho gobernadores de satrapías cometieron traición —

agregó ella en el tono con que se describe un hecho indiscutible.

—¿Cometieron? ¿En *pasado*?

—Todos recibieron los bancos genéticos la semana pasada, en el banquete de bienvenida. Ba Lura y yo conseguimos llevar a cabo esa parte del plan de la Señora Celestial.

—Cofres de tesoro... sin llave...

—No lo sé... A la Señora Celestial le pareció más conveniente que cada uno de los gobernadores se considerara el único receptor de la nueva copia del banco genético. Así todos tratarían de mantenerlo en secreto...

—¿Sabe usted...? Tengo que hacerle esta pregunta. —*Pero no estoy seguro de querer oír la respuesta*—. ¿Sabe usted a cuál de los ocho gobernadores de satrapías estaba tratando de entregar la Gran Llave Ba Lura? ¿Cuál de ellos era el elegido para duplicarla, el que iba a recibirla cuando se metió en nuestro vehivaina?

—No —dijo ella.

—Ah. —Miles dejó escapar un suspiro de satisfacción—. Ahora ya sé por qué me tendieron una trampa. Y por qué murió Ba Lura.

Ella lo miró y unas líneas leves aparecieron sobre su frente de marfil cuando frunció el ceño.

—¿No lo entiende? —dijo él—. Ba Lura no se encontró con nosotros en el viaje de ida. Se encontró con nosotros cuando ya volvía de su misión. Su ba recibió un soborno. Había llevado la llave a uno de los gobernadores de satrapías y le dieron a cambio no una copia verdadera, porque no había tiempo de hacer la decodificación, sino una copia falsa. Y luego lo mandaron deliberadamente a perderla en nuestras manos. Y lo hizo... aunque sospecho que no en la forma en que habían previsto —*Casi con seguridad, no como habían previsto*.

De pronto, descubrió que estaba caminando de un lado otro, nervioso, casi descontrolado. No hubiera debido cojear delante de ella —eso hacía que sus deformidades resultaran mucho más visibles— pero no podía permanecer quieto.

—Y mientras todo el mundo se dedica a perseguir a los barrayareses, el gobernador se va tranquilamente a casa con la única copia de la Gran Llave y consigue una buena ventaja en la competencia haut. Después de arreglar la recompensa de Ba Lura por su doble traición y eliminar de paso al único testigo de lo sucedido. Ah, sí, ahora todo encaja. Ya veo. Y funcionaría si... el gobernador sátrapa hubiera recordado que ningún plan de batalla sobrevive al primer contacto con el enemigo. —*No cuando el enemigo soy yo*. Miles la miró a los ojos, y deseó que creyera en él, deseó no tener que derretirse frente a ella—. ¿Cuándo puede usted analizar esta Gran Llave para comprobar si mis teorías se ajustan a la realidad?

—Esta noche, ahora mismo. Pero aunque pueda averiguar *que* le hicieron, eso no me dirá *quién* fue el culpable, barrayarés. —La voz de la haut se hizo glacial—. Dudo que usted pueda crear un duplicado, pero una copia sin funcionamiento está dentro de sus capacidades, de eso estoy segura. Si ésta es falsa... ¿dónde está la verdadera?

—Me parece que eso es justamente lo que tenemos que descubrir, milady, para... para limpiar mi nombre de sospechas. Parara redimir mi honor frente a sus ojos. —La fascinación intrínseca de cualquier rompecabezas intelectual lo había llevado a esa entrevista. Él había pensado que la curiosidad era la fuerza que más lo arrastraba en la vida, hasta que de pronto se había encontrado envuelto en toda su personalidad de soldado. Era como estar bajo... no, era como *ser* una avalancha—. Si yo descubro esto, ¿usted...? — ¿Usted *qué*? ¿Aceptaría que la cortejara? ¿O lo despreciaría como el bárbaro que era a pesar de todo?—. ¿Usted me dejaría verla de nuevo?

—No... no lo sé. —Ella recordó de pronto y llevó la mano a algún tipo de control situado sobre la silla—flotante para conectar de nuevo la pantalla de fuerza.

No, no, no se vaya...

—Tenemos que establecer una forma de ponernos en contacto —dijo Miles con rapidez, antes de que ella pudiera desaparecer de nuevo detrás de esa barrera que susurraba en tono muy bajo.

La cabeza de ella se inclinó, pensando. Sacó un pequeño comunicador de la ropa. No tenía decoraciones, era totalmente utilitario, pero al igual que el destructor nervioso que él le había entregado a Ivan, estaba perfectamente diseñado en un estilo que Miles había empezado a reconocer como típico de los haut. Ella susurró una orden. Al instante, apareció su ba, que había estado haciendo guardia junto a la laguna. ¿Se le abrieron un poco más los ojos al ver a su señora sin la pantalla de fuerza?

—Deme su comunicador y espere fuera —ordenó haut Rian Degtiar.

La leve figura del ba se inclinó y le entregó el aparato sin hacer preguntas. Después, se retiró en silencio.

Ella se lo tendió a Miles.

—Esto es para ponerme en contacto con mis servidores de confianza cuando salen del jardín Celestial por algún encargo. Aquí tiene.

Él deseaba tocarla, pero no se atrevía. En lugar de eso, extendió las manos hacia ella, con las palmas hacia arriba, como un hombre tímido que le ofrece flores a una diosa. Ella dejó caer el comu con miedo, desde lejos, como quien le entrega algo a un leproso. O a un enemigo.

—¿Es seguro? —se atrevió a preguntar él.

—Por ahora...

En otras palabras, era una línea privada sólo mientras no hubiera nadie en el alto nivel de seguridad de Cetaganda a quien se le ocurriera escuchar las conversaciones. Era de esperar. Miles suspiró.

—No sirve. No se pueden enviar señales a una embajada sin que las autoridades hagan cientos de preguntas y yo prefiero no contestar las de mis superiores en este momento. No puedo darle a usted mi comu, porque tengo que entregarlo y no creo que se traguen el cuento de que lo perdí... —De mala gana, le devolvió el aparato—. Pero tenemos que volver a encontrarnos de alguna forma... —*Sí, ah, sí, sí...*—. Si voy a arriesgar mi reputación y tal vez mi vida por la validez de mis razonamientos, me gustaría apoyarme en hechos.

Uno de esos hechos era casi una verdad comprobada. Alguien con suficiente inteligencia y arrestos como para asesinar a uno de los servidores más antiguos del Emperador ante las narices de Seguridad no vacilaría en amenazar a una mujer Degtiar no demasiado importante si eso le parecía útil. La idea era obscena, horrenda. La inmunidad diplomática de un heredero de Barrayar era un escudo todavía más inútil, sin duda, pero era el precio del juego.

—Creo que usted podría estar en grave peligro. Tal vez sea mejor seguirles la corriente por un tiempo, no revelar a nadie que yo le he dado la llave. Tengo la extraña sensación de que no estoy siguiendo el guión de esa gente como corresponde... —Miles caminaba de un lado a otro delante de ella—. Si usted consigue descubrir algo, lo que sea, sobre las actividades reales de Ba Lura en los pocos días anteriores a su muerte... bueno... pero no se relacione demasiado con su propia Seguridad... Seguramente están investigando la muerte de Ba Lura...

—Yo... me pondré en contacto con usted donde, cuando y como pueda, barrayarés. — Lentamente, una mano acarició la almohadilla de control sobre el brazo de la silla— flotante y una niebla gris se formó a su alrededor como un hechizo fabuloso.

La burbuja se alejó y también el ba y Miles quedó solo. Ahora tenía que volver a la fiesta de Yenaro atravesando a tropezones charcos, campos y propiedades.

Llovía.

A Miles no le sorprendió que la hautmujer ya no estuviera esperándolo en el banco junto al portón pintado de rojo. Lo atravesó en silencio y se detuvo junto a las puertas del

jardín para sacudirse las gotas de agua del uniforme de gala y secarse la cara. Luego, sacrificó el pañuelo a la redención de sus botas y dejó caer la tela empapada detrás de un arbusto. Después, volvió a deslizarse al interior.

Nadie lo vio entrar. La fiesta proseguía un poco más ruidosa y con algunas caras nuevas sustituyendo las anteriores. Los cetagandanos no consumían alcohol para embriagarse, pero algunos de los participantes de la fiesta tenían un aire de confusión que recordaba al de los bebedores de Barrayar. Si había sido difícil mantener una conversación inteligente antes, ahora sería claramente imposible. Incluso Miles se sentía un poco así, ahogado en, información, mareado de intriga. *Todo el mundo tiene una adicción secreta, supongo*. Quería buscar a Ivan y huir lo más rápido posible antes de que le estallara la cabeza.

—Ah, por fin doy con usted, lord Vorkosigan. —Lord Yenaro apareció junto al codo de Miles, con una mirada levemente ansiosa—. He estado buscándolo.

—Fui a dar un paseo con una dama... un largo paseo —dijo Miles. No veía a Ivan—. ¿Dónde está mi primo?

—Lord Vorpatril está viendo la casa con lady Arvan y lady Bennello —dijo Yenaro. Miró a un lado, hacia el gran arco que se erguía al otro extremo de la habitación y la escalera en espiral más allá—. Hace ya un rato que se fueron... en realidad hace mucho rato. —La sonrisa de Yenaro, que seguramente intentaba ser divertida, le salió extraña, llena de intenciones secretas y curiosidad—. Antes de que usted... No entien... bueno... ¿Quiere usted tomar algo?

—Sí, gracias —dijo Miles, distraído. Tomó la bebida de las manos de Yenaro y se la bebió sin dudar. Se le ponían los pelos de punta al pensar en lo que estaría haciendo Ivan con dos hermosas ghemujeres. Aunque en ese momento, para sus ojos deslumbrados de belleza haut, todas las ghemujeres de la habitación le parecían tan groseras y aburridas como campesinas sucias de una aldea provinciana. El efecto se iría desvaneciendo con el tiempo... al menos, eso esperaba. Le aterraba pensar en su próximo encuentro con el espejo. ¿Qué había visto la haut Rian Degtiar cuando lo miraba? ¿Un gnomo simiesco de arcilla blanca que se retorció y parloteaba? Sacó una silla y se sentó bruscamente: encerró la escalera en espiral con dos suspiros, como dos paréntesis. ¡*Apúrate, Ivan!*

Por alguna razón, Yenaro se había quedado junto a él. Conversaba sobre teorías de la proporción en la historia de la arquitectura, sobre el arte y los sentidos y sobre el mercado de ésteres naturales en Barrayar, pero Miles hubiera jurado que el hombre tenía la mente puesta en la escalera, exactamente igual que él.

Un par de copas después, apareció Ivan en las sombras del piso superior. Titubeó en la penumbra, con la mano sobre el uniforme verde, como si estuviera controlando el estado de su atuendo, aunque desde donde estaba Miles todas las prendas parecían en su lugar. Ivan estaba solo. Bajó con una mano aferrada a la barandilla curva que flotaba sin apoyo aparente como un eco del arco de la escalera. Se sacudió una vez, convirtió una expresión de intensa preocupación en una radiante sonrisa antes de pasar a la habitación principal y caminar bajo la luz. Le tembló la cabeza hasta que vio a Miles y se dirigió en línea recta hacia él.

—Lord Vorpatril —lo saludó Yenaro—. Sí que ha sido un paseo largo el suyo... ¿Ha visto toda la mansión?

Ivan mostró los dientes, como un perro furioso.

—Todo. Hasta la luz.

La sonrisa de Yenaro no cambió pero sus ojos parecían llenos de preguntas.

—Me... me alegro mucho...

Otro invitado lo llamó desde el otro extremo de la habitación y Yenaro se distrajo un momento.

Ivan aprovechó para inclinarse y susurrar en el oído de Miles:

—Salgamos de aquí. Creo que me han envenenado.

Miles levantó la vista, asustado.

—¿Quieres llamar al vueloliviano?

—No. Quiero ir a la embajada en el auto de superficie. Ahora mismo.

—Pero...

—No, mierda —siseó Ivan—. Marchémonos sin llamar la atención, antes de que ese bastardo sonriente suba arriba.

Hizo un gesto con la cabeza hacia Yenaro que estaba al pie de la escalera mirando hacia el piso superior.

—Veo que piensas que no es grave.

—Ah, te aseguro que es muy grave —le ladró Ivan.

—No habrás matado a nadie ahí arriba, ¿verdad?

—No. Pero pensé que *nunca*... Ya te lo contaré en el auto.

—Eso espero. —Miles se puso de pie. Tenían que pasar junto a Yenaro, eso era inevitable. El cetagandano se pegó a ellos como buen anfitrión para acompañarlos a la puerta principal y despedirlos amablemente.

Los adioses de Ivan parecían chorros de ácido.

En cuanto el auto se cerró sobre sus cabezas, Miles ordenó a su primo:

—Ahora, Ivan.

Ivan se recostó contra el asiento, hirviendo de rabia.

—Me tendieron una trampa.

¿Te sorprende, primito?

—¿Quiénes? ¿Lady Arvan y lady Bennello?

—Ellas eran la trampa, Miles. Yenaro lo organizó todo. Estoy seguro. Tenías razón con lo de la fuente: era una trampa. Ahora me doy cuenta. La belleza como carnada, de nuevo.

—¿Qué te pasó?

—¿Sabes algo de los rumores sobre afrodisíacos cetagandanos?

—Sí, algo sé...

—Bueno, en algún momento en la noche ese hijo de puta de Yenaro me dio un antiafrodisíaco.

—Mmm. ¿Estás seguro? Quiero decir que a veces estas cosas ocurren, me dijeron que...

—Fue una trampa, una trampa, mierda. Yo no las seduje, fueron ellas... Me llevaron arriba, a esa habitación sorprendente... seguro que lo tenían todo organizado. Dios, fue... fue... —Se le quebró la voz en un suspiro—. Fue glorioso... Por un tiempo... Y después me di cuenta de que no podía... bueno... no podía... hacerlo.

—¿Y qué hiciste?

—Era demasiado tarde para salir bien parado de la situación. Así que traté de salir de otro modo. Es lo único que se me ocurrió para que no se dieran cuenta.

—¿Y qué diablos hiciste?

—Fabricé folclore instantáneo... toda una serie de leyendas. Les dije que un Vor se enorgullece de su autocontrol, que no se considera correcto en Barrayar que un hombre... ya sabes, antes que su dama... tres veces. Les dije que se consideraba un insulto para la dama. Y acaricié, froté, rasqué, recité poesía, toqueteé... me duelen los dedos... —También tenía la voz un poco rara, notó Miles—. Pensé que *nunca* se dormirían... —Ivan hizo una pausa: una especie de sonrisa amarga reemplazó la mueca que se pintaba en su rostro—. Pero cuando se durmieron, estaban sonriendo. —La sonrisa se convirtió en una mirada de desesperación sombría—. ¿Cuánto te apuesto que esas dos son las peores ghemchismosas de todo Cetaganda?

—Yo no apuesto nada —dijo Miles, fascinado. *En el pecado está la penitencia...* O, en este caso, en la presa está la trampa. Alguien había estudiado las debilidades de su primo. Tal vez la misma persona que había estudiado las suyas—. Podríamos hacer que

la oficina de SegImp investigue los rumores de los próximos días.

—Si se te escapa una sola palabra de todo esto... ¡te retuerzo el cuello...! Si es que consigo encontrarlo en ese cuerpo tuyo, claro está...

—Tendrás que confiar en el médico de la embajada. Análisis, de sangre...

—Ah, sí, sí. Quiero un rastreo químico en cuanto llegue. ¿Qué voy a hacer si el efecto es... permanente?

—¿Ba Vorpatril? —entonó Miles, los ojos tranquilos y divertidos.

—Mierda, yo no me burlé de ti con lo de la fuente...

—No. Cierto. No te burlaste. —Miles suspiró—. Estoy casi seguro de que el doctor te va a decir que la sustancia se metaboliza rápido, sea lo que fuere. Yenaro también bebió de esa taza...

—¿Tú crees?

—¿Te acuerdas del zlati? Apuesto mi ojo de plata de SegImp a que ése fue el vehículo.

Ivan se relajó un poquito, obviamente aliviado con ese análisis profesional. Después de un instante, agregó:

—Yenaro ya te lo hizo a ti. Ahora a mí. A la tercera va la vencida. ¿Qué supones que hará ahora? ¿No podemos adelantarnos a sus movimientos?

Miles se quedó callado un largo rato.

—Depende. No sé si Yenaro se está divirtiendo o si él también es víctima de una serie de trampas. Tampoco estoy seguro de que exista alguna relación entre las bromas de Yenaro y la muerte de Ba Lura.

—¿Relación? ¿Qué relación?

—Nosotros somos la relación, Ivan. Un par de chicos provincianos de Barrayar que vienen a la gran ciudad y están a punto, bien a punto, listos para que alguien les saque el jugo. Alguien nos está utilizando. Y creo que alguien... acaba de cometer un error fatal en la elección de herramientas. —O más bien de marionetas...

Ivan lo miró fijo. Captaba el tono venenoso.

—¿Ya te has librado de ese juguetito que llevabas encima? —quiso saber.

—Sí... y no.

—Ah, mierda. Tendría que haberlo sabido... No puedo confiar en ti. ¿Qué diablos quiere decir *sí* y *no*? O *sí* o *no*...

—El objeto ya está en manos de sus dueños, sí.

—Entonces, listo, se ha terminado el asunto.

—No. No del todo.

—Miles... Será mejor que me cuentes...

—Sí, supongo que sí... —Miles suspiró. Estaban llegando a la zona de las delegaciones extranjeras—. Cuando termines con la gente de la enfermería, tengo algunas confesiones que hacerte. Pero sólo confiaré en ti si me prometes que cuando... cuando hables con el oficial de guardia de SegImp sobre lo de Yenaro, no mencionarás lo otro. ¿De acuerdo?

—¿Eh? —Ivan habló despacio, como si albergara profundas sospechas.

—Las cosas se están... complicando un poco.

—Vaya, como si antes fueran normales.

—Quiero decir que ahora se están complicando de verdad; son cosas que sobrepasan el rango de asuntos de mera seguridad... Se han convertido en conflictos diplomáticos de extrema importancia y delicadeza. Tal vez demasiado delicados como para someterlos a la clase de paranoicos con botas que terminan dirigiendo las oficinas locales de SegImp. Ésa es una decisión que deberé tomar... yo mismo. Cuando esté seguro de que estoy listo. Pero esto ya no es un juego, Ivan, y no puedo seguir sin apoyo. —*Necesito ayuda, que Dios me ayude... necesito ayuda.*

—Eso ya lo sabíamos ayer.

—Ah, sí... cierto. Pero el asunto es todavía más complejo de lo que sospechaba ayer.

—¿Complejo? ¿Hasta qué punto?
Miles dudó, y sonrió con amargura.
—No lo sé, Ivan.

Solo en el baño de su suite, Miles se quitó lentamente el uniforme negro de la Casa Vorkosigan, que ahora necesitaba desesperadamente la atención de la lavandería de la embajada. Echó una mirada de reojo a su propio cuerpo en el espejo, después desvió la vista definitivamente. Pensó en el problema mientras estaba de pie en la ducha. Para los haut, cualquier humano normal era algo así como una forma de vida inferior. Desde la estrecha perspectiva de la haut Rian Degtiar, tal vez había poca diferencia entre él y, digamos, Ivan.

Y, de vez en cuando, los ghemlores ganaban esposas haut por grandes hazañas. Los Vor y los ghemlores se parecían en muchas cosas. Hasta Maz lo había dicho.

¿Hasta qué punto tenía que ser grande la hazaña? Muy *grande*. Bueno... él siempre había querido salvar al imperio. Claro que no había pensado nunca en salvar al imperio *cetagandano*, pero la vida era así, siempre tirando pelotas inesperadas, con mucho efecto...

Estás loco, y lo sabes. Esperar, pensar siquiera en...

Si él conseguía desbaratar el complot de la Emperatriz, ¿el emperador cetagandano le entregaría... la mano de Rian? Si conseguía mantener el complot de la emperatriz viuda, ¿tal vez la haut Rian Degtiar se sentiría lo suficientemente agradecida como para... darle su amor? Hacer las dos cosas al mismo tiempo sería una hazaña táctica de proporciones y habilidad sobrenaturales.

Los intereses de Barrayar, cosa rara, estaban directamente relacionados con los del emperador. Obviamente, como oficial de Seglmp su deber era salvar al villano y acabar con la chica.

Correcto. Me duele la cabeza.

A medida que se diluía el efecto de la haut Rian, la razón volvía poco a poco a sus cauces. ¿O no? Ella no había tratado de sobornarlo. Y sabía que aunque Rian hubiera sido tan fea como la bruja Baba Yaga, habría tenido que seguir adelante con eso. Hasta cierto punto. Necesitaba probar que Barrayar no había robado la Gran Llave y la única forma de conseguirlo era encontrar al ladrón. Se preguntó si habría resacas por exceso de pasión. Porque si existían, él estaba empezando la resaca antes de terminar la borrachera, lo cual no le parecía justo.

Ocho gobernadores sátrapas habían cometido traición a instancias de la emperatriz muerta. Era bastante optimista pensar que sólo uno de ellos era un asesino. Pero sólo uno tenía la Gran Llave.

¿Lord X? Siete posibilidades de equivocarse, contra una de acertar. Las cifras no estaban a su favor.

Ya... ya se me ocurrirá algo.

7

Ivan tardaba mucho en volver de la enfermería. Miles se puso el uniforme de fajina negro y, descalzo, encendió la comuconsola para averiguar algo de los ocho gobernadores haut de las ocho satrapías planetarias.

Los gobernadores de las satrapías se elegían dentro de un grupo de hombres que tenían parientes imperiales cercanos: hermanastros, tíos o tíos abuelos de las líneas maternas y paternas. Dos de los que ocupaban el cargo en ese momento eran de la constelación Degtiar. Cada uno de ellos regía su satrapía durante un período fijo de sólo cinco años y luego lo trasladaban, a veces a un retiro permanente en la capital de Eta Ceta, a veces a otra satrapía. Un par de los hombres mayores y más experimentados

habían recorrido todo el imperio. El propósito de la limitación temporal era impedir que cualquiera que albergara pretensiones imperiales instaurara una base de poder local. Hasta ahí, todo resultaba muy sensato.

Y.. ¿a quién había tentado en su hubris personal la emperatriz viuda? ¿A quién había tentado Ba Lura? ¿Cómo había conseguido relacionarse con los gobernadores, cómo había establecido el primer contacto? Si había desarrollado el plan durante veinte años, no le había faltado tiempo, mucho tiempo... y sin embargo, ¿cómo había podido predecir qué hombres serían gobernadores de satrapías en la desconocida fecha de su muerte? Los gobernadores tenían que haber entrado en el complot hacía relativamente poco... cualquier otra suposición era imposible.

Miles miró con los ojos entornados la lista de sus ocho sospechosos. *Tengo que reducir la lista de alguna forma. De muchas formas. Si se basaba en la idea de que lord X había matado a Ba Lura personalmente, podría eliminar a los ancianos más frágiles...* pero ésa era una conclusión precipitada. Cualquiera de los ghemlores podía tener un ghemguardia leal y capaz para encargarle la tarea, mientras él se quedaba en el centro de la ceremonia de entrega de regalos y establecía una coartada frente a docenas de testigos.

No había ninguna deslealtad para con Barrayar en el asunto pero lo cierto era que Miles hubiera querido pertenecer a Seguridad cetagandana... concretamente, hubiera deseado ser el hombre que se encargara de la investigación sobre el supuesto suicidio de Ba Lura, fuera cual fuese la operación que estuvieran llevando a cabo en ese momento. Pero no había forma de introducirse en ese flujo de datos sin llamar la atención. Y no estaba seguro de que Rian tuviera la mente puesta en el asunto, por no mencionar la necesidad urgente de mantener la atención de Seguridad cetagandana lo más lejos posible de Rian. Miles suspiró, frustrado.

Resolver el asesinato de Ba Lura no era asunto suyo. Su misión consistía en localizar la Gran Llave. Bueno, tenía una idea general de dónde estaba: en órbita, a bordo de una de las naves insignia de las satrapías. ¿Cómo lograría descubrir en cuál de ellas?

En ese momento, alguien llamó a la puerta e interrumpió sus furiosas meditaciones. Miles apagó rápidamente la comuconsola y dijo:

—Adelante.

Un Ivan de aspecto bastante dispéptico entró trotando por la puerta.

—¿Y? —preguntó Miles, invitándolo a sentarse con un gesto. Ivan arrastró un sillón pesado y cómodo hasta la comuconsola y se dejó caer en él de costado, con una mueca. Todavía llevaba el uniforme verde.

—Tenías razón. Es alguna sustancia que ingerí por vía oral y que se metaboliza rápido. No tan rápido como para que los médicos no pudieran conseguir una muestra, claro. — Ivan se frotó el brazo—. Dicen que mañana ya no hubieran podido rastrearlo.

—Entonces, no habrá daño permanente.

—Excepto para mi reputación. Tu coronel Vorreedi acaba de entrar con bombo y platillo, te lo digo por si te interesa. Por lo menos, él me tomó en serio. Charlamos mucho rato sobre lord Yenaro. A propósito, Vorreedi no me pareció un paranoico con botas. — Ivan dejó colgando en el aire las palabras. *¿Por qué no vas a verlo?* Miles hizo caso omiso.

—Me alegro. Creo. ¿Y no le mencionaste...?

—Todavía no. Pero si no empiezas a vomitar alguna explicación plausible, pienso soltarlo todo ahora mismo.

—De acuerdo. Me parece justo. —Miles suspiró y se preparó. Con la brevedad que permitían las complicaciones del caso, resumió su conversación con la haut Rian Degtiar, y sólo omitió la descripción de la increíble belleza de la mujer y su propia reacción frente a ella. Eso no era asunto de Ivan. *Sobre todo, no de Ivan*—. Me temo que la única forma en que podemos probar que Barrayar no tuvo nada que ver con esto es descubrir cuál de los gobernadores tiene la Gran Llave. —Y señaló hacia la órbita.

Ivan tenía los ojos muy abiertos, la boca torcida en una mueca de desesperación total.

—¿Qué? ¿Quiénes van a descubrir al gobernador? ¿Nosotros? ¿Nosotros? Miles, hace sólo dos días y medio que estamos aquí, ¿cómo es posible que el futuro del imperio cetagandano esté en nuestras manos? ¿No te parece asunto de Seguridad de Cetaganda?

—¿Y tú confiarías en ellos para limpiar nuestro nombre? —Miles se encogió de hombros y atacó por este lado—. Sólo nos quedan nueve días. Ya he pensado en tres caminos que pueden llevarnos hacia el hombre. Yenaro es uno de ellos. Unas pocas palabras tuyas a nuestro oficial de protocolo podrían poner la maquinaria de SegImp local a rastrear las conexiones de Yenaro sin sacar a relucir el asunto de la Gran Llave. Todavía. Otro camino tiene que ver con la muerte de Ba Lura, y no sé cómo puedo ponerlo en marcha en nuestro beneficio. Todavía. El tercero es el análisis político, y eso es algo que sí puedo hacer. Mira.

Miles pidió a su comuconsola un mapa tridimensional esquemático del imperio cetagandano donde también aparecían las rutas de agujero de gusano y los reinos vecinos.

—Ba Lura podría haber dejado la llave falsa en la nave de cualquier delegación galáctica. Pero eligió Barrayar. El sátrapa que compró a Ba Lura eligió Barrayar. ¿Por qué?

—Tal vez éramos los únicos disponibles en ese momento —sugirió Ivan.

—Mmm. Estoy tratando de reducir el factor casualidad... por favor. Si el que apoya a Yenaro es nuestro hombre, nos eligieron de antemano como presas para las trampas. Ahora bien... —Hizo un gesto hacia el mapa—. Imagínate una situación en la que el imperio cetagandano se divide y cada planeta empieza a expandirse por separado. ¿Quién se beneficiaría de un enfrentamiento con Barrayar?

Ivan alzó las cejas y se inclinó hacia delante, mirando el brillante conjunto de esferas y líneas sobre la placa de vídeo.

—Bueno... Rho Ceta está en posición de expandirse hacia Komarr, o lo estaría si no domináramos las dos terceras partes de los saltos de agujero de gusano que hay entre los dos. Mu Ceta acaba de recibir un buen golpe, administrado por nosotros, cuando trató de expandirse más allá de Vervain hacia el Centro Hegen. Ésas son las más evidentes. Las otras tres satrapías y Eta Ceta son todas interiores, no veo qué ventaja podrían obtener.

—Pero queda el otro lado del nexo. —Miles hizo un gesto hacia el mapa—. Sigma Ceta, que bordea los grupos de la Estación Vega. Y Xi Ceta, que da hacia Marilac. Si trataran de separarse de Eta Ceta, les resultaría muy útil que todos los recursos militares del imperio estuvieran centrados en una expedición contra Barrayar.

—Cuatro de ocho. Es un principio —concedió Ivan.

Entonces, el análisis de Ivan era paralelo al suyo. Bueno, habían tenido el mismo entrenamiento estratégico... era obvio. Pero Miles se sintió oscuramente reconfortado. Si Ivan lo veía también, seguramente no podía atribuir sus sospechas a un exceso de imaginación.

—Es una triangulación —dijo Miles—. Si consigo que cualquiera de las otras líneas de la investigación elimine aunque fuera parte de la lista, el lugar donde las líneas se superpongan... bueno, sería estupendo que todo terminara señalando a un solo gobernador...

—¿Y entonces qué? —quiso saber Ivan, obstinado, frunciendo el ceño en un gesto de sospecha—. ¿Qué vamos a hacer nosotros si descubrimos cuál es?

—No... no estoy seguro. Pero creo que estamos de acuerdo en que un final discreto es preferible a un gran escándalo, ¿no es cierto?

—Ah, sí. —Ivan se mordió el labio, mirando el mapa de nexos de agujero de gusano—. Y, ¿cuándo lo informamos?

—Ahora no... todavía no. Pero creo que será mejor que empecemos a documentarlo. Archivos personales. —Así, si alguien seguía sus pasos, Miles esperaba que no póstumamente, pero ésa era la idea, por lo menos podría entender lo que había pasado.

—Yo estoy haciendo eso desde el primer día —le informó Ivan con amargura—. Está todo en mi equipaje, bajo llave.

—Ah, bien... —Miles dudó—. Cuando hablaste con el coronel Vorreedi, ¿le sugeriste la idea de que Yenaro podía tener apoyo en niveles más altos?

—No exactamente.

—Entonces me gustaría que hablaras con él de nuevo, Ivan. Trata de desviar su atención hacia los gobernadores de satrapías... o algo así.

—¿Por qué no le hablas tú?

—No estoy... preparado. Todavía no. Esta noche no. Todavía estoy asimilando todo lo que ha pasado. Y técnicamente, aquí él es mi superior en SegImp, o lo sería si yo estuviera de servicio... Me gustaría poner límites a mis... eh...

—¿Mentiras directas? —completó Ivan con dulzura.

Miles esbozó una mueca, pero no lo negó.

—Mira, en este asunto, yo tengo un acceso del que no dispone ningún otro oficial de SegImp, por mi posición social. No quiero perder esta ventaja. Pero eso también limita mi... no puedo hacer el trabajo de campo, los detalles sucios... mi situación es demasiado expuesta. Tengo que jugar con mis propias fuerzas y hacer que otros cubran mis debilidades.

Ivan suspiró.

—De acuerdo. Ya le hablaré yo. Pero que no sirva de precedente. —Se puso de pie con un gruñido de cansancio y se dirigió a la puerta, algo mareado. Miró por encima del hombro antes de irse—. El problema de que tú controles toda la situación, es que manejando los hilos de la tela como una araña, primito, tarde o temprano las partes interesadas acabarán convergiendo por los hilos hacia ti. Eres consciente de eso, ¿verdad? ¿Y qué, vas a hacer *entonces*, Mente Maestra? —Se inclinó con una ironía demasiado agresiva.

Miles se encogió en la silla de la comuconsola, gruñó y volvió a pedir su lista de ocho sospechosos.

A la mañana siguiente, el embajador Vorob'yev recibió una comunicación y tuvo que retirarse en la mitad de lo que se estaba convirtiendo en una costumbre: el desayuno con los jóvenes enviados de Barrayar en su comedor privado. Para cuando volvió, Miles e Ivan ya habían terminado.

El embajador no volvió a sentarse. En lugar de eso, dedicó a Miles una mirada divertida.

—Lord Vorkosigan, tiene usted una extraña visita.

El corazón de Miles le saltó en el pecho. *¿Rian aquí? Imposible... Su mente revisó rápidamente el uniforme verde de fajina, el estado de las insignias, el cierre...*

—¿Quién, señor?

—El ghemcoronel Dag Benin, de Seguridad Imperial Cetagandana. Es un oficial de rango medio asignado a asuntos internos en el jardín Celestial y ha solicitado hablar con usted en privado.

Miles trató de no jadear. *¿Qué anda mal? Tal vez nada, tal vez nada... Cálmate.*

—¿Ha dicho de qué se trataba?

—Al parecer, lleva la investigación del suicidio de Ba... no se qué. Y sus movimientos... eh... erráticos le llamaron la atención. Ya le advertí que había hecho usted mal en apartarse de la fila.

—Y... ¿debo hablar con él, entonces?

—Hemos decidido hacerle ese favor, por cortesía. Lo hemos llevado a uno de los pequeños compartimentos para entrevistas en la planta baja. Un lugar monitoreado, por

supuesto. Tendrá usted un guardaespaldas de la embajada dentro de la habitación. No creo que Benin venga con intenciones asesinas, sólo servirá para recordarle el estatus de su Casa y el suyo dentro de la sociedad barrayaresa, lord Vorkosigan.

Hemos decidido. Así que el coronel Vorreedi, a quien Miles todavía no conocía, y probablemente Vorob'yev también, escucharían todas y cada una de sus palabras. Ay, qué follón.

—De acuerdo, señor.

Miles se levantó y siguió al embajador. Ivan lo miró marcharse con la expresión reprimida de un hombre que aguarda la inminente llegada de alguna forma especial de justicia cósmica.

La habitación era exactamente lo que decía su nombre: un cuarto de muebles cómodos pensado para reuniones de dos o tres personas con el personal de seguridad de la embajada como cuarto sujeto invisible. El ghemcoronel Benin no tenía inconveniente en que se grabara toda la conversación. Un guardia de Barrayar, de pie al otro de la puerta, se deslizó detrás de Miles y el embajador cuando entraron, y se situó en su puesto, estoico y silencioso. Era alto y corpulento incluso para el estándar barrayarés, con un rostro inexpresivo. Lucía los galones de sargento y los del cuerpo de elite, así que Miles dedujo que esa expresión de bajo voltaje era una máscara.

El ghemcoronel Benin ya los estaba esperando dentro y se levantó al verlos entrar. Era de estatura mediana, así que probablemente no tenía demasiados hautgenes en sus antepasados recientes: los haut favorecían la altura. Eso significaba que había adquirido su puesto sólo por mérito y no por rango social, lo cual no era necesariamente una ventaja desde el punto de vista de Miles. Benin estaba muy elegante en el uniforme de gala verde oscuro de los cetagandanos, es decir, el uniforme de trabajo diario del personal de Seguridad del jardín Celestial. Tenía la cara completamente cubierta de maquillaje, por supuesto, con un diseño imperial y no de clan: su alianza básica era con el Emperador. Una base blanca con curvas negras intrincadas y toques rojos: para Miles el efecto general le sugirió el de una cebra herida. Pero por asociación, era un dibujo que exigía un respeto instantáneo y profundo, y una cooperación total y abyecta en ocho planetas. Barrayar, claro está, no se contaba entre ellos.

Miles trató de juzgar el rostro que se escondía bajo la pintura. No era un joven sin experiencia, pero tampoco se trataba de un viejo astuto. A primera vista le calculó algo más de unos cuarenta años estándar, joven para su rango pero no extremadamente inexperto. Su expresión revelaba una seriedad atenta pero el hombre se las arregló para esbozar una sonrisa de amabilidad cuando Vorob'yev lo presentó a Miles, que se transformó en un gesto de alivio cuando Vorob'yev los dejó solos.

—Buenos días, lord Vorkosigan —saludó. Obviamente bien entrenado para la arena social, consiguió reducir su primera mirada al físico de Miles y convertirla en un rápido examen subrepticio—. ¿Le ha explicado su embajador por qué estoy aquí?

—Sí, coronel Benin. Entiendo que debe investigar la muerte de ese pobre tipo..., si es que tipo es un término correcto, que vimos tendido en el suelo de la rotonda el otro día. Impresionante, sí... —*La mejor defensa es el ataque*—. ¿Consideran que fue un suicidio?

Benin se puso en guardia.

—Obviamente. —Su voz tenía un tono extraño, un tono que ponía en entredicho la afirmación.

—Bueno, sí, por la cantidad de sangre era evidente que su ba murió en ese mismo lugar, o sea, que no le cortaron el cuello en otra parte y luego lo llevaron allí. Pero se me ocurre que si la autopsia demostrara que estaba inconsciente cuando murió, eso... descartaría el suicidio. Es una prueba sutil: la tensión y señales de la muerte suelen confundir en parte los síntomas del bloqueador... pero si se busca con cuidado, se pueden descubrir rastros. ¿Sabe si se ha llevado a cabo esta prueba?

—No.

A Miles no le quedó claro si eso significaba que la prueba no se había hecho o que... no. Benin tenía que saberlo.

—¿Por qué no? Si estuviera en su lugar... es lo primero que haría. ¿No puede hacerla ahora? Aunque claro, dos días después no es lo más adecuado.

—La autopsia terminó. Cremaron el cuerpo —afirmó Benin en tono inexpresivo.

—¿Ya? ¿Antes de cerrar el caso? ¿Quién lo ordenó? Usted no, estoy seguro...

—No... Lord Vorkosigan, eso no es de su incumbencia. He venido aquí por otra cuestión —dijo Benin, tenso. Después hizo una pausa—. ¿A qué viene ese interés morboso en los sirvientes de la Señora Celestial?

—Es lo más interesante que he presenciado desde que llegué a Eta Ceta. Espero que me entienda, es deformación profesional. En Barrayar me dedico a seguridad civil. Investigaciones sobre asesinatos... —Bueno, por lo menos una—. Y... tendría que agregar que me va bien. — ¿Qué experiencia tendría ese oficial cetagandano en estos asuntos? El jardín Celestial era un lugar tan ordenado—. ¿Se encuentra muy a menudo con situaciones como ésta?

—No. —Benin estaba mirando a Miles con interés creciente.

Por lo tanto, tal vez había leído mucho, pero le faltaría experiencia directa, por lo menos desde que lo habían ascendido a ese puesto. De todos modos, era evidente que aprendía deprisa.

—A mí me parece prematuro cremar el cuerpo antes de cerrar el caso. Después siempre surgen preguntas...

—Le aseguro, lord Vorkosigan, que Ba Lura no llegó inconsciente a la rotonda del funeral. Hasta los guardias de ceremonial hubieran notado una cosa así... —Ese tono levemente ácido, ¿era una insinuación de que los guardias de ceremonial no se elegían por su inteligencia sino por el aspecto?

—Bueno, en realidad, yo tengo una teoría —burbujeó Miles con entusiasmo—. Usted es el hombre indicado para confirmarla o descartarla. ¿Alguien ha testificado haber visto la entrada de Ba Lura en la rotonda?

—No exactamente.

—¿Ah, no? Y... el lugar donde estaba el cuerpo... no sé qué tipo de cobertura de vídeo tienen ustedes, pero estoy seguro de que esa parte estaba oculta. O no habrían pasado quince... veinte minutos hasta el descubrimiento del cuerpo, ¿correcto?

Otra mirada pensativa.

—Tiene razón, lord Vorkosigan. Normalmente, se rastrea visualmente la rotonda entera, pero en este caso, las dimensiones del catafalco... lo impedían.

—¡Ajá! Y entonces, ¿cómo es posible que Ba Lura supiera exactamente...? No, déjeme decirlo de otra forma. ¿Quiénes podían saber lo del punto ciego a los pies de la difunta emperatriz? Su Seguridad, y ¿quién más? ¿Hasta dónde llega su cadena de mando, ghemcoronel Benin? ¿Lo están presionando para que resuelva rápidamente que se trató de un suicidio y se cierre el caso?

Benin hizo una mueca.

—No hay duda de que todos deseamos que el caso se resuelva con la mayor rapidez posible. La interrupción de una ocasión solemne como ésta es un hecho vergonzoso. Yo estoy tan interesado como cualquiera. Lo cual me recuerda mis preguntas, lord Vorkosigan. ¿Me permite?

—Ah, sí, claro. —Miles hizo una pausa breve y agregó justo antes de que Benin abriera la boca—: Entonces, ¿usted está haciendo esto en su tiempo libre? Admiro su entrega.

—No. —Benin respiró hondo y recompuso su expresión otra vez—. Lord Vorkosigan. Según nuestros registros, usted abandonó la recepción y mantuvo una conversación privada con una hautlady.

—Sí. Ella mandó su ba a buscarme. No podía negarme, no sé si me entiende... Además... tenía curiosidad.

—Estoy seguro de eso —musitó Benin—. ¿Y cuál fue el tema de la conversación con la haut Rian Degtiar?

—¿Pero cómo? Seguramente ustedes la monitorearon... —Era evidente que no había sido así. De lo contrario, Seguridad cetagandana lo habría buscado dos días antes, en el momento de los hechos, sin darle oportunidad de abandonar el Jardín Celestial... y la entrevista habría sido mucho menos amable, seguro. Pero probablemente Benin tenía un vídeo con la salida de Miles hacia el jardín del pabellón, y otra cinta con su regreso. Y un testimonio del guía ba.

—De todos modos... —dijo Benin sin responder.

—Bueno... debo admitir que la conversación me confundió mucho. Ella es especialista en genética, como ya sabrá usted...

—Sí.

—Creo que su interés por mí... disculpe, todo esto me resulta muy embarazoso... Creo que su interés en mí es sólo por un tema genético. Circulan rumores de que soy mutante. Pero mis problemas físicos son totalmente teratogénicos, es un daño que me causaron con un veneno que entró en contacto con mi organismo antes de que yo naciera. No es genético. Y para mí es de la máxima importancia que eso quede bien claro. —Miles pensó brevemente en los hombres de SegImp que lo estaban escuchando—. Según he sabido, las hautmujeres coleccionan variaciones genéticas naturales para sus investigaciones. La haut Rian Degtiar pareció decepcionada cuando le aseguré que mi caso no ofrece el menor interés desde un punto de vista genético. Al menos, eso supongo. Habló del asunto sin ir al grano realmente... No estoy seguro, pero supongo que percibía que su interés era algo... eh... cuestionable. Lamento decir que las motivaciones de los haut no me resultan totalmente comprensibles. —Miles sonrió alegremente. Ahí estaba. Era el farol más vago, más convincente y poco comprobable que podía improvisar en el momento. Dejaba mucho espacio para lo que el coronel le hubiera sacado a Rian, si es que le había sacado algo—. Lo que sí me interesó fue la burbuja de energía de la hautlady. No tocaba el suelo. Seguramente estaba dentro de una silla—flotante—

—Sí, usan sillas —flotantes algunas veces —asintió Benin.

—Por eso le pregunté si alguien había visto entrar a Ba Lura a la cámara. ¿Quién está autorizado a usar esas burbujas? ¿Están relacionadas con sus dueñas, con una clave por ejemplo? ¿Son tan anónimas como parecen, o hay alguna manera de distinguirlas?

—Están relacionadas con sus dueñas, con una clave. Y cada una tiene una firma electrónica única.

—Toda medida de seguridad ideada por el hombre puede violarse. Todos somos humanos. Por supuesto, para violar medidas de seguridad, hay que tener acceso a los recursos necesarios.

—Me doy cuenta de eso, lord Vorkosigan.

—Mmm. Creo que comprende usted lo que quiero decir. Ésta es la situación que me imagino: suponga que atacaron a Ba Lura con un bloqueador en otro lugar (por desgracia, la cremación apresurada ha hecho que este extremo sea difícil de probar), lo llevaron inconsciente dentro de una hautburbuja hasta el punto ciego, le cortaron el cuello, en silencio y sin que se produjera lucha. Después, la burbuja se aleja. No tomaría más de quince segundos. No sería necesaria mucha fuerza física por parte del asesino. Pero claro, no sé lo suficiente sobre las burbujas para estar seguro de que esto sea posible desde un punto de vista técnico. Y no sé si entraron o salieron burbujas de la rotonda... ¿Cuánto tránsito se produjo realmente durante la ventana de tiempo de la que estamos hablando? No puede haber habido tanto... ¿Entraron o salieron hautburbujas en ese lapso?

Benin se apoyó en el respaldo de la silla, se mordió los labios y miró a Miles con interés.

—Es usted muy observador, lord Vorkosigan. Siempre alerta. Durante el tiempo en

cuestión, cruzaron la cámara cinco bas, cuatro guardias y seis hautmujeres. Los ba tienen deberes que cumplir: se encargan de los adornos florales y del servicio de limpieza. Las hautmujeres vienen a meditar y rendir honores a la Señora Celestial. Los interrogué a todos: ninguno informó nada sobre el cuerpo de Ba Lura.

—Entonces... alguno, el último, tiene que estar mintiendo.

Benin extendió los dedos... y se los miró.

—No es tan, sencillo.

Miles hizo una pausa.

—Yo también odio hacer investigaciones internas —dijo por fin—. Estoy seguro de que usted está documentando cada uno de sus pasos...

Benin casi sonrió.

—Eso es asunto mío... ¿no le parece?

A Miles le estaba empezando a caer bien aquel hombre.

—Considerando la situación, usted es... de rango bastante bajo para una investigación de esta importancia. ¿No le parece?

—Eso también... es asunto mío.

—Entonces, usted es sacrificable.

Benin esbozó una mueca. Ah, sí. Nada de lo que había dicho Miles era nuevo para Benin. Si había reflexionado sobre la situación, seguro que ya lo sabía. Miles decidió seguir haciéndole favores.

—Se ha ganado usted un buen compromiso con este asesinato, diría yo, ghemcoronel —señaló. Los dos habían dejado, de fingir que la muerte de Ba Lura era un suicidio—. Pero si el método fue el que yo he sugerido, se puede deducir bastante acerca del asesino. Seguramente el culpable tiene un rango alto, su acceso a seguridad interior es bastante extensa y, perdóneme usted, es alguien con un peculiar sentido del humor, para ser cetagandano. El insulto a la emperatriz casi roza la traición.

—Eso es lo que se deduce por el examen del método —admitió Benin, en tono de queja—. Lo que me preocupa es el motivo. Ba Lura era ba y no hacía daño a nadie. Sirvió en el Jardín Celestial durante décadas. La venganza parece muy improbable.

—Mm, tal vez. Pero si Ba Lura es un factor conocido, tal vez lo nuevo sea el asesino. Y piénselo usted... décadas de andar por ahí guardando secretos... Ba Lura estaba en un lugar que le permitía saber cosas sobre personas de rangos extraordinariamente altos. Suponga... suponga que Ba Lura... sintió la tentación de chantajear a alguien. Creo que un buen estudio de sus últimos movimientos en estos días podría revelar mucho. Por ejemplo, ¿salió del Jardín Celestial durante esas semanas?

—Ya... ya hemos iniciado esa investigación.

—En su lugar yo le daría la máxima prioridad. Tal vez Ba Lura se puso en contacto con su asesino. —*O fue a la nave del asesino, que está en órbita, si.*—. El momento también es revelador. Desde mi punto de vista, el asesinato tiene todos los visos de haber sido algo apresurado. Si el asesino hubiera tenido meses para planearlo, podría haber hecho algo mucho más cuidado, más sutil y menos conspicuo. Creo que se vio obligado a tomar muchas decisiones en poco tiempo, tal vez en una hora o menos, y algunas de esas decisiones fueron francamente desafortunadas.

—No lo bastante —suspiró Benin—. Pero usted me interesa, lord Vorkosigan.

Miles esperaba que esa frase no tuviera doble sentido.

—Este tipo de cosas es el pan de todos los días para mí. Es la primera vez que tengo la oportunidad de hablar de negocios desde que llegué a Eta Ceta. —Ofreció a Benin una sonrisa de alegría—. Si tiene usted más preguntas para mí, por favor, venga cuando quiera...

—No creo que usted estuviera dispuesto a contestarlas bajo pentarrápida... ¿o sí? —dijo Benin, sin demasiada esperanza.

—Ah... —Miles pensó con rapidez—, sí, claro, con el permiso del embajador Vorob'yev.

—Permiso que, por supuesto, nunca llegaría. La leve sonrisa de Benin era un indicio de que había entendido la delicadeza de esa negativa no pronunciada.

—De todos modos, espero encantado la ocasión de seguir conversando con usted, lord Vorkosigan.

—Cuando usted quiera. Estaré aquí otros nueve días.

Benin dirigió a Miles una mirada inquisitiva, impenetrable...

—Gracias, lord Vorkosigan.

Miles tenía un millón de preguntas que formular a su nueva víctima, pero en la primera sesión no se atrevía a preguntar nada más. Quería proyectar un aire de interés profesional, no de obsesión frenética. Era tentador... y muy peligroso pensar en Benin como aliado. Pero Benin era sin duda una ventana hacia el Jardín Celestial. Una ventana con ojos que devolvían la mirada. Pero tenía que haber alguna forma sutil y razonable de inducir a Benin a pegarse una palmada en la frente y exclamar: *Vamos, ¡tengo que examinar más de cerca a esos gobernadores de satrapías!* No había duda de que ya estaba mirando en la dirección correcta: hacia arriba. Y por encima del hombro. Una posición realmente incómoda para cualquier trabajo.

¿Cuánta influencia podían tener los gobernadores de satrapías, todos parientes cercanos del emperador, en Seguridad Imperial Cetagandana? No demasiada... sin duda los consideraban amenazas potenciales. Pero tal vez uno de ellos había estado estableciendo contactos durante largo tiempo... Tal vez uno de ellos había sido totalmente leal hasta la primera tentación. Era una acusación muy grave; Benin tenía que acertar en su primer intento porque no tendría una segunda oportunidad.

¿A quién le importaba el asesinato de un esclavo? ¿Cuánto interés tenía Benin en la justicia abstracta? Si un cetagandano no podía ser el primero en ningún ámbito, ¿le bastaría con ser más—santo—que—los —demás? Casi un impulso estético: el Arte de la Detección. ¿Cuánto riesgo estaba dispuesto a correr el ghemcoronel? ¿Cuánto tenía que perder? ¿Tenía familia, o era una especie de guerrero—monje, completamente entregado a su carrera? A decir verdad, hacia el final de la entrevista Benin había tenido los ojos fijos en la cara de Miles porque le interesaba lo que le estaba diciendo, no porque evitara mirarle el cuerpo. Eso le honraba.

El anfitrión se levantó con el huésped e hizo una pausa:

—Ghemcoronel... ¿puedo hacerle una sugerencia personal?

Benin inclinó la cabeza: curiosidad, permiso.

—Tiene usted buenas razones para suponer que el problemita viene de más arriba. Pero no sabe de dónde. Si yo estuviera en su lugar, iría directo a la cima. Recorra directamente a su Emperador. Es la única forma en que podrá pasar por encima del asesino.

¿Palideció Benin debajo del maquillaje? No había forma de saberlo.

—Tan alto... Bueno, lord Vorkosigan, no puedo decir que vea a mi amo celestial todos los días.

—No se trata de amistad. Es un asunto de negocios; negocios del Emperador. Si usted quiere serle útil, tiene que actuar deprisa. Los emperadores son humanos. —Bueno, el emperador Gregor era humano. El Emperador cetagandano era hauthumano. Miles esperaba que fuera más o menos lo mismo—. Seguramente, Ba Lura fue para él más que un mueble cualquiera; lo sirvió durante cincuenta años o más. No haga acusaciones, sólo pídale que proteja la investigación, que no deje que la aplasten. Aseste el primer golpe, hoy, antes de que... alguien... empiece a tener... miedo de su... eficiencia. —Si *piensa cubrirse la espalda, Benin, por Dios, hágalo bien.*

—Tendré en cuenta su consejo.

—Buena caza. —Miles sonrió con alegría, como si el asunto no tuviera nada que ver con él—. La caza mayor es la mejor. Piense en el honor que recibe el cazador.

Benin se inclinó con una sonrisa leve, ácida, y salió por el pasillo junto al guardia de la

embajada.

—Nos veremos pronto —le gritó Miles.

—No le quepa la menor duda. —El gesto final de Benin fue casi un saludo militar. Casi, no del todo.

El deseo de Miles de derretirse y convertirse en un charco exhausto sobre el suelo del corredor quedó interrumpido por la llegada de Vorob'yev, que sin duda había estado escuchando detrás de las escaleras. Vino acompañado por otro hombre. Ivan venía detrás de los dos con una expresión de ansiedad malhumorada.

El hombre que acompañaba al embajador era de edad madura, de complexión media y llevaba un traje holgado y varias túnicas de buena hechura, como un ghemlord cetagandano, todas en colores neutros. Le caían bien y eran cómodas, pero no se había pintado la cara y el corte de cabello era el de un oficial de Barrayar. Tenía una mirada... de interés...

—Una entrevista muy bien conducida, lord Vorkosigan —lo felicitó Vorob'yev. Miles respiró con alivio. Un tanto. En esa entrevista era difícil decidir quién había interrogado a quién...

—El ghemcoronel Benin tiene mucho en mente, diría yo —dijo Miles—. Ah... —Y miró al compañero de Vorob'yev.

—Permítame presentarle a lord Vorreedi —dijo el embajador—. Lord Vorkosigan, claro está. Lord Vorreedi es nuestro experto en la comprensión de las actividades de nuestros ghemcamaradas, en toda una multitud de escenarios y campos...

Lo cual era una forma diplomática de decir *Jefe de espías*. Miles asintió y le dirigió un saludo deferente.

—Me alegro de conocerlo por fin, señor.

—Y yo a usted —contestó Vorreedi—. Lamento no haber llegado antes. Se suponía que las ceremonias por la muerte de la difunta emperatriz serían un poco más tranquilas... No sabía que usted tenía tanto interés en temas de seguridad civil, lord Vorkosigan. ¿Le gustaría que le concertáramos una visita a las organizaciones policiales de la ciudad?

—Lamento decirle que no creo que tenga tiempo. Pero le diré que si no hubiera podido entrar en la carrera militar, creo que mi siguiente opción habría sido el trabajo policial.

Un cabo uniformado de la oficina de Seglmp de la embajada hizo un gesto para separar del grupo a su superior. Hablaron en voz baja, y el cabo le entregó un pliego de papeles de colores. El oficial de protocolo se los entregó a su embajador con unas pocas palabras. Vorob'yev, con las cejas levantadas, se volvió hacia Ivan.

—Lord Vorpatril. Le han llegado algunas invitaciones.

Ivan tomó las hojas —los perfumes y colores contrastaron unos con otros— y las hojeó, extrañado.

—¿Invitaciones?

—Lady Benello lo invita a una cena privada; lady Arvin, a una fiesta con espectáculo de esquemas en fuego en el cielo, las dos esta noche, y lady Senden organiza danzas de salón esta tarde.

—¿Quién?

—Lady Senden —explicó el oficial de protocolo— es la hermana casada de lady Benello. Eso supimos después del incidente de anoche. —Miró a Ivan, extrañado—. ¿Qué hizo usted para recibir tantas atenciones, lord Vorpatril?

Ivan levantó los papeles en la mano, tembló y sonrió un poco. Miles dedujo inmediatamente que el informe de su primo sobre la aventura de la noche anterior no incluía todos los detalles.

—No estoy seguro, señor —dijo y captó la mirada disimulada de Miles. Se ruborizó levemente.

Miles estiró el cuello.

—¿Alguna de esas mujeres tiene alguna relación interesante en el jardín Celestial? ¿O

amigos que las tengan?

—Tu nombre no aparece por aquí, primito. —Ivan señaló los papeles cubiertos de letras manuscritas en tintas de colores diversos. Su mirada, libre por fin del miedo y la cautela que había mostrado antes, empezaba a llenarse de alegría.

—¿Tal vez sería necesario ampliar más los controles, milord? —murmuró el oficial de protocolo al embajador.

—Por favor, coronel, si es posible...

El oficial de protocolo se alejó con su cabo. Miles, con un gesto de agradecimiento a Vorob'yev, se alejó detrás de Ivan, que aferraba los papeles con firmeza en la mano y lo miraba lleno de sospechas.

—Son míos —afirmó Ivan en cuanto estuvieron fuera del alcance del oído de sus superiores—. Tú tienes al ghemcoronel Benin, que de todos modos es más de tu tipo que ellas.

—Hay muchas ghemujeres en la capital que son damas de honor de las hautmujeres en el Jardín Celestial, eso es todo —dijo Miles—. Me... me gustaría volver a ver a la ghemlady que fue a pasear conmigo el otro día, pero no me dijo su nombre.

—Dudo que los amigos de Yenaro tengan relaciones celestiales.

—Creo que esa mujer era una excepción. Aunque en realidad estoy más interesado en conocer a los gobernadores de satrapías. Quisiera verlos cara a cara.

—Vas a tener mejores oportunidades en una de las ceremonias oficiales.

—Ah, sí. Eso ya lo sé. Lo estoy planeando.

8

El jardín Celestial no intimidaba tanto en la segunda visita, se aseguró Miles a sí mismo. Esta vez no estaban perdidos en un gran arroyo de enviados galácticos: eran sólo un pequeño grupo de tres. Miles, el embajador Vorob'yev y Mia Maz entraron por una puerta lateral, casi en privado. Un solo servidor los escoltó a su destino.

El trío ofrecía una buena imagen. Miles y el embajador llevaban uniformes de gala negros. Maz se había puesto unas túnicas flotantes negras y blancas. Esa combinación le permitía usar los dos colores del duelo, hacer un homenaje al dolor de Cetaganda sin pasar los límites del hautprivilegio. No era casualidad que la ropa también le resaltara el cabello negro y la tez llena de vida y, de alguna manera, también a los dos hombres que la acompañaban. El hoyuelo de la mejilla de la vervani relampagueó con su sonrisa de placer y alegría, dirigida, por encima de la cabeza de Miles, al embajador Vorob'yev. Entre los dos, Miles se sentía como un chiquillo travieso escoltado con firmeza por sus padres. Vorob'yev no pensaba correr el riesgo de otra violación de etiqueta.

La ofrenda de poesía elegíaca a la emperatriz muerta no era una ceremonia a la que asistieran delegados galácticos, con excepción de unos pocos aliados cetagandanos de alto rango. Miles no contaba en ninguno de estos grupos, y Vorob'yev había tenido que mover todos los hilos que tenía entre manos para conseguirles la invitación. Ivan se había disculpado, con la excusa del cansancio por la práctica de baile de salón y las fiestas de fuegos del día anterior, por no mencionar los planes de cuatro invitaciones más para la tarde y la noche siguientes. Era un cansancio sospechosamente selectivo. Miles lo había dejado hacer: su deseo sádico de obligar a su primo a sentarse con él durante toda la tarde, que prometía ser interminable, se había diluido con la reflexión de que su primo no tendría mucho que aportar a lo que él había planeado como una expedición para la obtención de datos. Y tal vez, sólo tal vez, Ivan podría establecer algunos contactos útiles entre los ghem. Vorob'yev lo había sustituido por la mujer vervani. Eso había encantado a la elegida y favorecía los planes de Miles.

Para alivio de Miles, la ceremonia no se celebraría en la rotonda con sus asociaciones

alarmantes y el cuerpo de la emperatriz todavía a la vista de todos. Y los haut tampoco usaban auditorios, les hubiera parecido grosero y demasiado directo con sus filas eficientes de espectadores. El servidor los condujo a un... valle era la palabra más adecuada, supuso Miles, una hondonada llena de flores, plantas y cientos de pequeños asientos como cajas, todos orientados hacia un conjunto complejo de plataformas y estrados en el fondo. Como correspondía a su rango, o falta de rango, el servidor colocó a los barrayareses en la última fila, la más alta, a tres cuartos de vuelta de la mejor vista. Eso convenía a Miles: desde ahí, podría estudiar al público sin que nadie lo viera. Los bancos del fondo eran de madera pulida a mano hasta conseguir un acabado perfecto. Mia Maz, a la que Vorob'yev acompañó caballerosamente a un asiento, se arregló las faldas del vestido y miró a su alrededor con los ojos brillantes.

Miles también echó un vistazo, atento pero con los ojos más cansados: había pasado gran parte del día anterior frente a la pantalla de la comuconsola estudiando datos con la esperanza de encontrar un final para ese laberinto. Los haut estaban llegando a sus lugares: hombres con túnicas abiertas, nevadas, junto a burbujas blancas. El valle empezaba a parecer un gran banco de rosas trepadoras blancas que se abrían todas al mismo tiempo en un frenesí de floración. Finalmente, Miles descubrió el propósito de los asientos tipo caja: proporcionaban lugar suficiente para las burbujas. ¿Estaría Rian entre ellas?

—¿Las mujeres hablan primero o cómo lo organizan? —preguntó Miles a Maz.

—Las mujeres no van a hablar hoy —dijo Maz—. Ya realizaron su ceremonia ayer. Hoy empiezan con el hombre de menor rango y van subiendo por las constelaciones.

Los gobernadores de satrapías al final. Todos ellos. Miles se acomodó con la paciencia de una pantera en un árbol. Los hombres que había venido a ver estaban en el fondo del valle. Si Miles hubiera tenido cola, la habría movido constantemente. Como no la tenía, tuvo que contenerse para no golpear el suelo con la bota.

Los ocho gobernadores de satrapías, ayudados por los ghemoficiales de más alto rango de cada satrapía, se hundieron en sus asientos junto a los estrados. Miles entornó los ojos y deseó haber llevado un larga vistas de gran alcance... aunque en realidad, no habría podido pasarlo por el rastreo de Seguridad. Con una mueca de simpatía, se preguntó qué estaría haciendo el ghemcoronel Benin y si, entre bastidores, Seguridad de Cetaganda se ponía tan frenética como Seguridad de Barrayar en las ceremonias que incluían al emperador Gregor. No le costaba imaginárselos.

Pero él tenía lo que había venido a buscar: a sus ocho sospechosos artísticamente colocados uno junto a otro para el análisis. Estudió a los cuatro primeros de la lista con más atención que a los demás.

El gobernador de Mu Ceta era de la constelación Degtiar, tío del Emperador, aunque no tío directo, hermanastro de la antigua emperatriz. Maz también lo estudió con atención cuando acomodó su viejo cuerpo en el asiento y alejó a sus ayudantes con movimientos temblorosos, irritados. Hacía dos años que estaba en su puesto, sustituyendo al gobernador anterior que ahora estaba retirado en el exilio después del fracaso de la invasión vervani. El hombre era muy viejo, tenía mucha experiencia y lo habían elegido explícitamente para apaciguar los temores vervaníes de que se repitiera el intento. No era del tipo traidor, pensó Miles. Sin embargo, según el testimonio de la haut Rian, todos aquellos hombres habían dado por lo menos un paso hacia la traición, al recibir los bancos genéticos no autorizados.

El gobernador de Rho Ceta, el vecino más cercano de Barrayar, preocupaba mucho más a Miles. Haut Este Rond era de edad madura, vigoroso, hautalto aunque extrañamente pesado. Su ghemoficial se mantenía bien lejos de los amplios movimientos del gobernador. El efecto general que daba Rond era de autoritarismo. Y era tenazmente autoritario en sus esfuerzos, diplomáticos y de cualquier otro tipo: en ese momento sus esfuerzos estaban dedicados a mejorar el acceso comercial a Cetaganda a través de los

saltos de agujero de gusano de Komarr, controlados por Barrayar. Rond era una de las constelaciones más jóvenes, una constelación que necesitaba expandirse. El haut Este Rond era un punto caliente, de eso no cabía duda alguna.

Poco después entró el gobernador de Xi Ceta, vecino de Marilac, con la cabeza erguida. Haut Slyke Giaja era lo que Miles denominaba un típico hautlord, alto, delgado y vagamente afeminado. Arrogante, como correspondía al hermanastro menor del Emperador. Y peligroso. Lo bastante joven como para tenerlo en cuenta, aunque era mayor que Este Rond.

El sospechoso más joven, haut Isum Kety, gobernador de Sigma Ceta, era un muchachito de apenas cuarenta y cinco años. Tenía una complexión muy parecida a la de Slyke Giaja, que en realidad era su primo por línea materna, y las dos madres eran hermanastras, aunque de diferentes constelaciones. Los árboles genealógicos de las hautfamilias eran todavía más confusos que los de los Vor. Para rastrear a todos los hijastros y hermanastros habría hecho falta recurrir a un técnico en genética que investigara el asunto con dedicación exclusiva.

Ocho burbujas blancas flotaron hacia el valle y ocuparon un arco hacia la izquierda. Los ghemoficiales se colocaron en un arco similar a la derecha. Los oficiales se quedarían de pie durante toda la ceremonia de la tarde, comprendió Miles de pronto. Al parecer, ser ghemgeneral no era ninguna bicoca. Pero... ¿alguna de esas burbujas sería...?

—¿Quiénes son esas damas? —preguntó Miles a Maz, señalando hacia el octeto.

—Son las consortes de los gobernadores de satrapías.

—Pero... pensé que los haut no se casaban.

—No hay nada personal en el título. Se las designa centralmente, como a los gobernadores.

—¿No las nombran los gobernadores? ¿Y qué función cumplen? ¿Secretarías sociales?

—No. Las elige la emperatriz. La representan en los asuntos relacionados con el Criadero Estrella. Los haut que viven en las satrapías mandan sus contratos genéticos a través de las consortes al banco genético central en el Jardín Celestial, donde se realizan las fertilizaciones y alteraciones genéticas. Las consortes también supervisan la devolución de los replicadores uterinos con los fetos vivos a sus padres. Estoy segura de que es el envío más poco frecuente de todo el imperio cetagandano... un envío anual para cada planeta.

—¿Es decir que las consortes viajan a Eta Ceta una vez al año personalmente para supervisar los envíos?

—Sí.

—Ah... —Miles se acomodó en la silla, con una mirada fija. Ahora se daba cuenta de cómo había funcionado el plan de la emperatriz Lisbet, ahora veía los canales vivientes que había usado la emperatriz para comunicarse con los gobernadores. Si cada una de esas consortes no estaba involucrada hasta las cejas en el complot, él era capaz de comerse las botas. *Dieciséis, tengo dieciséis sospechosos, no ocho. Ay, Dios...* Y él que había venido a la ceremonia con la esperanza de reducir la lista... Pero la conclusión lógica era que la persona que hubiera asesinado a Ba Lura tal vez no había tenido que robar ni pedir prestada una de las burbujas de hautlady. Tal vez tenía una—. ¿Y las consortes trabajan junto a los gobernadores de satrapías?

Maz se encogió de hombros.

—A decir verdad, no lo sé. No necesariamente, supongo. Sus áreas de responsabilidad son muy distintas.

Apareció un mayordomo en el centro del escenario. Hizo un gesto. Todas las voces del valle se acallaron. Todos los hautlores se dejaron caer de rodillas sobre almohadones que habían dispuesto frente a los bancos. Todas las burbujas blancas se movieron en el aire hacia arriba y hacia abajo. Miles todavía estaba preguntándose cuántas de las hautladies

hacían trampa y se saltaban las reglas de las ceremonias. Después de un momento de silencio expectante, llegó el Emperador, escoltado por guardias vestidos de blanco y rojo sangre, con la cara pintada como el cuerpo de una cebra, un aspecto terrible si se consideraba fríamente. Miles los contempló con ese espíritu no por el maquillaje sino porque sabía los nervios y la ansiedad que recorrían el índice apoyado en el gatillo de los hombres que tenían la terrible responsabilidad de la vida del Emperador en sus manos.

Era la primera vez en su vida que Miles veía al Emperador cetagandano en persona. Estudió al hombre con la avidez con que había estudiado a los gobernadores de las satrapías. El emperador haut Fletchir Giaja era alto, delgado, con la cara de halcón que también tenían sus primos, el cabello sin rasgos de gris a pesar de sus setenta y tantos años. Un superviviente: había llegado a su rango a una edad fantásticamente temprana para un cetagandano, menos de treinta años y había pasado de una juventud titubeante a una madurez aparentemente sólida como el hierro. Se sentó con movimientos seguros y armoniosos, serenos y confiados. Rodeado por traidores que le hacían reverencias. A Miles se le escapó un resoplido y respiró hondo, aturdido por la ironía. El mayordomo hizo otra señal y todo el mundo volvió a su asiento guardando un silencio sorprendente.

La presentación de los poemas elegíacos en honor de la difunta haut Lisbet Degtiar empezaba con las voces de los jefes de las constelaciones menores. Los poemas estaba compuestos en media docena de tipos formales, todos cortos, por suerte. Miles quedó muy impresionado con la elegancia, la belleza y la aparente profundidad de sentimiento de las primeras tres ofrendas. El recitado tenía que ser una especie de tortura formal, como hacer un juramento o casarse, uno de esos momentos en el que los preparativos son mucho más prolongados que la ocasión final. Se habían tomado todas las precauciones posibles para cada uno de los movimientos, voces y variaciones imperceptibles de lo que para el ojo inexperto de Miles eran sólo conjuntos idénticos de túnicas blancas. Pero gradualmente, empezó a darse cuenta de que había frases repetidas y estereotipadas, ideas viejas y para cuando llegaron al poema número trece, se le estaba empezando a empañar la vista. Su mayor deseo era que Ivan estuviera a su lado, sufriendo con él.

De vez en cuando, Maz le susurraba al oído una interpretación, una crítica y eso le ayudaba a controlar el sueño. No había dormido bien la noche anterior. Los gobernadores de satrapías estaban imitando bien a hombres de cera o momias, excepto el anciano gobernador de Mu Ceta, que se había dejado caer en un bulto de aburrimiento y miraba, con ojos sardónicos y entornados, cómo sus colegas jóvenes, es decir todos los demás de la sala, se entregaban a la función con varios grados de sudor y gracia. Cuando les tocaba el turno a los hombres mayores y más experimentados, cumplían mejor que los jóvenes aunque los poemas que presentaran no fueran necesariamente los mejores.

Miles meditó sobre el carácter del lord X, intentando relacionarlo con una de las ocho caras que tenía frente a él. El traidor/asesino era algo así como un genio táctico. Le habían ofrecido una oportunidad impensada de conseguir más poder, la había cazado al vuelo, creado un plan y dado el golpe. ¿Cuánta rapidez había necesitado? El primer gobernador de satrapía había llegado a Eta Ceta sólo diez días antes que Miles e Ivan, que estaban allí hacía cuatro días. Yenaro, según informes del oficial de Seglmp en la embajada, había terminado su escultura en dos días a partir de unos diseños que le había entregado una fuente desconocida. Un trabajo contra reloj. El soborno a Ba Lura tenía que haberse organizado después de la muerte de su ama, hacía menos de tres semanas.

Los haut de más edad solían elaborar planes que necesitaban décadas para madurar, planes con un margen de seguridad inaudito, del tipo no—puede—fallar. La emperatriz era ejemplo más que suficiente. A edad avanzada, los haut experimentaban el tiempo de manera diferente, Miles estaba casi seguro de eso. Esa cadena de hechos olía a... a juventud. Si no física, por lo menos de corazón.

El oponente de Miles tenía que estar experimentando un estado de ánimo interesante

en ese momento. Era un hombre de acción y decisión. Pero ahora se veía obligado a permanecer quieto, agachado, acechando, sin llamar la atención, mientras se hacía cada vez más evidente que la muerte de Ba Lura no iba a pasar por suicidio. Se veía obligado a quedarse sentado, inmóvil e inquieto sobre su banco genético y la Gran Llave hasta que terminara el funeral y él pudiera deslizarse sin ruido hasta su base planetaria... porque no podía empezar una revolución desde Eta Ceta; no estaba preparado.

¿Enviaría la Llave a su planeta o la retendría en su poder? Si la enviaba a su satrapía, Miles se enfrentaba a graves problemas. Bueno, problemas más graves de los que ya tenía. ¿Se arriesgaría el gobernador a perder su amuleto? Seguramente no.

Los poetas aficionados con sus voces monótonas estaban dominando a Miles. Se dio cuenta de que su inconsciente no trabajaba al unísono con el resto de su mente: sintió cómo esa parte de su ser se apartaba en pos de sus propios objetivos. Se le formó en la cabeza un poema en honor de la emperatriz, un poema que él no había pensado en crear:

*Una emperatriz Degtiar de nombre Lisbet
atrapó a un sátrapa en su red.
Tentado a la traición
sin ninguna razón,
pronto tendrá un choque con su propia sed.*

Miles controló un horrible impulso: había sentido la tentación de levantarse y saltar al centro del valle para recitar su ofrenda poética a la multitud haut.

Mia Maz le dirigió una mirada de preocupación al oír el resoplido ahogado.

—Se encuentra bien?

—Sí, lo lamento —susurró él—. No es nada. Ha sido un ataque de rima.

Los ojos de ella se abrieron un poco y se mordió el labio. Sólo una arruga en la frente la traicionó.

—Shhhh —dijo, con sentimiento.

La ceremonia prosiguió sin interrupciones. Por desgracia, había mucho tiempo para seguir componiendo versos... con el mismo nivel de mérito artístico por supuesto. Miles miró los bancos que albergaban a las burbujas blancas.

*Una hermosa dama llamada Rian
hipnotizó a un joven Vor galán.
El pequeño de cuerpo increíble
cree que es un detective,
y no sabe que lo van a castigar.*

¿Cómo lograban los haut soportar semejante tortura? ¿Les habrían modificado las vejigas con operaciones de ingeniería genética para conseguir una capacidad inhumana, además de los otros cambios que se rumoreaban?

Por suerte, antes de que Miles hubiera pensado en dos palabras que rimaran con "Vorob'yev", se levantó el primer gobernador sátrapa para situarse en el estrado de los oradores. De pronto, Miles se despejó por completo.

Los poemas de los gobernadores de satrapías eran excelentes, todos compuestos según los estilos formales más difíciles y, tal como informó Maz a Miles en un susurro, escritos por las mejores hautpoetisas del jardín Celestial, que oficiaban como autores secretos que recibían un pago por sus servicios. El rango tiene sus privilegios. Pero a pesar de lo mucho que lo intentó, Miles no detectó dobles sentidos siniestros en los poemas: su sospechoso no pensaba aprovechar ese momento para confesar sus crímenes delante de todos, advertir a sus enemigos sobre sus intenciones ni cualquier otra posibilidad interesante. A Miles casi le sorprendió. El lugar en que había colocado el

cuerpo de Ba Lura parecía sugerir que lord X tendía al barroquismo, a pesar de que la simpleza hubiera sido más útil a sus fines. ¿Sentiría el complot como un arte? Durante toda la ceremonia, el Emperador había estado sentado con expresión solemne, serena e imperturbable. Como principal afectado por la tragedia, hizo gestos amables de aceptación y agradecimiento a los gobernadores de satrapías. Miles se preguntó si Benin habría seguido su consejo. Sinceramente, esperaba que hubiera hablado con su señor.

Y entonces, de pronto, la tortura literaria terminó. Miles contuvo el impulso de aplaudir. Por lo visto Eso-No-Se-Hacía. El mayordomo salió al escenario, hizo otro gesto enigmático y todos se arrodillaron de nuevo; el Emperador y sus guardias se retiraron, seguidos por las burbujas de las consortes, los gobernadores de satrapías y sus ghemoficiales. Después, todos los demás quedaron libres... para ir al baño inmediatamente, supuso Miles.

Tal vez la raza haut se había librado de los significados y las funciones de la sexualidad, pero seguían siendo lo suficientemente humanos para que el momento de la comida fuera parte de las ceremonias básicas de la vida. A la manera cetagandana, por supuesto. Las bandejas de carne venían transformadas en esculturas florales. Las hortalizas parecían crustáceos y la fruta, pequeños animales. Miles miró pensativo el plato de arroz hervido de la mesa principal. Todos y cada uno de los granos estaban convertidos en un elaborado esquema en espiral... un trabajo hecho a mano, evidentemente. La sorpresa lo dejó momentáneamente helado. Controló la impresión y trató de concentrarse de nuevo en el asunto que tenía entre manos.

Los refrescos informales —informales, dentro de los niveles del Jardín Celestial— se sirvieron en un largo pabellón abierto hacia el jardín, donde en ese momento lucía una tibia luz vespertina que invitaba a la relajación. Las hautladies se habían ido a otra parte con sus burbujas, tal vez a algún lugar donde pudieran bajar de las sillas y comer. El grupo barrayarés fue a parar al más exclusivo de los sitios de alimentación pospoesía que se hubiera dispuesto en el Jardín Celestial. El emperador en persona se alimentaba en alguna parte de ese elegante edificio. Miles no tenía la menor idea de cómo había conseguido Vorob'yev que los admitieran allí, pero desde luego el hombre se merecía una recomendación por entrega al servicio más allá de lo que dicta el deber. Era evidente que Maz, con los ojos iluminados, la mano sobre el brazo del embajador de Barrayar, se sentía en alguna especie de paraíso del sociólogo.

—Allá vamos —murmuró Vorob'yev y Miles levantó la cabeza. El grupo del haut Este Rond entraba en el pabellón atestado de gente. Los otros haut, que no sabían cómo comportarse con esos intrusos extranjeros, habían tratado de fingir que los barrayareses eran invisibles. Este Rond no podía hacerlo. El corpulento gobernador, vestido de blanco, con su ghemgeneral maquillado y uniformado a un lado, se detuvo para saludar a sus vecinos de Barrayar.

Detrás del ghemgeneral de Rond avanzaba una mujer vestida de blanco, extraña en esa reunión masculina. El cabello rubio, casi plateado, le bajaba por la espalda en una cola con vueltas hasta los tobillos y permanecía de pie con los ojos bajos, sin hablar. Era mucho más vieja que Rian pero ciertamente era haut... Dios... qué bien llevaban los años... Seguramente era la esposa del ghemgeneral de Rond... cualquier oficial destinado a tan alto rango planetario habría esperado ganar a una hautmujer hacía ya tiempo.

Maz le estaba haciendo a Miles alguna especie de señal urgente, un temblor leve y un ¡No, no! formado con los labios, sin voz. ¿Qué le estaba tratando de decir? La hautesposa no hablaba a menos que le hablaran... Miles nunca había visto a nadie que expresara con el lenguaje corporal una reserva tan extraordinaria, una contención tan grande, ni siquiera la haut Rian.

El gobernador Rond y Vorob'yev intercambiaron elaborados saludos y Miles supuso que Rond había sido la vía de entrada a la ceremonia. Vorob'yev terminó su golpe diplomático presentando a Miles:

—El teniente muestra un interés gratificante por los principales aspectos de la cultura cetagandana —dijo y lo recomendó a la atención del gobernador.

El haut Rond asintió, cordial; por lo visto, cuando Vorob'yev recomendaba a alguien, hasta los hautlores cetagandanos lo tomaban en cuenta.

—Me mandaron a aprender tanto como a servir, señor. Para mí es un deber y un placer hacerlo... —Miles ofreció al hautgobernador una ceremoniosa reverencia—. Y debo decir que realmente estoy teniendo experiencias muy educativas. —Procuró que la sonrisa alerta y aguda le diera un doble sentido a sus palabras.

Rond sonrió con frialdad. Pero claro, si Este Rond era lord X, tenía que ser frío. Intercambiaron unas palabras más sobre la vida diplomática, y después, Miles se aventuró a decir:

—¿Sería usted tan amable de presentarme al gobernador haut Isum Kety, haut Rond?

Una sonrisa con el filo de una hoja de afeitar asomó en los labios de Rond mientras recorría la habitación con la vista para buscar a su colega gobernador y superior genético.

—Claro, claro, lord Vorkosigan. —Ya que estaba obligado a atender a esos extranjeros, supuso Miles, Rond se alegraría de compartir la carga de vergüenza con otros.

Lo llevó como un pastor a una oveja. Vorob'yev se quedó hablando con el ghemgeneral de Rho Ceta, que estaba profesionalmente muy interesado en sus potenciales enemigos. Le dirigió una mirada de advertencia a Miles, no del todo admonitoria, sólo una arruga entre las cejas. Miles abrió la mano a un costado, en una promesa: Me portaré bien...

Apenas quedaron más allá de los oídos y la vista del embajador, Miles le murmuró a Rond:

—Sabemos lo de Yenaro... espero que usted esté al corriente...

—¿Cómo dice? —dijo Rond en un tono de ignorancia bastante realista.

Luego llegaron hasta el grupito del haut Isum Kety.

De cerca, Kety parecía todavía más alto y delgado que desde el escenario, en la lectura de los poemas. Tenía los rasgos aguzados y fríos típicos del molde haut: las narices aguileñas habían estado de moda desde que Fletchir Giaja subió al trono. Un poco de plata en las sienes hacía resaltar el cabello oscuro. Como el hombre no tendría más de cuarenta años y era haut de pies a cabeza... Dios, claro... El toque de escarcha era perfecto, pero tenía que ser artificial. Miles lo notó y le pareció divertido, aunque disimuló cuidadosamente ese sentimiento. En un mundo en el que los viejos lo tenían todo, un aspecto juvenil no tenía ventajas sociales cuando se era joven de verdad.

Kety también tenía un ghemgeneral con una esposa haut a un costado, esperándolo. Miles trató de que sus ojos no lo traicionaran. Ella era extraordinaria incluso dentro de los niveles de los haut. Tenía el cabello de un color chocolate espeso, una melena brillante, separada por una raya en medio y reunida en una trenza gruesa que le bajaba por la espalda hasta tocar el suelo. Su piel tenía el color de la crema de vainilla. Los ojos, que se abrieron un poco al observar a Miles, eran grandes y líquidos, de un color canela claro sorprendente. Un aspecto delicioso, casi comestible. No era mayor que Rian. Miles agradeció en silencio su anterior exposición a Rian, que le permitió mantenerse de pie y no arrodillarse frente a ella.

Isum Kety no tenía tiempo que perder en un extranjero, eso era evidente, pero por alguna razón no quería ofender a Rond, o tal vez no se atrevía del todo; Miles logró intercambiar un saludo formal con él. Rond aprovechó la oportunidad para sacarse de encima al barrayarés y escapar hacia la mesa donde habían servido la comida.

El irritado Kety no tuvo más remedio que asumir el papel de anfitrión. Miles tomó el asunto entre sus manos y le hizo una breve reverencia al ghemgeneral de Kety. Por lo menos, el general tenía la edad que en Cetaganda se consideraba apropiada para su puesto, es decir, una edad avanzada.

—General Chilian, señor. Lo estudié a usted en Historia. Es un honor conocerlo en persona. A usted y a su hermosa mujer. Creo que no sé su nombre... —Miles sonrió a la

hautmujer, esperanzado.

Las cejas de Chillan, que estaban alzadas, se reunieron ahora en un gesto leve de enojo.

—Lord Vorkosigan —dijo rápidamente. Pero no se dio por aludido con respecto a la hautlady.

Después de mirar a Miles con disgusto, ella permaneció de pie como si no estuviera allí, o más bien como si no quisiera estar. Los dos hombres la trataban como si fuera invisible.

Si Kety era lord X, ¿qué estaría pensando en ese momento, acorralado por aquel extranjero que él quería convertir en su víctima? Había metido el cilindro en el vehivaina de Barrayar, había ordenado a Ba Lura que le dijera a Rian que Miles había robado el cilindro, había matado a su cómplice y ahora esperaba los resultados.

Y el resultado era... un silencio sobrecogedor. Aparentemente Rian no había hecho nada, no había dicho ni una sola palabra a nadie. ¿Se preguntaría Kety si al fin y al cabo no habría sido mejor mantener a Ba Lura con vida un poco más de tiempo, hacerlo confesar? Seguramente la situación era muy difícil de entender para ese hombre. Pero ese rostro haut no revelaba absolutamente nada, no lo perturbaba ni una sola mueca. Claro que también tendría la expresión serena si fuera completamente inocente.

Miles sonrió con afabilidad.

—Entiendo que tenemos una afición en común, gobernador —ronroneó.

—¿Ah, sí? —dijo Kety sin entusiasmo.

—Sí, el interés por objetos reales cetagandanos. Esos artefactos tan... tan fascinantes y evocativos... toda la historia y la cultura de la raza haut esta en ellos, ¿no le parece? Y su futuro también.

Kety lo miró sin expresión.

—No me parece que eso pueda considerarse un pasatiempo... No me parece un pasatiempo adecuado para un extranjero.

—Todo oficial debe conocer a sus enemigos.

—No tengo comentarios al respecto... Esas tareas son asunto de los ghem.

—¿Como su amigo lord Yenaro? Un hilo muy frágil para que usted se apoye en él, gobernador. Creo que no tardará en descubrirlo.

La arruga de la frente de Kety se hizo más profunda.

—¿Quién?

Miles suspiró y experimentó el incontrolable deseo de inundar todo el pabellón con pentarrápida. Los haut se controlaban tanto... daba la impresión de que mentían constantemente.

—Me preguntaba, haut Kety, si sería usted tan amable de presentarme al gobernador haut Slyke Giaja. Como yo también soy pariente de mi emperador, siento que él está en un lugar muy semejante al mío en Cetaganda.

El haut Kety parpadeó, sorprendido. La sorpresa lo llevó a la honestidad.

—Dudo que Slyke comparta su opinión... —Por su mirada parecía estar calculando el disgusto que sentiría el príncipe Slyke Giaja cuando le impusieran la presencia del extranjero y comparándolo con el alivio que sentiría él cuando se librara de Miles. Sus propios intereses inclinaron la balanza. El haut Kety hizo un gesto al ghemgeneral Chilian y lo despachó a conseguir el permiso del príncipe para la transferencia. Con una despedida amable y un murmullo de agradecimiento, Miles se alejó tras los pasos del ghemgeneral, con la esperanza de aprovechar cualquier indecisión para seguir con su misión. Los príncipes imperiales no eran famosos por ponerse a disposición de todo el mundo. En eso, eran peores que los hautgobernadores.

—General... si el haut Slyke no tiene tiempo para atenderme... ¿le daría usted un mensaje corto de mi parte? —Miles trató de mantener la voz tranquila a pesar de los pasos vacilantes y rápidos que se veía forzado a hacer para seguir al ghemgeneral;

Chilian no se estaba esforzando en caminar despacio en consideración al invitado de Barrayar—. Sólo tres palabras.

Chillan se encogió de hombros.

—Supongo que no habrá inconveniente.

—Dígale: Yenaro es nuestro. Nada más.

El general alzó las cejas cuando oyó la enigmática frase.

—Muy bien.

El mensaje, por supuesto, pasaría después a oídos de Seguridad Imperial Cetagandana. A Miles no le parecía nada mal que el organismo echara una mirada más atenta a lord Yenaro...

El haut Slyke Giaja estaba sentado con un grupito de hombres, ghem y haut, al otro lado del pabellón. Había algo extraño en el grupo y era que incluía también una burbuja blanca, que flotaba cerca del príncipe. Junto a ella había una ghemlady que Miles reconoció enseguida, a pesar del volumen formal de las ropas blancas que tenía puestas: la mujer que había ido a buscarlo a la fiesta de Yenaro. La ghemujer le dirigió una mirada, fijó la vista un segundo y luego miró a otro lado con decisión. ¿Quién estaba en la burbuja? ¿Rian? ¿La consorte de Slyke? ¿Otra persona?

El ghemgeneral de Kety se inclinó para murmurarle algo en el oído. Slyke Giaja echó una mirada a Miles, frunció el ceño y meneó la cabeza. Chillan se encogió de hombros y se inclinó para murmurar de nuevo. Miles, que veía cómo se le movían los labios, distinguió su mensaje o algo parecido: la palabra Yenaro fue muy clara en esos labios. La cara de Slyke no traicionó ningún sentimiento. El hautgobernador hizo un gesto al ghemgeneral para que se fuera.

El general Chilian volvió junto a Miles.

—El haut Slyke está demasiado ocupado para verlo en este momento —informó en un tono de voz tranquilo.

—Gracias de todos modos —entonó Miles, en el mismo tono. El general hizo un gesto y volvió junto a su amo.

Miles miró a su alrededor, preguntándose cómo abordaría al siguiente gobernador. El de Mu Ceta no estaba presente: probablemente se había ido directamente desde el jardín a dormir la siesta.

Mia Maz se acercó a Miles, navegando por la fiesta con una sonrisa y mucha curiosidad en los ojos.

—¿Alguna conversación interesante, lord Vorkosigan? —preguntó.

—Por ahora no —admitió él con tristeza—. ¿Y usted?

—No quiero presumir. Lo que hice fue escuchar.

—Se aprende más escuchando.

—Sí. Escuchar es el golpe conversacional invisible. Me siento bastante inteligente.

—¿Y qué ha averiguado?

—El tema haut de esta fiesta es la poesía. Están cortando en rebanadas finas la poesía de los demás según estrictas líneas de análisis. Y qué extraña coincidencia: todo el mundo dice que las mejores ofrendas son las de los hombres de mayor rango.

—A mí me parecieron todas iguales.

—Ah, pero usted no es haut...

—¿Qué quería usted decirme hace un rato? —preguntó Miles.

—Estaba tratando de advertirle sobre un raro punto de la etiqueta cetagandana: la forma de comportarse cuando se conoce a una hautmujer y se la ve fuera de su burbuja.

—Fue la... la primera vez que vi una —mintió Miles estratégicamente—. ¿Lo hice bien?

—No del todo. Verá usted, las hautmujeres pierden el privilegio de los campos de fuerza cuando se casan fuera del genoma, entre los ghem. Se convierten en... ghemujeres o algo similar. Pero la pérdida del campo se considera una vergüenza. Así que lo más amable y considerado es actuar como si la burbuja siguiera estando ahí.

Nunca debe usted dirigirse a una hautesposa aunque esté de pie delante de usted. Si quiere hacerle preguntas, tiene que hacérselas a través de su esposo y esperar que él transmita las respuestas.

—Yo... no le dije nada a ninguna de esas mujeres.

—Claro, muy bien, pero lamento decir que las miró a la cara, y eso tampoco es correcto.

—Yo creí que los hombres se estaban portando como bestias y que no las incluían en la conversación por desprecio.

—Claro que no. Eran de lo más caballerosos. Al estilo cetagandano.

—Ah. Por la forma en que se comportan, esas mujeres podrían estar dentro de las burbujas. Burbujas virtuales, diría yo.

—Ésa es la idea... sí.

—¿Y lo mismo es aplicable a las hautmujeres que sí tienen burbujas... cuando no las llevan?

—No tengo ni idea. No puedo imaginarme a una hautmujer hablando cara a cara con un extranjero.

Miles notó una presencia fantasmal junto a su codo y, trató de no saltar por el aire. Era ba como-se-llamara, ayudante de Rian Degtiar, que había recorrido la habitación sin causar una sola onda de interés entre los invitados. El corazón de Miles se aceleró inmediatamente, reacción que trató de disimular con un asentimiento de cabeza.

—Lord Vorkosigan. Mi señora quiere hablar con usted —dijo la voz baja y tranquila.

Maz abrió mucho los ojos en un gesto de asombro.

—Gracias, será un placer —contestó Miles—. Eh... —Miró a su alrededor buscando al embajador Vorob'yev, que seguía acorralado por el ghemgeneral. de Rho Ceta. Qué bien. Si no le pedía permiso, tampoco podría negárselo—. Maz, ¿podría usted decirle al embajador que he ido a encontrarme con una dama? Mmm... Tal vez tarde un rato. Váyanse sin mí. Nos veremos en la embajada si es necesario.

—No creo... —empezó a decir Maz, con muchas dudas, pero Miles ya se alejaba. Le echó una mirada sobre el hombro y le dirigió un gesto de buen humor mientras seguía al ba hacia el jardín.

9

Miles avanzó tras los pasos de su guía ba, que caminaba con rostro inexpresivo, evitando cualquier comentario gestual sobre los asuntos de su señora. Anduvieron un rato por los sinuosos senderos del jardín, rodearon un par de estanques y siguieron exquisitos arroyos artificiales. Miles casi se detuvo con la boca abierta frente a un parque color verde esmeralda poblado por una bandada de pavos reales rojos como rubíes y diminutos como ruiseñores. Más adelante, en un lugar soleado sobre una especie de pequeño risco, Miles vio algo parecido a un gato esférico, o tal vez una especie de flores con piel de gato, suave, blanco... sí, eso era un animal; un par de ojos azul turquesa parpadearon una vez, mirándolo desde la piel blanca, y volvieron a cerrarse en un gesto de absoluta indolencia.

Miles no hizo preguntas, no trató de entablar una conversación, Tal vez en su viaje anterior al jardín Celestial, cuando era sólo uno más entre miles de enviados galácticos, Seguridad Imperial Cetagandana no lo estaba monitoreando, pero ahora las cosas habían cambiado. Rezó porque Rian tomara las mismas precauciones. Lisbet lo habría hecho. Esperaba que Rian hubiera heredado los procedimientos y zonas de seguridad de Lisbet, junto con la Gran Llave y la misión genética.

Una burbuja blanca esperaba en un claustro medio oculto. Miles vio que su guía se inclinaba ante ella y se retiraba.

Miles carraspeó.

—Buenas tardes, milady. ¿Deseaba usted verme? ¿Cómo puedo servirla? —Mantuvo el saludo lo más general posible. No sabía lo que había dentro de esa maldita esfera opaca. Podía ser el ghemcoronel Benin y un filtro de voz... por ejemplo.

Le contestó la voz de Rian o una excelente imitación:

—Lord Vorkosigan. Usted expresó su interés en asuntos genéticos. Pensé que le gustaría hacer una visita guiada.

Bien. Entonces, los estaban monitoreando y ella era consciente de aquel extremo. Miles suprimió la pequeñísima parte de sí mismo que contra toda lógica había estado esperando algo parecido a una cita de amor, y contestó:

—Claro que me gustaría, milady. Todos los procedimientos médicos me interesan. Considero que las correcciones que se efectuaron tras los daños que sufrió mi cuerpo son extremadamente incompletas. Siempre que visito otras sociedades galácticas, busco nuevas esperanzas y oportunidades.

Caminó junto a la esfera flotante, tratando de recordar las vueltas y giros de la ruta, los edificios y arcos que atravesaban. Fracasó por completo. Consiguió hacer algún que otro comentario oportuno sobre el paisaje para que el silencio no resultara demasiado incómodo. Cuando llegaron a un edificio blanco, largo, bajo, había calculado un kilómetro de caminata desde la recepción del Emperador, pero no en línea recta. A pesar del encantador jardín que lo rodeaba, el edificio tenía la palabra "biocontrol" grabada en todos sus detalles: los sellos de las ventanas, las cerraduras de las puertas. La cerradura a prueba de aire requería códigos muy complejos, pero en cuanto el aparato identificó a Rian, admitió a Miles también sin un murmullo de protesta.

Ella lo condujo hasta una oficina espaciosa a través de corredores que, sorprendentemente, no tenían nada de laberíntico. Era la habitación más práctica y menos artística que hubiera visto Miles en el jardín Celestial. Una de las paredes era de cristal y daba a una larga pieza que tenía mucho más en común con los bio-laboratorios habituales en el resto de la galaxia que con el jardín exterior. La forma corresponde a la función, y ese lugar era todo función: todo propósito, no la artística languidez de los pabellones. En ese momento estaba desierto, cerrado, a excepción de un servidor que se movía por los bancos absorto en una tarea meticulosa de orden y limpieza. Pero claro... No había contratos haut que aprobar durante el período de luto por la Señora Celestial, dueña putativa de ese dominio. Un dibujo de ave decoraba la superficie de una comuconsola y se alzaba sobre varios armarios cerrados con llave. Miles estaba en el centro del Criadero Estrella.

La burbuja se acomodó junto a una pared y se desvaneció sin un ruido. La haut Rian Degtiar se levantó de la silla-flotante.

Ese día tenía el cabello color ébano sujeto en poblados rizos que le caían hasta la cintura. Las ropas, de un color blanco impoluto, le llegaban sólo hasta los tobillos, dos capas simples y cómodas sobre una malla que la cubría desde el cuello hasta los pies, calzados con sandalias blancas. Más real, menos etérea y sin embargo... Miles había esperado que una exposición constante a su belleza lo inmunizaría contra el efecto de confusión y mareo que le producía en la mente. Obviamente, necesitaría más sesiones que las que había tenido. Muchas más. Muchas. Muchas... Basta. No seas más idiota de lo necesario.

—Aquí podemos hablar —dijo ella, se deslizó hacia una silla de escritorio junto a una comuconsola y se acomodó con cuidado. Hasta sus movimientos más simples eran como una danza. Hizo un gesto con la cabeza hacia otra silla igual y Miles se acomodó con una sonrisa nerviosa, dolorosamente consciente de que sus botas apenas tocaban el suelo. Rian parecía tan directa como cerradas las esposas de los ghemgenerales. ¿Acaso el Criadero Estrella era algo así como un campo de fuerza psicológico para ella? ¿O era que consideraba a Miles tan subhumano que no lo interpretaba como amenaza? ¿Lo consideraba tan incapaz para juzgarla como una mascota?

—Con... confío en sus decisiones —dijo Miles—, pero ¿le parece que traerme aquí no provocará repercusiones en Seguridad?

Ella se encogió de hombros.

Si quieren, pueden pedirle al Emperador que me llame la atención.

—¿Y... no pueden llamarle la atención ellos directamente?

—No.

La palabra era dura, real, sólida. Miles esperaba que ella no fuera demasiado optimista con respecto a su situación. Pero... por la altura de la barbilla, la posición de los hombros, era claro que la haut Rian Degtiar, Doncella del Criadero Estrella, creía realmente que dentro de esas paredes ella era la emperatriz. Por lo menos durante los próximos ocho días.

—Espero que esto sea importante. Y corto. De lo contrario, saldré de aquí directo a la sala de interrogatorios del ghemcoronel Benin.

—Es importante. —Los ojos azules lo quemaban—. ¡Ya sé cuál de los gobernadores de satrapías es el traidor!

—¡Excelente! ¡Qué eficacia! Y.. ¿cómo?

—La Llave, como usted dijo, era falsa. Era falsa y no tenía nada dentro. Usted lo sabía.

—La sospecha le seguía brillando en los ojos como una luz intensa que lo enfocaba directamente.

—Sólo porque lo deduje, milady. ¿Tiene usted alguna prueba?

—En cierto modo. —Ella se inclinó hacia delante, la expresión intensa—. Ayer, el príncipe Slyke Giaja hizo que su consorte lo trajera al Criadero Estrella. Una visita, dijo. Insistió en que yo le mostrara los objetos reales de la Emperatriz para inspeccionarlos. No comentó nada pero estudió la colección un largo rato, y después se alejó, como si estuviera satisfecho. Me felicitó por mi leal trabajo y se fue inmediatamente.

Slyke Giaja estaba en la lista de principales sospechosos, eso no podía negarlo. Dos puntos no bastaban para hacer una triangulación, pero era mejor que nada.

—¿No le pidió que hiciera funcionar la Llave para probar que era la correcta?

—No.

—Entonces, lo sabía. —Tal vez, tal vez—. Apuesto a que le dimos mucho en qué pensar, con su falsa Llave ahí a la vista de todos. Me pregunto cuál será su próximo movimiento... ¿Él se da cuenta de que usted sabe que es falsa, o cree que usted se creyó el engaño?

—No estoy segura.

Entonces no sólo le pasaba a él, pensó Miles con un alivio amargo: la expresión de un haut era inescrutable hasta para otros haut.

—Seguramente se da cuenta de que sólo tiene que esperar ocho días. Sabe que la verdad saldrá a la luz en cuanto su sucesora trate de usar la Gran Llave. O si no la verdad, sin duda la acusación contra Barrayar. ¿Pero cuál es su plan?

—No lo sé.

—Quiere involucrar a Barrayar de alguna forma, de eso no me cabe duda. Tal vez incluso desea provocar un conflicto armado entre nuestros estados.

—Esto... —Rian hizo girar una mano, la tenía doblada como si estuviera aferrando la Gran Llave robada—. Esto es un insulto pero seguramente... seguramente no bastaría para desencadenar una guerra.

—Mmmm. Tal vez se trate sólo de una Primera Parte. Si esto la jo... quiero decir la incómoda, haut Rian Degtiar, tal vez la Segunda Parte sea algo que nos irrite a nosotros, que nos enfrente a usted. —Una nueva idea muy inquietante. Era evidente que lord X, ¿lord Giaja?, todavía no había terminado—. Aunque yo le hubiera devuelto la llave en esa primera hora, y no creo que eso estuviera en el guión, no podría probar que no la cambié por la verdadera. Ojalá no hubiéramos saltado encima de Ba Lura mi primo y yo. Daría cualquier cosa por saber la historia que Ba Lura tenía que contarnos...

—Yo también quisiera que no le hubieran saltado encima... —dijo Rian con algo de brusquedad, mientras se acomodaba de nuevo en la silla y se retorció el chaleco, el primer movimiento inconsciente que Miles le había visto hacer.

Los labios de él se torcieron en una breve mueca avergonzada.

—Pero... es importante... las consortes, las consortes de los gobernadores... Nunca me dijo nada de ellas. Ellas también están en esto, ¿verdad? ¿Por qué no de los dos lados?

Ella hizo un gesto de aquiescencia, que sin duda le dolía.

—Pero no sospecho que ninguna de ellas esté involucrada en la traición. Eso sería... imposible...

—Pero sin duda su Señora Celestial las usó para... ¿por qué es imposible? Quiero decir, es una oportunidad para convertirse instantáneamente en emperatriz junto con el gobernador... O sin él...

La haut Rian Degtiar meneó la cabeza.

—No. Las consortes no les pertenecen a ellos. Son nuestras. Miles parpadeó, algo confundido.

—Ellos. Los hombres. Nosotras. Las mujeres. ¿Sí?

—Las hautmujeres son las guardianas... —Ella se detuvo. Evidentemente, era inútil explicárselo aun extranjero, aun bárbaro—. No puede ser la consorte de Slyke Giaja.

—Lo siento. No entiendo nada.

—Es... una cuestión relacionada con el hautgenoma. Slyke Giaja está intentando llevarse algo a lo que no tiene derecho. No se trata de que trate de usurpar el poder del Emperador. Hasta ahí todo es correcto. El problema es que está tratando de usurpar el poder de la emperatriz. Eso es una vileza que está más allá de... El hautgenoma es nuestro, solamente nuestro. Él está traicionando no sólo al imperio, que no es nada, sino a los haut, que lo son todo.

—Pero las consortes están a favor de descentralizar el hautgenoma... supongo.

—Claro. La propia Señora Celestial las designó como consortes.

—¿Y...? Emmmm... ¿Y rotan cada cinco años con los gobernadores? ¿O el cargo se concede independientemente?

—El puesto es vitalicio, y sólo una orden directa de la Señora Celestial puede cambiar eso.

Entonces, sí Rian conseguía captarlas para su bando, las consortes podían ser unas aliadas poderosas en el corazón del campo enemigo. Pero Rian no se atrevía, claro, porque tal vez una de ellas también era traidora. Miles recitó mentalmente una ristra de tacos.

—El imperio —señaló— es la base de los haut. No creo que no valga nada, ni siquiera desde un punto de vista genético. La proporción de... presas y predadores es... bueno, elevada...

Ella no sonrió con esa broma zoológica. Bueno, probablemente no valía la pena ofrecerle una función de sus versitos recitados. Miles lo intentó de nuevo.

—Seguramente la emperatriz Lisbet no quería fragmentar la base de los haut.

—No. No tan deprisa. Tal vez ni siquiera en esta generación —admitió ella.

Ah. Eso tenía más sentido: ese cálculo de tiempo casaba con el estilo de una anciana hautlady.

—Pero ahora el complot está en manos de otra persona, con otros propósitos. Una persona con metas personales de corto plazo, alguien que ella no había previsto. —Miles se humedeció los labios y prosiguió—. Creo que los planes de la Señora Celestial se han fracturado por el eslabón más débil. El Emperador protege el control de las hautmujeres sobre el hautgenoma; a cambio de esa protección, ustedes le dan legitimidad. Apoyo mutuo en interés de ambas partes. Los gobernadores de satrapías no tienen esos intereses. No se puede dar poder y retenerlo simultáneamente.

Los labios exquisitos de ella se abrieron en un gesto de preocupación, pero no lo negó.

Miles respiró hondo.

—En los intereses de Barrayar no figura que Slyke Giaja triunfe en su deseo de tomar el poder. Por ahora, estoy a su servicio en eso, milady. Pero a Barrayar tampoco le conviene que el Imperio de Cetaganda se desestabilice, como quería su emperatriz. Creo que sé cómo impedir que el complot de Slyke se lleve a cabo. Pero a cambio, usted tendrá que abandonar su intento de cumplir con la misión que le impuso su señora. — Cuando ella lo miró, atónita, Miles agregó con voz débil: Al menos, por ahora.

Cómo... cómo impediría usted el complot del príncipe Slyke? —preguntó ella lentamente.

—Penetrando en la nave del gobernador y recuperando la Gran Llave, la verdadera. Sustituyéndola con la falsa, si es posible. Con un poco de suerte, ni siquiera se dará cuenta del cambio hasta que vuelva a su planeta y entonces, ¿qué podrá hacer al respecto? Usted entrega la Gran Llave a la sucesora de la emperatriz, y asunto zanjado. Ninguna de las dos partes puede acusar a la otra sin incriminarse. Creo que sería la mejor salida, dadas las circunstancias. Cualquier otra cadena de acontecimientos lleva directo a un desastre. Si no tomamos cartas en el asunto, el complot dará frutos dentro de ocho días y Barrayar quedará involucrado. Si yo trato de cambiar la Llave y no lo consigo... bueno, yo diría que las cosas ya no pueden ir a peor.

¿Estás seguro de eso?

—¿Cómo lograría abordar la nave de Slyke?

—Tengo un par de ideas. Las consortes de los gobernadores... y sus ghemladies y las servidoras..., ¿pueden salir y entrar en la órbita libremente?

Se tocó el cuello con su mano de porcelana.

—Más o menos, sí.

—Consiga una lady con acceso legítimo, preferentemente alguien que no sea demasiado conspicua. Esa persona puede llevarme hasta la nave. No me estaría llevando a mí, por supuesto, yo tendría que disfrazarme de alguna forma. Cuando esté a bordo, me las arreglaré solo. Pero... tenemos un problema de confianza. ¿En quién podría confiar? ¿No creo que usted misma...?

—Hace... años que no abandono la capital.

—Entonces, el movimiento sería demasiado evidente. Además, seguramente Slyke Giaja la está vigilando. ¿Y la ghemlady que envió a buscarme en la fiesta de Yenaro?

Rian tenía una expresión decididamente preocupada.

—Alguien de la corte de la consorte sería la mejor opción —dijo, sin convicción.

—La alternativa —señaló él con frialdad— sería que Seguridad cetagandana se encargara del trabajo. Si se acusa a Slyke, eso probará la inocencia de Barrayar y yo ya no tendré problemas...

Bueno, no del todo. Slyke Giaja, si es que era lord X, era el hombre que de alguna forma había manipulado el control de tránsito de la estación orbital, y que había sabido exactamente dónde estaba el punto ciego para dejar el cuerpo de Ba Lura. Tenía más acceso a Seguridad del que le correspondía... mierda... ¿Era correcta la idea de que Seguridad de Cetaganda podría dirigir un ataque sorpresa contra la nave del príncipe imperial?

—¿Y de qué se disfrazaría usted? —le preguntó ella.

Él trató de convencerse de que el tono de la pregunta era sólo de sorpresa, y no de desprecio.

—De ba, probablemente. Son bajos, como yo. Y ustedes, los haut, tratan a esa gente como si fuera invisible, ciega y sorda...

—¡Ningún hombre se disfrazaría de ba!

—Tanto mejor. —Él sonrió irónicamente por su reacción. La comuconsola de Rian emitió un ruidito, pidiendo atención. Ella la miró con breve gesto de disgusto sorprendido, después tocó la almohadilla del código. En la placa de vídeo se formó la cara de un

hombre maduro de rostro atractivo. Llevaba puesto el uniforme de oficial de Seguridad de Cetaganda, pero Miles no lo conocía. Sus ojos grises brillaban como cuentas de granito en la cara recién maquillada de rayas de cebra. Miles gimió y dirigió una mirada a su alrededor: no, por suerte estaba fuera de los límites de la imagen.

—Haut Rian. —El hombre hizo un gesto deferente con la cabeza.

—Ghemcoronel Millisor —respondió Rian—. Ordené que bloquearan mi comuconsola. Éste no es un buen momento. —Era obvio que ella trataba de no mirar a Miles.

—He usado el acceso de emergencia, señora. Hace un tiempo que trato de ponerme en contacto con usted. Mis disculpas, Haut, por interrumpir así su duelo, pero la Señora Celestial sería la primera en pedírmelo. Hemos conseguido rastrear el L-X-10-Terran-C perdido en el Agujero de Jackson. Necesito la autorización del Criadero Estrella para proseguir la persecución fuera del imperio. Tenía entendido que la recuperación del L-X-10-Terran-C era una de las prioridades de la fallecida Señora. Después de las pruebas de campo, estaba pensando en agregarlo al hautgenoma.

—Era prioritario, ghemcoronel, en efecto, pero... bueno, sí, deberíamos recuperarlo. Un momento, por favor. —Rian se levantó, fue hasta uno de los armarios y lo abrió con el anillo codificador que llevaba colgando de una cadena alrededor del cuello. Estuvo revolviendo algunos objetos y sacó un bloque transparente de unos quince centímetros de lado con el dibujo del pájaro grabado en la parte superior; volvió a su escritorio y lo colocó sobre la almohadilla lectora de la comuconsola. Tecleó algunos códigos y una luz parpadeó brevemente dentro del bloque—. Muy bien, ghemcoronel. Lo dejo en sus manos. Usted conoce la opinión de mi Señora sobre este asunto. Está autorizado. Saque los recursos que necesite de los fondos especiales del Criadero Estrella... lo que sea.

—Gracias, Haut. La mantendré informada. —El ghemcoronel asintió y desapareció de la pantalla.

—¿Qué era todo eso? —preguntó Miles en tono alegre, tratando de no parecer demasiado un predador.

Rian frunció el ceño.

—Un asunto interno y antiguo del hautgenoma. No tiene nada que ver con usted, ni con Barrayar, ni con la crisis, se lo aseguro. La vida sigue...

—Cierto. —Miles sonrió con amabilidad, como si estuviera totalmente satisfecho por la respuesta. Mentalmente, archivó la conversación. Tal vez pudiera servirle como cebo para Simon Illyan. Tenía la sensación de que iba a necesitar alguna excusa de peso para Illyan cuando volviera a casa.

Rian puso el Gran Sello del Criadero Estrella en su lugar, dentro del armario cerrado, y volvió a la silla.

—¿Le parece posible? —siguió diciendo Miles—. ¿Podrá conseguir una dama de confianza, mandarla conmigo disfrazado de ba, ID reales, el cilindro falso y algún medio para asegurarme de que la Llave que encuentre es la real? ¿Y algún pretexto válido para que ella vaya a la nave del príncipe Slyke... conmigo como acompañante? ¿Cuándo?

—No... no estoy segura del momento.

—Esta vez tenemos que fijar la reunión por adelantado. Si voy a escaparme de la supervisión de mi embajada durante varias horas, no puede llamarme cualquier día a cualquier hora, señora... tengo que cubrirme las espaldas... y preparar una historia para venderla a mi propia Seguridad. ¿Tiene usted copia de mis citas oficiales? Supongo que sí, ya me ha localizado usted varias veces. También considero conveniente que nos veamos fuera del Jardín Celestial. Mañana por la tarde iremos a un lugar llamado Exhibición de Bioestética. Creo que podría inventar alguna excusa para escaparme... tal vez con ayuda de Ivan.

—¿Tan pronto?

—No me parece tan pronto, señora. No nos queda mucho tiempo. Además tenemos

que prever la posibilidad de que haya que anular el primer intento por alguna razón. Usted... Supongo que es consciente de que la prueba contra el príncipe Slyke es... sólo circunstancial. No concluyente.

—Pero por ahora es lo único que tengo.

—Entiendo. Pero necesitamos todo el margen que podamos darnos en caso de que sea necesario un segundo intento.

—Sí... tiene razón... —Ella respiró hondo, frunció el ceño con ansiedad—. Muy bien, lord Vorkosigan. Le ayudaré.

—¿Tiene alguna idea del lugar de la nave en que puede estar la Gran Llave? Es un objeto pequeño y la nave, muy grande. La primera opción es el camarote privado del príncipe. Una vez a bordo, ¿hay alguna forma de detectar la Gran Llave? No creo que tengamos la fortuna de contar con un circuito de ruido... ¿O sí?

—No tanto. Pero el sistema de energía de la Llave tiene un diseño muy antiguo y muy poco frecuente. A corta distancia es posible detectarlo con un sensor apropiado. La dama que vaya con usted tendrá uno y si se me ocurre alguna otra cosa útil, la mandaré con ella también.

—Todo es importante. —Por fin, había llegado. Por fin, estaban en movimiento.

Miles suprimió un impulso salvaje de rogarle que lo dejara todo y huyera con él a Barrayar. ¿Podría sacarla del Imperio de Cetaganda por conductos legales? No parecía una tarea menos milagrosa que la que le esperaba al día siguiente. ¿Cómo afectaría a su carrera, por no mencionar a la de su padre, la instalación de una hautmujer cetagandana y pariente cercana del emperador Fletchir Giaja en la casa Vorkosigan? ¿Cuántos problemas acarrearía? Aquel asunto le recordó la Guerra de Troya.

Pero habría sido agradable que ella intentara sobornarlo, que lo hubiera intentado un poquito más. No había levantado ni siquiera un dedo para seducirlo, ni una ceja para hacerle una invitación falsa. Su sinceridad era tan expuesta que a la mente de Miles, entrenada por SegImp y ya retorcida de natural, se le antojó ingenua. Cuando alguien se enamora desesperada, profundamente de otra persona, esa otra persona debería tener la cortesía de notarlo...

La palabra clave, muchacho, es desesperadamente. Recuérdalo.

Él y Rian no compartían amor, no compartían la posibilidad futura de un amor. Ni compartían objetivos. Lo que sí compartían era un enemigo. Tendría que conformarse con eso.

Rian se levantó como para dar por terminada la reunión. Miles también se esforzó por levantarse mientras decía:

—¿Ya vino a verla el ghemcoronel Benin? Tiene a cargo la investigación de la muerte de Ba Lura.

—Eso me han dicho. Ha solicitado una entrevista dos veces. Todavía no lo he recibido. Parece... persistente.

—Gracias a Dios. Todavía tenemos la posibilidad de coordinar nuestras declaraciones. —Le resumió rápidamente su entrevista con Benin con énfasis especial en la supuesta conversación que habían mantenido él y Rian durante el primer encuentro—. Tenemos que pensar en una historia coherente para esta vez. Creo que Benin piensa seguir con esto. Lamento decir que yo lo alenté un poco. No supuse que el príncipe Slyke se pondría tan pronto en evidencia.

Rian asintió, caminó hasta la pared-ventana y señaló varios lugares dentro del laboratorio. Explicó brevemente la visita que había hecho el príncipe Slyke el día anterior.

—¿Con eso es suficiente?

—Sí, gracias. Puede decirle que hice muchas preguntas médicas sobre... la corrección de problemas físicos y que usted no pudo ayudarme mucho y me dijo que había acudido al lugar equivocado. —No pudo evitar agregar-: Mi ADN es completamente normal, ¿sabe usted? Son daños teratogénicos. Fuera de su campo de experiencia y todo eso.

La cara de ella, siempre bella e inexpresiva como una máscara, se hizo todavía más fría. Asustado, él agregó:

—Ustedes, los cetagandanos, se pasan tanto tiempo pensando en las apariencias... Seguramente, usted ha visto falsas apariencias antes.

Basta. No digas ni una sola palabra más.

Ella abrió la mano en un gesto de aceptación sin compromiso y volvió a su burbuja. Agotado, sin confianza en su propio control, Miles caminó en silencio junto a la burbuja hasta la entrada principal.

Salieron a un crepúsculo artificial luminoso. Unas pocas estrellas pálidas brillaban en el hemisferio azul oscuro y aparentemente infinito del cielo. Sentados en un banco fuera del Criadero Estrella estaban Mia Maz, el embajador Vorob'yev y el ghemcoronel Benin, sumidos en una charla intrascendente. Todos levantaron la vista cuando apareció Miles y las sonrisas de Vorob'yev y Benin adquirieron cierta acritud. Miles estuvo a punto de dar media vuelta y escapar corriendo al interior.

Rian seguramente sintió lo mismo porque la voz en la burbuja murmuró:

—Ah, su gente lo está esperando, lord Vorkosigan. Espero que la visita le haya resultado educativa, aunque no haya encontrado lo que esperaba. Buenas tardes. —Y se deslizó rápidamente hacia el santuario del Criadero Estrella.

Ah, todo este asunto es una experiencia educativa, milady. Miles esbozó una sonrisa amable y trotó hacia el banco donde sus guardianes se levantaban para recibirlo. Mia Maz tenía su amable hoyuelo de siempre. ¿Era su imaginación, o la afabilidad diplomática de Vorob'yev había adquirido cierta tensión? La expresión de Benin era menos fácil de interpretar tras los remolinos del maquillaje.

—Hola —dijo Miles en voz alegre—. Usted... me ha esperado, señor.. No era necesario, gracias, gracias. —Las cejas de Vorob'yev se alzaron en un gesto de desacuerdo irónico.

—Le han otorgado un honor sumamente inusual, lord Vorkosigan —comentó Benin, haciendo un gesto hacia el Criadero Estrella con la cabeza.

—Sí, la haut Rian Degtiar es una dama muy amable. Espero no haberla cansado con mis preguntas.

—¿Y recibió usted las respuestas que esperaba? —preguntó Benin—. Entonces es usted un privilegiado.

No había error posible: ese comentario tenía un lado amargo aunque, por supuesto, siempre podía ignorarlo.

—Ah, sí y no... El criadero es un lugar fascinante, pero por desgracia esta tecnología no ofrece grandes recursos a mis necesidades médicas. Creo que voy a tener que seguir pensando en la intervención quirúrgica. No me gusta la cirugía... siempre me sorprende lo dolorosa que resulta. —Parpadeó con gesto afligido.

Maz mostraba una expresión comprensiva. Vorob'yev seguía con su aire grave y taciturno. Está empezando a sospechar algo. Mierda.

En realidad, tanto Vorob'yev como Benin parecían dos personas a quienes la presencia de otro impide saltar sobre un tercero, acorralarlo contra la pared y retorcerlo hasta arrancarle la verdad por la fuerza.

—Si ya ha terminado —dijo Benin—, les acompañaré hasta los portales del Jardín Celestial.

—Sí. El auto de la embajada está esperándonos, lord Vorkosigan —agregó Vorob'yev con severidad.

Camaron en grupo detrás de Benin, siguiéndolo por los senderos del jardín.

—El verdadero privilegio de hoy ha sido toda esa poesía —siguió diciendo Miles de buen humor—. Y a usted, ¿cómo le van las cosas, ghemcoronel? ¿Ha progresado en su caso?

Benin torció el gesto.

—Sigue siendo muy confuso... —murmuró.

Apuesto a que no. Por desgracia, o tal vez por suerte, ése no era el lugar ni el momento para olvidarse de todo y hablar con franqueza del trabajo de seguridad que ambos compartían.

—Ay, Dios —dijo Maz y todos dejaron de caminar para examinar lo que había descubierto de pronto en una curva del sendero.

Un marco de bosques y una quebrada artificial. Bajo la luz del crepúsculo, entre los árboles y a lo largo del arroyo, se agazapaban cientos de ranas arborícolas, diminutas y luminosas, de colores acaramelados. Estaban cantando. Cantaban en acordes, acordes musicalmente perfectos: un acorde subía y bajaba, e inmediatamente después lo reemplazaba otro. La luz de las criaturas aumentaba y disminuía de intensidad según el canto, y así, la vista podía seguir el progreso de cada una de las notas tanto como el oído. La acústica de la quebrada llevaba esa música que no era música de un lado a otro, en tonos sinérgicos. Miles olvidó momentáneamente todos sus problemas, absorto por la belleza y el absurdo del espectáculo, hasta que una tosecita de Vorob'yev rompió el hechizo y el grupo siguió adelante.

Fuera de la cúpula, la noche de la capital se extendía tibia, húmeda y brillante como un damasco; rugía con el ruido subliminal de la vida. La noche y la ciudad, prolongadas hasta el horizonte y más allá.

—Me impresiona el lujo haut... pero siempre termino pensando en el volumen de la base de sustentación económica que tiene —comentó Miles a Benin.

—Cierto —asintió Benin con sonrisa irónica—. Y según tengo entendido, la tasa de impuestos per cápita de Barrayar duplica la de Cetaganda. El emperador cetagandano cultiva el bienestar económico de sus súbditos tanto como su jardín. Al menos eso dicen.

Benin no era inmune a la tendencia cetagandana a la competencia. Y los impuestos eran un asunto muy variable en Barrayar.

—Lamento tener que estar de acuerdo —le contestó Miles—. El problema es que estamos obligados a igualarlos a ustedes en lo militar con un cuarto de los recursos reales. —Se mordió la lengua para no agregar: Por suerte, no es demasiado difícil, o alguna otra frase irónica.

Pero en realidad Benin tenía razón, reflexionó Miles cuando el auto de superficie de la embajada se elevó sobre la capital. La gran semiesfera plateada resultaba impresionante hasta que uno miraba la ciudad que se extendía cien kilómetros a la redonda en todas direcciones, por no mencionar el resto del planeta y los otros siete mundos... y hacía números. El jardín Celestial era una flor, pero sus raíces estaban en otra parte, en el control haut y ghem de otros aspectos de la economía. La Gran Llave le pareció de pronto una palanca demasiado pequeña para mover ese mundo. Príncipe Slyke, creo que es usted un optimista.

10

—Tienes que ayudarme con esto, Ivan —susurró Miles con urgencia.

—¿Eh? —murmuró Ivan, en tono de extrema neutralidad.

—No sabía que Vorob'yev lo iba a mandar a él. —Miles hizo un gesto hacia lord Vorreedi, que acababa de terminar su propia conferencia en voz baja con el conductor del auto, el guardia de paisano y el uniformado de la embajada. El uniformado llevaba el atuendo de fajina verde, como Miles e Ivan; los otros dos llevaban mallas y túnicas largas hasta los tobillos en el típico estilo de Cetaganda. El oficial de protocolo tenía más práctica con la ropa cetagandana y se movía con mayor soltura y comodidad.

Miles siguió diciendo en voz baja:

—Cuando establecí esta cita con mi contacto, pensé que Vorob'yev nos mandaría con

Mia Maz... al fin y al cabo, esto tiene que ver con la División de Damas o como se llame... No tiene por qué cubrirme. Lo que necesito es que lo distraigas un momento cuando llegue el momento de marcharme.

El guardia de paisano hizo un gesto con la cabeza y se fue. Un hombre de perímetro. Miles memorizó la cara y la ropa. Otra cosa de la que tenía que cuidarse. El guardia se alejó hacia la entrada de la exhibición, que por cierto no se desarrollaba en un recinto normal. Cuando le habían descrito el espectáculo, Miles se había imaginado alguna estructura cavernosa y cuadrangular como la que albergaba la Feria Agrícola de Distrito en Hassadar. Pero el Salón del jardín de la Luna, como lo llamaban, era otra cúpula, una imitación burguesa y diminuta del Jardín Celestial. Bueno, no demasiado diminuta, en realidad: tenía más de trescientos metros de diámetro y se arqueaba sobre un suelo empinado e irregular. Bandadas de ghemms bien vestidos, tanto hombres como mujeres, se acercaban al túnel de la entrada superior.

—¿Y cómo diantres voy a conseguirlo, primito? Vorreedi no es de los que se distraen con facilidad.

—Dile que me fui con una dama. Propósitos inmorales. Tú siempre tienes ese tipo de propósitos... ¿por qué yo no? —Los labios de Miles se torcieron tratando de suprimir una burla a los ojos en blanco de Ivan—. Preséntale a media docena de tus noviecitas. Me parece difícil que no te encuentres con alguna por aquí. Preséntalo como el hombre que te enseñó todo lo que sabes sobre el Arte de Amor Barrayarés.

—No es mi tipo —dijo Ivan entre dientes.

—¡Usa la iniciativa!

—No tengo iniciativa. Yo sigo órdenes, muchas gracias. Es mucho más seguro.

—De acuerdo. Te ordeno que uses la iniciativa.

Por todo comentario Ivan formó un taco con los labios, sin pronunciarlo.

—Estoy seguro de que acabaré arrepintiéndome.

—Aguanta un poco más. Unas pocas horas y todo habrá acabado. —Para bien o para mal..

—Eso ya me lo dijiste anteayer. Y resultó falso.

—No fue culpa mía. Las cosas son un poco más complicadas de lo que suponía.

—¿Recuerdas aquella vez en Vorkosigan Surleau, cuando encontramos aquel viejo depósito de armas y nos convenciste a mí y a Elena de que te ayudáramos a activar el tanque flotante? ¿Y después chocamos contra el granero? ¿Y el granero se derrumbó? ¿Y mi madre me puso bajo arresto domiciliario durante dos meses?

—¡Ivan, teníamos diez años!

—Yo lo recuerdo como si fuese ayer. Ayer y anteayer..

—Esa cosa ya se estaba cayendo. No hizo falta mucho para derrumbarla. Les ahorró el precio de la demolición. Por Dios, Ivan, ¡esto es serio! No puedes compararlo con... — Miles se interrumpió cuando vio que el oficial de protocolo despedía a sus hombres y se volvía hacia los dos enviados con una leve sonrisa. Los tres entraron juntos al Salón del jardín de la Luna.

Miles se sorprendió al ver algo tan burdo como un cartel, aunque fuera de flores, sobre el arco de la entrada de un laberinto de caminos descendentes que bajaban por la ladera natural. Exposición Anual de Bioestética Número 149, Clase A. Dedicada a la memoria de la Señora Celestial. Esa dedicatoria había convertido la ocasión en una cita obligada para la agenda de todos los enviados diplomáticos.

—¿Las hautmujeres compiten aquí? —le preguntó Miles al oficial de protocolo—. Creo que esto está dentro de su estilo.

—Tanto que nadie podría ganarles si participaran —contestó lord Vorreedi—. No, no. Las haut tienen su propia competición anual, muy privada, en el Jardín Celestial, pero no este año, por lo menos hasta que termine el período oficial de luto.

—Así que... estas exposiciones de las ghemujeres son... emmm, ¿una imitación de sus

hermanastras haut?

—Ésa es la idea, sí. Ése es el estilo de este planeta.

Las presentaciones de las ghemladies no estaban dispuestas en filas, sino por separado, cada una en su propia curva o rincón. Miles se preguntó qué tipo de discusiones se desatarían para conseguir los lugares más favorables, qué tipos de estatus y poder serían necesarios para obtener los mejores y si la competencia por los lugares podía llegar al asesinato. Al asesinato verbal seguramente, a juzgar por algunos fragmentos de conversación que alcanzó a oír entre los grupos de ghemladies que pasaban lentamente entre críticas y expresiones de admiración.

Le llamó la atención un tanque lleno de peces. Tenían las aletas muy finas y las escamas de colores seguían el dibujo exacto de uno de los maquillajes que usaba uno de los ghem-clanes: azul brillante, amarillo, negro y blanco. Los peces giraban en una especie de gavota acuática. No era demasiado impresionante desde el punto de vista de la ingeniería genética, excepto por el hecho de que la dueña de la muestra, orgullosa y esperanzada, era una niña de apenas doce años. Parecía una mascota de las exhibiciones más serias de las damas de su clan. ¡Ya veréis dentro de seis años! decía su sonrisita infantil.

Las rosas azules y las orquídeas negras eran tan rutinarias que sólo servían de marco para las verdaderas obras. Pasó una joven, siguiendo a sus ghempadres con un unicornio de medio metro atado a una rienda dorada. Ni siquiera era una exhibición... A diferencia de lo que pasaba en la Feria Agrícola de Hassadar, era evidente que aquí nadie se preocupaba de la utilidad. La competencia era solamente artística; la vida, el medio, la biopaleta que suministraba efectos para las obras.

Se detuvieron junto a una especie de balcón que permitía una vista general de la ladera del jardín. Un brillo verde llamó la atención de Miles, que bajó los ojos para mirar el suelo. Un grupo de hojas y zarcillos brillantes subía en espiral por la pierna de Ivan. Unos pimpollos rojos se abrían y se cerraban lentamente, exhalando un perfume delicado y profundo; el efecto era el de una boca y, en general, no parecía una creación afortunada. Miles lo miró fascinado un buen rato antes de murmurar:

—Ivan... no te muevas pero mira tu bota izquierda.

Otro zarcillo se enredó lentamente alrededor de la rodilla de Ivan y empezó a subir. Ivan bajó la mirada y lanzó un juramento.

—¿Qué diablos es eso? ¡Sácamelo de encima!

—Dudo que sea venenoso —dijo el oficial de protocolo, sin mucha seguridad—. Pero tal vez sea mejor que se quede usted quieto, milord.

—Creo... creo que es una rosa trepadora. Muy llena de vida, ¿no les parece? —Miles sonrió y se inclinó, buscando las espinas antes de extender la mano. Tal vez eran retráctiles o algo así... El coronel Vorreedi hizo un gesto como para indicarle que no se acercara.

Pero antes de que Miles reuniera el valor de arriesgar la piel y la sangre en el rescate, se acercó por el sendero una ghemlady regordeta con un gran cesto en el brazo.

—¡Ah, ahí estás, cosita mala! —exclamó—. Discúlpeme, señor. —Se dirigió a Ivan sin mirarlo mientras se arrodillaba junto a la bota y empezaba a desenredar su creación—. Lo siento... esta mañana hay demasiado nitrógeno.

La rosa soltó el último zarcillo de la bota de Ivan con un movimiento decepcionado y la mujer la metió sin ceremonias en la canasta donde se retorcían otras fugitivas rosadas, amarillas y blancas. Después, con la mirada perdida en los rincones y bajo los bancos, la concursante se alejó a toda prisa.

—Creo que le has gustado a esa cosa —dijo Miles a Ivan—. ¿Feromonas?

—¿Por qué no te vas a la mierda? —le susurró Ivan—. Me dan ganas de meterte a ti en nitrógeno y guardarte debajo de... Dios... ¿qué es eso?

Habían terminado de doblar una curva hacia un área abierta en cuyo centro se alzaba

un árbol lleno de gracia, con grandes hojas peludas en forma de corazón. Tenía dos o tres docenas de ramas que se arqueaban y volvían a caer, sacudiéndose levemente con el peso de una fruta en forma de vaina que colgaba en manojos. La fruta estaba maullando. Miles e Ivan se acercaron.

—Eso... es... horrible, claramente horrible —dijo Ivan, indignado.

En cada vaina había un gatito encogido como un bulto, cabeza abajo, el pelaje largo, sedoso y blanco se esponjaba como un sol alrededor de la cara felina: un hermoso marco para las orejas y los bigotes y los brillantes ojos azules. Ivan levantó la mano hacia uno y tiró de la rama para examinarlo de cerca. Trató de acariciar a la criatura con cuidado; el gato lo tocó con dos suaves garras juguetonas y blancas.

—Un gatito como éste tendría que estar jugando con un ovillo, en el césped, y no pegado a un árbol para darle unos puntos a una ghemputa... —opinó Ivan con furia. Miró a su alrededor. Por el momento estaban solos; nadie los observaba.

—Mmmm... no estoy seguro de que estén pegados —dijo Miles—. Espera, no creo que...

Tratar de impedir que Ivan rescatara un gatito de un árbol era tan imposible como tratar de evitar que soltara un piropo ante una mujer bonita. Para él era como un acto reflejo. Por el brillo que veía en sus ojos, era evidente que estaba decidido a liberar a todas las pequeñas víctimas para que después jugaran con las rosas trepadoras.

Ivan arrancó la fruta de la rama. El gatito emitió un gemido, tuvo una convulsión y quedó inmóvil.

—Gatito, gatito... —susurró Ivan, asustado, con los labios junto a la mano donde sostenía la fruta como en una copa. Un alarmante hilillo de líquido rojo corría por la muñeca del salvador desde el tallo roto.

Miles colocó las hojas en forma de corazón alrededor del... "cadáver" le parecía la mejor palabra. La bestia no tenía cuartos traseros. Dos patas rosadas y desnudas se fundían con la vaina misma.

—... No creo que estén maduros, Ivan...

—¡Eso es horrible, horrible! —jadeó Ivan furioso, pero no lo dijo en voz muy alta. Por consentimiento mutuo y sin mediar palabra, se alejaron silenciosamente del árbol gato y doblaron otra curva. Ivan miró frenético a su alrededor, buscando un lugar para dejar el pequeño cadáver y poner distancia entre él y su pecado—. ¡Grotesco!

Miles contestó, pensativo:

—Ah, no estoy seguro. Si te paras a pensarlo, no es más grotesco que el método primitivo. Quiero decir, ¿alguna vez has visto una gata dando a luz?

Ivan se cubrió una mano con la otra y lo miró, furioso. El oficial de protocolo estudió el horror de lord Vorpatril con una mezcla de exasperación y simpatía. Miles pensó que si Vorreedi hubiera conocido a Ivan a fondo, la proporción entre la primera emoción y la segunda habría sido distinta, pero Vorreedi se limitó a decir:

—Milord... ¿desea usted que yo me encargue de eso... discretamente?

—Ah, sí, sí, por favor —dijo Ivan, muy aliviado—. Si no es molestia... —Puso la vaina inerte sobre la mano del oficial de protocolo, que la escondió dentro de un pañuelo y se la guardó en el bolsillo.

—Quédense aquí. Enseguida vuelvo —dijo y se alejó a destruir la evidencia del crimen.

—Excelente, Ivan —gruñó Miles—. Espero que a partir de ahora mantengas las manos en los bolsillos.

Ivan se limpió la sustancia pegajosa que le cubría la palma con el pañuelo, escupió sobre la mano y volvió a sacudirla. Fuera, fuera, mancha maldita...

—No empieces a hacer ruiditos como mi madre. No ha sido culpa mía... Las cosas eran un poco más complicadas de lo que yo suponía. —Ivan se metió el pañuelo en el bolsillo y miró a su alrededor, con el ceño fruncido—. Todo esto no me gusta nada. Quiero volver a la embajada.

—Tienes que quedarte hasta que yo me encuentre con mi contacto.

—¿Y cuándo piensas que...?

—Pronto, creo yo.

Caminaron juntos, despacio, hasta el final del pasillo donde otro pequeño balcón ofrecía una vista de la siguiente sección.

—Mierda —dijo Ivan.

—¿Qué? —preguntó Miles, rastreando con la mirada. Se estiró de puntillas pero no consiguió ver el lugar que había suscitado la protesta de su primo.

—Nuestro amiguito Yenaro está aquí. Dos niveles más abajo, hablando con unas mujeres...

—Podría... podría ser una simple coincidencia. Este lugar está lleno de ghemlores: esta tarde entregan los premios. Un galardón en esta, competición implica un honor para el clan y naturalmente los hombres quieren estar presentes. Este tipo de... cosa artística seguramente les gusta mucho, está dentro de sus fantasías, supongo.

Ivan levantó la ceja.

—¿Quieres apostar?

—No.

Ivan suspiró.

—No creo que haya forma de tomar la iniciativa.

—No sé. Pero mantén los ojos bien abiertos...

—Claro.

Miraron a su alrededor. Una ghemlady madura y digna se les acercaba por el sendero. Dirigió a Miles un gesto de reconocimiento casi amistoso. Abrió la palma de la mano y le mostró un pesado anillo con el dibujo del pájaro en filigrana. Estaba lleno de códigos complejos.

—¿Ahora? —preguntó Miles con tranquilidad.

—No. —Su voz bien modulada tenía un tono agudo, pero no chillón—. Dentro de media hora, en la entrada oeste.

—Tal vez no pueda ser muy puntual.

—No importa. Le esperaré —dijo ella y siguió adelante.

—Mierda —dijo Ivan, después de un momento de silencio—. ¿De verdad piensas hacerlo? Ten mucho cuidado, ¿me oyes?

—Ah, sí.

Al parecer, el oficial de protocolo se estaba tomando todo el tiempo del mundo para encontrar la unidad de eliminación de basura más cercana, pensó Miles. Pero justo cuando se estaba poniendo nervioso y pensaba en ir a buscarlo él mismo, Vorreedi reapareció caminando hacia ellos con rapidez. La sonrisa de bienvenida que les dirigió parecía un poco forzada.

—Señores —dijo—. Ha surgido un imprevisto. Voy a tener que abandonarles por un rato. Quédense juntos y no salgan de este edificio, por favor.

Perfecto. Tal vez.

—¿Qué clase de imprevisto? —preguntó Miles—. Hemos visto a Yenaro.

—¿El bromista? Sí. Sabemos que está aquí. Mis analistas lo consideran más una molestia que un auténtico peligro. Tengo que dejarlos. Defiéndanse de él como puedan. Pero mi hombre de perímetro, uno de los más inteligentes que tengo, ha descubierto a otro individuo. Un profesional.

En ese contexto, la palabra profesional significaba asesino profesional o algo por el estilo. Miles hizo un gesto de comprensión. Él también estaría alerta.

—No sabemos por qué está aquí —siguió explicando Vorreedi—. He pedido refuerzos, y ya están en camino. Mientras tanto, nos proponemos... bueno, dejarnos caer por ahí, sorprenderlo y tener una charla...

—La pentarrápida es ilegal aquí para los cuerpos que no pertenecen a la policía y los

imperiales... ¿no es cierto?

—Dudo que esta persona quiera presentar una queja a las autoridades —murmuró Vorreedi, con una sonrisa levemente siniestra.

—Diviértase, señor.

—Tengan cuidado. —El oficial de protocolo hizo un gesto con la cabeza y se alejó despacio, como si no tuviera un destino fijo.

Miles e Ivan siguieron caminando y se detuvieron para admirar unas flores —con raíces— que tenían aspecto de sentirse menos inseguras sobre su pertenencia al reino vegetal. Miles contaba los minutos mentalmente. Si se separaba de su primo al cabo de unos minutos, se encontraría con su contacto justo a tiempo.

—Bueno, bueno, hola, encanto —chilló una voz musical a sus espaldas.

Ivan giró en redondo un segundo antes que Miles. Lady Arvin y lady Benello estaban de pie en el sendero con los brazos enlazados. Se separaron y... a Miles le pareció que la palabra correcta era fluyeron a ambos lados de Ivan.

—¿Encanto? —murmuró Miles, divertido.

Ivan le dedicó una mirada furiosa antes de volverse hacia sus conocidas.

—Supimos que estaba usted aquí, lord Ivan —siguió diciendo la rubia, lady Arvin. La alta lady Benello asintió y la cascada de sus rizos ámbar se sacudió con el movimiento—. ¿Qué tiene usted pensado para más tarde?

—Ah... no tengo planes... —dijo Ivan, con la cabeza siempre en movimiento mientras trataba de dividir su atención en dos mitades exactas.

—Aaahhh —suspiró lady Arviri—. Tal vez entonces acceda a cenar con nosotros, en mi casa.

Lady Benello la interrumpió.

—O, si no está de humor para la ciudad, conozco un sitio no muy lejos, un lago. Cada cliente recibe una islita propia y se le sirve un picnic... al aire libre. Es muy, muy privado.

Las dos mujeres sonrieron; se repelían mutuamente. Ivan tenía aspecto de presa.

—No sé si sabré decidir —contemporizó.

—Venga a ver las obras de la hermana de lady Benello mientras lo piensa, lord Ivan —sugirió lady Arvin, con ecuanimidad.

Su mirada reparó en Miles—. Ah, usted también, lord Vorkosigan. No estamos prestando la debida atención al huésped más importante, creo yo. Ya hablamos de ese tema, ¿sabe?, y después de discutirlo, llegamos a la conclusión de que tal vez tendremos que lamentarlo. —Apretó la mano sobre el brazo de Ivan y giró para dirigir a su compañera una sonrisa radiante, muy significativa—. Esa podría ser la solución del dilema de lord Ivan.

—En la oscuridad todos los gatos son pardos? —murmuró Miles—. ¿O todos los barayareses?

Ivan esbozó una mueca: le había molestado la referencia a los felinos. Lady Arvin parecía perpleja, pero Miles tuvo la desagradable sensación de que la pelirroja entendía la broma. Entendiera o no, se desprendió de Ivan —el brillo en los ojos de lady Arvin, ¿era una mueca de triunfo?— y se volvió hacia Miles.

—Claro, lord Vorkosigan. ¿Usted sí tiene planes?

—Me temo que sí —dijo Miles con una pena no del todo fingida—. En realidad, tengo que irme en este mismo instante.

—¿Ahora? Ah, vamos, por lo menos, venga a ver la exposición de mi hermana. —Lady Benello no le dio el brazo pero estaba dispuesta a caminar a su lado aunque eso dejara a su rival en posesión temporal de Ivan.

Tiempo. No estaría mal darle al oficial de protocolo unos minutos más para concentrarse en su misión. Miles sonrió y dejó que lo arrastraran con el grupo. Lady Arvin abría la comitiva, llevando a Ivan como a un prisionero. A la pelirroja le faltaba la delicadeza de porcelana de la haut Rian. Pero, por otra parte, no era tan... imposible. Lo

difícil lo hacemos enseguida. Lo imposible lleva más tiempo...

Basta. Estas mujeres están usándonos y tú lo sabes, muchacho.

Ah. Dios, quiero que me usen, quiero que me usen...

Vamos, vamos, Miles, concéntrate.

Recorrieron el sendero y bajaron un nivel más. Lady Arvin giró hacia un pequeño espacio abierto resguardado por árboles en macetas. Tenían las hojas brillantes, como joyas, pero eran sólo un marco para lo que había en el centro del círculo. La obra principal era un poco confusa, desde el punto de vista artístico. Parecía estar compuesta de tres rollos de brocado que formaban suaves espirales desde lo alto de un poste de la altura de un hombre hasta la alfombra. La alfombra, densa, circular, era un eco de los verdes de los árboles, en un esquema complejo y abstracto.

—Alerta —murmuró Ivan.

—Ya lo he visto —jadeó Miles.

Lord Yenaro, de negro, sonriente, estaba sentado en uno de los pequeños bancos curvos que enmarcaban el lugar.

—¿Dónde está Veda? —preguntó lady Benello.

—Acaba de salir —dijo Yenaro mientras se levantaba y saludaba a todos.

—Lord Yenaro ayudó un poquito a mi hermana Veda en su trabajo para la exposición confesó lady Benello a Ivan y Miles.

—¿Ah, sí? —dijo Miles, mirando a su alrededor y preguntándose dónde estaría la trampa esa vez. No la veía—. Y.. ¿de qué se trata esto?

—Ya sé que no tiene un aspecto muy impresionante —dijo lady Benello, a la defensiva—, pero tampoco lo pretende. La gracia esta en el olor. La tela emite un perfume que cambia según el humor de quien la lleva. Todavía me pregunto si no habría sido mejor que la mostrara en un vestido completo. —Este último comentario parecía dirigido a Yenaro—. Podríamos hacer que uno de los criados se pusiera de pie aquí y posara todo el día.

—Habría sido demasiado comercial —objetó Yenaro—. Esto nos dará mayor puntuación.

—Y... mmm, ¿está vivo? —dijo Ivan, con muchas dudas.

—Las glándulas del perfume están tan vivas como las sudoríparas de su piel, lord Vorpatril —aseguró Yenaro—. Pero tiene usted razón, esto resulta un poco estático. Acérquese y haremos una demostración de los efectos.

Miles husmeó el aire mientras en su paranoia, que se había despertado y lo atenazaba, lleno de terror, trataba de individualizar cada una de las moléculas volátiles que llegaban a sus fosas nasales. La cúpula de la exposición estaba saturada de perfumes de todo tipo y todos bajaban por la ladera, por no mencionar los perfumes de las ghemladies y los de Yenaro. Pero el brocado parecía emitir una mezcla agradable de aromas. Ivan hizo caso omiso a la invitación de Yenaro y no se acercó. Aparte de los perfumes, había algo más, un leve toque, una aspereza untuosa...

Yenaro levantó una jarra del banco y avanzó hacia el poste.

—¿Más zlati? —murmuró Ivan con sequedad.

El reconocimiento y la memoria zumbaron en la mente de Miles, y lo asaltó una oleada de adrenalina que casi le dejó en seco el corazón. Se lanzó en una carrera desenfrenada.

—¡La jarra, Ivan! ¡No dejes que la tire al suelo!

Ivan tomó la jarra. Yenaro entregó el objeto con expresión de sorpresa.

—¡Vamos, lord Ivan!

Miles dejó caer una gota en la alfombra y olió el aire desafortunadamente. Sí.

—¿Qué está haciendo? —preguntó lady Benello, casi riendo—. ¡La alfombra no tiene nada que ver..

Ah. sí que tiene que ver..

—Ivan —dijo Miles con urgencia, levantándose—. Dame eso... cuidado, cuidado... y

dime lo que hueles ahí abajo.

Miles tomó la jarra con mucha más ternura que a una canasta de huevos recién recogidos. Ivan, con mirada asombrada, hizo lo que le pedía su primo. Olió: pasó la mano por la alfombra y se llevó las manos a los labios. Se puso blanco como el papel. Miles se dio cuenta de que había llegado a la misma conclusión que él. Su primo se dio vuelta y siseó:

—¡Asterzina!

Miles caminó de puntillas alejándose de la alfombra, levantó la tapa de la jarra y olió de nuevo. Un leve olor a vainilla y naranja, un poco rancio, se elevó desde el líquido. El olor que esperaba.

Yenaro lo hubiera derramado todo, por supuesto. A sus propios pies. Con lady Benello y lady Arvin de pie a un lado. Miles pensó en el destino de la última herramienta del príncipe Slyke, Ba Lura. No. Yenaro no lo sabe. Tal vez odie a los barrayareses, pero no está tan loco. Le han tendido una trampa, igual que a nosotros. A la tercera va la vencida...

Cuando Ivan se puso de pie con la mandíbula tensa y los ojos ardiendo, Miles le hizo un gesto y le entregó la jarra. Ivan la tomó con cuidado, nervioso, y retrocedió otro paso. Miles se inclinó y arrancó unos hilos del borde de la alfombra. Los hilos se estiraron y finalmente se rompieron, como si fueran de goma. Eso confirmó sus suposiciones.

—¡Lord Vorkosigan! —objetó lady Arvin, con las cejas alzadas en una expresión de asombro divertido, ante ese comportamiento bárbaro.

Miles llevó los hilos a Ivan y los cambió por la Jarra. Después, volvió la cabeza bruscamente hacia Yenaro.

—Tráelo... Discúlpenme, señoras... Cosas de hombres...

Para su sorpresa, esa frase funcionó. Lady Arvin arqueó las cejas y aceptó, aunque lady Benello hizo una especie de mohín. Ivan puso una mano sobre el antebrazo de Yenaro y lo guió fuera del área de la exposición de Veda. Su mano se endureció hasta convertirse en amenaza silenciosa cuando Yenaro trató de desprenderse. Yenaro tenía la cara furiosa y los labios tensos; parecía un poquito avergonzado.

Encontraron un lugar vacío unos pocos espacios más abajo. Ivan se puso de pie en la entrada del cubículo con su prisionero, los dos con la espalda hacia el sendero para que Miles fuera visible desde fuera. Miles puso la jarra en el suelo, se enderezó y se dirigió a Yenaro con un gruñido ronco:

—Le voy a hacer una demostración. Esto es lo que iba a suceder hace unos minutos. Lo único que quiero saber es si usted sabía lo que pasaría.

—No sé de qué me está hablando —ladró Yenaro—. ¡Suélteme, cerdo!

Ivan no apartó la mano y frunció el ceño, furioso.

—Primero la demostración, amigo.

—Muy bien. —El suelo era de algún tipo de mármol artificial y no parecía inflamable. Miles sacudió los hilos que tenía en la mano e hizo un gesto para que Ivan y Yenaro se acercaran. Esperó hasta que no hubo nadie en el sendero y dijo: Yenaro. Tome dos gotas de ese líquido inocuo que usted sacudía a diestro y siniestro y rocíelas sobre esto.

Ivan obligó a Yenaro a arrodillarse junto a Miles. El ghemplord, con una mirada fría a sus captores, metió la mano en la jarra y acató las órdenes.

—Si usted cree que...

Lo interrumpió un brillo súbito y una ola de calor que quemó las cejas de Miles. Por suerte, el ruido, suave, se desvaneció contra los cuerpos que rodeaban los hilos. Yenaro se quedó helado, mirando.

—Y eso fue sólo un gramo —siguió diciendo Miles—. Esa alfombra bomba tenía... ¿cuánto? ¿Cinco kilos? Estoy seguro de que usted lo sabe, la trajo usted personalmente. Con el catalizador habría estallado y se habría llevado toda esa parte de la cúpula, a mí, a usted, a las damas... habría sido lo más impresionante de la exposición, se lo aseguro.

—Esto es una trampa —masculló Yenaro entre dientes.

—Ah, sí, es una trampa. Pero esta vez también usted se habría contado entre las víctimas. Usted no tiene entrenamiento Militar, ¿verdad? De lo contrario, con su excelente olfato lo habría reconocido. Asterzina sensibilizada. La trampa perfecta. Se puede teñir, modificar, copiar el aspecto de cualquier cosa con ella. Y es totalmente inocua hasta que entra en contacto con el catalizador. Cuando eso ocurre... —Miles hizo un gesto hacia la mancha negra sobre el piso blanco—. Se lo preguntaré de otra forma, Yenaro. ¿Qué efecto le dijo que tendría su buen amigo el hautgobernador?

—Bue... —Yenaro se quedó sin aliento. Pasó la mano sobre el residuo negro y aceitoso, después se lo llevó a la nariz. Inhaló, frunció el ceño, después se sentó sobre los talones como si experimentara una repentina debilidad. Levantó la vista para buscar la mirada de Miles—. Ah...

—La confesión es un consuelo para el alma. Y para el cuerpo también —dijo Ivan en tono amenazador.

Miles respiró hondo.

—Una vez más, Yenaro. ¿Qué le dijeron?

Yenaro tragó saliva.

—Se... se suponía que el líquido liberaba un éster que simularía los efectos del alcohol. Ustedes los barrayareses son famosos por esa perversión. ¡Nada que no se hagan a ustedes mismos!

—Y así, Ivan y yo nos tambalearíamos públicamente toda la tarde medio borrachos...

—Algo así.

—¿Y usted? ¿Ingirió el antídoto antes de que apareciéramos?

—No... era inocuo... se suponía que era inocuo. Ya había previsto retirarme a descansar hasta que pasara... Pensé que tal vez... que tal vez sería una sensación interesante.

—Pervertido —murmuró Ivan.

Yenaro lo miró, furioso.

—Cuando me quemé esa primera noche... Esa disculpa escrita a mano... no era completa mente fingida, ¿me equivoco? —dijo Miles lentamente—. Usted no esperaba que las cosas fueran tan lejos.

Yenaro palideció.

—Esperaba... pensé que tal vez los marilacanos había hecho algo raro con la energía. Se suponía que debía producir un shock, nada grave...

—Eso le dijeron...

—Sí —susurró Yenaro.

—Pero el zlati fue idea suya, ¿no es cierto?

—¿Lo sabía usted?

—No soy imbécil, Yenaro.

Algunos de los ghem que pasaban dirigieron una mirada sorprendida y curiosa al grupo de tres hombres arrodillados en el suelo, pero por suerte pasaron sin hacer comentarios. Miles hizo un gesto hacia el banco más próximo en la curva de un lugar reservado para la exposición.

—Tengo algo que decirle, lord Yenaro, y creo que será mejor que se siente. —Ivan llevó a Yenaro y lo empujó con firmeza para que se sentara. Después de un momento de pensarlo un poco, volcó el resto del líquido en una maceta cercana antes de ponerse de pie entre Yenaro y la salida del espacio vacío—. No se trata de una serie de bromas graciosas contra los enviados estúpidos de un enemigo despreciable: no son cosa de risa. Lo están usando como instrumento en un complot de traición contra el Emperador de Cetaganda. Lo van a usar, descartar y silenciar. Ya lo han hecho antes. Su último compañero en el juego fue Ba Lura. Y supongo que ya sabe usted lo que le pasó.

Los pálidos labios de Yenaro se abrieron un poco, pero no fue capaz de articular ni una

palabra. Luego se humedeció la boca y volvió a intentarlo.

—No puede ser. Sería demasiado burdo. Habría sido mediante una guerra provocada entre su clan y los de... y observadores inocentes...

—No. Habría sido con una guerra provocada entre esos clanes y el suyo lord Yenaro. A usted lo designaron como baja en esta lucha. Como asesino, sí, pero no sólo eso: también como un asesino tan incompetente que cae víctima de su propia bomba. Alguien que sigue los pasos de su abuelo... ¿Y quién iba a quedar con vida para negarlo? La confusión no sólo se extiende en la capital, sino también entre su Imperio y Barrayar; mientras tanto, la satrapía de la persona que urdió todo el plan aprovecha para declararse independiente. No, no es tosco en absoluto. Es elegante.

—Lo de Ba Lura fue un suicidio. Me lo dijeron.

—No. Asesinato. Seguridad Imperial Cetagandana está investigando el caso... Y lo va a resolver... Lo va a resolver, pero lamentablemente, no creo que logren completar el rompecabezas a tiempo.

—Ba Lura no cometió traición, eso es imposible... Los genes de los ha...

—A menos que creyera que actuaba con lealtad en una situación deliberadamente ambigua. Todavía tienen mucho de humano, pueden equivocarse.

No. —Yenaro levantó la vista hacia los dos barrayareses—. Tiene que creerme. Personalmente, no me importaría que ustedes dos se cayeran por un acantilado. Pero nunca me empujaría a mí mismo.

—Eso... eso supuse —asintió Miles—. Pero por curiosidad, ¿qué iba a sacar usted de este trato, además de una semana divertida ridiculizando a un par de bárbaros? ¿O fue por amor al arte?

—Me prometió un puesto. —Yenaro bajó la mirada—. Usted no entiende lo que es vivir sin un puesto en la capital. Sin puesto no hay posición. No hay estatus. No se es... nadie. Yo ya estaba cansado de no ser nadie.

—¿Qué Puesto?

—Experto Imperial en Perfumería. —Los ojos negros de Yenaro brillaron levemente—. Sé que no resulta muy impresionante, pero me habría permitido la entrada al Jardín Celestial, tal vez incluso a la presencia imperial. Habría trabajado... entre los mejores del imperio. Los grandes. Y sé que habría sido un excelente perfumista.

A Miles no le costaba mucho entender la ambición aunque adquiriera formas extrañas.

—Entiendo.

Los labios de Yenaro se torcieron en una sonrisa de gratitud. Miles miró su reloj.

—Dios, qué tarde es. Ivan... ¿puedes ocuparte tú de esto?

—Creo que sí.

Miles se levantó.

—Que tenga un buen día, lord Yenaro. Mejor que el que estaba destinado a tener. Tal vez esta tarde haya usado toda la suerte que me correspondía en un año, pero deséeme un poco más. Tengo una cita con el príncipe Slyke.

—Buena suerte —dijo Yenaro, con voz dubitativa.

Miles se detuvo.

—Usted estaba hablando del príncipe Slyke, ¿no es cierto?

—¡No! ¡Yo hablaba del hautgobernador Isum Kety!

Miles se mordió los labios y dejó escapar un siseo agudo entre los dientes. Bueno, no sé si me han jodido o me han salvado. ¿Cuál de las dos cosas?

—¿Fue Kety quien le tendió la trampa... con todo esto?

—Sí...

¿Se las habría ingeniado Kety para enviar a su amigo y primo, el gobernador Slyke, a ver los objetos imperiales al Criadero Estrella? ¿Otro movimiento de distracción? Desde luego. O no. Y bien mirado, ¿no era posible que Slyke hubiera manipulado a Kety para que Kety manipulara a Yenaro? No podía descartarlo. Otra vez en la casilla de salida.

Mierda, mierda, mierda.

Mientras Miles dudaba y analizaba los datos, apareció el oficial de protocolo por la curva del sendero. Su paso apurado se hizo más lento en cuanto descubrió a Miles e Ivan. Una mirada de alivio le cruzó el rostro. Para cuando llegó junto a ellos, proyectaba otra vez el aire de un turista, pero estudió a Yenaro con una mirada tan penetrante como un cuchillo.

—Hola, milores. —El gesto abarcó a los tres.

—Hola, señor —saludó Miles—. ¿Ha mantenido usted una conversación interesante?

—Extraordinaria.

—Ah... No creo que le hayan presentado formalmente a lord Yenaro, señor. Lord Yenaro, le presento al oficial de protocolo de mi embajada, lord Vorreedi.

Los dos hombres intercambiaron gestos de reconocimiento más ceremoniosos. La mano de Yenaro pasó al pecho en una especie de alusión rápida a una reverencia, pero no se levantó.

—¡Qué coincidencia, lord Yenaro! —siguió diciendo Vorreedi—. Precisamente estábamos hablando de usted.

—¿Ah, sí? —preguntó Yenaro, preocupado.

—Ah... —Vorreedi se mordió el labio, pensativo, después pareció llegar a algún tipo de conclusión—. No sé si se da cuenta de que en este momento se encuentra usted en medio de una especie de vendetta, lord Yenaro.

—Yo... ¡no! ¿Qué le hace pensar eso?

—Mmm. En general, los asuntos personales de los ghemlores no son de mi incumbencia, me intereso sólo por los asuntos oficiales. Pero la... suerte... ha puesto en mi camino la oportunidad de hacer una buena acción, lord Yenaro, y no pienso desaprovecharla. Al menos por esta vez. Acabo de charlar con un... ah... caballero que, según me informó, había venido aquí para asegurarse de que usted... y ahora cito textualmente son propias palabras... de que usted no saliera del Salón del jardín de la Luna con vida. Fue un poco vago en cuanto al método que pensaba usar para llevar a cabo esta misión. Lo que me pareció más raro es su identidad: el personaje en cuestión no es un ghem, sino que se gana la vida con su arte, un especialista. No sabía quién le había pagado esta vez: esa información quedó muy lejos, bajo varias capas de intermediarios... ¿Tiene usted alguna idea de quién podría estar interesado en pagar sus servicios?

Yenaro escuchó impresionado, con los labios tensos, pensativo. Miles se preguntó si el hombre estaba sacando las mismas conclusiones que él. Supuso que sí. El hautgobernador, quien quiera que fuese, había enviado refuerzos. Quería asegurarse de que nada fallara. De que Yenaro no sobreviviera a su propia bomba y pudiera acusarlo, por ejemplo.

—Yo... bueno... tengo una idea, sí.

—¿Podría usted compartirla?

Yenaro lo miró, dubitativo.

—No en este momento.

—Como quiera. —Vorreedi se encogió de hombros—. Dejamos al... caballero sentado en un lugar tranquilo. El efecto de la pentarrápida desaparecerá en cuestión de diez minutos. Tiene usted ese tiempo para hacer... lo que considere conveniente.

—Gracias, lord Vorreedi —dijo Yenaro con calma. Levantó la ropa negra que lo rodeaba y se puso de pie. Estaba pálido pero mantenía una serenidad admirable: no temblaba—. Ahora debo dejarles.

—Seguramente ésa es una buena idea —asintió Vorreedi.

—Estaremos en contacto, ¿eh? —dijo Miles.

Yenaro bajó la cabeza en un gesto formal, breve.

—Sí. Usted y yo todavía tenemos un asunto pendiente. —Se alejó mirando a derecha e

izquierda.

Ivan se mordía los dedos. Bueno, mejor eso que soltarle a Vorreedi todo lo que estaba pasando. Eso era lo que más temía Miles.

—¿Era cierto eso, señor? —preguntó Miles al coronel.

—Sí. —Vorreedi se frotó la nariz—. Pero también es cierto que no estoy tan seguro de que no sea de nuestra incumbencia. Lord Yenaro parece muy interesado en usted. Lo vigila. No puedo dejar de preguntarme si existe alguna relación... Revisar la jerarquía de los que pudieron haberle pagado a ese tug sería un proceso tedioso y largo para mi departamento. ¿Y qué encontraríamos al final del hilo? —Vorreedi miró fijamente a Miles—. ¿Hasta qué punto se enfadó usted por la quemadura de la estatua de Marilac, lord Vorkosigan?

—¡No tanto, por Dios! —negó Miles con rapidez—. Por lo menos deme un margen de crédito... aún no he perdido el sentido de la medida. No. Yo no contraté al asesino. —Aunque sin duda había metido a Yenaro en esa situación, al tratar de jugar esos juegucitos mentales con su posible patrón, Kety, el príncipe Slyke o el Rond. Querías una reacción... pues ya la tienes—. Pero... tengo la sensación de que la investigación sí valdrá la pena, aunque suponga dedicarle tiempo y recursos...

—Una sensación, ¿eh?

—Seguramente usted ha confiado en su instinto en más de una ocasión, señor.

—Bueno, yo uso mi instinto. No confío en él. Un oficial de Seglmp tiene que conocer la diferencia.

—Entiendo, señor.

Se levantaron para seguir el recorrido de la exposición. Miles evitó cuidadosamente mirar la marca negra y quemada del suelo cuando pasaron junto a ella. Y cuando se acercaron al extremo oeste de la cúpula, empezó a buscar a su contacto. Ahí estaba, sentada cerca de la fuente, con el ceño fruncido. Pero Miles sabía que ahora nunca conseguiría sacarse a Vorreedi de encima; lo tenía pegado como una lapa, para siempre. De todos modos, lo intentó.

—Discúlpeme, señor. Tengo que darle un mensaje a una dama.

—Iré con usted —dijo Vorreedi, en tono alegre.

Correcto. Miles suspiró y compuso el mensaje mentalmente. La ghemlady, digna y tranquila, levantó la vista cuando él se acercó con compañeros no deseados. Miles se dio cuenta de que no sabía su nombre.

—Discúlpeme, milady. Quería decirle que me es imposible aceptar su invitación de... eh... esta tarde. Por favor, exprese mis más sinceras disculpas a su ama. — ¿Entenderían ella y la haut Rian que eso significaba ¡Anulen la operación, anúlenla!? Tenían que captar el mensaje. Lo deseó con todas sus fuerzas—. Pero si en lugar de lo que habíamos planeado, puede concertar una entrevista con el primo del señor... creo que eso sí sería educativo.

El surco que tenía la mujer en la frente se hizo más profundo. Pero lo único que dijo fue:

—Transmitiré sus palabras a mi señora, lord Vorkosigan.

Miles hizo un gesto de despedida, bendiciéndola por haberle evitado una conversación más larga y compleja. Cuando volvió la vista atrás, ella ya se había puesto de pie y se alejaba rápidamente.

11

Miles aún no había pisado el sagrado recinto de las oficinas de Seglmp en la embajada de Barrayar. Por discreción, se había quedado arriba, en la zona destinada al cuerpo diplomático. Como había supuesto, las oficinas estaban en el segundo sótano, el nivel

más bajo del edificio. Un cabo uniformado lo rastreó con aparatos de seguridad y lo guió hasta la oficina del coronel Vorreedi.

No era tan austera como Miles había esperado: estaba decorada con pequeñas piezas de arte cetagandano; las esculturas que utilizaban energía estaban apagadas. Tal vez algunas eran recuerdos, pero el resto sugería que el oficial de protocolo como lo llamaban oficialmente era un coleccionista de gusto excelente y medios limitados.

El hombre estaba sentado ante una mesa desnuda y utilitaria. Llevaba las habituales túnicas y la malla que correspondían a un ghemlord de rango medio y preferencias dolorosamente sobrias. En una multitud de ghem, Vorreedi pasaría prácticamente desapercibido, aunque detrás de una comuconsola de Seglmp de Barrayar el efecto del conjunto resultaba ligeramente sorprendente.

Miles se humedeció los labios.

—Buenos días, señor. El embajador Vorob'yev me dijo que deseaba usted verme.

—Sí, gracias, lord Vorkosigan. —Vorreedi despidió al cabo con un gesto y el hombre se alejó en silencio. Las puertas se cerraron tras él con un golpe pesado y definitivo—. Por favor, siéntese.

Miles se acomodó en la silla que había ante el escritorio y sonrió; esperaba que la sonrisa hubiera sugerido un gesto de alegre inocencia. Vorreedi lo miraba con atención penetrante, directa, constante. Mala señal. Vorreedi era el segundo a bordo; sólo Vorob'yev lo aventajaba en rango. Como a Vorob'yev, lo habían elegido como jefe en uno de los puestos más conflictivos del cuerpo diplomático de Barrayar. Tal vez se podía contar con que fuera un hombre muy ocupado, pero nunca con que fuera estúpido. Miles se preguntó si las meditaciones del jefe de Seglmp habían sido tan intensas como las suyas la noche anterior. Se preparó para un comienzo al estilo Illyan; por ejemplo: ¿En qué diablos está metido usted, Vorkosigan? ¿Está tratando de provocar una jodida guerra usted solo?

En lugar de eso, el coronel Vorreedi lo favoreció con una mirada pensativa, larga, antes de decir en tono tranquilo:

—Teniente lord Vorkosigan. Por nombramiento, usted es correo oficial de Seglmp.

—Sí, señor, cuando estoy de servicio.

—Interesante raza de hombres, los correos. De absoluta confianza y lealtad. Van de un lado a otro, llevan lo que les piden sin comentarios ni preguntas. Y sin fracasar jamás, a menos que se les cruce la muerte en el camino.

—Generalmente no es tan dramático, señor. Pasamos mucho tiempo en naves de salto. Tenemos mucho tiempo para leer.

—Mmmm. Y excepto en un caso, estos glorificados correos dependen del comodoro Boothe, jefe de Comunicaciones de Seglmp, en Komarr. La excepción es interesante. —La mirada de Vorreedi se intensificó—. Usted aparece en la lista como subordinado de Simon Illyan en persona. Que a su vez depende directamente del emperador Gregor. La única persona que conozco en una cadena de mando tan corta es el jefe de Personal del Servicio Imperial. Una situación reveladora. ¿Cómo la explica usted?

—¿Que cómo la explico yo? —repitió Miles, tratando de ganar tiempo. Pensó en contestar Yo nunca explico nada, pero eso 1) era evidente y 2) claramente no era la respuesta esperada—. Bueno... en ocasiones, el emperador Gregor tiene alguna necesidad que resulta demasiado trivial, o demasiado personal, para confiarla a los militares de carrera. Por ejemplo, digamos que quiere... que le traigan un arbusto ornamental del planeta Pol para el jardín de la Residencia Imperial. Entonces, me mandan a mí.

—Esa es una buena explicación —aceptó Vorreedi sin presionar. Se produjo un corto silencio—. ¿Y podría darme una explicación igualmente satisfactoria para la forma en que ha obtenido usted un trabajo tan agradable?

—Nepotismo, por supuesto. —La sonrisa de Miles se hizo más corta y más amarga—.

Como ya habrá descubierto a simple vista, no soy físicamente apto para el servicio habitual. Crearon el puesto especialmente para mí. Tengo parientes...

—Mmmm. —Vorreedi se sentó y se frotó el mentón. —Digamos —añadió en tono intrascendente— que usted es un agente de operaciones secretas y ha venido en una misión diseñada por Dios (es decir, Simon Illyan, Dios para el personal de Seglmp), en ese caso, debería haber llegado con una orden del tipo Préstesele toda la asistencia necesaria. Con esa orden, un pobre hombre de la oficina local de Seglmp podría saber cuál es su posición con respecto a usted.

Si no controlo a este tipo, me va a encerrar en la embajada por el resto del viaje (podría hacerlo, tiene poder suficiente) y el plan barroco de caos de lord X seguirá adelante sin obstáculos ni problemas.

—Sí, señor. —Miles respiró hondo—. Y todos los que vieran la orden también.

Vorreedi levantó la vista, asustado.

—¿El comando de Seglmp sospecha que hay filtraciones en mis comunicaciones?

—No tengo información al respecto, señor. Supongo que no. Pero como correo inferior... no puedo hacer demasiadas preguntas, ¿comprende?

Vorreedi abrió un poco más los ojos. Entendía la broma. Un hombre sutil, sí.

—He sabido que, desde el mismo instante en que puso un pie en Eta Ceta, lord Vorkosigan, no ha dejado usted de hacer preguntas.

—Una debilidad personal, señor.

—Y... ¿tiene alguna prueba que apoye su explicación de sí mismo?

—Claro. —Miles miró al aire, pensativo, como si estuviera sacando las palabras de la parte más leve de la atmósfera—. Piénselo, señor. A todos los demás oficiales de correo se les implanta alergia a la pentarrápida para que no puedan someterlos a interrogatorios y preguntas ilegales. El precio, claro, es fatal. Debido a mi rango y mis relaciones particulares, se decidió que ese procedimiento era demasiado peligroso para mí. Por lo tanto, sólo pueden destinarme a las misiones de seguridad de nivel más bajo. Nepotismo, ya se lo he dicho.

—Muy... muy convincente.

—Si no fuera convincente, no serviría, señor.

—Cierto. —Otra larga pausa—. ¿Hay alguna otra cosa que quiera usted decirme, teniente?

—Cuando vuelva a Barrayar presentaré un informe completo de mi... mi excursión a Simon Illyan. Me temo que deberá dirigir las preguntas a mi superior. Definitivamente, no está dentro de mis atribuciones tratar de adivinar lo que él quiere que yo le diga.

Ahí estaba... listo. Técnicamente hablando, no había mentido. Ni siquiera por implicación. Sí... claro... Tienes que acordarte de lo que has dicho cuando pasen una transcripción de esta conversación en el consejo de guerra. Pero si Vorreedi decidía que Miles era un agente de operaciones secretas que trabajaba en los niveles más altos, no dejaba de ser cierto. El hecho de que la misión fuera autodesignada y no decidida en un nivel superior era... otro aspecto del problema. Una cosa nada tenía que ver con la otra.

—Podría... podría agregar una observación filosófica...

—Por favor, milord.

—Si se contrata a un genio para resolver un problema imposible, sería una tontería limitarlo con reglas o bien ordenarle que se limite a investigar en el corto espacio de dos semanas de tiempo... Lo lógico es dejar que actúe a su antojo. Si lo que hace falta es alguien que siga las reglas, siempre se puede contratar a un idiota. En realidad, el idiota será mucho más capaz de seguir las reglas que un genio.

Vorreedi tamborileó sobre el escritorio de la comuconsola. Miles tuvo la sensación de que tal vez ese hombre había resuelto uno o dos problemas imposibles en su vida. Vorreedi alzó las cejas.

—¿Usted se considera un genio, lord Vorkosigan? —preguntó con suavidad. Para

Miles aquel tono de voz resultaba casi doloroso: le recordó muchísimo el que empleaba su padre cuando estaba a punto de soltar una de sus trampas verbales.

—Las evaluaciones de mi inteligencia están en mi expediente, señor.

—Ya las he leído. Por eso estamos conversando, lord Vorkosigan. —Vorreedi parpadeó, despacio, como una lagartija—. Entonces, ¿para usted no hay reglas? ¿Ninguna regla?

—Bueno, en realidad existe una: o tienes éxito, o lo pagas con tu cabeza.

—Usted está en su puesto desde hace tres años. Ya veo, lord Vorkosigan... Su cabeza sigue intacta, ¿no es cierto?

—La última vez que la controlé estaba ahí, señor. —Tal vez siga ahí cinco días más, coronel... Después, ya no sé.

—Eso sugiere que tiene usted una autoridad y una autonomía sorprendentes, señor.

—No tengo autoridad. Sólo responsabilidad.

—Ah, ah. —Vorreedi se mordió los labios, cada vez más pensativo—. Tiene usted mis simpatías entonces, señor Vorkosigan.

—Gracias, señor. Lo necesitaré. —En silencio demasiado meditado que siguió, Miles agregó: ¿Sabemos si lord Yenaro sobrevivió a la noche?

—Desapareció, así que suponemos que sí. Lo vieron a la salida del Salón del jardín de la Luna con un rollo de alfombra en el hombro. —Vorreedi miró a Miles con aire interrogativo—. No tengo explicación para lo de la alfombra.

Miles ignoró la indirecta.

—¿Está usted tan seguro de que su desaparición significa que ha salido con vida? ¿Y el hombre que lo seguía?

—Mmm... —Vorreedi sonrió—. Cuando lo dejamos, lo interceptó la Policía Civil de Cetaganda. Todavía lo tienen en custodia.

—¿Y lo hicieron por su propia cuenta?

—Digamos que recibieron una llamada anónima. Me pareció que tenía la obligación moral de ponerlos sobre aviso. Pero debo admitir que los de la Civil respondieron con admirable eficiencia. Yo diría que tienen interés... por alguno de sus trabajos anteriores.

—¿Tuvo tiempo de informar a quien lo contrató?

—No.

Bien: esa mañana lord X estaba en medio de una laguna de información. Miles no creía que eso le resultara cómodo. El complot fracasado de la tarde anterior debía haberlo frustrado. Seguramente no sabía qué había salido mal, no sabía si Yenaro se había enterado del destino que le había deparado, aunque la desaparición del ghemlord era una importante pista al respecto. Ahora, Yenaro era un cabo suelto, lo mismo que Miles e Ivan. ¿Cuál sería el primero en la lista de lord X? ¿Acaso Yenaro buscaría la protección de alguna autoridad, o el rumor de la traición lo asustaría demasiado?

¿Y qué método elegiría lord X para acabar con los enviados de Barrayar? ¿Qué método podía igualar a Yenaro en barroquismo y perfección? Yenaro era una obra maestra en el arte del asesinato, una obra coreografiada en tres movimientos, una obra que iba en crescendo. Ahora que ese esfuerzo se había perdido, seguramente lord X estaría tan enfurecido por el fracaso de su hermoso plan como por el del complot en sí. Miles estaba seguro de eso. Lord X era el tipo de artista que no puede dejar su obra inacabada y sigue agregando toques inteligentes. El tipo de persona que, como un chiquillo al que entregan su primer huerto, se pone a cavar para comprobar si las semillas ya han echado raíces. Miles sintió algo parecido a una corriente de simpatía por su enemigo. Sí, sí, lord X, el hombre que jugaba por grandes sumas y perdía tiempo e inhibiciones con el curso de los días, estaba en situación de cometer un tremendo error.

¿Por qué no estoy tan seguro de eso como de lo demás?

—¿Tiene algo más que agregar, lord Vorkosigan? —preguntó Vorreedi.

—¿Mmmm? No. Estoy... estoy pensando... —Además, sólo lo pondría nervioso,

coronel.

—Como oficial de la embajada responsable de su seguridad personal, le pediría que se abstuviese de relacionarse con un hombre que parece involucrado en una vendetta cetagandana a muerte. Lo digo por usted... y por lord Vorpatril, por supuesto.

—Yenaro ya no me interesa. No le deseo ningún mal. Mi prioridad es identificar al hombre que le proporcionó la escultura.

Las cejas de Vorreedi se elevaron en un gesto de reproche.

—Podría habérmelo dicho antes...

—Siempre se entiende más cuando se contemplan los hechos con cierta perspectiva.

—Eso es cierto —suspiró Vorreedi, con la voz de la experiencia. Se rascó la nariz y volvió a sentarse—. Hay otra razón por la que le pedí que viniera, lord Vorkosigan. El ghemcoronel Benin ha solicitado otra entrevista con usted.

—¿En serio? ¿Igual que la anterior? —Miles mantuvo la firmeza de su voz, lo cual le resultó bastante difícil.

—No del todo. Pidió específicamente la presencia de lord Vorpatril. En estos momentos está en camino. Usted puede negarse, si lo desea.

—No... está... está bien. En realidad, tengo interés en volver a hablar con Benin. ¿Voy a buscar a Ivan, señor? —Miles se puso de pie. Mala idea que los dos sospechosos se consultaran antes del interrogatorio, pero claro, el caso no era de Vorreedi, sino de Benin. Miles se preguntó hasta qué punto habría convencido a Vorreedi de que estaba cumpliendo una misión secreta.

—Adelante —dijo Vorreedi con amabilidad—. Aunque tengo que decirle...

Vorreedi hizo una pausa.

—No veo cómo puede estar involucrado lord Vorpatril. No es correo. Y su expediente es tan claro como el agua...

—Mucha gente se confunde con Ivan, señor... Pero a veces, hasta un genio necesita a alguien que cumpla órdenes.

Miles contuvo su impaciencia mientras se dirigía a las habitaciones de Ivan. El lujo de intimidad que les había proporcionado su rango de funcionarios iba a terminar muy pronto, sospechaba.

Miles. Si Vorreedi no activaba los micrófonos de las habitaciones es que el hombre tenía un control sobrenatural sobre sí mismo o sufría algún tipo de daño cerebral agudo. El oficial de protocolo era del tipo curioso y voraz: deformación profesional.

Ivan abrió la puerta.

—Entra —dijo con voz muy lenta, una voz que la impaciente llamada de Miles no conmovió en absoluto.

Miles descubrió a su primo sentado en la cama, a medio vestir con unos pantalones verdes y camisa color crema, hojeando distraídamente una pila de papeles de colores manuscritos. No parecía especialmente satisfecho.

—Ivan. Levántate. Vístete. Vamos a entrevistarnos con el coronel Vorreedi y el ghemcoronel Benin.

—¡Confesión, por fin! ¡Gracias a Dios! —Ivan tiró los papeles al aire y se dejó caer sobre la cama con un suspiro de alivio.

—No. No exactamente. Pero necesito que me dejes hablar a mí y que confirmes mis palabras.

—Mierda. —Ivan frunció el ceño y miró el techo—. ¿Qué pasa ahora?

—Seguramente, Benin ha investigado los movimientos que realizó Ba Lura el día anterior a su muerte. Supongo que ya estará al corriente de nuestro pequeño encuentro en el vehivaina. No quiero joderle la investigación. En realidad, me gustaría ayudarle, por lo menos en lo referente a la identificación del asesino o asesina. Así que pienso darle tantos hechos reales como sea posible.

—Hechos reales. ¿Qué quieres decir? ¿Reales, opuestos a qué otra clase de hechos?

—No podemos decir absolutamente nada que tenga que ver con la Gran Llave o la haut Rian. Supongo que podemos soltar el resto de la información, pero no mencionemos ese pequeño detalle en ningún momento.

—¿Supones...? Por lo visto estás usando una matemática muy distinta de la que usa el resto del universo. ¿Te das cuenta de lo furiosos que se pondrán Vorreedi y el embajador cuando averigüen que les ocultamos ese pequeño incidente?

—Tengo a Vorreedi bajo control; al menos por el momento. Cree que estoy bajo las órdenes de Simon Illyan.

—Cree... quiere decir que no es cierto. ¡Lo sabía, lo sabía! —gruñó Ivan, se puso una almohada sobre la cara y la apretó fuertemente con las manos.

Miles se la arrebató de un tirón.

—Ahora tengo una misión. La tendría si Illyan estuviera al corriente de todo. Coge el destructor nervioso. Pero no lo saques a menos que yo te lo diga.

—No pienso disparar a tu superior.

—No vas a dispararle a nadie. Y además, Vorreedi no es mi superior. —Ese sería un punto legal importante cuando llegara el momento—. Tal vez lo necesite como prueba. Pero no a menos que surja el tema en la conversación. No vamos a dar información voluntariamente.

—¡Claro, claro, el truco es no dar información voluntariamente... eso jamás! ¡Por fin lo entiendes, primito!

—Cállate y vístete. —Miles le tiró el uniforme de fajina—. ¡Esto es importante! Pero tienes que estar sereno. Muy sereno. Tal vez me estoy preocupando sin motivo. A lo mejor no hay razón para tener miedo.

—No lo creo. Me parece que, en tu caso, el pánico llega demasiado tarde... En realidad, si esperaras un poco más, el miedo te llegaría posmortem... Yo ya hace días que estoy aterrizado.

Miles le tiró las botas bajas con un gesto terminante. Ivan meneó la cabeza, se sentó y empezó a ponérselas.

—¿Te acuerdas aquella vez en el jardín de la Casa Vorkosigan —suspiró— cuando te pusiste a leer todas esas historias militares sobre los campos de prisioneros de Cetaganda durante la invasión y decidiste que teníamos que cavar un túnel de escape? Pero claro: tú te encargaste del diseño; en cambio yo y Elena tuvimos que cavarlo...

—Teníamos ocho años —objetó Miles, a la defensiva—. En aquella época estaba sometiéndome a un tratamiento médico para los huesos. Me encontraba bastante mal.

—¿... te acuerdas de que se me derrumbó el túnel en la cabeza? —siguió diciendo Ivan con la voz perdida en el recuerdo—. ¿Y que me quedé sepultado durante horas...?

—No fueron horas. Sólo unos cuantos minutos. El sargento Bothari te sacó enseguida.

—A mí me parecieron horas. Todavía siento el gusto de la tierra en la boca. También se me metía por la nariz. —Ivan se la frotó al recordarlo—. Mamá todavía estaría en pleno ataque de nervios si tía Cordelia no se hubiera sentado con ella.

—Éramos niños... unos niños estúpidos. ¿Qué tiene que ver eso con lo que está pasando ahora?

—Nada. Nada. No sé por qué me he despertado con ese recuerdo. —Ivan se puso de pie y se ajustó la guerrera—. Nunca creí que pudiera echar de menos al sargento Bothari, pero me parece que en este momento desearía que estuviera conmigo. ¿Quién me va a sacar del túnel esta vez?

Miles tuvo ganas de ladrarle, pero en lugar de eso se puso a temblar. Yo también echo de menos a Bothari. Casi había olvidado cuánto lo echaba de menos hasta que las palabras de Ivan despertaron el dolor de antiguas cicatrices, ese pequeño espacio secreto de angustia que nunca se agotaba. Errores fundamentales... Mierda, un hombre que camina sobre la cuerda floja no necesita que alguien le grite desde abajo lo lejos que está del suelo o lo precario que es su equilibrio en un momento dado. Eso él lo sabía a la

perfección: lo que necesitaba era olvidarlo. En esa situación de inercia y velocidad, cualquier pérdida de concentración o de confianza en sí mismo, aunque fuera mínima, podía resultar fatal.

—Hazme un favor, Ivan. No trates de pensar. Sería peor para ti. Sigue mis órdenes. Con eso basta.

Ivan mostró los dientes sin sonreír y lo siguió hacia el pasillo.

Se encontraron con el ghemicoronel Benin en la misma habitación que la vez anterior, pero en esta ocasión Vorreedi prefirió oficiar personalmente de guardia. Cuando entraron Miles e Ivan, los dos coroneles estaban ultimando los saludos de rigor y se estaban sentando. Miles esperaba que eso significara que no habían tenido tiempo de comparar notas, por lo menos no más tiempo que él e Ivan. Benin llevaba su habitual uniforme rojo, con la terrible pintura facial renovada y perfecta, recién aplicada. Para cuando terminaron de saludarse amablemente y todo el mundo volvió a sentarse, Miles tenía el aliento y el corazón bajo control. Ivan disimuló sus nervios bajo una expresión de benevolencia ausente que, según Miles, le daba aspecto de idiota.

—Lord Vorkosigan —empezó diciendo el ghemcoronel Benin—. Entiendo que usted es oficial correo.

—Cuando estoy de servicio. —Miles decidió repetir la línea oficial para beneficio de Benin—. Es una tarea honorable que no me exige demasiado desde el punto de vista físico.

—¿Y le gusta su trabajo?

Miles se encogió de hombros.

—Me gusta viajar. Y... bueno... me permite pasar mucho tiempo en el extranjero, lo cual es una ventaja... relativamente. Ya conoce usted la reaccionaria actitud de los barrayareses hacia los mutantes... —Miles pensó en el deseo de Yenaro: tener un puesto en la capital—. Por otra parte, me da una posición oficial, me transforma en alguien.

—Eso sí que lo entiendo —aceptó Benin.

—Sí, claro, estaba seguro de que lo entendería usted, ghemcoronel...

—¿Pero ahora no está de servicio?

—No en este viaje. Nos dijeron que dedicáramos nuestro tiempo a tareas diplomáticas y que, de paso, adquiriéramos un poquito de mundo...

—Lord Vorpatril es oficial de operaciones, ¿verdad?

—Trabajo de oficina —suspiró Ivan—. Sigo esperando un destino en una nave.

No es cierto, pensó Miles. A Ivan le encantaba el cuartel general de la capital, donde podía tener su propio apartamento y una vida social que era la envidia de los demás oficiales. Lo que sí hubiera querido es que alguien destinara a su madre, lady Vorpatril, a una nave. A ser posible, a una nave que la llevara muy lejos...

—Mmm. —Las manos de Benin se retorcieron como si estuvieran mezclando pilas de hojas de plástico. Respiró hondo y miró a Miles directamente a los ojos—. Entonces, lord Vorkosigan... ¿la rotonda del funeral no fue el primer lugar donde vio usted a Ba Lura?

Benin estaba intentando un disparo directo para poner nerviosa a su presa.

—Así es —contestó Miles, con una sonrisa.

Benin esperaba que lo desmintiera y ya tenía la boca abierta para el siguiente ataque, seguramente la presentación de alguna evidencia oral que pondría al barrayarés a la defensiva. Tuvo que cerrarla de nuevo y pensar un poco.

—Si... si usted deseaba que fuera un secreto, ¿por qué me dijo que buscara en el lugar donde sabía que iba a encontrar sus huellas? Y... —El tono se llenó de curiosidad insatisfecha e irritación—. Y si no quería que fuera un secreto, ¿por qué no me lo dijo directamente?

—Fue una manera de probar sus habilidades, lord Benin. Quería saber si valdría la pena convencerlo de que compartiera sus resultados conmigo. Créame, mi primer encuentro con Ba Lura es tan misterioso para mí como para usted.

Incluso debajo de la pintura, la mirada de Benin hizo que Miles pensara inmediatamente en la que le dedicaban con frecuencia sus superiores barrayareses. La Mirada. Era extraño y retorcido, pero de alguna manera lo tranquilizó. La sonrisa que había en su cara se tiñó de alegría.

—Y... ¿cómo conoció a Ba Lura? —dijo Benin.

—¿Qué sabe usted? —le contestó Miles. Sabía que Benin no se lo contaría todo. Tenía que guardarse algo para comprobar la historia del enviado de Barrayar. Pero eso le parecía bien, porque Miles se proponía contar la verdad, casi toda la verdad...

—Ba Lura estaba en la estación de transferencia el día que usted llegó. Salió de la estación por lo menos dos veces. Una vez desde un compartimiento de embarque donde se desactivaron los monitores durante cuarenta minutos, período en el que no hubo nadie controlándolos. El compartimiento y el período coinciden con su llegada, lord Vorkosigan.

—Nuestra primera llegada, quiere usted decir.

—...Sí...

Vorreedi abría unos ojos como platos mientras se le afinaban los labios. Miles lo ignoró, aunque la mirada de Ivan cambió de foco con cautela y pasó revista a la cara del comandante.

—¿Desactivados? No. Los habían arrancado de la pared, ghemcoronel. Pero dígame, el encuentro en el compartimiento, ¿fue la primera vez que Ba Lura salió de la estación? ¿O la segunda?

—Segunda —dijo Benin, con una intensa mirada.

—¿Puede probarlo?

—Sí.

—Bien. Tal vez eso sea muy importante.

—Ja, Benin no era el único que podía dar vueltas para comprobar la veracidad de la información. Hasta el momento, el ghemcomandante no le había mentado. Miles no sabía la razón, pero no importaba mucho. Vueltas y más vueltas—. Bueno, ésta es nuestra versión...

En tono inexpresivo, con muchos detalles físicos que corroboraban la historia, Miles describió el confuso encuentro con Ba Lura. Sólo silenció el momento en que había visto la mano de Ba Lura en su bolsillo al principio del encuentro. Llevó los hechos hasta el momento de la heroica pelea de Ivan y su recuperación del destructor nervioso y en ese punto dejó todo en manos de Ivan. Ivan lo miró furioso pero retomó el relato en el mismo tono y ofreció una descripción clara y concisa de la retirada de Ba Lura.

Como Vorreedi no llevaba maquillaje facial, Miles vio cómo su expresión se oscurecía lentamente. El hombre ejercía un férreo control sobre sí mismo, así que no se ruborizó ni nada por el estilo, pero Miles hubiera apostado cualquier cosa a que el salto de presión sanguínea del coronel en ese momento habría hecho sonar la alarma de cualquier monitor médico.

—¿Y por qué no me informó en nuestra primera entrevista, lord Vorkosigan? —preguntó Benin de nuevo, después de una larga pausa, como para asimilar los datos.

—Yo podría hacerle a usted la misma pregunta, teniente —intervino Vorreedi en una voz levemente tensa por debajo de una superficie suave y tranquila.

Benin le dirigió una mirada y levantó una ceja. El maquillaje quedó casi en peligro.

Teniente, no milord. Miles captó aquel detalle.

—El piloto del vehivaina redactó un informe para el capitán, quien seguramente lo pasó a su superior. —Es decir, a Illyan; en realidad, si navegaba por canales normales, el informe estaría llegando al escritorio de Illyan en ese mismo instante. Tres días más y aparecería un interrogatorio de emergencia en el escritorio de Vorreedi, seis más para contestar y seguir adelante con la conversación. Así que todo habría terminado antes de que Illyan pudiera mover un dedo—. Sin embargo, con mi autoridad de enviado superior, suprimí el incidente por razones diplomáticas. Nos enviaron con instrucciones específicas:

no llamar la atención y comportarnos con la máxima cortesía. Para mi gobierno, esta ocasión solemne es una importante oportunidad para transmitir el mensaje de que nos sentiríamos satisfechos si se estrecharan los lazos entre los dos imperios. No me pareció conveniente empezar la visita con acusaciones de un ataque armado sin motivo perpetrado por un esclavo imperial contra los representantes especiales de Barrayar.

La amenaza era obvia: a pesar del maquillaje, Miles se daba cuenta de que el ghemcoronel la había captado. Y Vorreedi lo estaba pensando.

—¿Puede usted... probar sus palabras, lord Vorkosigan? —preguntó Benin con cautela.

—¿Tenemos todavía el destructor nervioso, Ivan? —Miles hizo un gesto hacia su primo.

Ivan sacó el arma del bolsillo y la colocó sobre la mesa despacio, con cuidado, tocándola apenas con las yemas de los dedos. Después, volvió a poner las manos sobre las piernas. Evitó la mirada furiosa de Vorreedi. El coronel y Benin alargaron la mano hacia el destructor al mismo tiempo y se detuvieron, con el ceño fruncido y una mirada desafiante.

—Disculpe usted —dijo Yorreedi—. No lo había visto antes.

—¿En serio? —preguntó Benin. El tono implicaba: Que extraordinario—. Adelante. — La mano cayó a su lado con amabilidad.

Vorreedi levantó el arma y la examinó con cuidado: entre otras cosas, se fijó que el dispositivo de seguridad estaba puesto antes de entregarla con gesto amable a Benin.

—Le devuelvo el arma con sumo gusto, ghemcoronel —siguió diciendo Miles—, a cambio de la información que usted pueda deducir de ella. Si al final resulta proceder del Jardín Celestial, no sería de gran ayuda, pero si Ba Lura la consiguió en su viaje... tal vez eso nos revele mucho. Usted puede investigar algo así mucho más que yo. —Miles hizo una pausa y agregó: ¿A quién visitó Ba Lura cuando abandonó la estación por primera vez?

Benin levantó la vista, que tenía fija en el destructor nervioso. —Fue a una nave anclada fuera de la estación.

—¿Podría ser más concreto?

—No.

—Discúlpeme. Me gustaría volver a formular la pregunta. ¿Podría usted ser más concreto si quisiera?

Benin dejó el destructor sobre la mesa y se reclinó; aunque resultara imposible de creer, su expresión de interés y atención se intensificó. Se quedó callado durante un largo instante, mirando a Miles; después contestó:

—No, desgraciadamente, no.

Mierda. Las tres naves de hautgobernadores ancladas fuera de la estación de transferencia eran las de Isum Kety, Slyke Giaja y Este Rond. Ése podría haber sido el final de la triangulación, pero Benin no tenía el dato. Todavía.

—Me interesaría particularmente entender la forma en que control de tránsito o lo que se hizo pasar por control de tránsito nos dirigió al compartimiento erróneo... al compartimiento en el que atracamos en primer lugar.

—¿Por qué entró Ba Lura en su vehivaina? ¿Cómo lo explica usted? —preguntó Benin a su vez.

—Fue un encuentro muy confuso, ghemcoronel. No podemos descartar que se tratara de un accidente. Al contrario, si el encuentro fue intencional, no hay duda de que algo les salió muy mal.

Chúpate ésa, decía la cara silenciosa de Ivan. Miles lo ignoró.

—De todos modos, ghemcoronel, espero que esto lo ayude a organizar sus investigaciones —siguió diciendo Miles en tono terminante. Seguramente Benin estaba impaciente por correr tras su nueva pista: el destructor nervioso.

Benin no se movió.

—¿Y qué fue lo que realmente discutieron usted y la haut Rian, lord Vorkosigan?

—Si desea usted una respuesta, tendrá que formularle la pregunta a la haut Rian, ghemcoronel. Ella es tan cetagandana como el departamento que usted dirige. — Lástima—. Pero a mi entender, el dolor de la haut Rian por la muerte de Ba Lura es bastante auténtico.

Benin parpadeó una vez.

—No entiendo cómo puede usted juzgar la profundidad de su sufrimiento... ¿La ha visto usted muchas veces?

—Es una deducción... —Y si no terminaba con todo eso en ese mismo instante, metería la pata tan hasta el fondo que iban a necesitar una grúa para sacarla. A Vorreedi tenía que tratarlo con la mayor delicadeza; pero a Benin, no...—. Todo esto es fascinante, ghemcoronel, pero por desgracia esta mañana no dispongo de mucho tiempo. Sin embargo, si llega a descubrir de dónde procede el destructor nervioso y adónde fue Ba Lura, le agradecería profundamente la oportunidad de seguir con esta conversación. —Se sentó, cruzó los brazos y le ofreció una cordial sonrisa.

Lo que debería haber hecho Vorreedi era anunciar en voz bien alta que tenían todo el tiempo del mundo y dejar que Benin se ocupara de todo. Eso habría hecho Miles en su lugar. Pero no cabía duda de que Vorreedi estaba impaciente por hablar con Miles a solas, y en lugar de permitir una conversación más larga, se levantó para señalar el final de la entrevista. Benin, huésped de la embajada en territorio ajeno, accedió con gesto amargo —no era su modo normal de proceder, de eso Miles estaba seguro— y se levantó sin comentarios.

—Tenemos una conversación pendiente, lord Vorkosigan. Esto no se termina aquí. Se lo aseguro —afirmó en tono oscuro.

—Eso espero, señor. Eli,... ¿ha seguido usted mi consejo? ¿Sobre bloqueo de interferencias?

Benin hizo una pausa, con una expresión que de pronto se había vuelto un poco abstracta.

—Sí, sí.

—¿Y cómo le fue?

—Mejor de lo que esperaba.

—Me alegre.

A Miles le pareció que la despedida de Benin, casi un saludo militar, era evidentemente irónica pero no del todo hostil.

Vorreedi escoltó a su invitado hasta la puerta, pero lo entregó al guardia y volvió a la pequeña habitación antes de que Miles e Ivan tuvieran tiempo de escapar.

El coronel miró a Miles a los ojos, y éste lamentó que su inmunidad diplomática no incluyera también al oficial de protocolo. ¿Pensaba Vorreedi separarlo de Ivan y conseguir la información por su primo? Ivan estaba practicando el arte de la invisibilidad, deporte para el que le sobraba habilidad, por cierto.

—En caso de que no se haya dado cuenta, teniente Vorkosigan, yo no soy un hongo —dijo en tono firme y peligroso.

Un hongo: algo que crece en la oscuridad y se alimenta con información podrida, claro. Miles contuvo un suspiro.

—Señor, diríjase a mi comandante. —Es decir, Illyan, quien también era el superior de Vorreedi—. Si él le da vía libre, soy todo suyo. Hasta entonces, lo mejor será seguir adelante como hasta ahora.

—¿Confiado en su instinto? —citó Vorreedi con sequedad.

—Todavía no dispongo de conclusiones que pueda compartir con usted, señor.

—Y su instinto... ¿sugiere alguna conexión entre Ba Lura y lord Yenaro?

Vorreedi también tenía instinto, sí. Sin ese don no habría llegado a ocupar su puesto...

—¿Además del hecho de que los dos tuvieron un encuentro conmigo? No... ninguna

sugerencia en la que se pueda... confiar. Estoy buscando pruebas. Cuando las tenga... bueno, habré llegado a alguna parte.

—¿Adónde exactamente?

Creo que si las cosas siguen así, voy a estar metido en el secreto más grande que usted haya imaginado.

—Cuando llegue lo sabré, señor.

—Nosotros dos también tenemos una conversación pendiente, lord Vorkosigan. Puede contar con ella. —Vorreedí le dedicó un gesto seco con la cabeza y salió bruscamente. Sin duda iba a contarle las nuevas complicaciones de su vida al embajador Vorob'yev.

En medio del profundo silencio que se apoderó de la habitación, Miles dijo en voz baja:

—Ha salido bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

Ivan esbozó una mueca despreciativa.

Subieron en silencio a la habitación de Ivan, donde encontraron otro montón de papeles de colores sobre el escritorio. Ivan los miró uno por uno. Ignoraba abiertamente a Miles.

—Tengo que ponerme en contacto con Rian —dijo Miles por fin—. No puedo esperar, no es posible. Se nos está acabando el tiempo.

—No quiero seguir mezclado en todo esto —dijo Ivan con voz distante.

—Es demasiado tarde para eso, Ivan.

—Sí, lo sé. —La mano de Ivan hizo una pausa—. Ejem... Eso ha llegado ahora. Y tiene tu nombre también.

—¿Es de lady Benello? Lamento decir que Vorreedí la va a poner fuera de nuestro alcance por lo de Yenaro.

—No. No es Benello. No conozco este nombre.

Miles se lanzó sobre el papel y lo abrió.

—Lady d'Har. Fiesta de jardín. ¿Qué cultivará esta señora en su jardín? ¿Podría ser un nombre con doble sentido? ¿Una referencia al jardín Celestial? Mmm... Tal vez sea mi contacto. Dios, odio estar a merced de la haut Rian... No puedo dar ni un paso sin que ella me controle. Bueno, de todos modos, acéptalo por si acaso.

—No es mi primera opción para esta tarde —objetó Ivan.

—¿He dicho algo sobre opciones? Es una oportunidad, no podemos dejarla escapar. —Y agregó con rapidez-: Además, si sigues dejando tus muestras genéticas por toda la ciudad, tu progenie acabará apareciendo en el próximo concurso genético. Arbustos Ivan.

Ivan tembló de arriba a abajo.

—¿Tú crees que...? ¿Será por eso...? ¿Podrían hacer eso?

—Claro. Cuando te vayas, pueden recrear las partes de tu cuerpo que les interesen y hacerlas funcionar cuando quieran, en la escala que prefieran... un buen recuerdo. Y tú que pensabas que el árbol de gatitos era obsceno.

—Esto es mucho peor que la obscenidad, más amplio... —afirmó Ivan con dignidad injuriada. Se le cortó la voz—. ¿De verdad crees que pueden hacer eso?

—No hay pasión menos ética que la de un artista cetagandano en busca de nuevos materiales —afirmó Miles. Y agregó—: Vamos a la fiesta de jardín. Estoy seguro de que es mi contacto con Rian.

—Fiesta de jardín —aceptó Ivan con un suspiro. Se quedó mirando el vacío con los ojos muy abiertos. Tras un instante, comentó en tono indiferente-: Es una lástima que ella no pueda sacar el banco genético de esa nave. Así nuestro enemigo tendría la llave pero no el cofre del tesoro. Y eso sí que lo destruiría...

Miles se sentó lentamente en la silla del escritorio de Ivan. Cuando consiguió recuperar el aliento, susurró:

—Ivan, eso es... magnífico, genial. ¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?

Ivan lo pensó un poco.

—¿Porque no es un final que te permita aparecer como el único héroe a los ojos de la

haut Rian?

Intercambiaron miradas agresivas. Por una vez, Miles fue el primero en desviar los ojos.

—Sólo era una pregunta retórica —dijo, tenso. Pero no lo dijo en voz muy alta.

12

Lo de "fiesta de jardín" no era del todo adecuado, decidió Miles. Miró más allá del embajador Vorob'yev y de Ivan cuando los tres salieron del tubo elevador con los oídos tapados hacia el aire libre en el último piso del edificio. Un leve brillo dorado en el aire marcaba la presencia de una pantalla de fuerza liviana, que protegía a los invitados de las molestias del viento, la lluvia o el polvo. Allí, en el centro de la capital, el crepúsculo era brillante y plateado porque el edificio, de medio kilómetro de alto, daba a los anillos verdes de parque que rodeaban el jardín Celestial.

Parterres de flores y árboles enanos, fuentes, arroyos, senderos y puentes de jade convertían el techo en un laberinto descendente en el mejor estilo cetagandano. Cada recodo de los caminos revelaba y enmarcaba una imagen bella y distinta de la enorme ciudad que se extendía hasta el horizonte, pero las mejores eran las que abarcaban el gran huevo brillante de ave fénix del emperador en el corazón de sus dominios. El vestíbulo del tubo elevador, que se abría sobre el panorama, tenía un techo de enredaderas y el suelo adornado con un elaborado arreglo de piedras de colores: lapolíazuli, malaquita, jade verde y blanco, cuarzo rosado y minerales que Miles no conocía ni de nombre.

El oficial de protocolo les había indicado que se pusieran el uniforme de gala negro, aunque Miles hubiera supuesto que el verde de fajina era el correcto. Pero nadie podía ser demasiado formal en ese lugar. Los anfitriones permitieron subir al embajador Vorob'yev como escolta de los invitados, pero todos los demás tuvieron que quedarse abajo, incluyendo a Vorreedi. Ivan miró a su alrededor y aferró su invitación.

Lady d'Har, la anfitriona, estaba de pie en medio del vestíbulo. Aparentemente el interior de su casa contaba como una burbuja, porque estaba dando la bienvenida a sus invitados en persona. A pesar de su edad —era bastante mayor—, su hautbelleza hubiera deslumbrado a cualquiera. Se había puesto una docena de túnicas de un blanco cegador que le bajaban por el cuerpo hasta el suelo. El abundante cabello plateado se arrastraba tras ella. Su esposo, el ghemalmirante Har, cuya imponente presencia habría dominado cualquier otra habitación, parecía casi invisible a su lado.

El ghemalmirante Har comandaba la mitad de la flota cetagandana y su llegada a las ceremonias finales por la muerte de la emperatriz, retrasada por cuestiones de trabajo, era la razón de esa fiesta de bienvenida. Llevaba su uniforme rojo sangre, que podría haber adornado con suficientes condecoraciones como para hacerlo naufragar si cruzaba un río. En lugar de eso, había preferido ser el mejor: lo único que lucía en el pecho era la cinta y la medalla de la Orden del Mérito, un mérito aparentemente simple y poco grandilocuente. Sin las demás baratijas del éxito, nadie podía evitar la imagen de esa medalla. Ni evitar ni igualar. Era un honor muy poco frecuente que entregaba el Emperador en persona. Había muy pocos premios superiores a ése en el Imperio de Cetaganda. La hautlady que tenía a su lado podía considerarse uno de ellos. Miles supuso que el lord también la habría colocado sobre su túnica si hubiera podido, a pesar de que se la había ganado hacía ya cuarenta años. El maquillaje del ghemclan Har tenía colores como el anaranjado o el verde; los dibujos no eran muy definidos y se cruzaban con las arrugas de la edad sobre la cara del almirante, en un contraste francamente desagradable con el rojo del uniforme.

Hasta el embajador Vorob'yev se sentía cohibido en presencia del ghemalmirante Har.

Miles se dio cuenta por la extrema formalidad de los saludos que le dispensó. Har se mostró amable, pero saltaba a la vista que estaba sorprendido: ¿Por qué están estos extranjeros en mi jardín? Sin embargo, se limitó a hacer un gesto a lady Har, quien recibió la invitación del aliviado Ivan con un pequeño gesto y les dio las indicaciones necesarias para llegar al sitio alto y dorado donde se servía la comida y la bebida. La edad había suavizado su voz.

El embajador y los dos enviados pasearon por el jardín. Cuando se recuperó de la impresión que le había causado lady d'Har, Ivan empezó a buscar con la vista a las ghemujeres que conocía, pero fue en vano.

—Este lugar está lleno de viejos carcamales —le susurró a Miles, decepcionado—. Seguramente cuando hemos entrado nosotros, la edad promedio ha bajado de noventa a ochenta y nueve años.

—Ochenta y nueve y medio, diría yo —susurró Miles.

El embajador Vorob'yev se puso un dedo sobre los labios, pero su mirada reveló que el comentario le había parecido gracioso.

Sí. Ése era el lugar donde pasaban las cosas; en comparación Yenaro y su círculo de amistades eran insignificantes, mezquinos y marginales: estaban excluidos por edad, por rango, por riqueza, por... todo. En el jardín había una media docena de burbujas de hautladies que brillaban como antorchas pálidas. Miles no había visto nada igual en ningún sitio que no fuera el Jardín Celestial. Al parecer, lady d'Har mantenía contactos con sus hautparientes o exparientes. ¿Rian está aquí? Miles rezó por verla.

—Ojalá hubiera podido traer a Maz —suspiró Vórob'yev con pena—. ¿Cómo consiguió usted esto, lord Ivan?

—Yo no fui —contestó Ivan. Señaló con el pulgar hacia Miles.

Vorob'yev alzó las cejas con sorpresa.

Miles se encogió de hombros.

—Me dijeron que estudiara a la jerarquía. Y aquí está el poder, ¿no es cierto? —En realidad, ya no estaba tan seguro.

¿Dónde estaba el poder en esa enigmática sociedad? Lo tenían los ghemlores, habría dicho él hacía un tiempo y no habría dudado ni un segundo: el poder es de quien controla las armas, lo controla la amenaza de violencia. O los hautlores, que dominaban a los ghem aunque fuera tangencialmente. Desde luego, no lo ostentaban las hautmujeres, tan recluidas y remotas. ¿Acaso el conocimiento de ellas era un tipo de poder? Un poder muy frágil. ¿Poder frágil? ¿No sería eso un oxímoron? El Criadero Estrella existía desde tiempos anteriores a la protección del Emperador; el emperador existía porque lo servían los ghemlores. Sin embargo, las hautmujeres habían creado al Emperador... habían creado a los haut... habían creado a los ghem también. Poder para crear... poder para destruir... Miles parpadeó, confundido y mordisqueó un canapé que tenía la forma de un diminuto cisne; le arrancó la cabeza primero. Las alas eran de harina de arroz, a juzgar por el sabor, y el cuerpo, una pasta de proteínas muy condimentada. ¿Carne de cisne artificial?

El grupo barrayerés se sirvió unas bebidas y empezó un circuito lento de los senderos del jardín, una comparación de los distintos paisajes de la ciudad. También recogieron miradas asombradas de los ghem y haut ancianos que los observaban; pero nadie se acercó a ellos para presentarse, hacer preguntas o entablar una conversación. Por el momento, hasta Vorob'yev se limitaba a mirar, pensaba Miles, pero seguramente no desperdiciaría las oportunidades de la velada para hacer algún contacto. Miles no estaba muy seguro de cómo iba a sacarse de encima al embajador cuando apareciera su contacto. Suponiendo que ése fuera el lugar del encuentro con quien fuera y que la idea de la velada como punto de reunión no fuera el resultado de su imaginación desbocada.

O el lugar del siguiente intento de asesinato. Doblaron un sendero que rodeaba un parterre y vieron a una mujer en ropa hautblanca pero sin burbuja, de pie, admirando la

ciudad. Miles la reconoció por la gruesa trenza color chocolate que le caía sobre la espalda hasta los tobillos, la reconoció a pesar de que ella le daba la espalda. La haut Vio d'Chilian. Entonces, ¿el ghemgeneral Chilian estaba allí? ¿Y Kety?

Ivan contuvo el aliento. Claro. Sin contar a la anciana anfitriona, ésa era la primera vez que su primo veía a una hautmujer fuera de la burbuja y al pobre le faltaba la... la inoculación del suero de haut Rian. Miles descubrió que era capaz de mirar a la haut Vio sin un temblor. ¿Acaso las hautmujeres eran una enfermedad que sólo se padecía una vez, como el legendario sarampión? ¿Una dolencia que dejaba al paciente inmunizado? Si salía con vida, claro, aunque fuera con cicatrices...

—¿Quién es ella? —susurró Ivan, hechizado.

—La hautesposa del ghemgeneral Chillan —murmuró Vorob'yev al oído de lord Vorpatril—. El ghemgeneral tiene mucho poder: si quiere, puede pedirme su hígado frito para desayunar, lord Vorpatril. Y yo se lo mandaré en persona. Las ghempladies solteras y libres pueden distraerse como prefieran, pero las haut casadas están estrictamente fuera de los límites. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —dijo Ivan, en voz baja.

La haut Vio contemplaba la gran cúpula del jardín Celestial, que brillaba, opaca, al otro lado. Parecía hipnotizada. ¿Echaba de menos su anterior vida?, se preguntó Miles. Había pasado años exiliada en las tierras de Sigma Ceta con su ghemesposo. ¿Qué sentía ahora? ¿Felicidad? ¿Nostalgia?

Seguramente algún movimiento de los barayareses llamó la atención de la mujer, porque volvió la cabeza hacia ellos. Durante un segundo, un segundo apenas, los sorprendentes ojos color canela adquirieron la tonalidad metálica del cobre en una expresión de rabia tan absoluta que el estómago de Miles se cerró en un puño. Después el rostro se sumió súbitamente en un hautismo tan suave y vacío como la inexistente burbuja, e igualmente poderoso y agresivo; la emoción abierta desapareció con tanta rapidez que Miles ni siquiera supo si los otros dos hombres la habían percibido. Pero la mirada de furia no había sido para ellos; estaba en la cara antes de que ella se volviera, antes de que pudiera identificar a los barayareses, vestidos de negro, entre las sombras.

Ivan abrió la boca. Por favor, no, no, pensó Miles, pero Ivan tenía que intentarlo.

—Buenas noches, milady. Bonita vista, ¿verdad?

Ella dudó un momento muy largo —Miles se la imaginó en un gesto de huida—, pero después contestó en una voz grave, perfectamente modulada:

—No hay nada comparable en todo el universo.

Ivan, alentado, sonrió y se aproximó.

—Permítame presentarme. Soy lord Ivan Vorpatril, de Barayar... Y... él... es el embajador Vorob'yev, y él, mi primo, lord Miles Vorkosigan. Hijo de... ya sabe...

Miles hizo una mueca y se encogió. Contemplar el tartamudeo de Ivan en un momento de pánico sexual hubiera sido divertido en otras circunstancias, pero en ésas era tan terriblemente embarazoso que ya no le resultaba gracioso. Le recordaba demasiado a... sí mismo. ¿Fui tan estúpido la primera vez que vi a Rian? Le daba miedo pensar en la respuesta: seguramente era un sí.

—Sí —dijo la haut Vio—. Lo sé. —Miles había visto a alguna gente hablando a las plantas con más amabilidad...

Basta, Ivan, deseó Miles en silencio. El marido de esta mujer es el primer oficial del hombre que tal vez trató de matarnos ayer, ¿recuerdas? A menos que lord X fuera el príncipe Slyke después de todo... o el haut Rond o... Miles apretó los dientes.

Pero antes de que Ivan pudiera hundirse todavía más en sus palabras, apareció por el sendero un hombre ataviado con el uniforme militar cetagandano. El maquillaje facial acentuaba los rasgos marcándole el ceño fruncido. El ghemgeneral Chilian. Miles se quedó frío, pasó la mano por el brazo de Ivan y lo apretó con fuerza como advertencia.

La mirada de Chillan se deslizó un momento sobre los barayareses con un gesto de

sospecha.

—Haut Vio —se dirigió a su esposa—. Acompáñame, por favor.

—Sí, milord —dijo ella, bajó las pestañas y escapó alrededor de Ivan con un breve gesto como despedida. Chilian se obligó a hacer el gesto que reconocía la existencia de los forasteros; con esfuerzo, le pareció a Miles. El general miró otra vez por encima del hombro mientras se llevaba a su esposa. ¿Qué pecado habría cometido el ghemgeneral Chilian para merecerla a ella?

—Un tipo con suerte —suspiró Ivan con envidia.

—No estoy tan seguro... —dijo Miles.

El embajador Vorob'yev se limitó a sonreír con amargura.

Siguieron paseando. Miles tenía en la cabeza un torbellino de ideas. El encuentro con Chilian, ¿era casual? ¿O se trataba de otra trampa? Lord X usaba sus herramientas humanas como pinzas, y así mantenía el peligro a raya. Seguramente el ghemgeneral y su esposa estaban demasiado cerca, la conexión era demasiado obvia. A menos, claro está, que lord X no fuera Kety..

Un brillo en el centro del camino captó la atención de Miles. Una hautburbuja se acercaba por el sendero rodeado de verde. Vorob'yev e Ivan se apartaron para dejarla pasar, pero la burbuja se detuvo frente a Miles.

—Lord Vorkosigan. —La voz de la mujer era melodiosa a pesar del filtro, pero no era la de Rian—. ¿Puedo hablar con usted en privado?

—Claro que sí —dijo Miles antes de que Vorob'yev pudiera objetar algo—. ¿Dónde? —La tensión le sacudió el cuerpo. El asalto final al nuevo objetivo, la nave del gobernador Isum Kety, ¿sería esa noche? Demasiado prematuro, demasiado incierto—. ¿Cuánto tiempo necesitamos?

—No es lejos, milord. Una hora, más o menos.

No era suficiente para un viaje a la órbita; entonces se trataba de otra cosa.

—Muy bien. Caballeros, ¿me disculpan?

La mirada de Vorob'yev era tan desdichada como le permitía su autocontrol habitual.

—Lord Vorkosigan... —En realidad, las dudas del embajador eran una buena señal; seguramente había mantenido una larga conversación con Vorreedi—. ¿Desea usted un guardia?

—No.

—¿Un comu?

—No.

—¿Tendrá usted cuidado? —Una diplomática manera de decir ¿Está seguro de que sabe en qué se está metiendo?

—Sí, sí, claro, señor.

—¿Y qué hacemos si no vuelves dentro de una hora? —dijo Ivan.

—Esperar. —Miles les dirigió un gesto cordial y siguió a la burbuja por el sendero del jardín.

Cuando doblaron otro recodo hacia un rincón privado, iluminado por luces de colores y escondido detrás de un bosquecillo de arbustos llenos de flores, la burbuja rotó y desapareció repentinamente. Miles se encontró frente a otra belleza de blanco, sentada sobre la silla-flotante como en un trono. El cabello de esa mujer era de color rubio miel, y lo llevaba levantado alrededor de los hombros en un complejo peinado. Miles le calculó unos cuarenta y tantos años, lo cual significaba que probablemente tenía el doble.

—La haut Rian Degtiar me dio instrucciones —afirmó ella. Movié la ropa a la izquierda de la silla, descubriendo un apoyabrazos muy bien acolchonado—. No tenemos mucho tiempo. —Su mirada pareció medir el peso de Miles, o tal vez su baja estatura—. Puede usted... bueno... subirse aquí para el viaje...

—Qué... qué fascinante... —Ah, si ella hubiera sido Rian... Pero por lo menos, el viaje serviría para comprobar alguna teoría sobre las capacidades mecánicas de las

hautburbujas...—. Eh... ¿identificación, milady? —agregó él, como disculpándose. La última persona que había hecho ese tipo de viaje (por lo menos, en teoría) había terminado en el suelo con el cuello cortado.

Ella asintió como si hubiera estado esperando esa reacción y abrió la palma de la mano para mostrarle el anillo del Criadero Estrella.

Bueno, dadas las circunstancias, eso era lo más parecido a una identificación a que podía aspirar.. Miles se acercó con cuidado, subió a bordo y se aferró a la parte trasera de la silla para mantener el equilibrio. Los dos trataban de mantenerse separados. La mano de dedos largos de la haut tocó el panel de control incrustado en el apoyabrazos derecho y el campo de fuerza volvió a conectarse. La luz pálida y blanca reflejaba los arbustos floridos, destacaba los colores e iluminaba el camino frente a ellos.

La visión era bastante clara; la única molestia era una esfera fantasmal que marcaba la frontera del campo de fuerza y parecía una niebla más tenue que la película interna de los huevos. El sonido también se transmitía con mucha claridad, mucho mejor que el efecto inverso, deliberadamente opaco. Miles oyó voces y tintineos de copas un balcón más arriba. Pasaron junto al embajador Vorob'yev e Ivan, que miraron la burbuja con ojos curiosos, llenos de incertidumbre, pero no tenían modo de saber si se trataba de la misma burbuja. Miles reprimió el absurdo impulso de hacerles un gesto de despedida con la mano.

No se dirigieron al vestíbulo del tubo elevador, como Miles había esperado, sino hacia el límite del jardín. La anfitriona de cabello plateado estaba de pie allí, esperando. Hizo un gesto con la cabeza y abrió el campo de fuerza del jardín con un código especial. La burbuja salió hacia una pequeña plataforma de aterrizaje. El brillo del pavimento se oscureció con la burbuja a una orden de su dueña. Miles miró hacia arriba, al cielo brillante de la noche, buscando un vueloliviano o un auto aéreo.

Pero en ese momento, la burbuja se desplazó suavemente hacia el final del edificio y cayó por el borde.

Miles se aferró con fuerza al asiento, tratando de no gritar, aferrarse al cuello de la hautpiloto o vomitar sobre el vestido blanco. Estaban en caída libre y él odiaba, odiaba, odiaba las alturas... ¿lo habían destinado a esa muerte? ¿Su asesina se sacrificaría en el proceso? Ay... Dios...

—Pensé que estas cosas sólo alcanzaban un metro de altura —se ahogó Miles. La voz le salió aguda y temblorosa a pesar de todos sus esfuerzos.

—Si hay suficiente altura inicial, se puede realizar una caída controlada —explicó ella, con calma.

A pesar de la primera impresión horrorizada de Miles, no estaban cayendo como una piedra. Trazaban una parábola hacia delante, atravesando las calles y los anillos verdes salpicados de luces, hacia la gran cúpula del Jardín Celestial.

Miles pensó en la bruja Baba Yaga de los cuentos folclóricos de Barrayar, la que viajaba volando en una bala de cañón. La bruja que lo acompañaba no era fea ni vieja. Pero en ese momento él no estaba muy seguro de que no se comiera a los niños traviesos en sus ratos libres.

Unos pocos minutos después, la burbuja aminoró la velocidad hasta el paso de un transeúnte. Estaban a unos pocos centímetros por encima del pavimento, una de las entradas menores del jardín Celestial. Un movimiento del dedo de la mujer devolvió el brillo blanco a la burbuja.

—Ah —exclamó ella, en tono alegre—. Tendría que hacerlo más a menudo... —Casi dejó escapar una sonrisa: durante un momento pareció casi... casi humana.

Miles se quedó de una pieza cuando los sometieron a los procedimientos de seguridad de la cúpula celestial: era como si no estuvieran ahí, como si no hubiera procedimientos, nada, excepto un rápido intercambio de códigos electrónicos. Nadie los detuvo, nadie los registró, nadie examinó la burbuja. Los hombres uniformados que habían sacudido a los

enviados galácticos de arriba a abajo se apartaron respetuosamente, con la mirada baja.

—¿Por qué no nos detienen? —susurró Miles, incapaz de soportar la impresión de que era imposible que no lo vieran si él los veía.

—¿Detenerme? —repitió la hautmujer, sorprendida por la pregunta—. ¿Detenerme a mí? Soy la haut Pel Navarr, consorte de Eta Ceta. Yo vivo aquí.

Por suerte, el resto del viaje transcurrió a ras de suelo aunque a una velocidad un poco superior que la que Miles había visto en fiestas y reuniones. Reconoció los edificios y parques del Jardín Celestial mientras se dirigían hacia el edificio blanco que tenía biofiltros en las ventanas. El paso de la haut Pel a través de los procedimientos automáticos de seguridad del edificio fue casi tan rápido y silencioso como en la entrada a la cúpula. Recorrieron una serie de pasillos, pero esa vez iban en una dirección diferente. Esquivaron los laboratorios y oficinas del corazón del edificio y subieron un nivel más.

Una puerta doble se abrió para franquearles la entrada a una gran habitación circular decorada en tonos suaves de gris y plata. A diferencia de todo lo demás que había visto en el jardín Celestial, el lugar no tenía decoraciones vivientes, ni plantas, ni animales, ni ninguna de esas creaciones perturbadoras que parecían encontrarse a medio camino entre los dos reinos. Era silencioso, concentrado, sin elementos que se prestaran a la distracción... Era una cámara del Criadero Estrella; tal vez era algo así como la Cámara Estrella, supuso Miles. Había ocho mujeres vestidas de blanco esperándolos en silencio. Estaban sentadas en un círculo. Miles sentía que su estómago ya debería haberse calmado: hacía mucho que no estaban en caída libre.

La haut Pel detuvo la silla flotante en un espacio vacío dentro del círculo, la apoyó en el suelo y desconectó la burbuja. Ocho pares de ojos extraordinarios se posaron en la cara de Miles.

Nadie debería tener que exponerse a todas estas hautmujeres al mismo tiempo, pensó él. Era como una sobredosis peligrosa. La belleza que tenía frente a sí era variada; tres tenían el cabello tan plateado como la esposa del ghemalmirante; una era de tez cobriza; otra tenía la piel oscura y la nariz aguileña, con una melena rizada de un negro azulado que le caía sobre el cuerpo como un abrigo. Dos eran rubias: la guía con sus ondas doradas, y otra con el cabello tan pálido como el trigo maduro al sol, un cabello que le caía lacio hasta el suelo. Otra tenía los ojos oscuros y el cabello de un castaño color chocolate como el de la haut Vio, pero peinado en nubes suaves y mullidas. Y además, por supuesto, estaba Rian. El efecto de todas aquellas mujeres juntas iba más allá de la belleza; él no sabía cómo llamarlo pero la palabra más apropiada hubiera sido terror. Se deslizó hacia el suelo y se separó de la silla, aliviado por el tranquilizador contacto de las altas botas rígidas sobre la tierra firme.

—Aquí está el barrayarés para testificar —dijo la haut Rian.

Testificar. Entonces, estaba ahí como testigo, no como acusado. Un testigo clave, la Llave de la cuestión, por así decirlo. Ahogó una risita histérica. No sabía por qué, pero le parecía que la haut Rian no hubiera apreciado ese juego de palabras.

Tragó saliva y consiguió aclararse la voz.

—Ustedes saben más que yo, señoras. —Aunque en realidad, le parecía que ya sabía quiénes eran. Su mirada recorrió el círculo y parpadeó para controlar el vértigo—. Sólo conozco a la Doncella. —Hizo un gesto hacia Rian. Sobre una mesa baja, desplegada frente a ella, habían dispuesto todos los objetos sagrados de la emperatriz, incluyendo el Sello y la Gran Llave falsa.

Rian inclinó la cabeza como si admitiera lo razonable de su ruego y procedió a presentar a las damas con un conjunto sorprendente de hautnombres y hauttítulos. Sí... ahí estaban las consortes de las ocho satrapías planetarias. Rian era la novena, la representante de la emperatriz. Las mujeres que controlaban y creaban el hautgenoma, las que tenían el control de la raza del futuro, estaban reunidas allí en un consejo extraordinario.

No había duda de que la cámara estaba preparada para esas reuniones, que sólo podían celebrarse cuando las consortes viajaban al Jardín Celestial con los envíos de futuros bebés. Miles intentó identificar a las consortes del príncipe Skyle, Isum Kety y el Rond. La mujer de Kety, consorte de Sigma Ceta, era una de las de cabello plateado, la de edad más parecida a la emperatriz. Rian la presentó como la haut Nadina. La rubia trigueña servía al príncipe Slyke de Xi Ceta y la morena era la consorte de Rho Ceta. Miles se preguntó otra vez por el significado de los títulos, que las convertían en esposas de los planetas, no de los gobernadores.

—Lord Vorkosigan —dijo la haut Rian—. Me gustaría que usted les contara a las consortes su versión de cómo llegó a su poder la Gran Llave falsa, y todos los hechos subsiguientes.

¿Todos? Miles no la culpaba en absoluto por cambiar de estrategia, jugar con las cartas bien escondidas y pedir refuerzos. No les sobraba el tiempo, de eso estaba seguro. Pero le disgustaba que lo tomaran por sorpresa. Habría sido agradable que ella se lo consultara. ¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Veo que captó usted mi indicación de que anulara el ataque a la nave del príncipe Slyke —dijo Miles, que quería entender algo más la situación.

—Sí. Espero que me lo explique usted a su debido tiempo.

—Discúlpeme, milady. No quisiera insultar a nadie aquí... Pero si una de las consortes es una traidora, si está de acuerdo con el gobernador sátrapa, esta sesión significaría entregarle información sobre lo que sabemos... ¿Está usted segura de que está entre amigos?

La tensión que se sentía en la cámara podía explicar infinitas traiciones, Miles estaba convencido de eso. Rian levantó una mano, como para dominar la situación.

—Lord Vorkosigan es extranjero. No entiende nuestra posición. —Lo miró y le hizo un gesto con la cabeza—. Hay traición, sí, pero no en este nivel. Más abajo.

—¿Ah, sí?

—Hemos llegado a la conclusión de que el gobernador no es capaz de manejar el hautgenorna por sí solo, aunque tenga la Llave y el banco. La haut de su satrapía no cooperaría con esa usurpación, esa perversión total de las costumbres. El gobernador está pensando en designar una nueva consorte, una persona que esté bajo control. Todo indica que esa persona ya ha sido elegida.

—Ah... ¿y ya saben quién es?

—No, todavía no —suspiró Rian—. Todavía no. Lamento decir que es alguien que no comprende el propósito de los haut. Si supiéramos qué gobernador es, podríamos deducir a cuál de las hautmujeres ha sobornado. Si supiéramos quién es la mujer, entonces...

Mierda, la triangulación tenía que darse pronto, pronto. Miles se mordió el labio, después dijo, despacio:

—Milady. Si puede hacerlo, dígame algo sobre las burbujas de fuerza. Eso de que están ligadas a una persona en particular... ¿Por qué están todos tan convencidos de que son seguras? La almohadilla de esos paneles de control parece un detector de palma, pero eso no es posible: las almohadillas de detección de palma son instrumentos fáciles de violar.

—Ya comprenderá usted que no puedo darle los detalles técnicos, lord Vorkosigan, no a usted —dijo Rian.

—No espero que lo haga. Sólo información general.

—Bueno... están programadas genéticamente, por supuesto. Se pasa la mano por la almohadilla para dejar algunas células cutáneas. La almohadilla las analiza.

—¿Y rastrea todo el genoma? Seguramente eso significaría mucho tiempo de análisis.

—No, claro que no. El programa examina una docena de marcadores críticos que identifican a una mujer haut. Empezando por la presencia de un par de cromosomas X y siguiendo luego por una lista dispuesta en un esquema en árbol hasta obtener la

confirmación.

—¿Qué posibilidad hay de que los marcadores se dupliquen en dos o más individuos?

—Nosotras no hacemos clones, lord Vorkosigan.

—No hablo de clones, me refiero a esa docena de factores, sólo para engañar a la máquina.

—La posibilidad es muy remota.

—¿Incluso entre miembros muy cercanos de la misma constelación? —Ella dudó, intercambió una mirada con lady Pel, que levantó las cejas, pensativa—. Tengo una razón para preguntar esto —prosiguió Miles—. Cuando el ghemcoronel Benin me entrevistó, dejó escapar una información importante. Dijo que seis hautburbujas habían entrado en la rotonda del funeral durante el intervalo en el que colocaron el cadáver de Ba Lura a los pies del catafalco y que eso le presentaba un problema de muy difícil solución. No enumeró las burbujas, pero no dudo que ustedes son capaces de hacerle escupir la lista. Esto significaría un examen de muchísimos datos pero... suponiendo que ustedes examinaran los marcadores de las seis hautmujeres en los archivos y controlaran los posibles duplicados casuales entre mujeres vivas... Si la mujer está sirviendo al sátrapa, tal vez haya colaborado también en el asesinato. Y en ese caso, tal vez podrían encontrar a la traidora sin salir del Criadero Estrella.

Rian, alerta de pronto, se sentó otra vez con un suspiro.

—Su razonamiento es correcto, lord Vorkosigan. Podríamos hacerlo... si tuviéramos la Gran Llave.

—Ah —dijo Miles—. Sí, claro... —Cambió de una posición tensa y firme, casi de desfile, a una de descanso, desinflado—. No sé si servirá de algo, pero tanto mi análisis de la situación como las escasas pruebas que conseguí arrancarle al ghemcoronel Benin apuntan al príncipe Slyke o al haut Isum Kety. El haut Rond iría en tercer lugar, pero mucho más lejos. Pero como Rho y Mu Ceta serían los que soportarían el golpe si se desatara un conflicto abierto con Barrayar, yo me inclino por Slyke o Kety, sin duda. Hechos... recientes... señalan a Kety. —Dirigió una mirada al círculo—. ¿Hay algo que las consortes hayan visto u oído, algo que pueda ayudarnos a determinar el nombre del culpable con mayor certeza?

Un murmullo de negativas.

—Desgraciadamente, no —dijo Rian—. Ya discutimos el problema esta tarde. Por favor, empiece.

Como usted quiera, milady, la responsabilidad es toda suya.

Miles respiró hondo y se lanzó a contar la verdad completa de lo que le había pasado desde el momento en que Ba Lura se lanzó al vehivaina personal de los enviados de Barrayar. Suprimió solamente sus opiniones personales. De vez en cuando, se detenía para que Rian tuviera la oportunidad de hacerle alguna señal, indicarle de alguna manera que mantuviera algo en secreto. Pero al parecer, ella no quería secretos. En lugar de señales, le formulaba hábiles preguntas, le recordaba detalles como para que no se dejara nada en el tintero.

Lentamente, Miles entendió que Rian veía que el problema del secreto era como un arma de dos filos. Lord X era capaz de asesinar a Miles, tal vez también a Rian. Pero hasta el político cetagandano más megalomaniaco tendría grandes problemas en acabar con las ocho consortes al mismo tiempo. La voz de Miles cobró seguridad.

Sintió que las teorías que sostenían sus frases se transformaban. Rian se parecía cada vez menos a una damisela en peligro. En realidad, se preguntó si él no estaría tratando de salvar al dragón. Bueno, los dragones también necesitan que los salven alguna que otra vez... Cuando él relató el intento de asesinato del día anterior, ninguna de las mujeres parpadeó siquiera. Lo que hubo, tal vez, fue un murmullo de apreciación por la elegancia de forma y estilo del atentado y una leve desilusión por el fracaso. Sin embargo, las mismas juezas se negaron a apreciar la originalidad del gobernador en su intento de

invadir el territorio de las mujeres haut. Las consortes de Sigma y Xi tenían miradas cada vez más pétreas e intercambiaban gestos expresivos de vez en cuando.

Cuando Miles terminó, se produjo un largo silencio en la cámara. ¿Hora de presentar el plan B?

—Tengo una sugerencia —dijo Miles con valor—. Recuperen todos los bancos genéticos de las naves de los gobernadores. Si lo entregan todo, el gobernador se quedará con las manos vacías. Si se resiste a entregar el banco sabremos quién es.

—¿Recuperarlos? —dijo la haut Pel, con voz desmayada—. ¿Tiene usted idea de cuánto nos costó llevarlos hasta las naves?

—Pero él podría llevarse el banco y la Llave y huir —objetó la mujer morena, la Consorte de Rho Ceta.

—No —dijo Miles—. Eso es lo único que no puede hacer. Hay demasiados saltos de agujero de gusano con guardias del Emperador entre él y su planeta. Militarmente hablando, la huida abierta es imposible. Nunca lo conseguiría. No puede revelar nada hasta que esté a salvo en órbita de... Algo Ceta. En cierto modo, lo tenemos acorralado hasta que termine el funeral. —Claro que ese momento ya casi ha llegado...

—Pero así, volvemos al problema de cómo recuperar la Llave —señaló Rian.

—Una vez que el banco esté aquí, tal vez sea posible negociar la devolución de la Llave a cambio de... digamos, una amnistía. O decir que él la robó... lo cual es cierto... y hacer que Seguridad de Cetaganda la recupere. Cuando los otros gobernadores se libren de la evidencia incriminatoria que tienen entre manos, tal vez ustedes, señoras, consigan separar al traidor del rebaño. Tal vez los otros gobernadores accedan a colaborar. Digamos que eso abre unas cuantas opciones tácticas.

—Lo que puede hacer es amenazar con destruir la Llave —se preocupó la Consorte de Sigma Ceta.

—Seguramente usted conoce a Isum Kety mejor que nadie, haut Nadina —dijo Miles—. ¿Le parece que lo haría?

—Kety es un joven... variable —dijo ella, sin ganas—. Todavía no estoy convencida de que sea el culpable. Pero por lo que sé de él, no puedo afirmar que sus acusaciones sean imposibles, lord Vorkosigan.

—¿Y su gobernador, señora? —Miles hizo un gesto a la Consorte de Xi Ceta.

—El príncipe Slyke es un hombre... decidido e inteligente. El complot que usted describe está dentro de sus capacidades. No... no estoy segura.

—Bueno, en último caso... la Gran Llave se puede reproducir, ¿no es cierto?

Ya fuera con un empujón o con una frenada, el gran plan de la emperatriz estaría guardado en un cajón durante una generación. Un resultado positivo desde el punto de vista de Barrayar. Miles sonrió con alegría. Un gruñido leve recorrió la habitación.

—Recuperar la Gran Llave intacta es prioridad uno —declaró Rian con firmeza.

—Él quiere implicar a Barrayar —dijo Miles—. Tal vez lo decidió por cálculo frío, por análisis astropolítico, pero estoy seguro de que en este momento el motivo es personal.

—Si reclamo los bancos genéticos —apuntó Rian con lentitud—, perderemos para siempre la oportunidad de distribuirlos.

La Consorte de Sigma Ceta, Nadina, de pelo plateado, suspiró:

—Esperaba vivir para ver cumplido el plan de la Dama Celestial. Ella tenía razón... Sé que Cetaganda sufre un estancamiento, lo he visto crecer a lo largo de mi vida.

—Ya habrá otras oportunidades —dijo otra dama de pelo plateado.

—La próxima vez hay que hacerlo con más cuidado —dijo la Consorte de Rho Ceta, la de los bucles castaños—. Nuestra Señora confió demasiado en los gobernadores.

—No estoy segura de eso —dijo Rian—. Sus únicas órdenes fueron que distribuyera copias inactivas como resguardo. Ba Lura sentía los deseos de nuestra Señora con mucha fuerza, pero no entendía su sutileza. No fue idea mía tratar de distribuir la Llave ahora y no estoy segura de que fuera idea de ella. No sé si Ba Lura llegó a algún acuerdo

con ella por separado o fue un malentendido. Y ahora es imposible saberlo. —Inclinó la cabeza—. Pido perdón al Consejo por mi fracaso. —Su tono de voz sugirió a Miles el dolor de una herida voluntaria.

—Hiciste lo que pudiste, querida —dijo la haut Nadina con amabilidad. Pero luego agregó con mayor firmeza—. Pero no deberías haberlo intentado sola.

—Así me lo pidieron.

—La próxima vez, pon un poco menos de énfasis en el me y un poco más en la orden misma.

Miles trató de no encogerse ante la aplicación general de esa amable admonición.

Un pesado silencio dominó la cámara.

—Tal vez podamos considerar una alteración del genoma que haga más controlables a los hautlores —dijo por fin la Consorte de Rho Ceta.

—Si queremos una expansión renovada, necesitamos todo lo contrario —objetó la consorte más morena—. Más agresividad.

—El ghemexperimento, es decir, filtrar combinaciones genéticas favorables desde el resto de la población hacia las clases altas, me parece suficiente en ese sentido —dijo la haut Pel.

—Nuestra Señora, en su sabiduría, quería más variedad, no más uniformidad —concedió Rian.

—Creo que hace mucho tiempo, cuando dejamos a los haut machos librados a sus propios recursos, cometimos un error —insistió la Consorte de Rho Ceta, obstinada.

Y la de tez morena contestó:

—Pero ¿cómo vamos a seleccionar entre ellos si no hay libre competencia?

Rian levantó una mano para detener a las otras.

—Estos temas más amplios tendrán que ser discutidos en breve, pero éste no es el momento. Estoy convencida de que antes de proseguir con el plan de expansión, debemos depurarlo. Pero eso... —suspiró— es tarea de la nueva emperatriz. Lo que debemos hacer ahora es decidir con qué situación se va a enfrentar ella cuando llegue. ¿Cuántas apoyan la recuperación de los bancos de genes?

Ganaron los votos a favor. Muchos tardaron en llegar, pero finalmente se consiguió un voto unánime a través de un intercambio de miradas inescrutables. Miles respiró, aliviado.

Los hombros de Rian cayeron con pesadez.

—Entonces, ésas son mis órdenes. Que vuelva todo al Criadero Estrella.

—¿Rótulo de los envíos? —preguntó la haut Pel en tono práctico.

Rian miró hacia arriba un segundo y contestó:

—Colecciones de materiales genómicos humanos de varias satrapías, pedidas por la Señora antes de morir, y que nosotras archivaremos en los bancos experimentales del Criadero Estrella.

—Está bien para este lado de la conexión —aceptó la haut Pel—. ¿Y para el otro?

—Los gobernadores recibirán la noticia de que hemos descubierto un grave error en la copia, un error que debe corregirse. Sin la corrección, el genoma no sirve.

—Muy bien.

La reunión había terminado. Las mujeres activaron las sillas-flotantes, aunque no conectaron las burbujas, y se fueron en grupos de dos o tres, rodeadas por un murmullo de discusión.

Rian y la haut Pel esperaron hasta que la habitación quedó vacía y Miles no tuvo más remedio que esperar con ellas.

—¿Todavía desea que trate de recuperar la Llave, milady? —preguntó Miles a Rian—. Barrayar seguirá siendo vulnerable hasta que atrapemos al gobernador sátrapa con pruebas sólidas de traición, datos que él no sea capaz de tergiversar. Y lo que menos me gusta de este asunto es la evidente relación que tiene ese caballero con su seguridad interna, señora.

—No sé —suspiró Rian—. Necesitamos por lo menos un día para organizar la devolución de los bancos de genes. Voy a... voy a mandar a alguien a buscarlo, como esta noche.

—Pero entonces, sólo nos quedarán dos días. No es mucho margen. Me gustaría que actuáramos cuanto antes.

—No es posible. —Ella se tocó el cabello, un gesto nervioso a pesar de la gracia de sus movimientos.

Miles la miraba y buscaba en su corazón. El impacto de la primera locura de amor se estaba desvaneciendo en esa inundación de reacciones y sensaciones. Lentamente, se convertía en... ¿en qué? Si ella hubiera saciado la primera sed de Miles con la más mínima gota de afecto, lo habría tenido a sus pies, en cuerpo y alma.

En cierto modo, Miles se alegraba de que ella no estuviera fingiendo, a pesar de la depresión que le causaba que lo tratara como a Ba Lura, es decir como a un ser cuya lealtad y obediencia se dan por sentadas. Tal vez el disfraz que él había propuesto —de ba— era una sugerencia del inconsciente y las razones para la propuesta no eran sólo prácticas. ¿Acaso su cerebro estaba tratando de decirle algo?

—La haut Pel lo llevará de nuevo a su punto de origen —dijo Rian.

Él se inclinó.

—Según mi experiencia, milady, no se puede volver al punto de origen, a pesar de lo mucho que lo intentemos.

Ella le devolvió sólo una mirada extrañada y él se alejó hacia la silla-flotante de la haut Pel.

Pel lo llevó por el Jardín Celestial hacia la salida. Miles se preguntó si ella estaba tan incómoda como él con la proximidad física.

Intentó algún tipo de conversación intrascendente.

—¿Las hautladies crearon toda la vida vegetal y animal de aquí? ¿Son competencias, como la feria de bioestética? Me impresionaron particularmente las ranas cantarinas, ¿sabe?

—Ah, no —dijo la haut Pel—. Las formas de vida inferiores son asunto de los ghem. La mayor distinción que pueden recibir es que su arte se incorpore al jardín del imperio. Los haut sólo trabajan sobre material humano.

Él no recordaba ningún monstruo.

—¿Dónde?

—Lo que hacemos es aplicar nuevas ideas en seres ba. Eso impide que se liberen materiales genéticos a través de canales sexuales por accidente.

—Ah...

—Nuestra mayor recompensa es desarrollar un complejo genético que luego se incorpore al genoma haut.

Era como una regla moral invertida: nunca te hagas a ti mismo lo que no has probado en otros.

Miles sonrió, nervioso, y no siguió preguntando. Un auto de superficie y su ba esperaba a la burbuja de Pel ante la entrada del Jardín Celestial. Volvían a casa de lady d'Har por rutas más normales.

Pel lo dejó salir de la burbuja en un rincón escondido del jardín, a resguardo de miradas indiscretas, y se alejó lentamente. Él se la imaginó informando a Rian: Sí, milady, solté al barrayarés en la selva, como usted lo ordenó. Espero que encuentre comida y una compañera...

Se sentó en un banco que daba hacia el Jardín Celestial y meditó sobre la vista hasta que lo descubrieron Ivan y el embajador Vorob'yev.

El uno parecía asustado; el otro furioso.

—Llegas tarde —dijo Ivan—. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Estaba ya a punto de llamar al coronel Vorreedi y a los guardias —agregó el

embajador Vorob'yev, con voz dura.

—Eso habría sido... inútil, señor —suspiró Miles—. Ya podemos irnos.

—Gracias a Dios —musitó Ivan.

Vorob'yev no dijo nada. Miles se levantó, preguntándose en qué momento el embajador y Vorreedi dejarían de aceptar un No todavía como respuesta.

Todavía no. Por favor, todavía no.

13

Nada le hubiera gustado más que un día libre, pensó Miles, pero no tenía tiempo. Lo peor era la seguridad de que se había metido en aquel atolladero él solito. Hasta que las consortes consiguieran recuperar los bancos genéticos, lo único que podía hacer era esperar. Y a menos que Rian enviara un auto a la embajada a recogerlo, lo cual significaba un movimiento tan abierto que tal vez causaría resistencias vigorosas en ambos grupos de Seguridad Imperial, Miles no podría volver a verla hasta las Ceremonias de Portal-Canción en el jardín Celestial. Gruñó entre dientes y pidió más datos a la comuconsola; después, contempló la pantalla sin verla realmente.

No estaba seguro de que fuera prudente darle a lord X un día de ventaja, a pesar de que esa misma tarde el caballero en cuestión se vería en un aprieto cuando su consorte se llevara el banco de genes. Eso eliminaría su última posibilidad de sentarse a esperar hasta el momento apropiado, y luego alejarse suavemente con el banco y la Llave y tal vez eliminar a la vieja consorte designada por el poder central en algún lugar de la ruta. El hombre tenía que darse cuenta de que Rian lo entregaría aunque tuviera que incriminarse ella misma, tenía que darse cuenta de que ella estaba dispuesta a todo para atraparlo. Asesinar a la Doncella del Criadero Estrella no había formado parte del Plan Original, de eso Miles estaba casi seguro. En el Plan Original, Rian era un títere más, cuyo papel principal era acusar a Barrayar y a Miles de robar la Gran Llave. A lord X le fascinaban los títeres. Pero Rian se mantenía leal a los haut más allá de sus propios intereses. Ningún traidor sensato podía permitirse el lujo de suponer que ella se quedaría paralizada durante mucho tiempo.

Lord X era un tirano, no un revolucionario. Quería llegar al poder dentro del sistema, no cambiarlo. La verdadera revolucionaria era la fallecida emperatriz, con su intento de dividir a los haut en ocho ramas competitivas y dejar que ganara el mejor de los superhombres. Tal vez Ba Lura había estado más cerca de su ama de lo que Rian quería suponer. No se puede entregar poder y retenerlo al mismo tiempo. Excepto después de la muerte.

Así que... ¿cuál sería el próximo movimiento de lord X? ¿Qué podía hacer ahora excepto luchar hasta el final, intentarlo todo para no caer en el proceso? Eso o cortarse las venas, y Miles no creía que fuera del tipo suicida. Seguramente seguía buscando una forma de culpar de todo a Barrayar, preferentemente en la forma de un Miles muerto que no pudiera desmentirlo. Todavía había una remota posibilidad de que pudiera salirse con la suya en eso, dada la falta de entusiasmo de los cetagandanos hacia los extranjeros en general y los barrayareses en particular. Sí, era un buen día para quedarse en la embajada.

¿Habrían sido mejores los resultados si Miles hubiera devuelto públicamente la Llave falsa y declarado la verdad desde el principio? No... en ese caso la embajada y los enviados habrían estado inmersos en acusaciones falsas y escándalos públicos, y ya no habría forma de probar su inocencia. Si lord X hubiera elegido cualquier otra delegación para colocar la Llave falsa... digamos, la de Marilac, los aslunderos o los vervani... tal vez en este momento su plan estaría funcionando a la perfección, puntual como un reloj. Miles esperaba que lord X estuviera muy, muy arrepentido de haberse decidido por Barrayar. Era una esperanza amarga. Y voy a hacer que te arrepientas mucho más, imbécil.

Miles apretó los labios. Volvió a prestar atención a la comuconsola. Todas las naves de los gobernadores sátrapas estaban construidas según el mismo plano general y, por desgracia, lo único que tenía el banco de datos de la embajada de Barrayar eran esos datos poco precisos. Tal vez había más, pero Miles hubiera tenido que acceder a los archivos secretos. Recorrió los niveles y sectores de la nave en el holovideo. Si yo fuera un gobernador sátrapa que urde una revuelta, ¿dónde escondería la Gran Llave? ¿Debajo del colchón? Seguramente no.

El gobernador tenía la Llave, pero le faltaba la llave de la Llave: Rian conservaba el anillo. Si lord X conseguía abrir la Gran Llave podría volcar los datos, conseguir un duplicado de la información, y tal vez, en circunstancias tan complejas, decidiría devolver el original y librarse de la prueba material de sus planes de traición. O destruirla... claro. Pero si la Llave hubiera sido fácil de abrir, debería haberlo hecho en cuanto sus planes empezaron a fallar. Así que... si estaba tratando de acceder a la Llave, seguramente la tenía en algún laboratorio de decodificación. ¿Y dónde se encontraría el laboratorio de decodificación en esa vasta nave...?

Un sonido en la puerta interrumpió los pensamientos de Miles. La voz del coronel Vorreedi:

—Lord Vorkosigan, ¿puedo pasar?

Miles suspiró.

—Adelante. —Sí, tanta actividad en la comuconsola tenía que atraer la atención de Seguridad. Seguramente el oficial de protocolo había estado monitoreando desde abajo.

Vorreedi entró al trote, estudió el holovideo por encima de los hombros de Miles.

—Interesante. ¿Qué es?

—Un recorrido por las naves de guerra cetagandanas. Sigo con mi educación de oficial y todo eso... La esperanza de que me destinen a una nave nunca desaparece del todo.

—Ya. —Vorreedi se enderezó—. Supuse que le interesaría recibir las últimas noticias sobre su amigo lord Yenaro.

—No creo que le deba nada pero... no le habrá ocurrido nada grave, espero —dijo Miles con sinceridad. Tal vez Yenaro fuera un buen testigo más tarde; ahora que había reflexionado al respecto, Miles estaba empezando a lamentar no haberle ofrecido asilo en la embajada.

—Todavía no. Pero han emitido una orden de arresto contra él.

—¿Y de quién es la orden? ¿De Seguridad de Cetaganda? ¿Por traición?

—No. De la policía civil. Por robo.

—Es una acusación falsa. Estoy seguro. Alguien está usando el sistema para sacarlo de su escondite. ¿Puede usted averiguar quién lo ha acusado?

—Un ghemlord, un tal Nivic. ¿Le dice algo este nombre?

—No. Tiene que ser un títere. Lo que necesitamos es la identidad de quien ordenó a Nivic que acusara a Yenaro. El mismo que le dio los planos y el dinero para la fuente de Marilac. Pero ahora usted tiene dos pistas. Puede seguir ambos caminos.

—¿Cree que se trata del mismo hombre?

—Lo que estoy haciendo no tiene nada que ver con suposiciones, coronel —dijo Miles—. Necesito pruebas, pruebas que puedan utilizarse en un juicio.

La mirada de Vorreedi lo estaba poniendo nervioso: una mirada constante, permanente, firme.

—¿Por qué creía que acusarían a Yenaro de traición?

—Ah, bueno... en realidad era sólo una suposición. Si lo que quiere el enemigo de Yenaro es que la policía civil lo ponga en un lugar donde él pueda dispararle sin problemas, el robo es mejor, mucho menos escandaloso.

Las cejas de Vorreedi se le crisparon en la frente.

—Lord Vorkosigan... —Pero se interrumpió, pensó mejor lo que estaba a punto de decir. Meneó la cabeza y se fue.

Ivan entró un rato después, se echó en el sofá de Miles, puso las botas en el apoyabrazos y suspiró.

—¿Todavía estás aquí? —Miles apagó la comuconsola. Las letras y los dibujos habían empezado a nublarle la vista—. Pensé que estarías por ahí, retozando o revolcándote sobre la paja en un granero o algo así. Son nuestros últimos dos días y todo eso... ¿Te has quedado sin invitaciones? —Miles apuntó al techo con el pulgar. Tal vez nos están escuchando.

Los labios de Ivan formaron tres palabras. Que se jodan.

—Vorreedi nos puso más guardaespaldas. Es imposible ser... espontáneo con tanta gente mirando. —Contempló el techo con ojos muy fijos y abiertos—. Además tengo miedo hasta del suelo que piso. ¿No fue una reina de Egipto la que trasladaron en una alfombra enrollada? Pienso que podría pasar otra vez.

—Claro que sí. —Miles no podía negarlo—. En realidad, estoy casi seguro de que va a pasar de nuevo.

—Excelente. Recuérdame que no me ponga muy cerca de ti.

Miles hizo una mueca.

Después de un minuto, Ivan agregó:

—Me aburro.

Miles lo echó de la habitación.

Las Ceremonias de Portal-Canción, cuyo nombre completo era Ceremonias para Abrir el Gran Portal con Canciones, no tenían nada que ver con la apertura de ningún portal, pero sí con canciones. Un numeroso coro formado por varios cientos de ghem, tanto hombres como mujeres, vestidos de blanco sobre blanco, se situó cerca de la entrada este al Jardín Celestial. Se trataba de hacer una procesión por los cuatro puntos cardinales y terminar en la puerta norte, durante las horas de la tarde. El coro se ponía de pie para cantar en un área ondulante de terreno con propiedades acústicas sorprendentes, mientras los enviados galácticos y los ghem y haut de luto se quedaban alrededor para escuchar. Miles flexionó las piernas dentro de las botas y se preparó para aguantar. El espacio abierto permitía que las burbujas de las hautladies se movieran con libertad y había muchísimas en todas partes... cientos de burbujas esparcidas bajo el brillo del sol. ¿Cuántas hautmujeres vivían en ese lugar?

Miles echó una mirada a su pequeña delegación: él, Ivan, Vorob'yev y Vorreedi, todos en uniforme de gala negro; además de Mía Maz, vestida con tanto gusto como en otras ocasiones, impresionante en blanco y negro. Ese día, Vorreedi parecía más barrayarés, más oficial y un poco más siniestro —Miles tenía que admitirlo— ahora que no lucía su ropa civil cetagandana deliberadamente anodina. Maz apoyaba una mano sobre el brazo de Vorob'yev. Cuando empezó la música, se puso de puntillas.

Esto quita el aliento hubiera sido una frase bastante literal: Miles tuvo que abrir la boca un poco y sintió que se le erizaba el cabello cuando los increíbles sonidos de la música lo bañaron de arriba abajo. Armonías y disonancias se persiguieron por la escala con tal precisión que el público oía todas y cada una de las palabras por lo menos cuando las voces no se convertían en simples vibraciones inarticuladas que parecían subir por la espina dorsal y resonar en la parte posterior del cráneo como una sucesión de emociones puras. Hasta Ivan estaba transfigurado. Miles hubiera querido hacer un comentario, expresar su asombro, pero romper la concentración absoluta que exigía la música habría sido un sacrilegio. Después de unos treinta minutos, la música se detuvo de pronto y el coro se preparó para desplazarse con gracia hacia la siguiente parada, seguido con algo más de torpeza por los delegados galácticos.

Los grupos tomaron diferentes rutas. Guías ba condujeron a los delegados a una mesa con comida bajo la dirección de un mayordomo ghemplord de mirada digna. La idea era que los invitados descansaran un poco y también que aguardaran hasta que el coro estuviera listo para la siguiente función en la puerta sur. Miles miró ansiosamente las

burbujas de las hautladies, que no acompañaron a los delegados ni al coro y se alejaron flotando en una tercera dirección. Se daba cuenta de que el Jardín Celestial lo impresionaba cada vez menos. ¿Era posible que alguien diera por sentado ese sitio? No cabía duda de que los haut ya no se sorprendían.

—Creo que me estoy acostumbrando a este lugar —le confió a Ivan, mientras caminaba entre él y Vorob'yev siguiendo el desaliñado desfile de los extranjeros—. Sé que podría.

—Ya —dijo el embajador—. Pero cuando a estos curiosos personajes se les ocurrió soltar a sus mascotas ghemlores para que buscaran propiedades más allá de Komarr, murieron cinco millones de los nuestros. Espero que no se le olvide, milord.

—No —dijo Miles, tenso—. jamás. Pero... ni siquiera usted tiene edad suficiente como para recordar la guerra, señor. Estoy empezando a preguntarme si alguna vez veré un ataque cetagandano semejante.

—Optimista —murmuró Ivan.

—No, no, me gustaría explicar lo que quiero decir. Mi madre dice siempre que si un comportamiento recibe recompensa, se repite. Y viceversa. Creo... creo que si los ghemlores no consiguen conquistas territoriales en nuestra generación, tardarán mucho tiempo en intentarlo de nuevo. Después de todo... los períodos aislacionistas que siguen a las expansiones son fenómenos muy conocidos en la historia...

—No sabía que supieras tanto de ciencias políticas —dijo Ivan.

Miles se encogió de hombros.

—Es sólo una intuición. Si me das un año y un departamento, tal vez pueda ofrecerte un análisis razonado con gráficos y todo.

—Admito que es difícil imaginarse a... digamos, lord Yenaro, conquistando algo —aceptó Ivan.

—No es que no fuera capaz de hacerlo, creo yo. Pero cuando se le presentara la oportunidad, sería demasiado viejo y estaría demasiado desinteresado. No sé... Claro que cuando termine el período aislacionista este razonamiento perderá validez. Cuando los haut decidan dejar de manipularse a sí mismos, dentro de diez generaciones..., no sé en qué se habrán convertido. —Y pensándolo bien, ellos tampoco lo saben. Eso sí que es interesante. ¿Nadie está a cargo aquí?—. La conquista del universo parece un juego de niños después de eso... O tal vez... tal vez entonces nadie pueda detener el ataque —agregó con amargura.

—Bonita idea —gruñó Ivan.

Se había organizado un delicado desayuno en un pabellón cercano. Al otro lado esperaban autos de superficie tapizados de blanco para llevar a los enviados dos kilómetros más allá, hasta el Portal del Sur, cuando terminara la comida. Miles tomó una bebida caliente, rechazó con asco una bandeja de dulces —tenía un nudo en el estómago— y miró los movimientos de la multitud ba con ojos de halcón. Tiene que ser hoy, hoy. Ya no queda tiempo. Vamos, Rian... ¿Y cómo diablos iba a recibir el informe de Rian con Vorreedi pegado a sus talones como una lapa? El hombre tomaba nota de cada uno de sus gestos. Miles ya se había dado cuenta.

El día prosiguió con una repetición del ciclo de música, comida y transporte. Había una cantidad de delegados con cara de fatiga después de varias comidas y hasta Ivan había dejado de aceptar bocados en un gesto de autodefensa después de la tercera mesa. Cuando llegó el contacto, durante la comida que siguió a la cuarta y última actuación del coro, Miles apenas se dio cuenta. Estaba charlando con Vorreedi sobre la cocina del distrito Keroslav y preguntándose cómo conseguiría distraerlo y engañarlo cuando llegara el momento. Había llegado a un punto tal de desesperación que incluso consideraba la posibilidad de administrar un vomitivo al embajador Vorob'yev y ponerlo en manos del oficial de protocolo cuando vio por el rabllo del ojo que Ivan hablaba con Ba No Sé Qué en tono grave. No reconoció a la criatura; no era la favorita de Rian porque era joven y

tenía una leve capa de pelo rubio. Las manos de Ivan giraron en el aire con la palma hacia arriba, se encogió de hombros y siguió al servidor por el pabellón, extrañado. ¿Ivan? ¿Para qué diablos quiere a Ivan?

—Discúlpeme, señor —Miles interrumpió bruscamente a Vorreedi y pasó por su lado como una flecha. Para cuando el Jefe se volvió, Miles ya había pasado junto a otra delegación y estaba a medio camino de la salida, detrás de Ivan. No cabía duda de que Vorreedi lo seguiría, pero Miles se preocuparía por eso más tarde.

Emergió, parpadeando, a la iluminación vespertina de la cúpula justo a tiempo para ver cómo desaparecían la sombra oscura y el brillo de las botas de Ivan tras un arbusto florido, frente a un espacio abierto con una fuente en el centro. Trotó para alcanzarlo; las botas se le resbalaban sobre las piedras irregulares que enlosaban el camino.

—¿Lord Vorkosigan? —llamó Vorreedi desde atrás.

Miles no se volvió pero levantó la mano sin detenerse. Vorreedi era demasiado educado para maldecir a gritos, pero Miles podía imaginar los tacos sin dificultad.

Los arbustos, altos como una persona, se abrían hacia grupos artísticos de árboles, no exactamente un laberinto pero casi. La primera elección de Miles lo llevó a una especie de prado desierto, con un arroyo que brotaba en la fuente y corría como una filigrana de plata por el centro del terreno. Miles volvió atrás, maldiciendo sus piernas y su cojera, y se dirigió hacia otro conjunto de arbustos.

En el medio de un círculo de bancos bajo la sombra de los árboles, había una silla-flotante cuya ocupante daba la espalda a Miles, con la pantalla activada. Ba Rubio ya no estaba. En ese momento, Ivan se inclinaba hacia la ocupante de la silla, con la boca abierta en una expresión fascinada, las cejas levantadas y llenas de sospecha. Un brazo cubierto de blanco se levantó en el aire. Una nube leve de niebla iridiscente golpeó la cara sorprendida de Ivan, quien puso los ojos en blanco y cayó sobre las rodillas de la ocupante de la silla. La pantalla de fuerza se cerró sobre él, opaca y blanca. Miles aulló y corrió hacia la pareja.

Las sillas —flotantes de las hautladies no eran coches de carrera ni nada parecido, pero podían desplazarse a mayor velocidad que Miles. En dos vueltas por los arbustos desapareció por completo y cuando Miles salió del último macizo de flores, se vio frente a uno de los caminos principales del Jardín Celestial, tallados en jade blanco. Flotando en ambas direcciones por el sendero había media docena de hautburbujas y todas avanzaban a la misma velocidad digna y tranquila. Miles se había quedado sin aliento y le asaltó un torbellino de negros temores.

Giró sobre los talones y se tropezó de bruces con el coronel Vorreedi.

La mano de Vorreedi bajó hasta el hombro de Miles y lo agarró con una fuerza decidida y firme.

—¿Qué diablos está pasando aquí, Vorkosigan? ¿Y dónde está Vorpatril?

—Eso quiero descubrir... señor, si me lo permite.

—Seguridad de Cetaganda tiene que saberlo. Voy a colgarlos de un árbol si...

—No... no creo que Seguridad pueda ayudarnos esta vez, señor. Creo que tengo que hablar con ba... con alguien. Enseguida.

Vorreedi frunció el ceño, tratando de procesar la información. Obviamente no le resultaba fácil. Miles no lo culpaba. Una semana antes, él también habría supuesto que Seguridad Imperial Cetagandana se ocuparía. Pueden solucionar algunos problemas, sí. Pero no todos.

Precisamente por ahí rondaban: mientras Miles y Vorreedi se volvían para retroceder hacia el pabellón, un guardia de uniforme rojo, con el maquillaje a rayas, avanzó rápidamente hacia ellos. Un perro pastor, juzgó Miles, cuya misión era buscar a las ovejas perdidas y devolverlas al rebaño de enviados galácticos. Un hombre rápido, aunque no lo suficiente.

—Milores. —El guardia, que no tenía un rango muy alto, hizo un gesto de respeto—.

Les ruego que vuelvan al pabellón. Los autos los llevarán al portal sur.

Vorreedi tomó una decisión rápida.

—Gracias. Pero me temo que hemos perdido a un miembro de nuestra delegación. ¿Haría el favor de buscar a lord Vorpatril?

—Claro. —El guardia tocó un comu de muñeca y transmitió la información en tono neutral, mientras conducía a Miles y a Vorreedi hacia el pabellón como un ovejero. Evidentemente, suponía que Ivan era un huésped perdido; debía de ser un hecho bastante frecuente: el jardín estaba diseñado para distraer a los visitantes con sus delicias. Le doy diez minutos a Seguridad de Cetaganda para darse cuenta de que Ivan ha desaparecido en pleno Jardín Celestial. Después, todo se irá al diablo.

El guardia se separó de ellos cuando avanzaban hacia el pabellón. Miles buscó con la mirada en la multitud de ba que poblaba el pabellón.

—Discúlpeme, ba —dijo con respeto a la criatura de mayor edad. Ba Como Se Llamara levantó la vista. Le sorprendía que alguien hubiera notado su existencia—. Debo ponerme en contacto inmediatamente con la haut Rian Degtiar. Una emergencia. —Abrió las manos y dio un paso atrás.

La criatura asimiló la información, se inclinó e hizo un gesto a Miles para que lo siguiera. Vorreedi fue con ellos. Al otro lado del pabellón, en la intimidad que ofrecía un área de servicio, el comu. de muñeca de Ba Mayor empezó a transmitir una serie incomprensible de palabras y códigos. La frente de Ba Mayor se arrugó de sorpresa al oír el mensaje. Tomó el comu, se lo sacó y se lo pasó a Miles con una reverencia. Se retiró prudentemente. Miles hubiera querido que Vorreedi hiciera lo mismo —lo tenía pegado al hombro—, pero el coronel no se dio por aludido.

—¿Lord Vorkosigan? —llegó la voz de Rian desde el comu, sin filtro. Seguramente hablaba desde dentro de su burbuja.

—Milady. ¿Ha enviado a alguien de... de su gente a... para que recogiera a mi primo Ivan?

Hubo una corta pausa.

—No.

—Yo lo vi.

—Ah. —Se produjo otra pausa, mucho más larga. Cuando la voz volvió a surgir, sonó mucho más baja y temerosa—. Ya sé lo que está pasando.

—Me alegro de que alguien lo sepa.

—Ahora mismo le envió a mi criado.

—¿Y qué pasa con Ivan?

—Nosotras nos ocuparemos de eso. —La comu se cortó.

Miles tuvo deseos de sacudir el aparato, frustrado; en lugar de eso, se dominó y lo devolvió a Ba Mayor, que lo tomó, se inclinó y finalmente se alejó.

—¿Qué fue lo que vio, lord Vorkosigan? —exigió Vorreedi.

—Ivan... se ha ido con una dama.

—¿Qué? ¿Otra vez? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿Qué le pasa a ese chico, no tiene sentido del tacto? ¿No sabe dónde está? Mierda, esto no es la fiesta de cumpleaños del emperador Gregor...

—Creo que podré recuperarlo con discreción, señor, si usted me permite. —Miles sintió un escozor de culpa por la acusación a Ivan, pero la culpa se perdió en el miedo que le atenazaba el corazón. El aerosol, ¿habría sido una droga para dormirlo o un veneno letal?

Vorreedi se tomó un minuto largo para pensarlo; mientras contemplaba fríamente a Miles. Miles se recordó que Vorreedi pertenecía a Inteligencia, no al servicio de contraespionaje; la fuerza que lo impulsaba era la curiosidad, no la paranoia. Miles metió las manos en los bolsillos de los pantalones y trató de parecer tranquilo, despreocupado, apenas molesto por aquel lío. El largo silencio lo impulsó a añadir:

—Si no confía en lo demás, señor, confíe al menos en mi habilidad. Es lo único que

pido.

—Con discreción, ¿eh? —dijo Vorreedi—. Usted tiene amigos interesantes en este lugar, lord Vorkosigan. Me gustaría saber algo más sobre ellos.

—Pronto. Espero que pronto, señor.

—Mmm... De acuerdo. Pero sea rápido.

—Haré cuanto esté en mi mano, señor —mintió Miles. Tenía que ser aquel mismo día. Si conseguía alejarse de su guardián, tenía que aprovechar para hacer el trabajo. Todo el trabajo. O nos iremos todos a pique. Hizo una venia y se alejó antes de que Vorreedi pudiera cambiar de parecer.

Salió por el costado abierto del pabellón y caminó hacia el sol artificial. justo en ese momento, llegó un auto sin decoraciones fúnebres: una plataforma flotante simple de dos pasajeros con lugar para carga posterior. Esta vez le pareció reconocer al guía: en los controles había una criatura ba de edad avanzada, calva. En cuanto distinguió a Miles, se acercó y detuvo el vehículo. Un vehículo rápido con guardias vestidos de rojo frenó a un costado para interceptar el movimiento.

—Señor. Los invitados galácticos no pueden circular por el Jardín Celestial sin compañía.

Miles abrió palma y señaló a su guía ba.

—Milady requiere y exige la presencia de este hombre. Tengo que llevarlo.

El guardia hizo un gesto. No estaba satisfecho pero asintió de mala gana.

—Mi superior hablará con su ama.

—Por supuesto. —Los labios de su guía se torcieron en lo que Miles interpretó como una mueca de desprecio.

El guardia les dirigió una mueca de furia y se alejó. Buscaba el comu mientras caminaba. Vamos, vamos, pensó Miles mientras subía al vehículo, que afortunadamente arrancó enseguida. Esta vez, el auto tomó un atajo, elevándose sobre el jardín y alejándose hacia el sudoeste en línea recta. Se movían tan rápido que la brisa revolvía el cabello de Miles. Unos minutos después bajaron hacia el Criadero Estrella, que brillaba, pálido, entre los árboles.

Una extraña procesión de burbujas blancas se acercaba a una abertura, evidentemente la entrada trasera. Cinco esferas, dos a cada lado y otra por arriba, estaban... persiguiendo a una sexta que saltaba para escapar. Sin embargo, las otras la empujaron hacia la puerta ancha y alta del compartimiento de embarque. Las burbujas zumbaban como avispa enfurecidas cuando los campos de fuerza se tocaban. El pequeño auto de Miles flotó con calma detrás de la procesión y siguió a las burbujas hacia el interior. La puerta se cerró detrás del grupo y se selló con el chasquido sólido y los chirridos típicos de los instrumentos de alta seguridad.

Excepto por el revestimiento —de piedras pulidas en diseños geométricos en lugar de cemento gris—, el compartimiento de entrada era utilitario y bastante normal. En ese momento estaba vacío excepto por la haut Rian Degtiar, de pie en sus túnicas blancas y holgadas, junto a su propia silla-flotante. La cara pálida estaba tensa.

Las cinco burbujas que habían perseguido a la sexta se acomodaron en el suelo y desconectaron la pantalla de fuerza. Aparecieron cinco de las consortes que Miles había conocido en la reunión nocturna. La sexta burbuja siguió cerrada, blanca sólida, impenetrable.

Miles se apeó en cuanto el vehículo se posó sobre el pavimento y corrió cojeando hacia Rian.

—¿Ivan está ahí? —quiso saber, señalando la sexta burbuja.

—Eso suponemos.

—¿Qué está pasando?

—Shhh. Espere. —Ella hizo un gesto gracioso, un gesto con las palmas hacia abajo; Miles apretó los dientes. La impaciencia lo consumía. Rian avanzó un paso con la cabeza

erguida.

—Ríndase y coopere —dijo Rian claramente—. Si lo hace, podemos llegar a un acuerdo. Si nos desafía, no tendrá ninguna oportunidad.

La burbuja siguió en blanco; no se rendía. No tenía forma de escapar ni de atacar. Pero Ivan está ahí dentro.

—Muy bien —suspiró Rian. Sacó un objeto parecido a un lápiz de la manga, con el dibujo del ave grabado en rojo en un lado; ajustó un control, lo apuntó a la burbuja y pulsó. La burbuja parpadeó y la silla-flotante cayó al suelo con un ruido seco que reverberó, sin energía. Un aullido flotó de una nube de tela blanca y cabello castaño.

—No sabía que eso fuera posible —susurró Miles.

—Sólo la Señora Celestial tiene el control —explicó Rian. Volvió a guardarse el objeto en la manga y avanzó otro paso. Luego, se detuvo.

La haut Vio d'Chilian había recuperado el equilibrio casi instantáneamente. Se arrodilló a medias con un brazo bajo la manga uniformada y negra de Ivan, y levantó el cuerpo derrumbado; la otra mano armada con un cuchillo se apoyó sobre el cuello de su víctima. Parecía un cuchillo muy afilado, apretado contra la piel de Ivan, quien tenía los ojos muy abiertos, dilatados pero con movimiento; estaba paralizado, no inconsciente. Y no muerto. Gracias a Dios.

Todavía no está muerto.

A menos que estuviera muy equivocado, Miles sabía que la haut Vio d'Chilian le cortaría el cuello a un hombre indefenso sin el menor reparo. Hubiera querido que el coronel Benin estuviera allí para ver eso.

—Atáquenme —dijo la haut Vio— y su criado barrayarés morirá ahora mismo.

Miles supuso que el énfasis en la palabra "criado" era algún tipo de insulto hautesco. No estaba muy seguro del éxito del insulto pero... ésa era otra cuestión.

Miles caminó espacio hacia Rian, trazando un arco alrededor de la haut Vio, sin acercársele, quien lo siguió con ojos venenosos. Ahora que estaba directamente detrás de ella, la haut Pel hizo un gesto a Miles con la cabeza; su silla-flotante se elevó en silencio y salió del Criadero. ¿A buscar ayuda? ¿Un arma? Pel era la más práctica... así que la misión de él era conseguirle tiempo.

—¡Ivan! —dijo, indignado—. ¡Ivan no era el que ustedes buscaban!

El rostro de la haut Vio expresó sorpresa.

—¿Qué?

Pero claro, lord X siempre usaba a otros, nunca se ensuciaba las manos. Miles había estado en el punto de mira todo el tiempo, había actuado directamente: por lo tanto, lord X había supuesto que Ivan era el jefe.

—¡Aj! —exclamó Miles—. ¿Qué suponían ustedes? ¿Creían que al ser más alto, y... y más guapo... tenía que estar moviendo todos los hilos? ¿Así funciona entre los haut, eh? ¡Estúpidos, estúpidos...! Yo soy el cerebro. —Caminó hacia el otro lado, mientras seguía farfullando—. Yo lo entendí todo desde el principio, ¿sabían? ¡Pero no! ¡No! Nadie me toma en serio... —Ivan movió los ojos, la única parte de su cuerpo que todavía controlaba—. Han metido la pata con este secuestro... ¡Han puesto todo el plan en peligro para secuestrar al hombre más prescindible...! —De pronto, Miles temió que la haut Pel no hubiese ido a buscar ayuda. Había ido al baño a arreglarse el pelo y pensaba tomarse todo el día...

Bueno, sin duda había conseguido captar la atención de todas las presentes: asesina, víctima, hautpolicías y demás. ¿Y ahora qué?

—Siempre ha sido así, desde que éramos niños, ¿sabe? Cada vez que estábamos juntos, le hablaban a él primero, como si yo fuera un idiota de otro planeta, alguien que necesitaba un intérprete... —La haut Pel reapareció en el umbral y levantó la mano, la voz de Miles se convirtió en un chillido-: Bueno, pues ya estoy harto, harto, harto, ¿entiende?

La haut Vio se retorció como si se diera cuenta de todo justo en el momento en que Pel

hacía zumbar el bloqueador. La mano se tensó sobre el cuchillo cuando la tocó el rayo. Miles se lanzó hacia delante, vio una línea roja en el borde de la hoja y alcanzó a sostener a Ivan cuando ella cayó hacia atrás, desmayada. El borde del rayo también había tocado a Ivan y se le pusieron los ojos en blanco. Miles dejó que la haut Vio golpeará el suelo sola, con toda la fuerza de la gravedad. A Ivan lo bajó lentamente.

Era sólo una herida superficial. Miles respiró de nuevo. Sacó el pañuelo del pantalón y lo puso sobre las gotas de sangre, después lo presionó contra la herida.

Levantó la vista hacia la haut Rian y la haut Pel, que flotaban cerca para examinar a la prisionera.

—Lo atrapó con una droga. Y ahora el rayo... ¿corre algún peligro?

—No lo creo —dijo Pel. Desmontó de la silla, se arrodilló y buscó en las mangas de la inconsciente haut Vio. Sacó varios objetos que colocó en el suelo, en una ordenada hilera. Había un recipiente de plata, pequeño, con un bulbo en la punta. La haut Pel lo sacudió bajo su graciosa naricita—. Ah, eso... No, no corre peligro. El efecto pasa enseguida. Pero cuando despierte se encontrará muy mareado...

—¿Podría darle una dosis de sinergina, milady? —rogó Miles.

—Sí, claro.

—Me alegro. —Miles estudió a la haut Rian. Sólo la Señora Celestial tiene el control. Pero Rian había usado el aparato como si estuviera en su pleno derecho y nadie había parpadeado, ni siquiera la haut Vio. ¿Lo entiendes ahora, pequeño? En este momento, Rian es la emperatriz de Cetaganda y todo lo que ha hecho hasta ahora ha tenido autoridad real y completa. Autoridad imperial. Doncella..., sí, claro... Otro de esos hautítulos impenetrables y confusos que no decían lo que significaban; había que saber para entenderlos.

Seguro de la recuperación de Ivan, Miles se incorporó y preguntó:

—¿Qué está pasando ahora? ¿Cómo han encontrado a Ivan? ¿Tienen los bancos de genes? ¿Qué...?

La haut Rian levantó una mano para detener el alud de preguntas. Hizo un gesto hacia la silla-flotante.

—Es la silla flotante de la Consorte de Sigma Ceta, pero como puede usted ver, no es la haut Nadina quien la ocupa.

—¡Illum Kety! ¿Sí? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre con la burbuja? ¿Cómo lo han detectado? ¿Cuánto hace que lo sabe?

—Illum Kety, sí. Empezamos a sospechar anoche, cuando vimos que la haut Nadina no volvía con el banco genético. Todos los otros bancos llegaron aquí antes de medianoche. Pero al parecer, Kety pensó que nadie advertiría la ausencia de su consorte hasta las ceremonias de esta mañana. Así que envió a la haut Vio para engañarnos. Nosotras sospechamos de inmediato y la vigilamos.

—¿Y por qué Ivan?

—Eso, no lo sé. Kety no puede hacer desaparecer a una consorte sin que se produzcan enormes repercusiones. Sospecho que pensaba usar a su primo para echarle la culpa de alguna forma.

—Sí, eso está dentro de su modus operandi. ¿Se da cuenta de que seguramente la haut Vio mató a Ba Lura siguiendo las órdenes de Kety?

—Sí. —Los ojos de Rian, fijos sobre la forma postrada de la mujer de cabello castaño, estaban fríos como el hielo—. Ella también es una traidora. Ha traicionado a los haut. El Criadero Estrella la juzgará por eso.

—Tal vez sea importante como testigo —dijo Miles, inquieto—, para limpiar la culpa de Barrayar y la mía en la desaparición de la Gran Llave. No... se precipite, por favor.. hasta que sepamos lo que necesitamos...

—Ah... nosotras tenemos muchas preguntas que hacerle primero.

—... Entonces, Kety todavía tiene el banco. Y la Llave. Y está sobre aviso. —Mierda.

¿A qué imbécil sé, le habría ocurrido la idea de los bancos...? Ah, sí... Pero no puedes echarle la culpa a Ivan por esto, compañero. A ti también te pareció que recuperar los bancos era el mejor movimiento táctico. Y Rian también cayó. Idiotez por votación unánime del comité, la mejor de las idioteces...

—Y él tiene a su consorte y sabe que no puede conservarla con vida. Tiene que matarla. No pensé... que estaba enviando a la haut Nadina a la muerte. —La haut Rian miró la pared más lejana, evitando los ojos de Miles y Pel.

Yo tampoco lo pensé. Miles tragó saliva. Tenía ganas de vomitar.

—Puede enterrarla en el caos de la rebelión cuando todo se desate. Pero todavía no... —Hizo una pausa—. Si necesita a Ivan para arreglar su muerte e incriminar a Barrayar artísticamente... no creo que la haya matado todavía. La tiene a salvo, en la nave... No está muerta. — ¡Por favor, que no esté muerta!—. Y además, sabemos otra cosa. La haut Nadina está ocultando información con éxito, tal vez hasta lo lleva en la dirección equivocada a propósito. Estoy seguro: él no habría intentado nada de esto si supiera... — En realidad, eso también podía significar que la haut Nadina estaba muerta. Miles se mordió el labio—. Pero el gobernador Kety ya ha hecho unos cuantos movimientos incriminatorios. Todas las pruebas apuntan contra él, y no contra mí... ¿no es cierto?

Rian dudó.

—Tal vez. No cabe duda de que es muy inteligente.

Miles miró con los ojos muy abiertos la silla-flotante inerte, levemente inclinada sobre el suelo y poco impresionante sin el halo del campo de fuerza.

—También nosotros lo somos. Esas sillas-flotantes... Alguien las relaciona electrónicamente con sus ocupantes, ¿verdad? ¿Sería muy tonto de mi parte suponer que la persona que establece la relación es la Señora Celestial?

—Correcto, lord Vorkosigan.

—Así que usted tiene el aparato de control... podría conceder el código de esta silla a cualquiera...

—A cualquiera no. Sólo a cualquier hautmujer.

—Illum Kety espera el regreso de esa hautburbuja. Espera a una hautmujer y un barrayarés prisionero, ¿verdad? —Miles respiró hondo—. Creo... creo que no deberíamos hacerle esperar.

14

—He encontrado a Ivan, señor. —Miles sonrió a la comuconsola. El fondo que había detrás de la cabeza del embajador Vorob'yev estaba borroso, pero los sonidos de la comida, voces bajas, tintineos de platos y cubiertos, llegaban con mucha claridad—. Está visitando el Criadero Estrella. Nos quedaremos un rato... no podemos insultar a la anfitriona... ya me entiende. Pero seguramente voy a poder rescatarlo y volver con ustedes antes de que termine la ceremonia. Tenemos un guía ba.

La cara de Vorob'yev tenía una expresión que hubiera podido definirse de cualquier manera menos con la palabra "felicidad".

—Bueno. Supongo que no queda más remedio que aceptarlo. Pero al coronel Vorreedi no le gustan mucho estas transgresiones de la agenda, aunque tengan valor como contactos culturales, y debo decir que empiezo a compartir su opinión. No... No deje usted que lord Vorpatriel haga nada... inapropiado, ¿eh? Las haut no son ghem. Eso usted ya lo sabe.

—Sí, señor. Ivan está bien. Se está portando mejor que nunca. —Ivan estaba frío y quieto, en el compartimiento de embarque, pero el color le volvía lentamente a la cara gracias a la sinergia.

—¿Y cómo ha conseguido obtener ese extraordinario privilegio? —preguntó Vorob'yev.

—Ah, bueno, ya conoce usted a Ivan. No podía dejarme dar un golpe sin probar él también. Más tarde se lo explicaré todo. Ahora tengo que irme.

—Estaré esperando con impaciencia. Seguro que es fascinante —murmuró el embajador en tono seco. Miles cortó la comunicación antes de que la sonrisa se desvaneciera.

—Fiuuu. Eso nos da algo de tiempo, pero muy poco. Tenemos que actuar enseguida.

—Sí —dijo la haut que lo escoltaba, la consorte morena de Rho Ceta. Hizo girar la silla y lo guió fuera de la oficina con la comuconsola; él tuvo que trotar para seguirla.

Volvieron al compartimiento de carga justo cuando Rian y la haut Pel terminaban de codificar la silla flotante de la haut Nadina. Miles dirigió una mirada ansiosa a su primo, tendido sobre el suelo labrado. La respiración de Ivan parecía profunda y normal.

—Estoy listo —informó a Rian—. Mi gente tardará por lo menos una hora en venir a buscarme. Si Ivan se despierta... bueno... no creo que usted tenga problemas en controlarlo. —Se humedeció los labios—: Si las cosas salen mal... vaya a ver al ghemcoronel Benin. O a su emperador. No busque a nadie de rango intermedio en Seguridad. Lo que está pasando, sobre todo el hecho de que el gobernador Kety haya podido meter mano en sistemas que todos creíamos inexpugnables, indica claramente que tiene una buena relación en las altas esferas, probablemente muy arriba, en Seguridad, señora, y esa relación le ayuda y le apoya. Sospecho que si la rescata esa persona, sea quien fuere, la experiencia puede ser fatal.

—Entiendo —dijo la haut Rian con seriedad—. Y estoy de acuerdo con su análisis, lord Vorkosigan. Ba Lura no habría llevado la Gran Llave a Kety para que él la duplicara si no hubiera estado convencido de que era capaz de hacerlo. —Se enderezó sobre el brazo de la silla y dirigió un gesto a la haut Pel.

Ella se había llenado las mangas con los pequeños objetos de la haut Vio. Se arregló las túnicas blancas y se sentó con gracia. Lamentablemente los objetos no incluían armas de energía y llevarlas hubiera alertado los sistemas de rastreo de Seguridad, sobre todo porque eran demasiado voluminosas. Ni siquiera un bloqueador, pensó Miles. Realmente lo lamentaba. Me voy a una batalla orbital con mi uniforme de gala y botas de montar, totalmente desarmado. Perfecto... Se acomodó otra vez a la izquierda de la haut Pel, sobre el apoyabrazos, y trató de no sentirse como un muñeco de ventrilocuo: lo que más se adecuaba a su aspecto. La pantalla de fuerza de la burbuja los envolvió; Rian retrocedió un paso y los saludó con la mano. Pel, con la mano derecha sobre el panel de control, hizo girar la burbuja y flotaron con rapidez hacia la salida, que se dilató para franquearles el paso; otras dos consortes salieron al mismo tiempo y se alejaron en otras direcciones.

A Miles le dolía el corazón, cuando pensaba en lo que hubiera sentido con Rian como camarada de armas. El corazón, pero no la cabeza. Era esencial que Rian... la testigo más creíble de la traición de Kety, no cayera en manos de Kety. Además le gustaba el estilo de Pel. Ya había demostrado su capacidad para pensar con claridad y rapidez en una emergencia. Todavía no estaba seguro de que la caída desde el edificio hubiera sido realmente necesaria, le parecía un gesto de mera diversión. Una hautmujer con sentido del humor, o casi... Por desgracia tenía ochenta años, era una consorte, era cetagandana y... ¿Quieres acabar con eso, por favor? No eres Ivan y nunca lo serás. Bueno, en todo caso, éste es el último día para la traición del hautgobernador Isum Kety..

Se unieron al grupo de Kety, casi listo para partir en la puerta sur del Jardín Celestial. La haut Vio había secuestrado a Ivan lo más tarde posible, por razones de seguridad. Como correspondía a su dignidad de gobernador, el séquito de Kety era numeroso: más de veinte ghemguardias, ghempladies, lacayos que no eran ba y, para horror de Miles, el ghemgeneral Chillan. ¿Estaría al corriente de la traición de su amo, o pensaban matarlo con la haut Nadina en el camino de vuelta y reemplazarlo por algún otro, designado por Kety? Tenía que ser una cosa o la otra; el comandante de las tropas imperiales de Sigma

Ceta no podía mantenerse neutral en el golpe de Estado.

Kety hizo un gesto a la burbuja de la haut Vio y la haut Pel entró en el vehículo personal del gobernador, que los llevaría al puerto de transbordadores, lugar de aterrizaje exclusivo de los altos funcionarios del imperio. El ghemeneral Chilian subió a otro auto; Miles y la haut Pel se encontraron solos con Kety en el espacio limitado de esa especie de camioneta cerrada, diseñada sin duda para las burbujas de las hautladies.

—Llegas tarde. ¿Has tenido problemas? —preguntó Kety, sin aclarar las cosas mientras se acomodaba en el asiento. Parecía preocupado y tenso, como correspondía a un deudo de la emperatriz muerta... o a un hombre montado sobre un tigre furioso y muy hambriento.

Sí, sí... debería haberme dado cuenta de que era lord X apenas vi ese cabello teñido... decidió Miles. Un hautlord que no estaba dispuesto a esperar para conseguir lo que podía ofrecerle la vida.

—Nada importante. Todo arreglado —Informó Pel. El filtro de voz, al máximo de la interferencia posible, alteraba los tonos y los convertía en una imitación no del todo correcta de los timbres de la haut Vio.

—Por supuesto, querida. No bajas el campo de fuerza hasta que estemos a bordo.

—Sí.

S... el ghemgeneral Chilian tiene una cita con un sello de aire no muy amistoso en el camino a casa... ahora lo sé. Pobre tonto, pensó Miles. Tal vez la haut Vio quería volver a su hautgenoma. ¿Era la amante de Kety o su ama? ¿O tal vez funcionaban en equipo? El hecho de que hubiera dos cerebros detrás del plan ayudaría mucho a explicar la rapidez, flexibilidad y confusión de los hechos.

La haut Pel tocó un control y se volvió hacia Miles.

—Cuando llegemos a bordo, debemos decidir si buscamos primero a Nadina o la Gran Llave.

Miles casi se ahogó del espanto.

—Em... —Hizo un gesto hacia Kety, sentado a menos de medio metro de sus rodillas.

—No nos oye —le aseguró Pel.

Parecía cierto, porque Kety dirigió una mirada distraída hacia el paisaje que se veía a través del techo descubierto del auto de superficie.

—La recuperación de la Llave —siguió diciendo Pel— sigue siendo nuestro primer objetivo.

—Mm... Pero si la haut Nadina está viva, es un testigo importante desde el punto de vista de Barrayar. Y... tal vez sabrá dónde está la Llave. Yo supongo que está en un laboratorio. Tienen que estar tratando de descifrarla, estoy seguro, pero la nave es muy grande y hay mucho espacio para montar un laboratorio de decodificación.

—Tanto la Llave como Nadina tienen que estar cerca de las habitaciones de Kety —dijo Pel.

—¿No la habrá metido en un calabozo?

—Dudo que Kety quiera que muchos de sus soldados y servidores sepan que su consorte está presa. No. Seguramente la tiene en un camarote.

Me pregunto dónde tiene pensado poner en escena el crimen en que planea involucrar a Ivan. Las consortes se mueven dentro de límites muy estrechos. No puede hacerlo en su nave ni en su residencia. Y seguramente no se atreverá a repetir un asesinato dentro del jardín Celestial... eso sería demasiado. Supongo que ha tramado algo distinto... para esta misma noche.

El gobernador Kety levantó la vista y miró la burbuja.

—¿Ya se está despertando? —preguntó.

Pel se tocó los labios con la mano y luego apretó los controles.

—Todavía no.

—Quiero interrogarlo primero. Tengo que averiguar cuánto saben...

—Hay tiempo...

—No tanto...

Pel cerró el sonido exterior otra vez.

—La haut Nadina primero —votó Miles con firmeza.

—Creo... creo que tiene usted razón, lord Vorkosigan —suspiró Pel.

No mantuvieron más conversaciones peligrosas con Kety porque la confusión del embarque del grupo que iba a entrar en órbita absorbió por completo a Kety. El gobernador se comunicaba constantemente con el comu. No volvieron a estar a solas con el gobernador hasta que la multitud entró en el corredor del transbordador, pasó a la nave oficial de Kety y se alejó hacia sus muchas obligaciones y placeres. El ghemgeneral Chilian ni siquiera intentó hablar con su esposa. Pel siguió a Kety, que le había hecho un gesto claro después de despedir a sus guardias. Miles supuso que ahí empezaba la diversión. Limitar el número de testigos también reduce la cantidad de asesinatos necesarios para mantener el secreto si las cosas salen mal.

Kety los llevó a un corredor ancho, lujoso, evidentemente destinado a las habitaciones de clase alta. Miles tocó a la haut Pel en el hombro:

—Mire. En el pasillo. ¿Ve?

Había un lacayo frente a la puerta de un camarote. Cuando pasó el dueño de la nave, se puso firme, pero Kety entró en otro camarote. El guardia se relajó.

Pel dobló el cuello.

—Puede ser la haut Nadina?

—Sí. Bueno... Tal vez. No creo que se atreviera a poner un verdadero soldado. No si no está al mando de las estructuras de comando. —Miles pensó que había sido una tontería no notar el cisma entre Kety y su ghemgeneral. Ésa había sido una gran oportunidad perdida...

La puerta se cerró detrás del grupo y Miles se volvió para examinar aquel lugar. La habitación estaba limpia y no tenía decoraciones ni efectos personales: un camarote sin uso.

—Podemos ponerlo aquí —dijo Kety, señalando un jergón en un rincón del cuarto—. ¿Puedes mantenerlo bajo control químico, o necesitamos guardias?

—Bastará con algunas sustancias químicas —contestó Pel—, pero necesito algunas cosas. Sinergina. Pentarrápida. Y será mejor que lo sometamos a algunas pruebas por si tiene alergia inducida a la penta. Se la producen a mucha gente importante, ya lo sabes... No creo que tú quieras que Vorpatriel muera en este lugar.

—¿Clarium?

Pel miró a Miles con los ojos llenos de preguntas. No conocía la palabra. El clarium era un tranquilizante de interrogatorio muy común entre los militares. Miles asintió.

—Buena idea —se arriesgó ella.

—¿No hay posibilidad de que despierte antes de que yo vuelva? —preguntó Kety, preocupado.

—Lamento decir que se me fue un poco la mano con la droga...

—Mmm. Por favor, ten cuidado, mi amor. No tiene que haber demasiados residuos químicos en la autopsia. Aunque con suerte, no creo que tengan material para una autopsia.

—No me gusta tentar demasiado a la suerte.

—Bien dicho —dijo Kety, con una exasperación especial—. Por fin estás aprendiendo.

—Te espero —dijo Pel con frialdad, como para que se fuera. Probablemente la haut Vio habría dicho lo mismo.

—Déjame que te ayude a acostarlo —dijo Kety—. Seguramente estás muy incómoda ahí dentro.

—No, no. Lo estoy usando de apoyapiés. La silla flotante es... tan cómoda. Me

gustaría... bueno, disfrutar del privilegio de una haut un poquito más, mi amor —suspiró Pel—. Hace tanto que...

Los labios de Kety se afinaron en una sonrisa divertida.

—Muy pronto tendrás más privilegios que la emperatriz, y todos los extranjeros que quieras a tus pies. —Hizo un gesto hacia la burbuja y salió a toda prisa. ¿Adónde iría un gobernador con una lista de drogas para interrogatorio? ¿A la enfermería? ¿A Seguridad? ¿Y cuánto tiempo tardaría?

—Ahora —dijo Miles—. Por el corredor. Tenemos que librarnos del guardia... ¿Ha traído usted la sustancia que le dio la haut Vio a Ivan?

Pel sacó el bulbo de la manga y lo levantó.

—Cuántas dosis quedan?

Pel afinó la vista.

—Dos. Vio preparó de más. —Había un tono de desaprobación en su voz, como si Vio hubiera perdido puntos con esa redundancia.

—Yo me hubiera llevado cien, por si acaso. De acuerdo. úsela... no toda, si no es necesario.

Pel sacó la burbuja del camarote y dobló por el corredor. Miles se deslizó detrás de la silla y se aferró al respaldo. Las botas le resbalaban un poco sobre la base que sostenía la fuente de energía de la silla. ¿Escondido detrás de las faldas de una mujer? Ese medio de transporte —y cualquier otra cosa que significara estar bajo el control de un cetagandano o cetagandana— era frustrante, pero la misión de rescate era su principal objetivo. Para el hambre no hay pan duro. Pel se detuvo frente al guardia de librea.

—Servidor —le dijo.

—Haut. —El hombre hizo una reverencia frente a la burbuja blanca—. Estoy de guardia y no puedo ayudarla.

—No necesito mucho tiempo. —Pel bajó la pantalla de fuerza. Miles oyó un siseo y un ruido de toses. La silla se sacudió y él se deslizó hacia el suelo. Cuando se levantó, descubrió a Pel con el guardia caído sobre la falda en una posición incómoda y extraña.

—Mierda —dijo Miles, con pena—, deberíamos haberle hecho esto a Kety en el primer camarote... Bueno, veamos qué hacemos con esta almohadilla de palma.

Una almohadilla estándar. ¿Qué palmas la abrían? Muy pocas, seguramente: Kety, tal vez Vio, y el guardia, para casos de emergencia.

—Levántelo un poco —dijo Miles y apretó la palma del hombre inconsciente contra el lector. —Ah —suspiró, aliviado. La puerta se deslizó sin alarmas ni protestas. Miles le quitó el bloqueador al guardia y entró de puntillas con la haut Pel detrás.

—Ay —gimió Pel, furiosa. Habían encontrado a la haut Nadina.

La anciana estaba sentada en un jergón similar al del otro camarote, cubierta sólo con la malla blanca. Los efectos de un siglo de gravedad eran suficientes para dañar incluso ese cuerpo haut: sacarle las túnicas exteriores, voluminosas y llamativas, era una indignidad deliberada que hubiera podido superarse sólo con la desnudez absoluta. Le habían sujetado el cabello al suelo a un metro de la punta con un aparato que no había sido diseñado para ese propósito. No era una posición cruel, físicamente hablando —el largo del cabello le dejaba dos metros para moverse alrededor—, pero había algo terriblemente ofensivo en el asunto. ¿Idea de la haut Vio, tal vez? Miles pensó que ahora entendía la reacción de Ivan frente al árbol de gatitos. Estaba mal hacerle eso a la anciana señora (aunque fuera una anciana señora de una raza tan aborrecible como la de los haut). Y para colmo, Nadina le recordaba a su abuela betanesa... bueno, no exactamente, Pel era la que se parecía más a su abuela Naismith en carácter pero...

Pel arrojó al guardia al suelo y corrió hacia su hermana consorte.

—Nadina, ¿te han hecho daño?

—¡Pel! —Cualquiera hubiera caído en brazos de la salvadora pero como Pel y Nadina eran haut, se limitaron a un apretón de manos, aunque fue un apretón muy afectuoso.

—¡Ah! —dijo Pel, furiosa por la situación de Nadina. Se quitó algunas túnicas, seis más o menos, y se las entregó a Nadina, que se las puso con gracia y se irguió con más decisión. Miles completó la revisión del lugar para asegurarse de que estaban solos y se volvió hacia las mujeres que estaban de pie, mirando las puntas del cabello. Pel se arrodilló y tiró de algunos mechones, pero no pudo desprenderlos.

—Ya lo he intentado —suspiró Nadina—. No salen ni de uno en uno.

—¿Dónde está la llave de eso?

—La tenía Vio.

Pel vació los bolsillos de su arsenal misterioso, pero Nadina meneó la cabeza.

—Mejor lo cortamos —dijo Miles—. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

Las dos mujeres lo miraron, horrorizadas.

—¡Las hautmujeres nunca se cortan el pelo! —exclamó Nadina.

—Mmm, discúlpenme, milady, pero esto es una emergencia. Si nos vamos ahora mismo a los compartimientos de emergencia de la nave, puedo llevarlas a terreno seguro antes de que Kety se dé cuenta. Tal vez incluso logremos salir de aquí sin hacer ruido. Cada segundo de retraso representa un grave peligro con este margen limitado de tiempo.

—¡No! —dijo Pel—. Antes necesitamos la Gran Llave.

Miles sabía que no le sería posible mandar a las dos mujeres de vuelta hacia el planeta y quedarse a buscar la Llave: él era el único piloto orbital calificado del trío. Iban a tener que seguir los tres juntos, Mierda. Manejar a una hautlady ya constituía un problema, pero tratar con dos iba a ser peor que intentar conducir un rebaño de gatos.

—Haut Nadina, ¿sabe usted dónde está la Llave?

—Sí. Él me llevó a verla anoche. Se le ocurrió que a lo mejor yo sabía cómo abrirla. Se trastornó mucho cuando vio que no era posible.

Miles levantó la vista; el tono de la anciana le había llamado la atención. Por lo menos, no había señales de violencia en sus hermosos rasgos. Pero los movimientos de Nadina eran tensos y rígidos. ¿Artritis por la edad, o trauma por el uso de algún objeto contundente? Volvió al cuerpo del guardia inconsciente y lo registró buscando útiles, tarjetas de código, armas... ah, un vibracuchillo plegable. Lo escondió en la ropa y retrocedió hacia las damas.

—Yo sé de animales que se arrancan una pierna para escapar de una trampa —explicó tentativamente.

—¡Aj! —dijo Pel—. Barrayareses...

—Usted no lo entiende —dijo Nadina, ansiosa.

Por desgracia, Miles lo entendía muy bien. Las dos mujeres iban a quedarse ahí de pie discutiendo sobre el pelo atrapado de Nadina hasta que Kety las atrapara a ellas...

—¡Miren! —dijo de pronto y señaló la puerta.

Pel se puso de pie de un salto y Nadina gritó:

—¿Qué pasa?

Miles sacó el vibracuchillo, tomó la melena plateada y la cortó lo más cerca del suelo que pudo.

—Ya está. Vámonos.

—¡Bárbaro! —exclamó Nadina. Pero no se estaba poniendo histérica; expresó su protesta indignada con bastante tranquilidad, dadas las circunstancias.

—Un sacrificio por los haut —le juró Miles.

Había una lágrima en los ojos de ella; Pel... Pel parecía secretamente agradecida de que Miles se hubiera encargado del asunto. Subieron otra vez a la silla flotante. Nadina se acomodó sobre el regazo de Pel y Miles se colocó detrás, como siempre. Pel salió de la cámara y volvió a conectar la pantalla de fuerza. Las sillas flotantes eran silenciosas, pero el motor de ésta protestaba por la carga. Avanzaba a trompicones.

—Por ahí. Dobla aquí —les indicó la haut Nadina.

A medio camino en el pasillo pasaron junto a un criado, que se apartó con una reverencia y no los volvió a mirar.

Kety usó pentarrápida con usted? —preguntó Miles a Nadina—. ¿Cuánto sabe de las sospechas del Criadero Estrella?

La Pentarrápida no funciona en las hautmujeres —le informó Pel por encima del hombro.

—¿Ah. no? ¿Y en los hauthombres?

—No muy bien —dijo Pel.

—De todos modos...

—Aquí. —Nadina señaló un tubo elevador. Descendieron una cubierta y siguieron por otro pasillo más estrecho. Nadina tocó el cabello plateado que tenía sobre la falda, miró las puntas cortadas con el ceño fruncido, después lo soltó con un sonido despectivo, desdichado y concluyente—. ¡Qué desagradable es todo esto! Espero que esté disfrutando la oportunidad de divertirme, Pel. Y espero que la oportunidad sea muy breve.

Pel hizo un ruido y no quiso comprometerse con una respuesta.

Miles no entendía muy bien por qué, pero ésa no era la misión heroica que había previsto — Una misión secreta, en la nave de Kety, con dos hautladies mayores y decorosas—. A decir verdad, se podía sospechar de la alianza de Pel con la corrección y la decencia, pero Nadina parecía intentar compensarla. Miles tenía que admitir que la idea de la burbuja era mucho mejor que la de disfrazar sus peculiaridades físicas como ba, especialmente porque esas criaturas extrañas tenían siempre un aspecto muy saludable. Había bastantes hautmujeres en esa nave y una burbuja en un pasillo no llamaba la atención de nadie.

No es eso. Es que hasta ahora hemos tenido suerte.

Llegaron a una puerta sin indicaciones.

—Aquí es —anunció Nadina.

No había guardias que custodiaran la puerta: ésa era la pequeña habitación inexistente.

—¿Cómo entramos? —preguntó Miles—. ¿Llamamos a la puerta?

—Supongo —dijo Pel. Bajó la pantalla un segundo, llamó y volvió a subirla.

—¡Era una broma...! —exclamó Miles, horrorizado. Seguramente no había nadie ahí dentro... se había imaginado la Gran Llave guardada a solas en un compartimiento con cerradura codificada...

La puerta se abrió. Un hombre pálido, enfundado en la librea de Kety, con grandes ojeras oscuras bajo los ojos, apuntó a la burbuja con un aparato, leyó la firma electrónica y dijo:

—¿Sí, haut Vio?

—Traigo a la haut Nadina para que lo intente de nuevo —dijo Pel. Nadina hizo un gesto. No estaba de acuerdo.

—No creo que vayamos a necesitarla —objetó el hombre de librea—, pero puede usted hablar con el general. —Se colocó a un costado de la puerta para dejarlos pasar.

Miles, que había estado calculando cómo dormir al hombre con el aerosol de Pel, empezó a urdir nuevas estrategias. Había tres hombres en... sí, era un laboratorio de decodificación. Una gran cantidad de máquinas, conectadas con cables provisionales, ocupaban hasta la última superficie de la habitación. Había un técnico con aspecto aún más cansado, ataviado con el uniforme de fajina negro de Seguridad militar Cetagandana, sentado frente a una consola, con aire de haber permanecido en esa posición durante días y días. A su alrededor había un círculo de envases de bebida con cafeína y sobre una mesa cercana, un par de botellas de calmantes. Pero el que llamó la atención de Miles era el tercer hombre, que se inclinaba sobre el hombro del técnico.

No era el ghemgeneral Chillan, como había supuesto al principio. Era un hombre más joven, más alto, de rasgos severos y firmes, y llevaba el uniforme formal rojo sangre de

Seguridad Imperial del Jardín Celestial. Sin rayas de cebrá en la cara. Tenía la guerrera arrugada y abierta. No era el jefe de Seguridad —la mente de Miles revisó la lista que había memorizado hacía semanas en un trabajo muy equivocado de preparación para el viaje—, sí, sí, era el ghemgeneral Naru, tercero en la línea de mando. El contacto de Kety en Seguridad Imperial de Cetaganda. Aparentemente, estaba ahí para ayudar a romper los códigos que protegían la Gran Llave.

—De acuerdo —dijo el tec de cara agotada—, empecemos con la rama siete mil trescientos seis. Setecientos más y la tenemos, lo juro.

Pel jadeó con fuerza y señaló hacia adelante. Más allá de la consola, apiladas en un montón desordenado sobre la mesa, había ocho copias de la Gran Llave. O una Gran Llave y siete copias...

¿Estaría Kety tratando de cumplir con el sueño de la emperatriz Lisbet? Y entonces, ¿acaso las últimas dos semanas habían sido sólo un enorme malentendido? No... no. Tenía que ser otra trampa. Tal vez Kety planeaba enviar a los otros gobernadores a casa con copia y todo, o hacer que Seguridad Imperial tuviera que perseguir siete copias... y había muchas otras posibilidades... todas en la orden del día de Kety.. sólo Kety.

Miles pensó que si disparaba el bloqueador empezarían a sonar todas las alarmas... No, eso tenía que reservarlo como último recurso. Mierda, si sus víctimas eran inteligentes —y Miles suponía que la inteligencia de los tres hombres que tenía adelante estaba más allá de toda duda—, saltarían sobre él para que disparara. Él lo hubiera hecho.

—¿Qué más esconde usted en su manga? —le susurró Miles a Pel.

—Nadina —Pel hizo un gesto hacia la mesa—, ¿cuál es la Gran Llave?

—No estoy segura —dijo Nadina, que miraba ansiosamente el montón de aparatos.

—Lo mejor será que nos las llevemos todas —pidió Miles con urgencia.

—Pero tal vez todas son falsas —objetó Pel—. Tenemos que averiguar cuál es la verdadera. Si no volvemos con la Gran Llave, nuestra misión habrá fracasado. —Buscó en la ropa y sacó un anillo conocido, un anillo con el dibujo de un ave chillando...

Miles se quedó sin aliento.

—¡Por Dios santo!, ¿cómo se le ha ocurrido traer eso? ¡Que no lo vea nadie! Después de dos semanas de tratar de reproducir lo que hace ese anillo, le aseguro que esos hombres están más que dispuestos a matarla por él.

El ghemgeneral Naru giró en redondo y se enfrentó a la burbuja blanca.

—Sí, Vio, ¿qué pasa ahora? —Tenía la voz llena de aburrimiento y de desprecio.

A Miles le pareció que Pel trataba de dominar un ataque de pánico. La vio ensayar la respuesta en la garganta, sin voz, y después, descartarla definitivamente.

—No vamos a poder mantener este asunto así por mucho tiempo —urgió Miles—. Propongo que ataquemos, tomemos lo que queremos y nos vayamos de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Nadina.

Pel levantó la mano para pedir silencio en la discusión y trató de ganar algo de tiempo.

—Su tono de voz es inadmisibile, señor.

Naru hizo una mueca.

—Volver a esa burbuja no le sienta bien, haut. Demasiado orgullo. Bueno, disfrútelo mientras pueda. Después de esto, vamos a sacar a todas las perras de sus fortalezas. Sus días de esconderse detrás de la ceguera y la estupidez del Emperador están contados. Se lo aseguro, haut Vio.

Bueno... Naru no había entrado en el complot por fidelidad a los planes de la emperatriz sobre el destino genético de los haut, eso era evidente. Miles comprendía que los privilegios tradicionales de las hautladies se hubieran convertido en una ofensa irritante y profunda para la decisión y la paranoia que debe tener un hombre de Seguridad. ¿Era ése el soborno que había ofrecido Kety a Naru por su cooperación? ¿La promesa de que el nuevo régimen abriría las puertas cerradas del Criadero Estrella y

luces en cada rincón secreto de las hautmujeres? ¿La promesa de destruir la extraña base del poder de las haut para ponerlo todo en manos de los ghemgenerales, es decir, al lugar que le correspondía (según Naru)? ¿Era Kety quien estaba manipulando a Naru, o los dos ocupaban un puesto similar en el complot? Tenían el mismo grado de responsabilidad, decidió Miles. Naru es el hombre más peligroso de la habitación, tal vez de toda la nave. Puso el bloqueador en potencia baja. La esperanza de que de esta forma el arma no disparara las alarmas era muy remota pero...

—Pel —dijo con urgencia—, use la última dosis de droga contra el ghemgeneral Naru. Yo trataré de amenazar a los demás, de dominarlos sin disparar. Los atamos, cogemos las Llaves y nos vamos de aquí. No será elegante, pero al menos lo haremos con rapidez, y en este momento el tiempo es un factor crítico.

Pel asintió sin entusiasmo, recogió las manos y preparó el bulbo de aerosol. Nadina se aferró a la silla; Miles se preparó para saltar.

Pel bajó la pantalla de fuerza y echó el aerosol sobre la cara asustada de Naru. El general trató de no respirar y dio un paso atrás, y la nube de droga apenas lo rozó. Cuando el general soltó el aliento retenido, emitió un grito de advertencia.

Miles maldijo, saltó al suelo y disparó tres veces, una detrás de otra, con rapidez. Los dos técnicos cayeron al suelo; Naru casi consiguió esquivar el rayo pero la nube lo paralizó. Por el momento. Se derrumbó sobre la mesa como un jabalí que se hunde en un pantano, la voz reducida a un gruñido incomprensible.

Nadina corrió hacia la mesa de las Llaves, las puso sobre las túnicas y se las llevó a Pel. Pel tomó el anillo y probó:

—No... ésa no...

Miles dirigió una mirada a la puerta, que seguía cerrada y se mantendría así hasta que el lector recibiera a una palma autorizada. ¿Quién estaba autorizado? Kety.. Naru, que ya estaba dentro... ¿algún otro? Pronto lo averiguaremos.

—No... —seguía diciendo Pel—. ¿Y si son todas falsas...? No...

—Claro que son todas falsas —comprendió de pronto Miles—. La verdadera tiene que estar... —Empezó a seguir los cables de la comuconsola del técnico en decodificación. Todos iban hacia una caja, escondida detrás del equipo y la caja tenía... otra Gran Llave. Pero ésa estaba en un rayo-luz de comunicaciones, que llevaba las señales de los códigos—. ¡Aquí! —Miles la arrancó del lugar y se la devolvió a Pel—. Tenemos la Llave, tenemos a Nadina, sabemos lo que necesitamos de Naru, lo tenemos todo. Larguémonos.

La puerta siseó al abrirse. Miles giró sobre sus talones y disparó.

Un hombre armado con un bloqueador y ataviado con la librea de Kety se tambaleó hacia delante. Gritos y golpes llegaron desde el corredor y una docena de hombres se apartó hacia un lado para no quedar en la línea de fuego.

—Sí —gritó Pel con alegría cuando se abrió la tapa de la Gran Llave. Ahí estaba: la habían encontrado.

—¡Ahora no! —aulló Miles—. Vuelva a la silla, Pel, y conecte la pantalla de fuerza.

Miles se agachó a bordo de la silla; la pantalla se cerró bruscamente a su alrededor. Una nube de fuego de bloqueador en masa atravesó el umbral. El fuego se extinguió con un crujido sobre la esfera brillante, sin daños: el único efecto fue un brillo mayor alrededor de la silla. Pero la haut Nadina estaba fuera. Gritó y se tambaleó, dolorida, al recibir el impacto de la nube del rayo. Los hombres pasaron por la puerta.

—¡Tienes la Llave, Pel! —gritó la haut Nadina—. ¡Vete!

Una sugerencia muy poco práctica: los hombres del gobernador Kety apresaron a Nadina y bloquearon la puerta, y el triunfador pasó por el umbral y lo cerró tras él con la palma.

—Bueno, bueno —dijo en tono muy lento, los ojos llenos de curiosidad frente a la carnicería que tenía delante—. Bueno. —Por lo menos podría tener la cortesía de maldecir y patear el suelo, pensó Miles con amargura, pero el gobernador parecía tener...

un control absoluto de la situación——. ¿Qué tenemos aquí?

Un soldado de Kety se arrodilló junto al ghemgeneral Naru y lo ayudó a levantarse, sosteniéndolo por los hombros. Naru, que tuvo dificultades para sentarse, se pasó una mano temblorosa por la cara, que sin duda le dolía y le picaba —Miles lo sabía: había experimentado más de una vez la desagradable sensación del bloqueo— y ensayó una respuesta inteligible. En el segundo intento, consiguió articular unas palabras comprensibles:

—Consortes Pel y Nadina. Y el... barray... ¡Le dije a usted que esas burbujas eran un peligro...! —Volvió a caer en los brazos del soldado—. Pero no im... Los tenemos a todos...

—Cuando ese cerdo se someta a juicio por traición —dijo la haut Pel con odio profundo—, pienso pedirle al Emperador que le saque los ojos antes de ejecutarlo.

Miles se preguntó de nuevo por la secuencia de hechos de la noche anterior: ¿cómo habrían conseguido el gobernador y el ghemgeneral sacar a la haut Nadina de la burbuja?

—Creo que se está adelantando, milady —suspiró.

Kety caminó alrededor de la burbuja de la haut Pel, estudiándola. Tenía que romper ese huevo: un lindo rompecabezas para el gobernador. ¿O no? Ya lo había hecho una vez.

Escapar era imposible: los movimientos de la burbuja estaban físicamente bloqueados. Kety podía sitiarlos, hacerlos morir de hambre si no le importaba esperar.. pero no. Lo cierto era que Kety no podía esperar. Miles sonrió con amargura y le dijo a Pel:

—Esta silla tiene comunicación con el exterior, ¿verdad? Lamento decirlo, pero es hora de pedir ayuda.

Por Dios, casi lo habían conseguido, casi habían acabado con el problema sin que nadie se enterara, sin dejar pistas. Pero ahora que habían identificado a Kety y a Naru, el apoyo interno del gobernador estaba neutralizado. Seguridad Imperial no constituía un peligro para las haut. Los cetagandanos tendrían que terminar el asunto ellos mismos. Si es que consigo ponerme en contacto con ellos...

El gobernador Kety hizo un gesto para que los hombres que sostenían a Nadina la arrastraran hacia lo que consideraba la parte delantera de la burbuja. Estaba unos cuarenta grados desplazado pero... Pidió el vibracuchillo a uno de los guardias, se acercó a Nadina y le levantó el cabello plateado. Ella aulló de terror, pero se relajó de nuevo cuando él se limitó a ponerle el cuchillo en el cuello con mucha suavidad.

—Baje usted la pantalla de fuerza, Pel, y ríndase. Inmediatamente. No me obligue a recitar amenazas sangrientas.

—Mierda —gruñó Miles, angustiado—. Nos tiene. A nosotros, al anillo, a la Gran Llave... —La Gran Llave. Estaba llena de... información codificada. Información cuyo valor surgía del hecho de que era única y secreta. En cualquier otro lugar del universo, la gente caminaba vadeando ríos de información, la información les llegaba hasta las orejas: una masa enorme de datos, señales y ruido... fácil de transmitir y reproducir. Si nadie se lo impedía, la información se multiplicaba como una colonia de bacterias siempre que hubiera dinero o poder detrás de ella y, finalmente, se ahogaba en su propia duplicación y el aburrimiento de los receptores humanos.

—La silla flotante, el comu... es equipo del Criadero Estrella. ¿Se puede usar para transmitir la información de la Gran Llave?

—¿Qué? Pero... —Pel lo miró, luchando con el asombro—.

Supongo que sí, pero este comu. no tiene la potencia necesaria para transmitirlo todo al jardín Celestial.

—No se preocupe por eso. Páselo a la red de comunicación de emergencia, la red de navegación comercial. Tiene que haber un elevador de potencia en la estación de transferencia orbital. Tengo los códigos estándar del elevador, son simples... tienen que ser fáciles de recordar. Y son códigos de máxima emergencia: el elevador divide la señal

y la deposita en los ordenadores de todas las estaciones y naves, tanto comerciales como militares, que se encuentren dentro del sistema estelar de Eta Ceta. Está pensado como sistema de socorro para naves en peligro. Que Kety se quede con la Gran Llave si quiere. Él y doscientas mil personas más... ¿A qué quedará reducido el complot? Tal vez no podamos ganar, pero así le robaremos la victoria...

La mirada en la cara de Pel, que asimilaba rápidamente esa sugerencia inconcebible, pasó de un gesto de horror a una expresión de alegría desmayada y después, al espanto.

—Para eso necesitamos tiempo... mucho tiempo, minutos... ¡Kety no nos va a permitir...! No. Ya tengo la solución. —Los ojos de Pel se iluminaron de rabia e inteligencia—. ¿Cuál es el código?

Miles recitó los números y los dedos de Pel teclearon sobre el panel de control. Pel puso la Gran Llave abierta sobre el lector. Kety llamó desde fuera de la burbuja:

—¡Ahora, Pel! —La mano se le tensó sobre el cuchillo. Nadina cerró los ojos y permaneció de pie, callada y digna.

Pel marcó el código del comu, bajo la pantalla de fuerza de la burbuja y saltó del asiento, arrastrando a Miles con ella.

—¡De acuerdo! —dijo en voz alta, alejándose de la burbuja—. Estamos afuera.

La mano de Kety se relajó. La pantalla volvió a cerrarse. La fuerza del golpe hizo que Miles se tambaleara. Tropezó y cayó en los brazos de los guardias del hautgobernador, que le dieron una afectuosa bienvenida.

—Eso es molesto —dijo Kety con frialdad, mirando la burbuja con la Gran Llave dentro—. Pero es un inconveniente pasajero, nada más. Llévenselos. —Hizo un gesto a los guardias con la cabeza y se alejó de Nadina—. ¡Tú! —dijo sorprendido, cuando descubrió a Miles entre los guardias.

—Yo. —Los labios de Miles se abrieron en una mueca de dientes brillantes que no tenía nada que ver con una sonrisa—. Siempre he sido yo, gobernador. De principio a fin, se lo aseguro. —Y usted está en las últimas. Claro que tal vez yo esté demasiado muerto para disfrutar del espectáculo... Kety no se atrevería a dejar con vida a los tres testigos. Pero le llevaría tiempo disponer las muertes con cierta discreción. ¿Cuánto tiempo, cuántas posibilidades de...?

Kety apretó el puño y se dominó justo antes de lanzarlo contra la mandíbula de Miles. Seguramente, el golpe habría quebrado algún hueso.

—No, tú eres el que se rompe... —musitó para sí. Dio un paso atrás e hizo un gesto al guardia con la cabeza—. Un poco de picana para él. Para todos.

El guardia sacó la picana, un instrumento militar corriente, dirigió una mirada a las consortes vestidas de blanco y dudó. Miró a Kety con ojos implorantes.

Miles casi oyó los dientes apretados del gobernador.

—De acuerdo... sólo al barrayarés.

Muy aliviado, el guardia hizo girar la picana y tocó a Miles tres veces, primero en la cara, luego en el vientre y entre las piernas. El primer roce hizo gritar a Miles, el segundo lo dejó sin aliento y el tercero lo arrojó al suelo en agonía, con los brazos y las piernas plegados en posición fetal. No más cálculos, al menos de momento. El ghemgeneral Naru, que se estaba levantando con algo de ayuda, rió en el tono de quien ve que por fin se hace justicia.

—General —le dijo Kety e hizo un gesto hacia la burbuja—, ¿cuánto tardará en abrir eso?

—A ver... —Naru se inclinó junto al técnico de cara agotada y le sacó un aparatito que apuntó a la burbuja—. Han cambiado los códigos. Media hora. A partir del momento en que los técnicos empiecen a reaccionar.

Kety hizo una mueca. Sonó la alarma del comu de muñeca. Las cejas de Kety se alzaron en la frente y dijo:

—¿Sí, capitán?

—Hautgobernador —llegó la voz formal, inquieta, de un subordinado—, hemos detectado una comunicación especial en canales de emergencia. Están transmitiendo una enorme cantidad de datos a los sistemas. Algún tipo de mensaje codificado. Excede la capacidad de memoria del receptor y se está volcando en todos los sistemas, como un virus. Viene marcado con el símbolo imperial de emergencia. Y la señal parece provenir de nuestra nave... ¿Es... son órdenes tuyas?

Las cejas de Kety se alzaron más en un gesto de sorpresa. Después observó la burbuja blanca, que brillaba en el centro de la habitación. Maldijo entre dientes, una palabra larga, aguda, sibilante.

—¡No! ¡Ghemgeneral Naru! Tenemos que anular esa cortina de fuerza... ¡ahora, ahora mismo!

Se volvió para dedicar a Pel y Miles una mirada venenosa que prometía una retribución infinita; después, él y Naru se hundieron en una conversación frenética. Inyectaron a los técnicos enormes dosis de sinergina que no consiguieron devolverles instantáneamente la conciencia, aunque los dos se sacudieron y gruñeron con movimientos muy prometedores. Kety y Naru estaban solos frente al problema. A juzgar por la luz maléfica que ardía en los ojos de Pel, abrazada a Nadina, iban a llegar demasiado tarde. El dolor de los golpes de la picana se desvanecía despacio en el cuerpo de Miles, pero se quedó en el suelo, encogido y quieto, para que al gobernador no se le ocurriera repetir sus atenciones.

Kety y Naru estaban concentrados en la tarea, tan hundidos en discusiones airadas sobre la forma más rápida de proceder, que sólo Miles reparó en un redondel brillante que se formó en la puerta de entrada a la habitación. Sonrió a pesar del dolor. Un segundo después, la puerta se derrumbó hacia el interior en medio de una lluvia de plástico y metal derretido. Otro segundo de espera, para prevenir alguna reacción rápida desde el interior.

Y después, el ghemcoronel Benin, impecablemente vestido con su uniforme rojo, con el maquillaje recién aplicado, cruzó el umbral con paso firme. No iba armado, pero el escuadrón de uniforme terracota que lo acompañaba llevaba un arsenal suficiente como para destrozarse cualquier obstáculo menor que un acorazado. Kety y Naru se paralizaron en mitad de una palabra; los criados del gobernador lo pensaron mejor, abrieron las manos, levantaron los brazos y se quedaron quietos. El coronel Vorreedi, impecable en uniforme negro de la Casa, aunque con el rostro no tan sereno como Benin, entró en último lugar. En el corredor, más allá, Miles alcanzó a ver a Ivan, asomado detrás de los hombres y las armas, con un pie en el aire y expresión preocupada.

—Buenas noches, haut Kety, ghemgeneral Naru. —Benin se inclinó con cortesía exquisita—. Por orden personal del emperador Fletchir Giaja, es mi deber arrestarlos bajo la acusación de traición al imperio. Y... —dijo mirando a Naru con una sonrisa afilada como una navaja— complicidad en el asesinato de Ba Lura, asistente imperial.

15

A la altura de los ojos de Miles, la cubierta floreció en un bosque de botas rojas cuando el escuadrón de Benin entró en la habitación, desarmó y arrestó a los soldados de Kety, y finalmente los sacó de allí con las manos sobre la cabeza. Kety y Naru se fueron con ellos, apretados como dos lonchas de jamón entre hombres de ojos duros que no parecían interesados en escuchar explicaciones.

Kety gruñó y la procesión se detuvo un momento frente a uno de los enviados de Barrayar. Miles oyó la voz de Kety, fría como el hielo:

—Felicidades, lord Vorpatril, espero que pueda usted sobrevivir a su victoria.

—¿Ajá? —dijo Ivan.

Ah, déjenlo tranquilo. Era demasiado difícil tratar de explicarle a Kety su confusión con

respecto a la pequeña cadena de mando de Miles. Tal vez Benin sí lo veía claro. Una palabra severa del sargento del escuadrón y los hombres empujaron a los prisioneros hacia el corredor.

Cuatro botas negras y brillantes se desprendieron de la multitud y se pararon frente a la nariz de Miles. Hablando de explicaciones...

Miles torció la cabeza y levantó la vista hacia el paisaje extraño y distorsionado de las caras de Ivan y el coronel Vorreedi. Sentía el suelo fresco bajo la mejilla y no podía moverse. De todos modos, no tenía ganas de levantarse.

Ivan se inclinó. Miles vio la cabeza al revés en el aire y oyó decir en tono tenso y preocupado:

Estás bien?

—P-p-picana... No es-es... nada.

—Bien —dijo Ivan y lo levantó tirándole del uniforme.

Miles colgó un momento, temblando y retorciéndose como un pez en un anzuelo, hasta que recuperó un equilibrio inestable. Se apoyó en Ivan porque no podía sostenerse por sí mismo. Su primo le puso una mano bajo el codo para ayudarlo. No hizo comentarios.

El coronel Vorreedi miró a Miles de arriba abajo:

—Voy a dejar que el embajador presente la protesta correspondiente por este tratamiento, teniente. —La expresión distante del coronel sugería que en realidad pensaba que el hombre de la picana se había quedado corto con sus agresiones—. Vorob'yev va a necesitar toda la munición disponible. Creo que usted ha creado el incidente diplomático más extraordinario de toda su carrera diplomática.

—Ah, coronel —suspiró Miles—, pre-predigo que no tras-trascenderá nada de este incidente. Espere y ve-verá.

El ghemcoronel Benin estaba inclinándose frente a las haut Pel y Nadina en el otro extremo de la habitación mientras les ofrecía sillas-flotantes, pantallas de fuerza, ropas y asistentes ghemladies. ¿Arrestándolas en el estilo en que estaban acostumbradas?

Miles dirigió una mirada a Vorreedi.

—¿Ivan le... le ha contado algo, señor?

—Eso espero —dijo Vorreedi con una voz cargada de amenazas.

Ivan asintió. Pero después de un momento agregó:

—Mmm... lo que pude... Teniendo en cuenta las circunstancias.

Es decir, con los espías cetagandanos dando vuelta alrededor, supuso Miles. ¿Todo, Ivan? ¿Lo mío todavía está intacto?

—Admito que sigo sin poder asimilarlo del todo... —dijo Vorreedi.

—¿Q-qué pasó c-cuando me fui del Criadero Estrella? —le preguntó Miles a Ivan.

—Me desperté y no estabas. Creo que fue el peor momento de mi vida... sabía que te habías ido en alguna de esas misiones locas que tanto te gustan, sin órdenes, sin apoyo.

—Ah, pero tú eras mi apoyo, tú has sido mi retaguardia, Ivan —murmuró Miles y se ganó una mirada furiosa—. Una retaguardia muy competente, como acabas de demostrar..

—Sí, una retaguardia en tu estilo favorito... inconsciente en el suelo, sin posibilidad de poner algo de sentido común en los procedimientos. Viniste a que te mataran o algo peor, y todo el mundo me hubiera echado la culpa a mí. Lo último que me dijo tía Cordelia cuando salimos de Barrayar fue: "Y trata de que no se meta en líos, ¿lo harás, Ivan?"

Miles oía con toda precisión las cadencias cansadas e irritables de la condesa Vorkosigan en la parodia de Ivan.

—Y.. bueno, en cuanto comprendí lo que estaba pasando, me escapé de las hautladies...

—¿Cómo...?

—Por Dios, Miles, son como mamá multiplicada por ocho. ¡Aj! Y la haut Rian insistió en que fuera a ver al ghemcoronel Benin, cosa que yo pensaba hacer de todos modos... Él sí

que tiene la cabeza en su sitio... —Benin caminó despacio hacia el grupo, posiblemente atraído por el sonido de su nombre en labios de Ivan—. Me escuchó, por suerte. Yo diría que entendía mejor que yo todas las tonterías que le solté.

Benin asintió.

—Es que yo estaba monitoreando las actividades inusuales que se detectaban alrededor del Criadero Estrella... —Alrededor, no dentro. Por supuesto—. Mis investigaciones me habían hecho sospechar que pasaba algo con uno o varios de los hautgobernadores, así que había preparado algunos escuadrones y los tenía en órbita, en estado de alerta.

—Vamos, ghemcoronel, escuadrones... _ironizó Ivan—. Hay tres naves imperiales de guerra ahí afuera.

Benin sonrió levemente y se encogió de hombros.

—El ghemgeneral Chi-Chilian no sabe nada, creo yo —interrumpió Miles—. Pero tal vez u-usted qui-quiera interrogarlo sobre las actividades de su esposa, la haut Vio.

—Ya lo hemos detenido —le aseguró Benin.

Detenido, no arrestado. De acuerdo. Benin parecía estar al corriente por ahora. ¿Pero se habría dado cuenta de que todos los gobernadores estaban en el asunto? ¿O había elegido a Kety como único chivo expiatorio? Asunto interno de Cetaganda, se recordó Miles. No era trabajo suyo enderezar el gobierno cetagandano aunque la idea le resultara tentadora. Su deber se limitaba a sacar a Barrayar del atolladero. Sonrió mirando la burbuja blanca que protegía a la Gran Llave.

Nadina y Pel consultaban a un grupo de hombres de Benin; en lugar de tratar de bajar la pantalla de fuerza, estaban haciendo arreglos para transportar la silla y su precioso contenido hasta el Criadero Estrella.

Vorreedi miró a Miles con amargura.

—Una cosa que lord Vorpatril no me explicó satisfactoriamente, teniente Vorkosigan, es la razón por la que usted no nos contó el incidente inicial a pesar de la importancia del objeto que había caído en sus manos...

—Kety estaba tratando de involucrar a Barrayar, señor. Necesitaba pruebas para demostrar que...

Vorreedi fue inexorable.

—Sus razones personales, señor..

—Ah. —Miles pensó en fingir que aún seguía afectado por el daño de la picana y quedarse sin habla. No, lástima... Lo cierto era que sus motivos personales eran oscuros incluso para él. ¿Por qué había querido hacerlo? ¿Por qué quería estar al mando antes de que la complejidad de los hechos hubiera convertido a la supervivencia en el asunto prioritario? Ah, sí... un puesto en una nave. Era eso.

Esta vez no, muchacho. Frases antiguas pero evocativas como control del daño le pasaron por la cabeza.

—En realidad, señor, al principio no sabía que se trataba de la Gran Llave. No la reconocí. Pero cuando la haut Rian se puso en contacto conmigo, los hechos pasaron con suma rapidez de lo aparentemente trivial a lo extremadamente delicado. Cuando me di cuenta de la profundidad y la complejidad del complot del hautgobernador, ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —preguntó Vorreedi con brusquedad.

Miles no necesitó fingir una sonrisa enferma: aún tenía todo el cuerpo dolorido.

Pero al parecer, Vorreedi se había convencido de que Miles no era un agente encubierto al mando de Simon Illyan, después de todo.

Eso es lo que tú quieres que crean, ¿recuerdas? Miles miró la cara del ghemcoronel Benin, que escuchaba, fascinado, un poco separado del grupo.

—Usted me habría sacado de la investigación, señor. Es así y usted lo sabe. En el agujero de gusano, todos creen que soy un inválido con un cómodo puesto de correo al

que he llegado por enchufe. La idea de que tal vez sirva para tareas más importantes es algo que el teniente lord Vorkosigan no hubiera tenido la oportunidad de probar en circunstancias normales.

Frente al mundo en general, cierto. Pero Illyan sabía el papel que había desempeñado Miles en el Centro Hegen y en otros lugares, y el primer ministro, lord Vorkosigan, padre de Miles, también lo sabía y el emperador Gregor, y todos los que tenían importancia en el gobierno de Barrayar. Hasta Ivan conocía su extraordinario éxito como agente secreto. En realidad, los únicos que seguían ignorándolo eran... los que él acababa de vencer. Los cetagandanos.

¿Entonces para qué has hecho todo esto? ¿Para brillar a los ojos de la haut Rian? ¿Sólo para eso? ¿O estabas pensando en otro público?

El ghemcoronel Benin descifró lentamente el parlamento de Miles.

—Usted quería ser un héroe, ¿no es eso?

—¿Tanto que no le importaba de qué imperio? ¿Le daba lo mismo ser héroe de Cetaganda que de Barrayar? —agregó lord Vorreedi en voz baja.

—Acabo de servir al imperio de Cetaganda, eso es cierto. —Miles ensayó una reverencia temblorosa en dirección a Benin—. Pero mi principal objetivo era Barrayar. El hautgobernador Kety tenía planes muy desagradables para Barrayar. Y yo los desbaraté.

—¿Ah, sí? —dijo Ivan—. ¿Y dónde habríais acabado tú y esos planes si no hubiera aparecido yo?

—Ah. —Miles sonrió—. Pero yo ya había ganado. Kety no lo sabía, eso es todo. Lo único que seguía siendo dudoso era mi supervivencia personal.

—Entonces —dijo Ivan, exasperado—, ¿por qué no entras en Seguridad de Cetaganda, eh, primito? Tal vez el ghemcoronel Benin te dé algún puesto en una nave.

Mierda, Ivan lo conocía demasiado.

—Poco probable —dijo Miles, como amargura—. Soy demasiado bajo.

Las cejas del ghemcoronel Benin se torcieron un poco sobre su frente ancha.

—En realidad —siguió diciendo Miles—, la única institución que me aceptó como agente, si es que fui agente de alguien, es el Criadero Estrella, no el imperio. No serví al imperio de Cetaganda, serví a las haut. Pregúnteles a ellas. —Hizo un gesto hacia Pel y Nadina, que estaban a punto de salir de la habitación mientras las asistentes giraban a su alrededor tratando de hacerlas sentir más cómodas.

—Mmmm. —El ghemcoronel Benin pareció desinflarse un poco.

Palabras mágicas. Las faldas de una hautconsorte eran una fortificación más fuerte de lo que Miles hubiera pensado hacía tres semanas.

Maniobra por hombres con rayos tractores de mano, la burbuja de la haut Nadina se levantó en el aire y salió de la habitación. Benin le dirigió una mirada, se volvió hacia Miles y abrió la mano frente a su pecho en un principio de reverencia.

—De todos modos, teniente lord Vorkosigan, mi Señor Celestial, el emperador haut Fletchir Giaja, me ha pedido que lo lleve a su presencia. Ahora.

Miles era muy capaz de reconocer una orden imperial cuando la oía. Suspiró e hizo una reverencia en honor de la orden de Benin.

—Por supuesto... Ah... —Dirigió una mirada a Ivan y a un Vorreedi súbitamente inquieto. No estaba del todo seguro de que quisiera testigos de la entrevista. Tampoco estaba seguro de que prefiriese estar solo.

—Sus... amigos pueden acompañarlo —aceptó Benin—. Con la salvedad de que no tienen permiso para hablar a menos que se les invite a hacerlo.

Invitación que, si se hacía, sólo podía provenir de labios del Señor Celestial. Vorreedi asintió, satisfecho en parte. Ivan empezó a practicar su truco de la invisibilidad.

Los soldados de Benin condujeron y escoltaron al grupo barrayarés sin arrestarlos, por supuesto: un arresto de enviados galácticos habría violado el protocolo diplomático. Sostenido por Ivan, Miles se encontró junto a la haut Nadina en el umbral.

—Qué joven tan agradable —comentó Nadina en tono bajo y bien modulado mientras hacía un gesto hacia Benin, que caminaba por el corredor dirigiendo a sus tropas—. Tan bien vestido... ese hombre entiende la forma correcta de hacer las cosas... Tenemos que hacer algo por él, ¿no te parece, Pel?

—Claro, claro —dijo Pel y salió por la puerta.

Después de un largo trayecto por la gran nave, llegaron al transbordador de Seguridad cetagandana. Benin no había perdido de vista a Miles en ningún momento. Parecía tan frío y alerta como siempre, pero había cierto tono secreto... cierta complacencia que atravesaba el maquillaje facial.

Seguramente, el arresto de su comandante por alta traición había dado una satisfacción suprema a Benin. El único punto alto de una carrera no muy destacada. Miles hubiera apostado dólares betaneses contra arena a que Naru era el hombre que había asignado al decoroso y aseado Benin la tarea de cerrar el caso de la muerte de Ba Lura, es decir, le había asignado un fracaso.

—A propósito, general Benin —se atrevió a decir Miles—, le felicito por haber resuelto un asesinato tan complicado.

Benin parpadeó.

—Coronel Benin —corrigió.

—Eso es lo que usted cree. —Miles flotó hacia adelante y se acomodó en el asiento más agradable que encontró, junto a una ventana.

—No creo que haya visto esta cámara de audiencias en toda mi vida —le susurró el coronel Vorreedi a Miles mientras miraba todo a su alrededor—. No se usa para ceremonias diplomáticas ni públicas.

No habían ido a parar a un pabellón sino a un edificio bajo y cerrado en el cuadrante norte del Jardín Celestial. Los tres barrayareses habían pasado una hora en una antecámara tratando de descansar el cuerpo mientras por dentro crecía la tensión. Los atendía una docena de ghemguardias amables y solícitos, que se ocupaban de todas sus necesidades físicas, pero se negaban a atender cualquier pedido de comunicación con el exterior. Benin se había marchado con las haut Pel y Nadina. En vista de la compañía cetagandana que los rodeaba, Miles no había informado a Vorreedi. Se había limitado a intercambiar algunas frases en voz baja con su superior.

La habitación le recordaba a Miles la Cámara Estrella: sencilla, adornos superfluos, deliberadamente serena, de sonidos bajos, pintada en tonos frescos de azul. Las voces tenían una cualidad sorda que sugería que la habitación estaba encerrada en un cono de silencio. Los dibujos del suelo traicionaban la presencia de una gran mesa para comuconsola y asientos que se elevaban en caso de reuniones importantes. Por ahora, sin embargo, todos estaban de pie.

Había otro huésped esperando y Miles levantó las cejas, sorprendido. Ahí estaba lord Yenaro, de pie junto a un ghemguardia de uniforme rojo terracota. Yenaro parecía pálido; unas ojeras violáceas y oscuras le rodeaban los ojos, como si no hubiera dormido en tres días. Llevaba la misma ropa negra que le había visto Miles. en la exposición de bioestética, pero ahora aparecía toda arrugada y ajada. El ghemlord abrió mucho los ojos cuando vio a Miles y a Ivan. Volvió la cabeza y trató de no mirarlos. Miles le hizo un gesto alegre con el brazo y consiguió que Yenaro le devolviera el saludo de mala gana. El gesto le provocó un terrible dolor de cabeza entre las cejas.

Pero entonces, empezaron a pasar cosas, mejor dicho a llegar personas, y Miles se olvidó al instante del dolor.

Primero entró el ghemcoronel Benin, que se instaló y despidió a los guardias. Lo seguían las haut Pel, Nadina y Rian en sus sillas flotantes, con las pantallas desconectadas. Las tres se acomodaron a un costado de la habitación. Nadina había escondido el extremo cortado del cabello entre el vestido. Era la ropa que Pel le había entregado: no se había cambiado. Todas habían estado encerradas informando a los

hombres y seguramente la reunión había transcurrido en el nivel más alto posible, porque poco después entró una figura conocida y los guardias se apostaron en el corredor exterior.

De cerca, el emperador haut Fletcher Giaja parecía más alto y más delgado que cuando Miles lo había visto de lejos en las ceremonias fúnebres. También parecía más viejo, a pesar del cabello negro. Por el momento, llevaba ropa informal, siempre dentro de los estándares imperiales: apenas una media docena de capas de tela blanca sobre la malla masculina holgada, pero el blanco era cegador, como correspondía a su papel como primer afectado por la tragedia de la muerte de la emperatriz.

A Miles no le asustaban los emperadores, pero Yenaro casi se tambaleó como si fuera a desmayarse y hasta Benin se movía con extrema formalidad frente a Fletcher. Miles se había criado como hermano adoptivo del emperador Gregor y en algún lugar de su mente el término emperador estaba relacionado con una definición como alguien con quien lugar al escondite. En el contexto de Cetaganda, esas suposiciones podían ser algo así como un campo psicológico minado. Ocho planetas y mayor que papá, se recordó Miles, tratando de inculcarse una deferencia apropiada frente a la ilusión de poder que pretendía suscitar la parafernalia imperial. En un extremo de la habitación, una silla se elevó del suelo para recibir lo que Gregor hubiera llamado sardónicamente El Culo Imperial. Miles se mordió los labios.

Por lo visto, iba a ser una audiencia muy privada, porque Giaja dirigió una indicación a Benin para que se acercara y le habló en voz baja. Benin despidió al guardia de Yenaro. Sin él, quedaron sólo los tres barrayareses, las dos consortes planetarias, además de Rian, Benin, el emperador y Yenaro. Nueve, el quórum tradicional para un juicio.

Bueno, siempre era mejor que enfrentarse a Illyan. Tal vez el haut Fletcher Giaja no solía utilizar el sarcasmo como arma dialéctica. Pero cualquier pariente de esas mujeres haut tenía que ser peligroso e inteligente. Miles tragó saliva para ahogar un estallido de explicaciones y balbuceos. Espera que te hablen primero, muchacho.

Rian parecía pálida y grave, pero eso no significaba nada: Rian siempre parecía pálida y grave. Una última punzada de deseo se convirtió en una brasa furtiva y pequeña en el corazón de Miles, una brasa secreta y enquistada como un tumor. Pero todavía temía por ella. Ese miedo le enfriaba el pecho.

Lord Vorkosigan —rompió el silencio la voz de barítono de Fletcher Giaja, una voz exquisita.

Miles reprimió la tentación de mirar a su alrededor: después de todo no había ningún otro lord Vorkosigan presente; dio un paso adelante y se puso en posición de descanso, como en un desfile.

—Señor.

—Todavía no... no entiendo cuál ha sido su papel en los hechos de los últimos días. Y cómo llegó a desempeñar ese papel.

—Mi papel era el de chivo expiatorio, señor; el gobernador Kety me lo concedió. Pero yo no cumplí con el papel que me asignaron.

El emperador frunció el ceño frente a esa respuesta no del todo directa.

—Explíquese.

Miles miró a Rian.

—¿Todo?

Ella inclinó la cabeza en un gesto casi imperceptible.

Miles cerró los ojos en una plegaria breve y confusa a cualquier dios que estuviera escuchándole, los abrió de nuevo y se lanzó una vez más a la descripción de su primer encuentro con Ba Lura en el vehivaina personal; esta vez, el relato incluía a la Gran Llave. Por lo menos, la escena tenía la ventaja de ser la confesión que le debía a Vorreedi, confesión extraña en un lugar donde el jefe de Seguridad tenía totalmente prohibido reaccionar o hacer comentarios.

Vorreedi, un hombre sorprendente, no dejó traslucir emoción alguna, excepto por un músculo rebelde que le saltaba por encima de la mandíbula.

—En cuanto descubrí a Ba Lura en la rotonda del funeral, degollado —siguió diciendo Miles—, me di cuenta de que mi desconocido oponente me había puesto en la posición lógicamente imposible de tener que negar una negación. Ahora que me habían obligado a meter las manos en la llave falsa mediante el truco de Ba Lura, no había forma de probar que Barrayar no había efectuado el cambio, excepto con el testimonio real del único testigo ocular que ahora estaba frente a mí, en el suelo, muerto. O localizando la Gran Llave verdadera. Y eso fue lo que me propuse. Y si la muerte de Ba Lura no era un suicidio sino un asesinato sumamente complejo que se quería hacer pasar por suicidio, era evidente que alguien de nivel muy alto en la Seguridad del Jardín Celestial estaba cooperando con los asesinos. Eso significaba que no me convenía acercarme a Seguridad Cetagandana y pedir ayuda. Pero después alguien asignó el caso al ghemcoronel Benin, y seguramente le dijo que su carrera se vería muy beneficiada si se conseguía un rápido veredicto de suicidio. Alguien que subestimó completamente las habilidades de Benin como oficial de Seguridad —y sus ambiciones—. A propósito, ¿no fue el ghemgeneral. Naru?

Benin asintió; había un leve brillo en su mirada.

—Por la razón que fuera, Naru decidió que el ghemcoronel Benin oficiaría bien de chivo expiatorio. Recurrir a chivos expiatorios se estaba convirtiendo ya en un modus operandi de las operaciones del grupo, como usted sabrá si ya ha interrogado a lord Yenaro... —Miles levantó una ceja y miró a Benin—. Veo que ha dado con lord Yenaro antes que los agentes de Kety. Creo que a pesar de todo, me alegro.

—Tiene toda la razón del mundo —le contestó Benin con tranquilidad—. Lo encontramos anoche... a él y a su alfombra, un objeto muy interesante, por cierto. Su relato fue crucial para que yo respondiera como lo hice cuando llegó la... la súbita explosión de información y demandas de ayuda por parte de su primo...

—Ya veo. —Miles cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra: su posición de descanso se estaba torciendo un tanto. Se frotó la cara porque no parecía el lugar ni el momento más adecuado para rascarse entre las piernas.

—¿Su situación física le exige tomar asiento? —preguntó Benin, repentinamente solícito.

—No se preocupe. —Miles respiró hondo—. La primera vez que el ghemcoronel Benin me interrogó, traté de dirigir su atención hacia las sutilezas de la situación. Por suerte, el ghemcoronel es un hombre sagaz y su lealtad a usted —y a la verdad— tuvo más peso que las veladas amenazas de Naru.

Benin y Miles intercambiaron miradas francas y llenas de agradecimiento.

—Kety trató de entregarme al Criadero Estrella con la falsa acusación de Ba Lura —prosiguió Miles—. Pero por suerte, los títeres volvieron a rebelarse. Quiero felicitar a la haut Rian por su reacción serena frente a una emergencia. No perdió la cabeza y no se dejó llevar por el pánico: eso me permitió seguir adelante con mi plan para limpiar el honor de Barrayar. Ella... ella es una honra para los haut. —Miles la miró, ansioso, tratando de encontrar alguna señal de complicidad en esa cara impasible. ¿Dónde estamos?, pero ella siguió mirando al frente, atenta y lejana, como si la pantalla de fuerza de la hautburbuja se hubiera incorporado a su piel—. La haut Rian sólo tuvo una preocupación: el futuro de los haut. No pensó en su propia seguridad ni en su carrera. —Aunque, claro, la definición de el futuro de los haut era discutible—. Yo diría que la fallecida Augusta Madre eligió bien a la Doncella.

—Eso no es algo que le corresponde juzgar a usted, barrayarés —dijo lentamente el haut Fletchir Giaja.

Miles no supo descifrar si el tono de la frase era divertido o enojado.

—Discúlpeme usted, señor, pero le aseguro que yo no me ofrecí voluntario para esta

misión. Me empujaron a ella. Para bien o para mal, mis juicios nos han traído hasta aquí.

Giaja pareció sorprendido, hasta cierto punto atónito, como si nunca le hubieran devuelto en la cara una de sus amables insinuaciones.

Benin se puso tenso y Vorreedi hizo un gesto de horror con el cuerpo. Ivan suprimió una sonrisa de apenas un milímetro y siguió con su rutina de Hombre Invisible.

El Emperador desvió la conversación hacia otro terreno.

—¿Y cómo se vio usted involucrado con lord Yenaro?

—Mmm... ¿desde mi punto de vista, quiere usted decir? —Sin duda Benin ya le había presentado el testimonio de Yenaro y era evidente que el Emperador estaba controlando a sus testigos. Con frases cuidadosamente neutrales, Miles describió las tres ocasiones en que los enviados de Barrayar habían sido el blanco de las bromas cada vez más letales de Yenaro. Insistió en sus propias teorías sobre lord X. La cara de Vorreedi cambió a un color cada vez más verdoso cuando Miles narró el episodio de la alfombra. Miles agregó con cuidado: En mi opinión, que creo probada por el incidente de la bomba de asterzina, lord Yenaro era una víctima, tanto como yo e Ivan. Ese hombre no es un traidor. —Miles suprimió por completo el principio de una sonrisa en su propia cara—. No podría hacer algo así, no tiene arrestos suficientes.

Yenaro se retorció, pero siguió guardando silencio. Sí, insistamos con la sugerencia de que se nos debe algo de piedad imperial a todos los presentes, así tal vez haya alguna para el que más la necesita.

Benin hizo un gesto a Yenaro que, con una voz inexpresiva, confirmó el relato de Miles. Benin llamó a un guardia y pidió que se llevaran al ghemlord. Quedaron ocho en el centro del interrogatorio imperial. ¿Seguirían saliendo uno tras otro hasta que no quedara más que uno?

Giaja permaneció sentado en silencio durante un rato, después habló en cadencias muy formales y moduladas.

—Creo que con esto es suficiente para juzgar lo que concierne al Estado. Ahora debemos dedicarnos a los haut. Haut Rian, puede usted quedarse con su criatura de Barrayar. Ghemcoronel Benin, por favor, ¿podría esperar fuera con el coronel Vorreedi y lord Vorpatril hasta que yo lo llame?

—Sire. —Benin hizo un saludo militar y se llevó a su grupito de barrayareses, todos insatisfechos.

Oscuramente alarmado, Miles interrumpió:

—Pero... ¿no desea usted que se quede Ivan, Señor Celestial? Él lo vio casi todo.

—No —replicó Giaja, tajante.

Bueno, eso era todo. Hasta que Miles e Ivan estuvieran fuera del jardín Celestial, fuera del imperio y camino a casa, no habría lugar más seguro que junto al emperador. Miles se resignó con un suspiro. Y después, de pronto, se quedó helado frente al enorme cambio en la atmósfera de la habitación.

Las miradas femeninas, que antes habían enfocado el suelo como correspondía a su condición, se elevaron hacia las caras de los demás. Sin esperar un permiso, las tres sillas flotantes se acomodaron en círculo alrededor de Fletcher Giaja, que se sentó con la cara súbitamente más expresiva: una cara más seca, más furiosa, más irritada que antes. La reserva cristalina de los haut se desvaneció en una nueva intensidad. Miles se tambaleó.

Pel le dirigió una mirada.

—Dale una silla, Fletcher —dijo—. El guardia de Kety lo sometió a sus habituales tratos... ya sabes.

En lugar de ensañarse con Pel, sí.

—Como quieras, Pel. —El Emperador tocó un control en el apoyabrazos de su silla. Una silla se elevó a los pies de Miles, que se derrumbó en ella, agradecido y mareado.

—Espero que todas hayáis entendido ahora —dijo el haut Fletcher Giaja con más

rigor— la sabiduría de nuestros antepasados al decidir que el imperio y los haut tuvieran sólo una interfaz. Yo. Sólo un veto. El mío. Las cuestiones relativas al hautgenoma deben permanecer al margen de la política. De ese modo no caerán en manos de políticos que no entienden los propósitos de los haut. Eso incluye a la mayoría de nuestros amables ghemlores, como creo que te ha probado el ghemgeneral Naru, Nadina. —Un rayo de ironía feroz, sutil... Miles empezó a dudar de su primera percepción de los asuntos sexuales en Eta Ceta. ¿Y si Fletchir Giaja era haut primero y hombre después... y las consortes eran hauts primero y mujeres después...? ¿Quién estaba a cargo en ese lugar, si Fletchir Giaja mismo se reconocía producto del arte inestimable de su madre?

—Desde luego —asintió Nadina, con una mueca.

Rian suspiró.

—¿Qué se puede esperar de un mestizo como Naru? Pero el que sacudió mi confianza en la visión de la Señora Celestial es el haut Isum Kety. Ella dijo muchas veces que la ingeniería genética sólo es capaz de sembrar y que para seleccionar el grano se necesita la competencia. Pero Kety no era ghem, era haut. El hecho de que tratara de llevar a cabo su plan... me hace pensar que tenemos mucho que hacer antes de pasar a la etapa de selección del grano.

—Lisbet siempre mostró cierta inclinación por las metáforas primitivas —recordó Nadina con disgusto.

—Pero tenía razón en cuanto a la diversidad —dijo Pel.

—En principio —aceptó Giaja—. Pero esta generación no es el momento adecuado. La población haut aún puede expandirse mucho en el espacio que ocupan ahora las clases bajas sin necesidad de conquistar más territorio. El imperio se encuentra ahora en un período ineludible de asimilación.

—En las últimas décadas, las Constelaciones limitaron deliberadamente su expansión numérica para conservar una posición económica favorable —observó Nadina, quien sin duda desaprobaba esa idea.

—Tú ya lo sabes, Fletchir —interrumpió Pel—, una solución alternativa factible es exigir más cruces de Constelaciones por edicto imperial. Una especie de autoimpuesto genético. Sería una decisión revolucionaria pero Nadina tiene razón. Cada década que pasa, las Constelaciones se hacen más decadentes y más lujosas, innecesariamente lujosas, quiero decir.

—Creía que el principal objetivo de la ingeniería genética era evitar el desgaste natural de la evolución al azar y reemplazarlo por la eficiencia de la razón —interrumpió Miles. Las tres hautmujeres se volvieron a mirarlo, atónitas, como si una planta hubiera ofrecido una crítica a una rutina de fertilización desde la maceta—. Bueno... eso creía... —terminó Miles en una voz mucho más baja.

Fletchir Giaja sonrió, una sonrisa leve, astuta y tormentosa. Un poco tarde, Miles se preguntó por qué lo habían dejado quedarse por sugerencia/orden de Giaja. Tenía la desagradable sensación de estar en medio de una conversación con una cantidad de corrientes subterráneas y cruzadas que tiraban en tres direcciones diferentes al mismo tiempo. Si Giaja pretende transmitir algo, me gustaría que usara una comuconsola para enviar el mensaje.

Miles sentía que todo el cuerpo le latía siguiendo la dolorosa pulsación de la cabeza. Era más de la medianoche de uno de los días más largos de su corta vida.

—Voy a llevar tu veto al Consejo de Consortes —dijo Rian con lentitud—, pero tienes que ocuparte del asunto de la diversidad, Fletchir. Me refiero a que te ocupes más directamente. Si esta generación no es el momento, de todos modos hay que empezar a preparar una solución. Y el método de la copia de seguridad es demasiado arriesgado: lo que pasó es prueba suficiente.

—Minin —aceptó a medias Fletchir Giaja. Miró a Miles con dureza—. De todos modos... Pel... ¿cómo diablos se te ocurrió vaciar el contenido de la Gran Llave por todo

el sistema Eta Ceta? Como broma, no me parece divertida.

Pel se mordió el labio; sus ojos bajaron al suelo en un gesto nada habitual en ella.

Miles dijo con firmeza:

—No fue una broma, señor. Nos enfrentábamos a una muerte segura e inminente. La haut Rian había dicho que la primera prioridad era recuperar la Gran Llave. Los receptores del mensaje tenían la Llave, pero no la cerradura; desde su punto de vista de ellos, era una cháchara informática sin ningún valor. No tenían los bancos genéticos. Pero eso nos aseguraba que usted podría recuperarla, tal vez de forma fragmentaria, después de nuestra muerte, y en ese caso, lo que hiciera Kety ya no tenía importancia.

—El barrayarés dice la verdad —afirmó Pel.

—La mejor estrategia sigue estas pautas —aseguró Miles—. Hay que conseguir lo que se quiere, la vida tiene menos importancia. —Guardó silencio.

La mirada de Fletcher Giaja parecía decir que tal vez los bárbaros de otros planetas no tenían ningún derecho a hacer comentarios que pudieran interpretarse como burla a las habilidades de la difunta madre del Emperador, aunque esas habilidades se hubieran dedicado en última instancia al diseño de un plan en contra del hijo.

Esta gente es imposible. No se puede hablar con ellos. Quiero irme a casa, pensó Miles, cansado.

—¿Qué va a pasar con el ghemgeneral Naru?

—Será ejecutado —dijo el Emperador. Había que darle crédito: era evidente que la idea no le causaba mucha alegría—. El cuerpo de Seguridad tiene que ser... seguro.

Miles no podía discutir eso.

—¿Y el haut Kety? ¿Otra ejecución?

—Se va a retirar inmediatamente. Deberá someterse a una supervisión constante por motivos de salud. Si no está de acuerdo, que se suicide.

—¿Piensan obligarlo a suicidarse si es necesario?

—Kety es joven. Va a elegir la vida y otros días y oportunidades.

—¿Y los gobernadores?

Giaja frunció el ceño con disgusto, mirando a las consortes.

—Podemos concluir el caso cerrando los ojos. Pero no creo que consigan muchos puestos públicos en lo que les queda de vida.

—Y... —Miles dirigió una mirada a las damas—. ¿Y la haut Vio? ¿Qué pasa con ella? Los otros trataron de cometer homicidio. Ella lo consiguió.

Rian asintió.

—Le vamos a ofrecer la posibilidad de elegir —dijo con voz inexpresiva—. Reemplazar a Ba Lura, vivir sin sexo, sin pelo y en condición de ba, con el metabolismo alterado, el cuerpo más grueso... y volver a una vida en el Jardín Celestial como tanto deseaba. O un suicidio sin dolor.

—¿Y qué... qué decidirá?

—El suicidio, espero —dijo Nadina con sinceridad.

Una justicia distinta para cada uno. Ahora que la excitación de la caza había desaparecido, Miles sintió un asco enorme frente a los despojos de la matanza. ¿Y por esto he puesto en peligro mi vida?

—¿Y la haut Rian? ¿Y yo?

Fletcher Giaja le dirigió una mirada fría y distante, a muchos años luz de distancia.

—Voy a retirarme a pensar en ese... ese problema.

Después de una breve consulta en voz baja, el Emperador llamó a Benin para que escoltara a Miles, pero, ¿escoltarlo adónde? ¿A casa, a la embajada o de cabeza a la mazmorra más cercana? ¿Había mazmorras en el jardín Celestial?

A casa, según parecía, porque Benin devolvió a Miles a la compañía de Vorreedi e Ivan, y los llevó a la puerta oeste, donde los esperaba un auto de la embajada de Barrayar. Ahí se detuvieron y el ghemcoronel se dirigió a Vorreedi.

—No podemos controlar lo que ustedes incluyen en sus informes oficiales, coronel. Pero mi Señor Celestial... —Benin hizo una pausa para seleccionar un término conveniente y delicado—. Mi Señor Celestial espera que no aparezca nada de lo que han visto y oído hoy en los rumores sociales de la ciudad.

—Eso puedo prometerlo, creo yo —dijo Vorreedi con sinceridad.

Benin asintió, satisfecho.

—¿Puedo contar con su palabra de honor al respecto?

Había hecho sus deberes con respecto a las costumbres de Barrayar, entonces. Los tres barrayareses dieron su palabra de honor y Benin los liberó al aire húmedo de la noche. Faltaban unas dos horas para el amanecer, supuso Miles.

El auto de la embajada estaba en sombras, por suerte. Miles se acomodó en un rincón; envidiaba a Ivan por su habilidad para hacerse invisible, hubiera querido poder saltarse las ceremonias del día siguiente y volver a casa inmediatamente. Pero no. Si había llegado hasta aquí, era muy capaz de seguir hasta el amargo final.

Vorreedi había llegado más allá de la emoción y ahora viajaba en silencio. Sólo una vez se dirigió a Miles en tono frío.

—¿Qué diablos creía usted que estaba haciendo, Vorkosigan?

—Impedí que el imperio de Cetaganda se dividiera en ocho unidades agresivas. Hice fracasar los planes de provocar una guerra entre algunas de esas unidades y Barrayar. Sobreviví a un intento de asesinato y ayudé a atrapar a tres traidores. No eran traidores a Barrayar, eso lo admito. Ah. Y resolví un asesinato. Suficiente para un viaje, creo yo.

Vorreedi luchó consigo mismo un momento y después ladró:

—¿Es usted agente especial o no?

En una lista de los que necesitaban saberlo... no figuraba el nombre de Vorreedi. No en ese momento. Miles suspiró por dentro.

—Bueno, si no soy un agente especial... me he comportado como si lo fuera, ¿no le parece?

Ivan hizo un gesto de espanto. Vorreedi volvió a sentarse. No hizo ningún comentario, pero todo su cuerpo irradiaba exasperación. Miles sonrió con amargura en la oscuridad.

16

Miles se despertó de un sueño tardío y agitado, y descubrió que Ivan estaba a su lado, sacudiéndole el hombro con cuidado.

Cerró los ojos otra vez: quería bloquear la poca claridad de la habitación, bloquear la imagen de su primo.

—Fuera, fuera... —trató de volver a taparse la cabeza con las colchas.

Ivan volvió a intentarlo con más energía.

—Ahora sé que era una misión —comentó—. Es el mal humor crónico... que tienes siempre después de las misiones.

—No estoy de mal humor. Estoy cansado.

—Estás fantástico... ¿sabes? Con la mancha en el costado de la cara que te dejó ese bestia con la picana. Hasta el ojo. Se ve a la legua. Deberías levantarte y mirarte en el espejo.

—Odio a la gente que se encuentra bien por la mañana. ¿Qué hora es? ¿Por qué estás levantado? ¿Por qué estás aquí? ¡Mierda! —Miles perdió las colchas. Ivan se las arrancó de las manos.

—El ghemcoronel Benin viene a recogerte. En un crucero imperial de media manzana de largo. Los cetagandanos quieren que llegues a la ceremonia de cremación una hora antes.

—¿Cómo? ¿Por qué? No me pueden arrestar en la embajada, tengo inmunidad

diplomática. ¿Asesinarme? ¿Ejecutarme? ¿No es demasiado tarde para eso?

—El embajador Vorob'yev también quiere saberlo. Me dijo que te levantara lo más pronto posible. —Ivan empujó a Miles hacia el baño—. Empieza a depilarte. Te he traído las botas y el uniforme de la lavandería de la embajada. Si los cetagandanos quieren asesinarte, no creo que lo hagan aquí. Te van a meter algo sutil bajo la piel, algo que surtirá efecto dentro de seis meses y entonces, puf, te derrumbarás para siempre donde quiera que estés.

—Una idea muy alentadora. —Miles se frotó la nuca, buscando disimuladamente golpes y chichones—. Te apuesto lo que quieras a que el Criadero Estrella tiene varias enfermedades terminales muy convenientes. Pero estoy casi seguro de no haber ofendido al Criadero... no a ellas...

Miles dejó que Ivan fuera su ayuda de cámara, aunque le costó bastante porque el trabajo de su primo venía acompañado de comentarios constantes y directos. Pero cuando Ivan le trajo una taza de café, Miles le perdonó todos sus pecados pasados, presentes y futuros. Se tragó la bebida caliente y examinó con cuidado la cara que le devolvía el espejo por encima de la guerrera negra sin abrochar. La contusión que le cruzaba la mejilla izquierda se estaba convirtiendo en un dibujo policromado espectacular, dominado por un círculo negro bajo los ojos. Los otros dos golpes de picana no eran tan terribles porque la ropa lo había protegido un tanto. De todos modos, hubiera preferido pasar el día en cama. En el camarote de la nave de salto de Seglmp, en un viaje a casa tan directo y rápido como lo permitieran las leyes de la física.

Cuando llegaron al vestíbulo de la embajada, se encontraron no con Benin, sino con Mía Maz, muy elegante en la ropa formal de duelo blanca y negra. Se había quedado con el embajador Vorob'yev hasta tarde, seguía con él cuando todos volvieron a la embajada en medio de la noche —bueno, más bien a principios de la mañana— y era evidente que no había dormido más que Miles. Pero parecía muy fresca, hasta alegre. Les sonrió a los dos. Ivan le devolvió la sonrisa.

Miles abrió los ojos lo más que pudo.

—¿Vorob'yev no ha llegado?

—Piensa bajar en cuanto termine de vestirse —le aseguró Maz.

—¿Usted... usted nos acompañará? —preguntó Miles, esperanzado—. Bueno... no... supongo que tiene que estar con su delegación. Como éste es el gran final...

—Pienso acompañar al embajador Vorob'yev. —La sonrisa de Maz se convirtió en algo franco, alegre, con hoyuelos por todas partes—. Para siempre. Me ha pedido que me case con él. Anoche. Creo que eso prueba lo preocupado que estaba. En medio del espíritu de locura que reinaba en el ambiente, acepté.

Si no puedes conseguir ayuda con dinero... Bueno, eso solucionaría el problema de Vorob'yev., que siempre había querido tener una experta femenina en el personal de la embajada. Por no mencionar una justificación para tantos bombones e invitaciones.

—Felicidades —dijo Miles. Aunque tal vez hubiera debido decir Felicidades a Vorob'yev y Buena suerte a Maz.

—Parece raro... —le confió Maz—. Quiero decir, lady Vorob'yev. ¿Cómo se las arregló su madre, lord Vorkosigan?

—¿Quiere decir siendo igualitaria, betanesa y demás? No tuvo problema. Siempre dice que los igualitarios se ajustan bien a las aristocracias, siempre que vivan en ellas como aristócratas, claro está.

—Espero conocerla algún día.

—Se llevarán muy bien —predijo Miles con confianza.

En ese momento apareció Vorob'yev, abrochándose la guerrera negra. En el mismo instante entró el ghemcoronel Benin, escoltado por guardias de la embajada. Corrección: el ghemgeneral Benin. Miles sonrió entre dientes mirando el brillo del nuevo galón sobre el uniforme rojo sangre de Benin. ¿Ve? Ya se lo había dicho.

Puedo preguntar de qué se trata todo esto, ghemgeneral? —Vorob'yev no había pasado por alto el nuevo rango.

Benin se inclinó.

—Mi Señor Celestial solicita la presencia de lord Vorkosigan. Ah... bueno, se lo vamos a devolver..

—¿Me da usted su palabra? Para la embajada, sería una terrible vergüenza si lo... perdiéramos de nuevo. —Vorob'yev se las arregló para mirar a Benin con severidad y al mismo tiempo capturar la mano de Maz y acariciarla con cariño.

—Tiene usted mi palabra, embajador —prometió Benin.

Vorob'yev hizo un gesto de permiso no del todo decidido y el ghemgeneral se llevó a Miles. Miles echó una mirada atrás. Se sentía solo. Hubiera querido que Maz o Ivan o cualquier otra persona lo acompañara.

El auto de superficie no tenía media manzana de largo pero en un vehículo maravilloso, civil, no militar. Los soldados cetagandanos saludaron a Benin respetuosamente y lo acomodaron junto a Miles en el compartimiento posterior. El vehículo arrancó y se alejó de la embajada: la sensación era la de estar viajando en una casa.

—¿Puedo preguntarle de qué se trata todo esto, ghemgeneral? —preguntó Miles.

La expresión de Benin era casi... la de un cocodrilo. Totalmente vacía. Nula.

—Me han ordenado que no le cuente nada hasta que lleguemos al jardín Celestial. No le retendremos mucho tiempo, lord Vorkosigan, apenas unos minutos. Primero pensé que se sentiría feliz con lo que vamos a hacer, pero después reflexioné un poco y ahora he cambiado de opinión. Me parece que le va a resultar insoportable. En cualquier caso, se lo merece.

—Tenga cuidado, ghemgeneral —gruñó Miles—, me parece que su creciente reputación de sutileza se le está subiendo a la cabeza. —Benin se limitó a sonreír.

A pesar de que era una sala pequeña y no una enorme habitación para reuniones como la de la noche anterior, no cabía duda de que se trataba de una sala de audiencias imperiales. Sólo tenía un asiento y Fletchir Giaja ya se había acomodado en él. La ropa blanca que lo cubría esa mañana era elaborada y pomposa y le impedía algunos movimientos. Tenía a dos servidores ba a su lado para ayudarle cuando se pusiera de pie. Ahora parecía otra vez un icono y el maquillaje facial le daba expresión de porcelana. Tres burbujas blancas flotaban en silencio a su izquierda. De pronto, dos ba pusieron una cajita plana en manos de Benin, de pie a la derecha del Emperador.

—Puede usted acercarse al Señor Celestial, lord Vorkosigan —informó Benin.

Miles avanzó dos o tres pasos, decidido a no arrodillarse. Él y el haut Fletchir Giaja estaban frente a frente, aunque él estuviera de pie y el Emperador, sentado.

Benin entregó la caja al Emperador, que la abrió inmediatamente.

—¿Sabe lo que es esto, lord Vorkosigan? —preguntó Giaja.

Miles se quedó mirando el medallón de la Orden del Mérito, colgado de su cinta de colores, brillante y limpio sobre una cama de terciopelo oscuro.

—Sí, señor. ¿Piensa usted meterme en una bolsa de seda con eso antes de tirarme por la borda?

Giaja echó una mirada a Benin, que respondió con un movimiento de hombros que parecía decir Ya se lo advertí.

—Incline usted la cabeza, lord Vorkosigan —Instruyó Giaja con firmeza—. Aunque no esté muy acostumbrado...

¿Estaría Rian en alguna de esas burbujas? Miles se miró rápidamente las botas bien lustradas mientras Giaja le deslizaba la cinta sobre la cabeza. Retrocedió medio paso y no consiguió detenerse: puso la mano sobre el metal frío. No iba a hacer el saludo militar. No.

—Creo... creo que me niego a recibir este honor, señor.

—Ah, no, usted no se niega —dijo Giaja en tono tajante, mirándolo fijamente—. Me han

dicho los observadores que necesita reconocimiento. Es una... —debilidad que puede explotarse...— cualidad comprensible que me recuerda mucho a nuestros ghem.

Bueno, eso era mejor que una comparación con otros descendientes de los haut, Ba Lura por ejemplo. Que al parecer no eran los eunucos del palacio, sino algo así como un proyecto científico interno de enorme valor; Miles no estaba seguro, pero por lo que sabía, tal vez Ba Lura era pariente cercano de Giaja. Sesenta y ocho por ciento de material cromosómico en común. O algo semejante. Miles decidió que había que respetar más el silencio y la eficiencia de la raza ba. Respetarla y también tenerla en cuenta, cuidarse de ella. Todos estaban juntos en los negocios de los haut, servidores y amos. Con razón el Emperador se había tomado tan en serio la muerte de Ba Lura.

—Si estamos hablando de reconocimiento, señor, esto no es algo que vaya a poder mostrar demasiado en casa... Más bien, supongo que lo guardaré en el cajón más secreto que tenga.

—Bien —dijo Fletchir Giaja en tono tranquilo—. Mientras guarde ahí también todo lo que se relacione con el incidente...

Ah. Entonces, ésa era la explicación: un soborno por su silencio.

—Hay muy pocas cosas de las últimas dos semanas que pueda recordar con agrado, señor.

—Recuerde todo lo que quiera, pero no lo diga en voz alta.

—Públicamente, no. Pero tengo que informar a mis superiores. Es mi deber.

—Los informes militares secretos de Barrayar no son asunto de mi incumbencia.

—Estoy... —Miles dirigió una mirada a un lado, hacia lo que tal vez era la burbuja blanca de Rian, flotando en el aire a pocos pasos—. Estoy de acuerdo.

Los pálidos párpados de Giaja bajaron un segundo sobre sus ojos en un gesto de aceptación. Miles se sentía muy raro. ¿Era soborno aceptar un premio por hacer exactamente lo que ya había decidido por su cuenta?

Y ahora que lo pensaba... ¿sospecharían los barrayareses que había llegado a alguna especie de acuerdo con el Emperador de Cetaganda? La razón verdadera por la que lo habían traído a aquella charla sin testigos con el Emperador empezó a brillar por fin en su mente, aturdida por la falta de sueño. No supondrán que Giaja puede dominarme con veinte minutos de conversación, o sí.

—Usted me acompañará en la ceremonia —siguió diciendo el Emperador—, estará de pie a mi izquierda. Ha llegado la hora. —Se levantó, ayudado por sus ba, que le recogieron las túnicas y lo siguieron.

Miles miró las burbujas que flotaban a su alrededor con desesperación silenciosa. última oportunidad...

—¿Puedo hablar con usted, haut Rian? —Se dirigió a ellas en general, inseguro. No sabía cuál era la que buscaba.

Giaja miró por encima de su hombro y abrió la mano de dedos largos en un gesto de aceptación mientras seguía caminando sin cambiar el ritmo decoroso que le exigía su atuendo.

Dos de las burbujas se quedaron en la habitación, una siguió adelante con el Emperador y Benin se quedó de guardia Junto a la puerta abierta. No era exactamente un momento privado. Pero eso no le preocupaba. No eran muchas las cosas que Miles quisiera decir en voz alta.

Echó una mirada a las dos esferas opacas y brillantes, sin saber a cuál dirigirse. Una desapareció en el aire y ahí apareció Rian, sentada, bastante semejante a la dama que él había visto por primera vez, con las túnicas blancas y almidonadas orladas de cabello radiante. Cada vez que la veía se quedaba sin aliento.

Ella se acercó flotando y levantó una mano fina para acariciarle la mejilla. Era la primera vez que se tocaban. Pero él pensaba que estaba dispuesto a morderla si ella le preguntaba ¿Le duele?

Rian no era tonta.

—He recibido mucho de usted —dijo ella en voz tranquila—. Y no le he dado nada a cambio.

—Ése es el comportamiento habitual de los haut, ¿verdad? —dijo Miles con amargura.

—Es el único que conozco.

El dilema del prisionero...

Ella se quitó una espiral oscura y brillante de la manga, una especie de brazalete. Un delgado mechón de cabello sedoso, muy largo, casi infinito. Se lo tendió desde lejos.

—Ahí tiene. Es lo único que se me ha ocurrido.

Eso es porque su cabello es lo único que le pertenece realmente, milady. Todo lo demás es un regalo de su Constelación o del Criadero Estrella o de los haut o del Emperador. Usted vive en los intersticios de un mundo comunitario con una riqueza que está más allá de los sueños más ambiciosos de la avaricia, y sin embargo, personalmente, no tiene... nada. Ni siquiera sus propios cromosomas le pertenecen.

Miles recibió la espiral. Le pareció suave y fresca cuando la tocó con los dedos.

—¿Qué significa? Para usted...

—A decir verdad no lo sé —confesó ella.

Sincera hasta el final... Esta mujer no sabe mentir, por desgracia.

—Entonces, me lo guardo, milady. Como recuerdo. En mi interior, lejos de todas las miradas.

—Sí. Por favor.

—¿Y cómo piensa recordarme, milady? —Miles no tenía absolutamente nada que darle, nada excepto la pelusa que le había dejado la lavandería de la embajada en los bolsillos—. ¿O prefiere olvidar?

Los ojos azules de ella brillaron como el sol sobre un glaciar.

—No hay peligro de eso. Ya lo verá usted. —Rian se alejó lentamente. La pantalla de fuerza se levantó despacio a su alrededor y ella se desvaneció como un perfume. Las dos burbujas flotaron tras los pasos del Emperador.

El valle se parecía al lugar donde habían organizado las ofrendas poéticas, pero más espacioso, un gran cuenco abierto al cielo artificial de la cúpula. Los costados estaban atestados de haut y ghembros vestidos de blanco acompañados por las burbujas de las hautladies. Los mil delegados de la galaxia ocupaban la parte exterior, como un marco variado y colorido. En el centro, rodeada de una banda respetuosamente vacía de césped y flores, había otra pantalla de fuerza redonda de unos doce metros de diámetro. A través de la superficie translúcida, neblinosa, Miles veía una gran cantidad de objetos apilados alrededor de una Plataforma, sobre la que descansaba la figura pálida y frágil de la haut Lisbet Degtiar. Miles se esforzó para distinguir la caja de madera pulida de la delegación de Barrayar, pero la espada de Dorcas estaba enterrada en algún lugar alejado, más abajo. En realidad, no tenía importancia.

Le habían destinado un asiento en el círculo, una vista casi imperial de la ceremonia. El desfile final, que se realizaría por un pasillo hacia el centro, respetaba un orden inverso: las ocho Consortes planetarias y la Doncella en sus nueve burbujas blancas; los siete —contados bien, muchachos, siete— hautgobernadores; luego el Emperador mismo y su guardia de honor Benin se colocó rápidamente en el lugar del ghemgeneral Naru sin provocar ni una onda en el paisaje. Miles cojeó tras el séquito de Giaja, intensamente consciente de sí mismo. Sin duda su figura resultaba extraordinaria en ese lugar: menudo, de poca estatura, siniestro, la cara de alguien que acaba de perder una pelea en un bar espacial. La Orden del Mérito cetagandana resaltaba sobre el uniforme negro de la Casa Vorkosigan... casi nadie la pasaría por alto.

Miles supuso que Giaja lo estaba usando para enviar una señal a sus hautgobernadores. No era una señal muy amable. Evidentemente, Giaja no pensaba divulgar los hechos de las últimas dos semanas, así que Miles tenía que suponer que se

trataba de una de esas expresiones del tipo entiéndelo si puedes, pensada para infundir no tanto una idea o un conocimiento como una sensación de miedo. Una especie de terrorismo delicado y sutil.

Sí.. sí.. Que traten de entender.. Bueno, no se refería a ellos. Miles pasó frente a la delegación de Barrayar, ubicada bastante cerca del frente de la multitud galáctica. Vorob'yev le clavó los ojos, atónito. Maz parecía sorprendida pero contenta y señaló el cuello de Miles mientras le decía algo a su novio. Vorreedi tenía la mirada torva, llena de sospechas. Ivan parecía... en blanco... Gracias por tu voto de confianza, primito...

Después le tocó el turno a Miles: él también se quedó de una pieza cuando vio a lord Yenaro en la última fila de ghemlores. Llevaba puesta la ropa blanca y púrpura de un ghemlord de compañía de décimo rango en el jardín Celestial, es decir el rango más bajo. Parece que finalmente ha conseguido el trabajo de perfumista ayudante... Y así, el haut Fletchir Giaja había controlado a otra bala perdida. Excelente.

El séquito de Giaja tomó asiento casi en el centro. Una procesión de jóvenes ghemladies colocó una última ofrenda floral alrededor de la pantalla de fuerza de la emperatriz. Un coro cantó una hermosa melodía. Miles se descubrió calculando el precio de la mano de obra que se había empleado en las ceremonias del mes, con el salario mínimo como único costo de todos los involucrados. La suma era... desorbitada. Mientras hacía el cálculo, le pesaba cada vez más la falta de desayuno. Un solo café no era suficiente. No me voy a desmayar. No me voy a rascar la nariz. Ni el culo. No...

Una burbuja blanca se deslizó hacia el Emperador. Su servidor ba —Miles lo reconoció— caminaba a su lado con una bandeja dividida en compartimientos. La voz de Rian repitió las palabras rituales desde la burbuja: la ofrenda quedó a los pies de Giaja. Miles, sentado a la izquierda del Emperador, miró los compartimientos y sonrió con amargura. La Gran Llave, el Gran Sello y los otros objetos ceremoniales de Lisbet volvían al lugar que les correspondía. La burbuja y su acompañante se retiraron. Miles esperó, aburrido, que Giaja llamara a la nueva Emperatriz, la mujer que esperaba el nombramiento en algún lugar en medio de la multitud de hautburbujas flotantes.

El Emperador hizo un gesto para que Rian y su ba volvieran a aproximarse. Más frases formales, tan complejas que Miles tardó un instante en comprender el sentido. Rian hizo un gesto, su ba se inclinó y recogió otra vez la bandeja. El aburrimiento de Miles se evaporó; de pronto, se sintió ahogado por la intensidad de la sorpresa. Por una vez, hubiera querido ser todavía más bajo o tener el talento de Ivan para desaparecer por completo o un aparato que pudiera teletransportarlo a alguna parte, a cualquier parte... Un movimiento de interés, hasta de asombro, recorrió el público ghem y haut. Los miembros de la Constelación Degtiar parecían felices. Los miembros de otras Constelaciones... miraban con corrección y modales perfectos.

La haut Rian Degtiar tomó posesión del Criadero Estrella; esta vez como nueva Emperatriz de Cetaganda, cuarta Madre Imperial elegida por Fletchir Giaja, y ahora primera en importancia por virtud de su responsabilidad con respecto al genoma. Su primera obligación genética sería diseñar su propio hijo, el príncipe imperial. Dios. ¿Sería feliz dentro de la burbuja?

Tal vez su nuevo... no esposo, compañero, pareja, el Emperador.. no la tocara nunca. Tal vez terminaran siendo amantes. Tal vez Giaja quisiera enfatizar su posesión de ese modo. Aunque para ser justos, Rian seguramente sabía lo que iba a pasar, no parecía oponerse. Miles tragó saliva, descompuesto súbitamente presa de un horrible cansancio. Le había bajado el nivel de glucosa. Tenía que ser eso.

Buena suerte, milady. Buena suerte... y adiós.

Y el control de Giaja se extendía... suave y persistente... como la niebla.

El Emperador levantó la mano y los ingenieros imperiales que lo esperaban pusieron en funcionamiento la central de energía. Dentro de la pantalla de fuerza central empezó a surgir un brillo color naranja oscuro que se volvió rojo, después amarillo, después azul

blanco. Los objetos de interior se movieron, cayeron, rodaron, las formas se desintegraron hasta convertirse en plasma molecular. Los ingenieros imperiales y los hombres y mujeres de Seguridad Imperial habían tenido una noche tensa y difícil, de eso no había duda: habían tenido que arreglar la pira de la emperatriz Lisbet con sumo cuidado. Si la burbuja estallaba, los efectos del calor se parecerían bastante a los de una pequeña bomba de fusión.

No fue largo, tal vez diez minutos en total. Se abrió un círculo en la cúpula gris llena de nubes y apareció el cielo azul del mundo exterior. El efecto era muy extraño, como una visión de otra dimensión. Un agujero mucho menor se abrió en la pantalla de fuerza del centro del valle. Un fuego blanco se disparó hacia el cielo y la burbuja se ventiló. Miles supuso que el espacio aéreo sobre la ciudad estaba libre de tránsito aunque la corriente de aire dispersó el humo con mucha rapidez.

Entonces, la cúpula se cerró otra vez, las nubes artificiales se alejaron con la brisa artificial, la luz brilló con más fuerza y alegría. La burbuja se desvaneció en la nada, dejando sólo un círculo de césped incólume. Ni siquiera había cenizas.

El Emperador recibió una túnica colorida de manos de su ba y la cambió por la última túnica blanca de su vestido de ceremonias. Levantó un dedo y la guardia de honor se acercó a él. El desfile imperial salió del valle siguiendo un orden inverso al de la entrada. Cuando la última figura salió del anillo, los ghem y los haut exhalaban un murmullo de alivio; el silencio y la rigidez se quebraron en el murmullo de voces y crujidos de la retirada.

Un gran auto de superficie abierto esperaba en la parte superior del valle para llevarse al Emperador... adonde quiera que se fueran los emperadores cetagandanos cuando terminaba la fiesta. ¿A tomar un buen baño y tirar los zapatos a un rincón? Seguramente no. Sus ba habían arreglado las ropas en el auto y se sentaban ahora en los controles.

Miles se encontró de pie junto al vehículo, solo. Mientras el auto se elevaba, Giaja le dirigió una mirada y lo favoreció con un microscópico movimiento de cabeza.

—Adiós, lord Vorkosigan.

Miles se inclinó.

—Hasta la próxima.

—Espero que no sea pronto —murmuró Giaja con sequedad y se alejó flotando, seguido por una multitud de burbujas de fuerza que ahora reflejaban todos los colores del arco iris. Ninguna se detuvo junto a Miles para despedirse.

El ghemgeneral Benin, de pie junto al hombro de Miles, hizo un esfuerzo evidente para ahogar una expresión no definida. ¿Risa?

—Vamos, lord Vorkosigan. Le escoltaré hasta su delegación. He dado mi palabra de honor a su embajador y quiero devolverle allí en persona... tengo que recuperar mi palabra, como dicen ustedes, los barrayareses. Curiosa expresión. ¿Tiene un sentido religioso, o se usa como en el caso de un objeto empeñado?

—Mmin... Yo diría que la idea está relacionada con el sentido médico del término. Como cuando se dona un órgano. —Promesas y corazones recuperados en ese día.

—Ah.

Llegaron junto al embajador Vorob'yev. El grupo estaba esperando a Miles mientras los otros delegados galácticos subían a los autos rumbo a un último banquete. Los asientos de seda blanca de los vehículos habían desaparecido, reemplazados a última hora por tapizados de colores. Era el fin del período de luto. No hubo una señal visible, pero uno de los autos se acercó rápidamente a Benin. Los barrayareses no iban a esperar en la cola como los demás.

—Si nos vamos ahora —hizo notar Miles a su primo Ivan—, podemos estar en órbita dentro de una hora.

—Pero... tal vez las ghempladies estén en ese comedor —protestó Ivan—. A las mujeres les gusta la comida.

Miles se moría de hambre.

—Entonces, vámonos ahora mismo —dijo con firmeza.

Benin, que tal vez estaba considerando las últimas palabras de su Amo Celestial, lo apoyó con una frase tranquila:

—Eso parece una buena idea, lord Vorkosigan.

Vorob'yev se mordió los labios. Los hombros de Ivan bajaron perceptiblemente.

Vorreedi hizo un gesto hacia el cuello de Miles, con los ojos brillantes de sospecha y curiosidad.

—¿Qué es eso que tiene usted ahí.... teniente?

Miles tocó el collar de seda con la Orden del Mérito cetagandana que le colgaba sobre el pecho.

—Mi recompensa. Y mi castigo. Por lo visto el haut Fletchir Giaja muestra cierta tendencia a la ironía de altos vuelos.

Maz, que obviamente no había captado la segunda lectura de la situación, protestó por su falta de entusiasmo.

—¡Pero si es un honor increíble, lord Vorkosigan! ¡Hay ghemoficiales de Cetaganda que morirían por eso!

Vorob'yev le contestó con frialdad:

—Pero los rumores de un honor como éste no van a hacer popular a lord Vorkosigan en casa, querida. Sobre todo si no circulan con una explicación adecuada. Y ten en cuenta que lord Vorkosigan trabaja en Seguridad Imperial de Barrayar. Desde el punto de vista de Barrayar esa Orden resulta... bueno, sumamente extraña.

Miles suspiró. Le estaba volviendo el dolor de cabeza.

—Lo sé. Tal vez consiga que llyan la clasifique como asunto secreto.

—¡Pero si acaban de verla mil personas por lo menos! —dijo Ivan.

Miles se revolvió como un animal atrapado.

—Bueno, eso es culpa tuya.

—¡Mía!

—Sí... Sí... Si me hubieras traído dos o tres tazas de café esta mañana, en lugar de una, tal vez mi cerebro se habría conectado mejor con la realidad y habría podido agacharme más rápido y esquivarla. Tenía los reflejos atrofiados... Todavía estoy asimilando el significado de la cuestión. —Por ejemplo, si él no se hubiera inclinado para recibir el collar de seda de Giaja, ¿cuánto habrían aumentado las posibilidades de que la nave de salto de él y su primo sufriera un desafortunado accidente al salir del Imperio de Cetaganda?

Vorreedi levantó las cejas.

—Sí —dijo—. ¿De qué hablaron usted y los cetagandanos anoche, lord Vorkosigan, cuando lord Vorpatril y yo salimos de la estancia?

—De nada. No me pidieron mi opinión sobre esto. —Miles sonrió con pesadumbre—. Y ahí está la genialidad del asunto, por supuesto. Me gustaría ver cómo se negaría usted, coronel. Inténtelo. Si alguna vez se enfrenta a una situación parecida, quisiera estar ahí para verlo.

Después de una larga pausa, Vorreedi asintió, despacio.

—Ya veo.

—Gracias, señor —jadeó Miles.

Benin los escoltó hasta la puerta sur y les dijo adiós por última vez.

El planeta Eta Ceta se desvanecía en la distancia, aunque a Miles la velocidad de la nave no le parecía suficiente. Apagó el monitor de la nave correo de SegImp y se recostó a mordisquear su ración de barra y esperar el sueño. Se había puesto un uniforme de fajina negro, arrugado y holgado; pero no llevaba las botas. Movié los dedos de los pies, contento con esa desacostumbrada libertad. Si jugaba bien sus cartas, tal vez podría pasar las tres semanas del viaje a casa totalmente descalzo. La Orden del Mérito de

Cetaganda colgaba sobre su cabeza, balanceándose sobre la cinta de colores, hermosa y brillante bajo la luz. Miles la miró, despectivo y burlón.

Un golpecito doble y familiar en la puerta del camarote. Por un momento, Miles pensó en fingirse dormido. Finalmente, suspiró y se recostó en el codo mientras decía:

—Adelante, Ivan.

Ivan también se había puesto el uniforme de fajina. Y las sandalias de fricción, ja, ja. Tenía un fajo de papeles de colores en la mano.

—Se me ocurrió que podíamos leerlos juntos —dijo—. El secretario de Vorreedi me los dio cuando salíamos de la embajada. Es todo lo que vamos a perdernos esta noche y la semana que viene. —Encendió el conducto de basura de Miles sobre la pared. Un papel amarillo—. Lady Benello. —Lo metió en el conducto; el papel silbó hacia el olvido. Uno verde. Lady Arvin. —Silbido. Uno color turquesa sugerente. Miles olió el perfume desde la cama—. La inestimable Veda. —Silbido.

—No montes un drama; ya te he entendido, Ivan —gritó Miles.

—Y la comida... —suspiró Ivan—. ¿Por qué estás comiendo esa barra asquerosa? Hasta las cocinas de las naves de salto tienen algo mejor..

—Quería algo sencillo.

—Indigestión, ¿eh? ¿Otra vez te duele el estómago? Espero que no estés perdiendo sangre.

—Sólo en el cerebro. Bueno, ¿para qué has venido?

—Quería compartir mi satisfacción por haber abandonado el decadente lujo cetagandano —refunfuñó Ivan con furia—. Algo así como afeitarme la cabeza y convertirme en monje. Por lo menos durante dos semanas. —Miró de pronto la Orden del Mérito que colgaba de la cinta y giraba lentamente—. ¿Quieres que tire eso? —Señaló el medallón.

Miles saltó de la cama como un tejón hembra que defiende a sus crías.

—¿Por qué no te vas, Ivan?

—¡Ja! Yo sabía que esa bagatela significaba más de lo que le decías a Vorob'yev y Vorreedi —se burló Ivan.

Miles metió la medalla en un lugar oculto, lejos de las manos de su primo, bajo la cama.

—Me la he ganado, hombre. Por cierto...

Ivan hizo una mueca y dejó de dar vueltas y de revolver las posesiones de Miles.

Se sentó con curiosidad en la silla de la comuconsola del pequeño camarote.

—He estado pensando, ¿sabes? —siguió diciendo Miles—. Cómo será dentro de diez o quince años, si alguna vez dejo de operar como agente encubierto y me conceden un puesto de mando en la línea de fuego. Tendré más experiencia práctica que ningún otro soldado barrayerés de mi generación, pero mis oficiales no lo sabrán. Todo secreto. Pensarán que he pasado la última década saltando en naves correo y comiendo caramelos.

¿Cómo voy a mantener la autoridad con un grupo de brutos campesinos como subordinados... gente como tú? Me van a comer vivo.

—Bueno... —A Ivan le brillaban los ojos—. Supongo que tratarán de comerte, sí. Y yo espero estar cerca. Me gustaría verlo... te lo aseguro.

Miles también esperaba que su primo estuviera allá, pero no pensaba confesarlo.

Hubiera preferido dejarse arrancar las uñas, a la manera de los antiguos interrogatorios de Seglmp, los interrogatorios de hacía dos o tres generaciones.

Ivan suspiró.

—Pero... sigo añorando a las ghemladies. Y la comida...

—Hay comida y damas en casa, Ivan.

—Cierto. —La cara de su primo se iluminó un poco.

—Qué divertido... —Miles se recostó en la cama y se metió la almohada bajo los hombros—. Si el Padre Celestial anterior a Fletcher Giaja hubiera mandado a las

hautmujeres a conquistar Barrayar en lugar de a los ghemlores, creo que a estas alturas serían dueños del planeta.

—Los ghemlores fueron muy brutos —le dijo Ivan—. Y nosotros también —Miró al techo—. ¿Cuántas generaciones serán necesarias para que los haut ya no sean humanos?

—Creo que la pregunta más adecuada es cuántas generaciones serán necesarias para que los hautlores ya no nos consideren humanos a nosotros. —Bueno, yo ya estoy acostumbrado a este trato en casa. Digamos que he asistido a una función de preestreno del futuro—. Creo... que Cetaganda será potencialmente peligrosa para sus vecinos mientras los haut estén en transición hacia... hacia donde quiera que se dirijan. La emperatriz Lisbet y sus predecesoras —y sus herederas— corren una carrera evolucionista de dos niveles: los haut totalmente controlados, los ghem como depositarlos de posibles variaciones y fuente de naipes inesperados genéticamente hablando. Como una compañía de semillas que mantiene plantaciones silvestres para desarrollar algo inesperado a pesar de comercializar sólo un monocultivo elaborado. El mayor peligro sería que los haut perdieran el control de los ghem. Cuando los ghem estén al mando... bueno, Barrayar sabe lo que pasa cuando se deja que medio millón de darwinistas sociales armados ataquen el planeta madre...

Ivan hizo una mueca.

—Claro. Como solía decir tu estimado abuelo... con detalles francamente desagradables.

—Pero si... si los ghem no consiguen triunfar militarmente en la próxima generación... en nuestra generación, si sus aventuras expansionistas resultan derrotadas, como la debacle de la invasión a Vervain, tal vez los haut decidan emprender otras disciplinas de desarrollo y abandonen el área militar como campo experimental para la búsqueda de la superioridad. Tal vez prefieran ámbitos más pacíficos. Tal vez ámbitos que ni siquiera alcanzamos a imaginar.

—Buena suerte —se burló Ivan.

—La suerte es algo que uno se fabrica... si la quiere. —Y yo quiero mucha...

Con un ojo atento a los movimientos de su primo, Miles volvió a colgar el medallón.

—¿Pienzas usar eso? Te desafío a que lo hagas.

—No. No a menos que tenga que ser muy evidente.

—Pero te lo vas a guardar.

—Ah, sí...

Ivan miró al espacio otra vez, mejor dicho al techo del camarote y al espacio que se extendía más allá.

—El nexo de agujeros de gusano es un lugar muy grande en continua expansión. Hasta los haut van a tener problemas para llenarlo, creo yo.

—Eso espero. Los monocultivos son aburridos y vulnerables. Lisbet lo sabía.

Ivan se rió.

—¿No te parece que eres un poco canijo para rediseñar el universo?

—Ivan. —Miles dejó que la voz adquiriera un tono inesperadamente frío—. ¿Por qué razón el haut Fletcher Giaja decidió ser amable conmigo? ¿Realmente crees que fue por mi padre? —Tocó el medallón, lo hizo girar y clavó los ojos en su primo—. No es un hombre convencional. Piensa en las cosas que hay detrás: soborno, sabotaje y respeto real, todo en un solo paquete extraño... Giaja y yo volveremos a vernos.

Ivan bajó la vista primero.

—Eres un hombre temible, un loco, ¿lo sabías?

Después de un minuto de silencio incómodo, se levantó de la silla de Miles y se alejó, murmurando algo sobre una expedición en busca de auténtica comida.

Miles se acomodó de nuevo con los ojos entornados y miró el círculo brillante de la medalla que giraba como un planeta.

FIN